

A LAS HIJAS DE MARIA INMACULADA

DE GUADALUPE

Al ofreceros la reimpresión de las Cartas de nuestro venerado Padre Fundador, precisamente en esta época de renovación postconciliar, debéis considerar que su espíritu eclesial, formado en las fuentes mismas de la más pura espiritualidad: ROMA y Palestina, y que se refleja en sus cartas más que en cualquiera de sus escritos, es para nosotras:

- Un documento que testifica el valor de nuestro Instituto como Congregación de actualidad; pues por la visión providencial que tuvo de los tiempos que vendrían, nos quiso adaptables a todos los tiempos.*
- Son también unas orientaciones personales inestimables en la labor de nuestra santificación y del apostolado a que estamos consagradas.*
- En fin, son un ejemplo vivo de virtud y de las normas que debemos seguir cuando el Señor permita que la ausencia humana nos deje sufrir la soledad de los que debieran estar con nosotras.*

Debemos pues leer las cartas de nuestro Padre, por deber y por espiritual interés personal.

Debemos leerlas con amor y devoción filial; con reverente atención y delicada solicitud.

Estas cartas, sin él pretenderlo, son el testamento espiritual del Padre que nos engendró a la vida en la familia de las

HIJAS DE MARIA INMACULADA DE GUADALUPE

*Evangelina Mora Lovillo, H.M.I.G.
Superiora General*

México, D. F., 12 de septiembre de 1966.

1

TEMAS DIVERSOS

Roma, Marzo 7 de 1865.

Te participo que el primero de Abril me ordeno de Subdiácono; a fines de Mayo de Diácono; y el 10 de Junio de Presbítero, y diré mi primera Misa el día de mi Santo.

Encomiéndenme a Dios a fin de que me acerque al altar con todas las disposiciones convenientes y alcance las gracias necesarias a un ministro del Señor.

Yo no sé como recibirán Uds. esta noticia, pero espero que bien, pues no deben pensar en mi indignidad sino en la suma bondad de Dios que es quien llama a ese estado; y siendo Él quien me llama no me negará su ayuda y protección.

Ruega a Dios por mí sin cesar y está segura de que tendrás parte en mi consagración a Dios. Consérvate bien y cuídate mucho.

Antonio.

Roma, Octubre 9 de 1865.

El día 30 me concedió el Sto. Padre la audiencia de despedida, y duró bastante tiempo, pues tanto él como yo consideramos que en este mundo no nos volveríamos a ver, y hablamos bastante sobre la manera de vernos en el otro.

Tierno y amoroso como el mejor de los Padres, escuchó con paciencia mis planes, propósitos y resoluciones, y luego en toda forma me dio la bendición para todos Uds., nuestros parientes y amigos y me regaló un recuerdo que ya verán...

Si tú contemplarás la posición y porvenir que se me espera en México y vieras la conformidad y serenidad con que me dispongo a dejar a Roma, palparías la gracia que el Señor da al Sacerdote para que cumpla los deberes de su ministerio. Parece increíble, pero hasta ahora no he

derramado ni una lágrima y se puede decir que ya estoy fuera de Roma, pues me debía de haber ido el 4, y ya todos me hacen lejos de aquí.

La bendición tan solemne me dio el Papa me ha quitado el temor que tenía de volver a México y me ha dado valor hasta para el Anfiteatro Flavio si fuese la voluntad de Dios.

México, Mayo 21 de 1871.

Celebro que estén haciendo el mes de María, y espero, como tú, que la que me llevó a ese pueblo en el Mes de las Flores, me dará fuerza para aguantar el de las espinas, conformándome con la voluntad de Dios.

Abril 27 de 1875.

Me parece muy bien tu plan de la primera Comunión aunque lo juzgo irrealizable por falta de eclesiástico y temo que no salga una cosa bien hecha, pues no es tan fácil como parece.

Para mí sería un gran placer, pues me garantizaría que ya pueden dar sus pasitos sin bordón, lo cual es señal de alivio; cuentas con mi licencia pero bajo el concepto de que se ha de hacer una cosa en regla, o nada; pues tales actos sólo una vez pasan en la vida.

Instrúyelas tal como tú lo dices, y cuando llegue la hora tanea el asunto y confía en Dios y sirvieren para el bien de nuestras almas, y que nos dé más compañeras para tan gran empresa.

Jacona, Septiembre 16 de 1875.

A la Rectora, Maestras y empleadas del Colegio de la Purísima y Asilo de San Antonio.

Hoy en la Patria celebra su independencia de la madre España, quiero ocuparme de la nuestra, esperando que ésta sea fecunda en bienes para la Iglesia y la sociedad, cuanto aquélla lo ha sido en males para la pobre México.

El pabellón tricolor que flota en las alturas y en el cual están simbolizadas la Religión, la Unión y la Independencia, o sean las tres garantías que el gran libertador Iturbide ofreció al pueblo mexicano como prenda segura de futura felicidad, es el mismo que yo os entrego en este día para que me lo devolváis a mi o a Dios, puro y sin mancha. En ese color blanco está representada la pureza de vuestras almas y de vuestras costumbres: el encarnado simboliza vuestra ardiente caridad y los sufrimientos que tendréis al derramarla sobre vuestros prójimos; y el verde es la esperanza de ser recompensados en el cielo, única fuerza que debe sostenernos en la adversidad y en la desgracia.

La Religión debe ser el fundamento y único fin de todas nuestras operaciones. La Unión, es la fuerza que hará irresistible nuestra debilidad y que coronará nuestras empresas. La Independencia, os servirá para que el mundo y los mundanos no ejerzan sobre vosotros influencia alguna, y para que no reconozcáis otro amo y Señor sino al Dios que os sacó de la nada. . .

Estas son las tres garantías que os asegurarán vuestra felicidad, y para conseguirla más fácilmente y no perderla deo de rectora de ambos establecimientos, a Rafaela Tapia; vice-rectora, a Concepción Calderón; procuradora, a Soledad Hurtado; directora de estudios, a Jovita Silva; contador, a D. Mauricio Beauchery; inspectora de labores, a Dña. Rita Navarrete; apoderado de negocios, Lic. Francisco Vaca; capellán, el P. León o el Pbro. D. Rafael Ochoa.

En casos extraordinarios que no estén comprendidos en la práctica o en el reglamento, podrá reunirse una junta compuesta por la rectora y ocho de las consagradas a la

enseñanza, D Mauricio Bauchery, Luis y María Josefa Plancarte, y en ella se decidirá el caso cuestionado, por mayoría de votos. La prudencia es sumamente necesaria en todo y para todo; y la dulzura es indispensable, especialmente para negar lo que le piden a uno.

Procuren imitarme en la firmeza de carácter y franqueza, pero sin olvidar la diferencia que hay entre su estado y sexo y el mío. Las licencias para que las niñas vayan a casa, pueden calcular que sea una vez al mes, pero sin que ellas lo sepan y que sus padres aleguen causa justa, tal como el día del Santo, enfermedad, etc., pero que no queden a dormir fuera, sino por suma necesidad.

Que no haya chanzas ni novias mientras yo estoy ausente. Que los chicos no se metan con las niñas para nada. . . Que nadie visite el colegio sino acompañado de María Josefa, Luis y la rectora o D. Mauricio.

Que las niñas se confiesen por lo menos una vez al mes, y las consagradas a la enseñanza siquiera cada quince días.

Las consagradas a la enseñanza rezarán diariamente por mí intención trece PADRES NUESTROS a Sn Antonio y ocho AVES a la Purísima Concepción. A más de esto, fijarán la hora más conveniente para que reunidas todas y presididas por su superiora Rafaela Tapia, lean por espacio de un cuarto de hora algo sobre los votos.

Cada ocho días, se reunirán las mismas en un lugar solo y conveniente, y con franqueza santa y fraternal se comunicarán sus progresos, dudas, etc., en cuanto al proyecto que tenemos; y la superiora les corregirá sus faltas caritativamente.

Las vacilaciones o firmeza en su estado, etc. pueden comunicármelas en sus cartas, las cuales deben estar escritas con sencillez y confianza sin tratar de quedar bien y lucirse etc. Mucho cuidado con envidias, celos, etc., y véanse como hermanas e hijas en Jesucristo, obrando en todo conforme al Evangelio.

Que todas sus oraciones, prácticas piadosas y buenas obras se enderecen a alcanzar de Dios, la luz, gracia y fuerzas que necesitamos tanto Uds. como yo, para la consecución de nuestros deseos. En fin, recuerden cuanto sobre estos asuntos hemos hablado y ténganlo delante de los ojos. Olviden los malos ejemplos que les haya dado, y rueguen sin cesar por este pecador e indigno ministro del Altísimo, que las lleva en su corazón y las bendice con toda su alma, dejándolas encomendadas a la Sma. Virgen.

La Martinica, Octubre 28 de 1876.

Como verán en las de ayer y antier, nuestro viaje hasta ahora ha sido felicísimo gracia a Dios, y esperamos que así continuará. Nada nuevo tengo que decirles, pues el océano es viva imagen de la eternidad; en él todos los días son uno y no quedan señales del que pasó. Los pensamientos, que es la única variación del navegante, en mí, son siempre uno mismo, la educación y felicidad de Uds. y de los niños, y esto me sucede en mar y tierra, dormido y despierto, triste o alegre, como quiera y en donde quiera que esté. Todo el día estoy en Jacona en mis quehaceres y con mis colegialas; y ya las contemplo en el estudio, ya en el teatro, unas veces en los corredores, en el patio; silenciosas y meditabundas o bulliciosas y gritonas; en fin, hora por hora estoy con Uds.

Hoy a buena hora llegamos a la Isla de Guadalupe, pero no pude bajar a decir Misa porque viniendo de países donde hay vómito, no permiten desembarcar. Lo que más siento es lo de la Misa, por ser aniversario de mi mamá, y sólo me consuela que Uds. le repondrán esos sufragios, para cuyo fin mando, que todas las que leyeren esta carta recen un rosario y oigan una Misa en sufragio de la finada; y nada más justo, puesto que cuanto tengo y cuanto hago en bien de Uds., el interés que me tomo en su educación y lo mucho que hago, el afecto que les tengo, nacen de lo

mucho que le debo a aquella santa y virtuosa madre. Que yo quisiera ver reproducida en cada una de Uds.

Pasando a otra cosa: supongo que estarán muy contentas; las maestras muy cumplidas y las niñas muy dóciles y aplicadas, y todas, adelantadas; a fin de que a mi vuelta no encuentre cosa desagradable y nos pasemos unos días muy agradables. Muy bien quisiera dirigirme a cada una, aunque fuera un rengloncito, pero sería una carta de repeticiones en que nada podría decirles de sustancia; de suerte que el mejor sistema es el adoptado hasta ahora, y cada una deberá tomar la carta como propia, y con las ausentes Uds. verán lo que hacen. Uds. también han seguido un buen sistema y espero no dejarán de escribirme.

AL SANTO PADRE PIO IX. 1876

Santísimo Padre:

Hace once años que terminados mis estudios en la Academia Eclesiástica y dispuesto para regresar a mi desgraciada Patria. Vuestra Santidad me bendijo con estas palabras: “Anda hijo; trabaja cuanto puedas en la reforma de los colegios, pues de ellos nacen los males de tu Patria: haz que vengan jóvenes a educarse en el que he fundado aquí para la América Latina. El Señor bendecirá y coronará las obras que piensas emprender en beneficio de la juventud”

Grabé estas palabras en mi corazón, Smo. Padre, como el buen hijo graba las del moribundo autor de sus días, pues a la verdad no creía volver a escuchar jamás la dulce voz de Vuestra Santidad. Afortunadamente me he equivocado, debido a que el Dios de las misericordias escucho los ruegos de su pueblo y ha detenido el sol en su carrera, hasta que el nuevo Josué triunfe sobre sus enemigos.

Este verdadero milagro, me proporciona la felicidad y honor de postrarme y ofrecer ante los pies de Vuestra Santidad estas flores silvestres, que en aquel campo de sangre y de matanza, germinaron bajo el benéfico influjo de la Bendición Apostólica que recibí antes de partir. Son apenas diez y siete, es verdad, pero de una sola diócesis, puedo decir que de una pequeña aldea, de Jacona, en el Obispado de Zamora, donde formaban la pequeña comunidad del Colegio de San Luis Gonzaga, que perseguida de gratuitos enemigos ha venido a refugiarse bajo el manto de Vuestra Santidad en esta alma ciudad. En ellos están representados los habitantes de Zamora Jiquilpan, Chilchota, Ecuandureo, Pajacuarán y Jacona, quienes, como todos los mexicanos, vemos y respetamos en Vuestra Santidad, al Cristo de la tierra, al Sucesor de San Pedro, a la Cabeza de la Iglesia, al Rey de Roma y al Pontífice Mártir de la Inmaculada Concepción. Sí, Smo. Padre, los mexicanos os amamos más que nuestra vida, y olvidados de la cruel persecución que nos diezma diariamente, solo pensamos en los padecimientos de Vuestra Santidad, y echaríamos gustosos sobre nuestro cuello las ominosas cadenas con que nuestros ingratos hermanos han aprisionado a tan santo y misericordiosos Padre.

Los pequeños dones de que fui portador y los que ahora ofrecemos a Vuestra Santidad en nombre de nuestros pueblos y familias son bien poca cosa de por sí, pero unidos al amor y sacrificios que encierran los corazones de estos niños, han adquirido un valor inestimable. Ellos traen consigo para depositar a los pies de Vuestra Santidad, el sacrificio del amor más puro que ofrecer puede el anciano padre, la tierna madre y la inocente hermana, mandando seres tan amados a tan lejanas tierras, y sin abrigar la esperanza de volverlos a estrechar entre sus brazos.

Aceptad, ¡Oh Glorioso Pontífice! El heroico sacrificio que aquellas familiar verdaderamente cristianas ha hecho, sin más objeto, que el de que estos niños sean educados religiosamente bajo la sombra tutelar de Vuestra Santidad.

Aceptad igualmente, los que por mi hizo una virtuosa madre que ya no existe, y a quien debo los grandes deseos de hacer el bien que inundan mi corazón. Bendecidlas a ellas y a sus hijos; a nuestros pueblos, episcopado y clero; a mis feligreses, amigos y bienhechores; a los colegios de Jacona fundados por mí; a las Congregaciones de Hijas de María y San Antonio de Padua que tanto trabajan en la educación religiosa, y sobre todo a este pobre hijo e indigno sacerdote que postrado ante los pies de Vuestra Santidad implora la gracia de morir antes que faltar al cumplimiento de sus deberes.

Creo conveniente colocar en este lugar traducida al español, la respuesta que poco tiempo después mando por escrito S. Santidad a nuestro Padre Fundador.

PIO PP. IX

Amado hijo, salud y bendición apostólica.

No poco Nos hemos complacido al leer tu obsequiosa carta del 10 de este mes, por medio de la cual nos expusiste el cuidado que en tu patria has tenido para proveer a la buena educación de la juventud, y los frutos de salud que has cosechado de tu celo y trabajos. Aumentó en verdad nuestra alegría la presencia y palabras de los piadosos jóvenes que has conducido al colegio que en esta alma ciudad fue establecido para la educación de los jóvenes de la América Latina. . . Los he abrazado con amor paternal, y recibido con gratitud los dones que por medio Nos ofrecieron; esperamos que algún día sólidamente instruidos en la santa doctrina volverán a su patria y seguirán tus huellas, trabajando con igual ardor y fruto en

la salvación de las almas. “Entre tanto, merecidamente alabamos tu celo y piedad sacerdotal, y te animamos a que sin atemorizarte por las dificultades que provienen de la iniquidad de los tiempos, perseveres constantemente en lo que tan bien has empezado, deseando al mismo tiempo que seas nuncio e intérprete de Nuestro amor para con aquellos que por medio de los referidos jóvenes, quisieron mostrarnos su filial afecto. Finalmente, invocando el divino auxilio y en prueba de la benevolencia Pontificia, de todo corazón damos la Bendición Apostólica, a ti y a las piadosas personas para quienes la pediste.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el día 28 de Febrero de 1877. Año de nuestro pontificado trigésimo primero. – Pío Papa IX.- a nuestro querido hijo- José Antonio Plancarte.

Pátzcuaro Julio 15 de 1877.

A mis feligreses y amigos:

El Señor infinitamente sabio y Poderoso que me condujo sano y salvo hasta las puertas de mi amado pueblo, ha dispuesto que el inmenso gozo que henchía mi corazón, sea contrariado por la funesta noticia que acabo de recibir, de la inesperada muerte de mi venerable y santo Prelado, el Ilmo. Sr. Peña. ¡Sea Dios bendito!

No me ocuparé en manifestaros lo que siente mi corazón en este instante, porque no es dable, pero sí os aseguro que sólo hallaré consuelo mezclando mis lágrimas con las vuestras y estrechándonos en mis brazos. Temeroso de perturbar vuestro justo dolor, pensaba prolongar mi ausencia, pero esto es muy duro para quien tanto desea hallarse a vuestro lado; y en tal virtud, he resuelto continuar mi marcha, confiado en que a los muchos favores que os debo, agregaréis el de no interrumpir vuestro luto por mi llegada, y el de

permitirme que con vosotros llore la irreparable pérdida de tan buen Padre y ruegue por el alma de quien en un tiempo fue nuestro Párroco y era vuestro Pastor.

Todos debemos al ilustre finado innumerables beneficios, pero yo más que ninguno, pues a él debo la dicha y el honor de ser vuestro Padre y Pastor.

México, Junio 30 de 1882.

Un hombre ilustre, rico, adornado de hermosísimos dones intelectuales y que tenía a la vista seductoras perspectivas, embriagado de sus primeros triunfos, creía que nada le faltaría en lo futuro, ni de gloria ni de fortuna. Sin embargo, oyó un día estas palabras de un ilustre Santo: “¿De qué te servirá todo esto para la eternidad?” fueron luz vivísima que le descubrió la vanidad de las cosas del mundo, y lo convirtió en San Francisco Javier.

De aquí podemos deducir que todos los bienes temporales, de aquí no pasan; su uso está lleno de peligros que fácilmente nos desvían del recto sendero. El dolor y las penas, al contrario, abren los ojos, destruyen las ilusiones de la juventud, apaciguan el fuego de las pasiones y moderan los ímpetus de la carne y las turbaciones que nos ciegan en la bonanza. ¡Benditos los trabajos! He aquí el resultado de mis estudios en busca de un auxilio a mí dolor.

Habana, Octubre 31 de 1882.

El 25, como dije a Uds. en mi anterior, nos embarcamos a las diez de la mañana, y el 26 a las cuatro de la tarde nos dimos a la mar con un tiempo inmejorable que ha continuado hasta nuestra llegada a ésta; ayer a las diez de la mañana. El 28 a las ocho de la mañana anclamos en

Progreso para hacer carga, y levamos ancla a las seis de la tarde. Hasta ahora nuestro viaje ha sido no solo feliz sino felicísimo: tiempo magnífico: poquísimos pasajeros, y buenos; vapor grande y veloz, asistencia de primera, y buena tripulación. He comido como nunca, café a las seis, seis platillos de almuerzo; refresco a la una, ocho platillo y postre a las seis de la tarde, y té a las ocho de la noche. A todos los platillos le hago los honores poco más o menos, y ninguno me ha hecho daño.

En todas las comidas se sirve vino en abundancia y además champaña y helados, los jueves y los domingos. La parte espiritual no ha estado menos provista, pues el buque tiene capellán, y yo he dicho Misa. Para completar mi felicidad y no extrañar nada, he tenido cuatro muchachos que representan el colegio de San Luis, una viuda, en lugar de María Josefa; Teresa, en representación de las colegialas; las Lozano, en vez de las congregantes; y Jacoba la criada, en honor del finado Godínez y todos los pachorrudos. De los PP. Vilaseca y Estragués nada digo, porque sólo la necesidad los hace salir. Las Lozano son las que me han tenido embelesado durante el viaje, pues ni un momento he dejado de admirar su heroicidad, y por más que las he estudiado no he hallado en ellas sino un par de angelitos humanos. Ni una queja, ni una lágrima, ni un suspiro en todo el viaje; la sonrisa de la inocencia jugueteando siempre en sus labios, y la pureza de conciencia brillando en sus rostros virginales. Largas horas de meditación les hice sobre cubierta a la luz de la luna, y a cada paso sus lágrimas, tan duras para otra cosa, corrían en abundancia tratándose de Dios.

¡Qué almas tan predestinadas! Estas han venido a dar fruto lejos de su Patria. ¡Ay! si yo las hubiera conocido antes. . . Ayer, luego que anclamos las traje a esta santa casa del Sagrado Corazón de Jesús, donde estoy escribiendo la presente, y donde las religiosas me han colmado de finezas y atenciones; y más merezco, pues les traje cosa rica.

Desde que pisé esta casa me he llenado de santa envidia y diabólica tristeza, pues lo nuestro se me figura ahora muy feíto, apretadito, estrechito. Los simples suelos o pavimentos del colegio han costado cincuenta mil pesos! Hay 120 pensionistas que pagan quinientos pesos anuales, sin los extras! El curso de niñas dura 10 años.

Lo único que me consoló al ver tanta grandeza, fue saber que también por acá son inconstantes y mentecatos los padres de familia. Digo que me consoló, porque temía que en Jacona nosotros tuviésemos la culpa de su inconstancia. En cuanto a las religiosas que dirigen el colegio, nunca terminaría si intentase hacer su panegírico, pues siempre las he visto modelo de virtud y civilidad. La manera de educar es a la inglesa, tal como a mí me agrada: sólo les pongo el defecto de que necesitan mucho dinero para sus establecimientos, y también las jóvenes para hacerse religiosas. ¡Que Dios nos dé ánimo para CONSAGRARNOS AL POBRE! Quisiera seguir, pero ya se va el correo, y mejor será concluir, en otra que dejaré aquí al salir el día 5, pues hasta ese día nos vamos a demorar en este infierno.

Las oraciones de Uds. han surtido buen efecto, sigan con ellas y me irá bien.

A todas las bendigo con el corazón y le deseo cuantas felicidades puedes apetecerse en esta vida y en la otra. Adiós.

Antonio.

Puerto Rico, Noviembre 9 de 1882.

Si Uds. supieran agradecer, nada me agradecerían como esta carta, pues la escribo haciendo un verdadero sacrificio de mi voluntad, debido a que el calor que hace sería capaz de tostar a un armadillo, y me tiene casi asfixiado y con la cabeza más tonta que de costumbre: jamás había experimentado calor más sofocante. ¿Y qué es eso de

quejarse del calor cuando se piensa en misiones? Dicen Uds. muy bien; y a cada paso me lo he preguntado a mí mismo, sugerido por el demonio; pero el ángel me ha hecho ver a una multitud de hombres que en los barcos y en los puertos trabajan sin más interés que el dinero, y he respondido: si éstos aguantan por ganar dinero que ha de dejar, ¿por qué no he de aguantar yo por ganar almas que me han de llevar al cielo? Si tantas religiosas aguantan, ¿por qué no he de aguantar yo? Más que el calor tropical me desalienta mi pequeñez e insuficiencia para tan grande obra y sobre todo la falta de gente que nos ayude y dé protección.

Lo que tenemos ahora es como la fuente del patio comparada con el océano. Ahora que ya me veo en el mar pienso y me confundo, pues en realidad vamos a que nos aprueben un sueño, un deseo, una ilusión. Lo que pretendemos es poco menos que encerrar ese océano en esa fuente. ¿Qué le diremos al Padre Santo? Que no se fije en nuestra inutilidad, sino en nuestra buena voluntad. Lo único que nos valdrá será la necesidad que tiene México de una obra como la que deseamos, y la fuerza de nuestras intenciones; por lo demás, no pasamos de locos y mentecatos, dignos del manicomio. Digo a Uds. esto para desahogarme, pues lo que es para el Padre Vilaseca no hay dificultades: “algo diera yo, decía José María mi hermano, por tener la fe de nuestros rancheros, que con una hoja de palma bendita se meten entre rayos y balas”; otro tanto digo yo del P. Vilaseca. Algo diera yo por parecérmelo. Ya que hemos hablado de él, les diré que mucho ha sufrido el pobre, primero con el mareo, y desde la Habana, con fríos como los que tuvo en México, acompañados de terribles punzadas. A eso se agregan los desengaños que yo le he dado respecto a sus ilusiones, reglamento, etc., para lo cual me ha servido mucho el viaje de Soledad a México y la compañía de dos teólogos del clerical que traemos aquí, todo lo cual dará por resultado que mis reglamentos serán

los adoptados, probablemente. Lo que no le entra aún, es que si encontramos algo parecido a lo que pretendemos, desde luego lo abracemos. En cuanto al P. Estragués, sigue con el apetito despierto, y todo su tema es:

“Yo tengo vocación para misionero, pero no para fraile, lo que es fraile yo no he de ser. Ese reglamento no sirve, que adopten el de Ud.” Todo esto pasa por supuesto en nuestras conferencias preparatorias, pues en llegando a Roma ya no habrá variación.

El 29 llegaremos a Burdeos y de allí continuaremos a París donde Magdalena y Teresa se irán con la Sra. Rivas, los Padres y teólogos a Roma y yo a Inglaterra con los hijos de D. Jesús Silva. Después de unos días de roastbeat, volveré París por las Damas, y las llevaré a Roma.

El perico marchará con el P. Vilaseca para ver si con San José se le olvidan tantísimas maldiciones como le han enseñado los marineros.

Rueguen mucho por mí a Dios y háganse dignas de alcanzar de Dios cuanto yo le pido constantemente por Uds. y les deseo. Adiós.

Habana, Noviembre de 1882.

He pasado perfectamente estos días, pues diariamente he ido a la Habana y visitado todos los colegios y hospitales, dicho Misa, confesado y predicado. Todo esto será útil, pues viendo se aprende y cuanto más se anda más se ve.

En el hospital de Sta. Paula vi a Soledad Castañeda, de Hermana de la Caridad, ésta es hija del administrador del timbre en Morelia, se vino al noviciado en Enero.

En el colegio del Sagrado Corazón dejé de novicias a dos mexicanas, de las principales, por figura y pesos.

Hablemos de otra cosa. La poesía nos distraerá más. ¡Vamos!

SONETO

¡Lejos de ti, Jaconá, idolatrado,
Y separado por inmensos mares;
En las cubanas playas recostado
Te dirijo mis últimos cantares.
Nunca jamás olvidaré tus montes,
Tus guayabos, naranjos y tus flores
Y en el continuo cambio de horizontes
Yo siempre te veré, país de amores.
Y si muero por fin en tierra extraña
enemiga tal vez del patrio suelo
Y que abrigue contra él, terrible saña,
A tus águilas mando en rauda vuelo
Que sepulten mi cuerpo en la montaña
Donde corren las aguas de tu "Celio".

Ya llegó la hora de almorzar y con sentimiento me
despido, deseándoles felicidad en esta vida y en la otra.

Santander, Noviembre 28 de 1882.

Hemos llegado al término de nuestro viaje marítimo.
No es poca felicidad, pues el temporal ha estado pésimo
para los navegantes; sólo nosotros hemos visto dos
vapores náufragos, de esta compañía, cuyo valor no baja
de un millón de pesos. Nunca había estado tanto en el mar,
ya llevo 33 días y aun no salgo de él. Tiempo me ha
sobrado y quietud para pensar e nuestra Congregación, y
he tenido ratos de desaliento, pero más han sido los de
animación.

Abrijo la esperanza, por no decir que la convicción, de
que volveremos de Roma con la bendición y aprobación de
Su Santidad, para las Congregaciones. Logrado esto,
tendremos que extendernos en terrenos más paternales, y
para esto necesitamos más brazos y cabezas, lo cual hemos
de ir buscando y preparando con tiempo, especialmente

las cabezas. Pero como jamás hemos de abandonar la cuna de la Congregación, necesitamos gente que la guarde mientras Uds. las viejas salen a buscar almas generosas que quieran consagrarse a Dios y ayudarles.

México, y sobre todo Guadalajara, son campos que no debemos perder de vista. ¿Pero la gente? Ahí está el busilis! Por ahora no hay más que adiestrar bien a las que tenemos; y tú ver cuántas conquistas para nuestras filas, pero con vocación y capaces de hacerse útiles para el objeto. Ojalá y pronto me escribas dándome de esto buenas noticias. “¡Valor y Confianza!”. Muchísimo te recomiendo les infundas a tus subordinadas el ESPIRITU DE LA CONGREGACIÓN. Cuidado con la salud: coman bien y que nunca les falte carne y todo lo necesario. No te apures por nada, y consúltalo todo con el Dr. Rodillas. A tus compañeras y nuestras hijas internas, a mis compadres y todo el pueblo, mil cosas de cariño de parte de éste tu Padre que con todo el corazón te envía la bendición.

Canes, Diciembre 16 de 1882.

Mis muy amadas Hijas: Pasé el día de nuestra santa Patrona, de lo más triste que puede darse, a bordo del “Reina Mercedes”, atracado al muelle de Santander, con un frío de Siberia, mucho viento y continuos chubascos. Dije Misa en el buque y me pegué a escribir junto a la estufa del salón, sembrando aquí y allá mil recuerdos del año pasado, inclusive la muerte de Magdalena Santoyo q.e.p.d. El sábado 9 me resolví a que el “Reina Mercedes” se quedara en su casa, y que nos embarcáramos en el “Ville de S. Nazaire” que venía de México: antiguo conocido mío, pues en él vine y volví el año 77.

La travesía a Francia fue de 18 horas y muy feliz, pero demasiado helada. El 10 por la tarde partimos por ferrocarril y amanecimos en París, donde permanecí hasta el 14 en la noche que salí para este pueblo, situado en la

playa del Mediterráneo, junto a Toulon y no lejos de Marsella. Aquí ha cesado la inclemencia del tiempo y yo me he reconciliado con estos países; y no sólo yo sino hasta el perico, pues desde que pasó los trópicos no había vuelto a hablar hasta ayer que a grito abierto se soltó luciendo su pulcro vocabulario. Aquí se goza de clima como el de Jacona, y hay una vegetación semejante, pues los jardines que forman las calles están poblados de naranjos y rosales. Todas las fincas son del estilo de la casita, pero mucho más bonitas y elegantes; y las olas del Mediterráneo besan las plantas de las palmas que adornan las calles y paseos del Croisett, que está aquí al pie de mi balcón, mientras que los Alpes cubiertos de nieve sirven de respaldo a este nuevo Edén, que los ingleses se han formado aquí para venir a sacudir su spleen, y a remendar sus pulmones. A todo esto agreguen Uds. que me hallo en casa de la viuda de Marcó del Pont, quien ha mandado fabricar una Iglesia y una casa de cuna; sostiene ambas, y su caridad es muy conocida de todos, lo mismo que su virtud, pues en ella se ha personificado la mujer fuerte del Evangelio. Además, esta Sra. está en contacto con el famoso Don Bosco, y mil casas religiosas, de suerte que en ella he hallado la llave de muchas puertas que necesito abrir para lograr el objeto de mi viaje.

Esta mañana fui a Niza a ver a la ahijada de Luis, y con la superiora de las Ursulinas hablamos largamente de Uds., pues ya saben que gran parte de mi reglamento fue tomado del de ellas. Si puedo, volveré a hablar con ellas, pues las cosas se me fueron como agua. El P. Vilaseca ya está en Roma e impaciente por verme llegar, pero yo ya le advertí que de que me da por la paciencia, no hay quien me gane. Yo imitando a los buenos caza-dores, estoy por acá en estos momentos cargando mi escopeta para dar fuego en Roma. ¡Ojalá hiera el blanco!

Adiós hijas mías, memorias a todos y reciban la bendición de su Padre.

J. Antonio

Roma, Diciembre 26 de 1882.

Es necesario que cuiden de no descomponer un santo para componer otro; tú no puedes sola con toda la cruz, y es preciso buscar gente y que la hagan útil. Si juzgan que Luz vaya en lugar de Cecilia, que así sea; en suma, Uds. hagan lo que juzguen más conveniente, pero sin descomponer el Asilo. Aquí iba cuando me fui a San Lorenzo a visitar el humilde sepulcro del Sr. Pío IX, y acabo de volver. Allí me arrodillé con la fe de que es un Santo, y le dije: "Santísimo Padre, mal nos ha ido desde que tú moriste. Aquellas Hijas de María Inmaculada que con tanto amor bendijiste, son ahora injusta y cruelmente perseguidas, a ti te toca coronar desde el cielo la obra que dejaste empezada en la tierra. Mueve el ánimo de tu sucesor León XIII para que bendiga y confirme nuestra obra; si en ella hay algo malo, que se corrija; pero que no sea destruida por sus enemigos. Tú que me dispensaste tanta bondad en tu prisión del Vaticano, ahora que gozas de Dios en el cielo, no podrás desechar las súplicas y ruegos de tu hijo que viene a venerarte desde tan lejanas tierras. En tus manos pongo mis negocios para que los presentes a María Inmaculada, y nos alcances de Ella las gracias que necesitamos para que nuestra congregación haga todo el bien que pueda a tus queridos mexicanos. Por el buen despacho de mis súplicas ofrezco que contribuiremos cuando se trate de colocarte en los altares". Adiós.

Recibimos de la bondad de Dios continuamente beneficios innumerables que no somos capaces ni aun de recordar. Ya hemos adquirido la costumbre de recibir, sin adquirir la de agradecer. La gratitud es el primer precepto

que se inculca en una buena educación. ¿Queríamos faltar para con Dios en un deber de política que jamás nos perdona la sociedad? El Apóstol San Pablo nos exhorta a la acción de gracias: “Dad a Dios gracias por todo”; porque de su mano todo lo que sale es bueno. Si todos los días recibimos, todos los días demos gracias; todos los días somos católicos e hijos de María, luego diariamente debemos agradecerlo. Si en nuestros sufrimientos viésemos los bienes que nos esperan en el otro mundo, jamás los hallaríamos demasiado duros y nos derretiríamos en acción de gracias, como el incienso delante del Tabernáculo. Nunca nos ha querido Dios tanto como este año; démosle infinitas gracias. Adiós.

J. Antonio.

Roma, Enero 17 de 1883.

Te felicito por tus exámenes, pues por malos que hayan estado, deberían haber estado peores por el temporal que hemos tenido. Por bueno que sea el labrador, si el temporal no le ayuda, la cosecha tiene que ser mala, pero él no es culpable.

Además, nosotros hemos trabajado ahora más quizás que otros años. Yo sigo con la idea de que se forme una clase de las que hablamos, y que, según parece, tienen vocación y talento: haber si de ellas formamos maestras para otras fundaciones. Celebro que San Antonio esté cumpliendo con mi encargo de socorrer a Uds., ya le iré a dar las gracias a Padua.

Aleandría, Abril 19 de 1883.

Ayer desembarqué aquí en Alejandría, puerto de mar importantísimo, ciudad populosa y hermosa de Egipto, que hace poco fue incendiada por los árabes después de haberla saqueado y de haber matado a cuantos cristianos

pudieron. Hoy me he ocupado de recorrer sus calles, formadas de montones de escombros en su mayor parte; y de los suntuosos edificios que admiré hace seis años sólo he hallado los cimientos. La iglesia, este convento donde estoy hospedado y el colegio que le pertenece, fueron respetados por los árabes en atención a que estos Padres Franciscanos les educan a sus hijos. Asustado he quedado de ver tanto destrozo. Había ya visto a Pompeya, destruida por la furia de un volcán; a Sodoma convertida en el Mar Muerto; y hoy veo a Alejandría, incendiada por los egipcios; y esto es lo que más me horroriza, pues palpo hasta qué grado llega la furia y ceguera de los hombres cuando tratan de vengar un agravio. Lo más triste es que ni estas desgracias hacen que se enmienden los cristianos. El mismo día que llegamos amaneció robado el copón y tiradas en el suelo las hostias de la capillita del Asilo; y en la tarde asistí al acto de reparación, el cual fue muy solemne y devoto. La capillita estaba muy bien adornada: más de ochenta velas ardían en el altar cubierto de flores; quince sacerdotes y veinte y tantos hermanos franciscanos y de la doctrina rodeaban el altar, y las educandas y familias decentes llenaban el templo, todos con gran devoción y recogimiento. Después de cantado el Miserere se descubrió a Nuestro Amo y en seguida hubo un sermón de lo más hermoso, tierno y conmovedor, que a todos nos arrancó lágrimas. Luego en voz alta se pidió perdón al Señor, rogándole a grito abierto que no fuera a mandar nuevas desgracias sobre Alejandría, por aquel robo sacrílego.

Jerusalén, Abril 29 de 1883.

Supongo que la que te escribí hace ocho días saldría bien de la tierra de Egipto y llegará a la de Promisión.

Aquella la escribí entre los escombros de Alejandría azorado de la ira de Dios y de la ferocidad de los hombres; y ésta la comienzo aturdido aún y espantado de la ceremonia del fuego sagrado de los griegos cismáticos, que presencié ayer tarde en el Sto. Sepulcro, y la cual me dio una idea exacta de los pseudoprofetías de Baal y del infierno.

Desde las once y media logré penetrar a la Iglesia del Sto. Sepulcro, gracias a que me le pegué al cónsul francés, cuyos cuatro genízaros nos abrieron paso por entre aquella muchedumbre que formaba una masa compacta de carne humana. Subimos a los altos balcones que hay alrededor de la cúpula, y no obstante que era tan temprano y que eran lugares reservados para nosotros, sólo pude lograr meter la cabeza por entre los pies de otro a fin de poder ver la función, y en aquella postura infernal pasé largas tres horas, oyendo aquella gritería, viendo aquel desorden y recibiendo los fétidos vapores que exhalaban los ochenta y tantos mil peregrinos que llenaban el templo. Todos cantaban y gritaban desaforadamente batiendo palmas, en tanto que los que los animaban y dirigían se paseaban gallardamente y echaban maromas sobre la masa compacta de cabezas, como si hubieran estado en la arena de un circo. Entre tanto el patriarca griego oraba dentro del Sto. Sepulcro, si es que orar es posible en semejante pelotera y confusión. A las dos y media todos los patriarcas y obispos cismáticos salieron en procesión y dieron tres vueltas alrededor del Sto. Sepulcro, y al fin de la última, el patriarca griego se entró al Sto. Sepulcro, el patriarca armenio quiso también entrar y entonces se le echaron los padres griegos encima, le tumbaron la mitra, le arrancaron las barbas, le desgarraron los ornamentos, etc., y por supuesto que el S. I. midió con el báculo las espaldas de cuantos griegos pudo, declarándolos antes chivos y no ovejas. Afortunadamente las bayonetas de los hijos del profeta

pararon pronto aquella contienda patriarcal, que tenía más fuego que el que iba a bajar del cielo; y la groserísima afeitada de los primados, pasó como una ceremonia del Sábado Santo, y aumento el entusiasmo o fanatismo de los circunstantes y por consiguiente sus feroces aullidos. En esto, como por encanto salió una llama por una claraboya baja del Sto. Sepulcro, y un obispo que allí la aguardaba corrió con ella con la velocidad del rayo llevado no sé cómo, y en un momento. En menos de lo que yo tardo en escribirlo, el fuego se comunicó por cuerpo, y unos a otros, pues según ellos ese fuego no quema, y sana todas las enfermedades. Afortunadamente no hubo un incendio que lamentar, lo cual es un verdadero milagro. Yo por mi parte quedé resuelto a no asistir a otra ceremonia del sábado santo de los griegos. En medio de aquel gran desorden no puede menos de admirar la fe de aquella pobre gente que desde tan lejanas tierras viene a honrar, a su modo, la resurrección de Ntro. Señor Jesucristo. Más me escandalizaron los europeos católicos con la cubeta puesta y el cigarro en la boca, que los cismáticos con sus gritos y peloterías. Ya se me ha ido el papel en griegos: dejémoslos en paz. Muy adelantada he encontrado a Jerusalén, y por donde quiera encuentro nuevos y magníficos edificios cristianos, cuya construcción es posterior a mi viaje anterior. Si Luis viniera hallaría entre la Jerusalén presente y la que él conoció, la diferencia que hay entre Zamora y Guadalajara. Esta mañana dije Misa de comunidad en el Ecce Homo, a las Hermanas de Sión fundadas por el P. Rattisbonne, y como todo estaba muy limpio y devoto y tocaron y cantaron durante la Misa, hice algunos recuérdillos que me llegaron a lo vivo. Después de Misa conversé largamente con el venerable anciano Fundador de este orfanatorio y otro de hombres aquí en Jerusalén, y de dos más en San Juan de Montaña. Este Sr., como Uds. saben, era judío, y la Sma. Virgen se le apareció en Roma y se hizo cristiano. Ha fundado la Congregación de Sión para

hombres y mujeres, y SOLO AQUÍ en Tierra Santa, tiene cuatro magníficos establecimientos de instrucción gratuita; pues bien, este santo venerable anciano ha sufrido en sus obras tanto o más que yo, al grado de que hoy hasta suspenso está de confesar y predicar, sin más crimen que hacer el bien, y hacer más que los demás. Yo como buen tonto me he consolado mucho con las persecuciones y sufrimientos de Don Bosco y del P. Rattisbonne, a quienes sin conocer, malamente y en pequeño, he remedado. ¡Ojalá y los remede también en la virtud!

Abril 30 a las 7 ½ de la mañana. Acabo de volver del Sto. Sepulcro, donde pasé toda la noche y dije Misa esta mañana. Voy a transcribirles los apuntes que hice anoche en mi librito, sirviéndome de mesa la peña donde enarbolaron la Cruz, y la loza que cubre el Sto. Sepulcro, pues de eso sacaremos más provecho que de todo lo que llevo dicho. ¡Atención, que ya comienzo! ¿Dónde estoy, Dios mío?... Abrazado de la peña que sostuvo tu Cuerpo Crucificado... sobre la que chorreó tu Preciosísima Sangre... la que María Santísima regó con sus lágrimas al recibir en sus brazos tu Cuerpo exánime... la que se despedazó de dolor cuando exhalaste el último suspiro! Y yo, miserable pecador, tengo esa dicha; y la tengo por tercera vez. Yo, que debería estar en el infierno, estoy en el Calvario! ¡Ah! cuán bueno y misericordioso es Dios para conmigo. . . cuánto me quiere. . . cuánto se interesa por mi pobrecita alma. ¿Cómo corresponderé a las finezas de mi Dios? Enséñame, Señor, a serte agradecido. . . Háblame, Señor, y dime lo que de mí quieres. . . ¿Qué perdone a los que me han hecho mal? Perdónalos, Señor, pues realmente no saben todo el mal que han hecho. ¿Qué apure el cáliz hasta las heces? Mi alma es un mar de amargura y no puedo beber ya más, si Tú no renuevas mis perdidas fuerzas. Dadme, Señor, valor y confianza para apurarlo, para vivir crucificado y para arrostrar y vencer las

dificultades y tropiezos que a cada paso encuentro. Conozco que mis pecados merecen más de lo que he sufrido, y que ellos son la única causa de mis desgracias. . . De aquí no me levantaré hasta que me hayas perdonado como a Dimas. . . Castígame a mí Señor, pero no castigues a aquellas pobres almas que de tan buena voluntad se han consagrado a tu servicio. . . Castígame a mí, Señor, pero no prives del bien a mi pobre pueblo. Castígame a mí Señor, pero no destruyas esas obras que he iniciado, si es que fueren para tu gloria. . . Si te place, quítame aquí mismo la vida, pero no destruyas lo que he hecho en honor Tuyo. ¿Dónde podría morir mejor que aquí abrazado de esta santa roca. . .? Perdóname, Señor, y mándame la muerte, pero haz que sirva para Tu gloria cuanto he hecho para Ti ¿Me levantaré de aquí desconsolado? ¿Bajaré de este monte santo con las manos vacías? No; mil veces no. ¡Aquí fue perdonado un ladrón, aquí fue nombrada María madre de los pecadores! ¡Aquí murió Cristo por mí! Yo bajaré de aquí consolado, rico de valor y confianza, y perdonado de todas mil culpas. Seguiré caminando por el desierto para que, sea yo, u otro, lleguemos a la Tierra de Promisión. ¡Valor y Confianza! No puedo ceñir de oro mi cabeza donde Cristo la tuvo coronada de espinas; dijo Godofredo. En las obras que he hecho no puedo esperar gozo, paz, honor y protección humana, pues las he hecho por un Señor que nació, vivió y murió perseguido, calumniado, despreciado y abandonado hasta de su Padre. ¿Dadme, Señor, valor y confianza para cumplir la sentencia que acaba de trazar mi mano! No borres de mi alma lo que siente ahora que tengo abrazada esta peña del Calvario donde moriste por mí!

Sobre el Sto. Sepulcro hice los apuntes siguientes. ¡Aquí estuvo depositado el Cuerpo Adorable de mi Salvador! ¡De aquí, resucitó glorioso y triunfante para nunca más morir! ¡Aquí estuvieron sentados los Ángeles! ¡Aquí han estado muchísimos Santos! ¡Aquí murió la muerte y fue encadenado el demonio! ¡Aquí se confirmó nuestra

Religión! ¿Podré yo salir desconsolado de este Sto. Sepulcro? ¿Podré rehusar mi cruz. . . ? ¿Me quejaré de mis padecimientos. . . ? ¿Me quedará sin llegar al Calvario. . . ? ¡No, Dios mío; no lo permitas jamás! Manda cruces, tribulaciones y cuanto gustes, pero acompañadas de fuerzas, pues a la vista de este Sepulcro glorioso y triunfante, se endulzarán las amarguras, huirán el temor y la tristeza, y el alma apetece el Calvario. ¡Valor y Confianza! Si morimos crucificados con Cristo, con Cristo resucitaremos gloriosos y triunfantes. Haz, Señor, que yo y los míos llevemos con gusto nuestra cruz hasta la muerte, que amemos la penitencia y los trabajos, los desprecios y las humillaciones, para que en el último día subamos triunfantes al cielo.

Ya hemos visitado todos los Santuarios y lugares interesantes de Jerusalén. En dos días haremos otro tanto con los de los contornos; y el jueves de la Ascensión después de decir Misa en el mismo lugar de donde Jesucristo subió al cielo, saldremos para el Mar Muerto, el Jordán, la Samaria, la Galilea, etc. Nos embarcaremos en el Carmelo para ir a Damasco y al Monte Líbano, y luego seguiremos para el Bósforo y Atenas. Para este viaje hemos formado caravana con tres sacerdotes franceses, y ya hicimos nuestro contrato con un dragoman.

Beyrouth, Siria, Mayo 15 de 1883.

El 13 terminó en el Carmelo nuestra fatigosa peregrinación en Palestina, y en la noche nos embarcamos en el Danubio y venimos a amanecer en esta ciudad, limítrofe de Tiro y Sidón, de donde saldremos mañana para Damasco. Muchas fueron las fatigas y trabajos que sufrí al recorrer parte de la Judea, la Samaria, y la Galilea, pues los caminos son atroces, el sol insoportable. Además me han venido retentando los fríos. Por lo demás, he hecho una peregrinación muy feliz, he tenido muchos consuelos,

he recibido muy buenas lecciones y ya casi he visitado cuantos lugares santificó Ntro. Señor con su presencia. Nunca había estimado en su valor los padecimientos de la vida misionera de Ntro. Señor, y hoy que he seguido sus huellas, he conocido que no fueron inferiores a los de su Pasión.

Lo accidentado de los caminos, la falta de agua y sombra, y el sol, que no sólo calienta sino que quema y tuesta, hacen penosísimos los viajes por esta tierra tan llena de santos y gloriosos recuerdos, como cubierta de escombros, ruinas y maldición de Dios. Omitiré hablar de mis peregrinaciones a Belén, casa de Sta. Isabel, etc., pues ya lo hice cuando años atrás visité esos lugares, los cuales ahora he encontrado sumamente cambiados debido a la fiebre de fundaciones que se ha desarrollado en Palestina de pocos años a la fecha. Iglesias, conventos, orfanatorios, escuelas, hospicios, de católicos, cismáticos y protestantes, de todas las naciones, se han levantado en todas partes y en un instante, como si fueran hongos. D. Belloni, (como llaman aquí al superior del P. Piperni), me recibió muy bien y me convidó a comer. Con las limosnas de México tiene ya edificado un magnífico orfanatorio, comprada una hacienda, y está arreglando otro tanto en Nazaret. ¡Sólo en nuestra pobre patria NO PRENDEN esas plantas! ¡También a D. Belloni lo persiguen! Mal de muchos, consuelo de tontos. Vamos al viaje. El día de la Ascensión, después de decir Misa en el Olivete, sobre el mismo lugar de donde Jesucristo subió al cielo, recorrí todos los santos lugares de Jerusalén, y a las 2 de la tarde marché para S. Sabás en unión de Francisco, tres misioneros de León, un Dragoman y dos beduinos. Seguimos el Cedrón por tres horas hasta que se convirtió en una barranca de lo más pavoroso, horrible y triste que puede imaginarse, muy semejante al tajo de Nochistongo, y entonces por uno de los bordes de aquel hondo precipicio seguimos caminando hasta S. Sabás. Este es un monasterio de griegos cismáticos,

fabricado entre aquellos riscos del abismo, donde en otro tiempo vivieron S. Sabás, S. Juan Damasceno y S. Erasmo, y cuyo recinto y sus cercanías tuvieron en un tiempo catorce mil monjes y todos fueron martirizados por Cosroas. Allí pasamos la noche, y al amanecer salimos para el Mar Muerto. ¡Qué camino! Sólo de ver aquellos precipicios se enchina el cuerpo. Ni un rancho, ni un hombre, ni un animal, ni un árbol. Rocas y más rocas tajadas a pico; blanquizas y de corazón negro, o cubiertas como de sangre cuajada y hediondas a azufre. Yo iba con el Jesús en la boca, y no se me quitaba el pensamiento de lo mucho que aborrece Dios el pecado. A las nueve y pico bajamos finalmente al Mar Muerto, que forma un gran pozo quinientas varas bajo el nivel del mar Mediterráneo y está situado entre los Montes de Moab y de Judea. Estaba casi cubierto de vapores; sus aguas no tenían el más ligero movimiento, y ni dentro ni en sus orillas había otros seres vivientes fuera de nosotros. A lo lejos vimos los lugares que ocupaban las ciudades nefandas, y como temerosos de una nueva PENTAPOLIADA nos retiramos cuanto antes hacía el Jordán atravesando el valle de Acor. En hora y pico nos pusimos en el lugar del bautismo y paso de los israelitas, y me bañé, aunque con mucha incomodidad, pero el caso era ganar la indulgencia rezando el Pater y Ave dentro del río. Allí comimos y sesteamos, y continuamos para Jericó a donde llegamos en menos de dos horas, casi asfixiados de calor. En Jericó no quedan sino recuerdos y la vecina fuente de Eliseo, y el desierto y monte del ayuno y tentación del Salvador. A poco andar de Jericó salimos de la tribu de Benjamín donde vimos la antigua Betel, y fuimos a dormir a la tribu de Efraín. Si sigo así mi carta se convertirá en un fastidioso itinerario, y por lo mismo, básteme decir que he recorrido las doce tribus y todos sus lugares históricos. De lo antiguo, nada queda; y de lo moderno no hay sino horribles poblaciones turcas muy inferiores a nuestras más miserables rancherías. Sin

embargo, el Gálgala y el Hermón, el Garizín y el Ebal, el mar de Genezaret y el de Sodoma, el pozo de Jacob y el de Nehemías, los llanos de Esdrelón y de Saharón, el Jordán y el Cisón, se han reído de las vicisitudes humanas y permanecen firmes en su puesto de honor, señalándonos los sepulcros de la grandeza del pueblo de Dios, y de los templos cristianos. A nadie he olvidado en mi penoso viaje, ¿y cómo podría olvidarme? Las tribus que atravesaba eran un recuerdo constante de todos los hermanos, de mis amigos, de mi pueblo. Los pasajes del Evangelio me retrataban a lo vivo el cuadro de mi vida, y por consiguiente, a todos aquellos seres que tanto ama mi corazón y a los que tanto me lo han despedazado. Mi alma ha encontrado una lección hasta en los objetos más insignificantes que mis sentidos han percibido. Esta lección es una sola. ¿Cuál es ella? Que nacimos para padecer y que yo he sido un mentecato cuando he creído poder gozar. Antes, me destrozaba materialmente el corazón la idea de la ruina de mis pequeñas obras, pero ahora que ya llevo mes y días de no pisar sino ruinas sobre ruinas, y que de ellas deduzco la magnificencia de las obras, me avergüenzo de mi orgullo pretencioso, confieso mi pequeñez, y estoy muy conforme con lo que Dios disponga. La paz, porque tanto anhelaba mi corazón y que me hacía soñar en la cima del Tabor o del Carmelo y envidiar los claustros solitarios, veo que no existe en el mundo. Duro ha sido para mi alma este desengaño, pero muy saludable, pues ya no perderé mi tiempo en buscar aquí lo que no existe, sino que lo emplearé en sufrir y combatir para hallarlo en la eternidad. Me propuse en este viaje a Europa y Asia, estudiar mi situación y la he encontrado idéntica a la de todos cuantos han emprendido iguales o semejantes proyectos a los que he iniciado en Jacona. Lo que yo juzgaba raro, inaudito, etc., no es sino común y un mal en todo el mundo. Seguir yo pretendiendo una excepción, sería verdaderamente una locura. Por lo

tanto, estoy muy conforme con lo ocurrido y muy resuelto en no quitar el dedo del renglón. Antes temía yo ser la causa de todo, y pensaba en separarme de la obra; pero ahora, visto que así sucede a todos y en todas partes, claro es que mi separación no sería remedio; y ya que Dios me puso esa cruz, la seguiré cargando con su divino auxilio. El desarrollo de la propaganda luterana en estos países, de seis años a esta fecha, me hace temer mucho por México, cuyo clima y riqueza son muy superiores a los de estos países, y estamos más cercanos a los norteamericanos que son lo más trabajadores en esta propaganda. . . Aquí por donde quiera se encuentran magníficos establecimientos de educación y beneficencia fundados por protestantes. Creo que muy pronto sucederá otro tanto en nuestra República, y ¡ay de nosotros si no nos preparamos con tiempo! El tiempo de las guerras ya pasó, y ahora no nos quedan más armas que las congregaciones religiosas y la fundación de muchos y buenos establecimientos de beneficencia, de todo género.

Así lo han hecho aquí en Palestina y Siria, y sin embargo los protestantes han ganado terreno. ¡Que el Señor tenga misericordia de nosotros! Ya se me fue el papel en cosas que tal vez no deberían haber salido de mi pecho, pero esto no ha sido sino un derrame de la abundancia que hay en él. A nadie escribo en particular por falta de tiempo, pero tú a cada persona le darás ésta por suya y le asegurarás que a nadie he olvidado en esta tierra de nuestra Redención, y que me he acordado de cada una de ellas en particular, pero muy especialmente de los que me han colmado de bienes o llenado de males. A los hermanos diles que me deleitaba en ir al valle de Josafat, última cita que me dio mi mamá; que me parecía verla que nos andaba juntando para presentarnos al juez; que se empeñen en ser buenos para que nos reunamos con ella en aquel día. A las niñas, diles que ya dejé allí señalado el

lugar donde con ellas y mi pueblo, me he de reunir para que Dios nos juzgue.

Jaffa (Antigua Joppe), Febrero 27 de 1883

A las Hijas de la Inmaculada Concepción de María, Amigos y feligreses:

A las 7 de la mañana, después de dos días de facilísima navegación en el Rostof (vapor ruso) hemos anclado en las costas de Siria, frente a la antigua Joppe y que hoy se llama Jaffa. Ayer pasamos ocho horas en Port Said, ciudad moderna que han fundado los europeos en la boca del Canal del Istmo de Suez, de suerte que estuve flotando sobre las aguas del Mar Rojo. Vi esa obra colosal de la civilización; además los adelantos y poderío de los hombres de nuestro siglo, pero todo mi pasmo y admiración, lo mismo que mi orgullo por ser hombre del siglo XIX, desaparecieron como los ejércitos de Faraón, ante las olas detenidas y revueltas a una simple señal del caudillo del pueblo de Dios. Ante tal grandeza, humillé mi frente sobre el polvo, confesé la debilidad y pequeñez del hombre, y exclamé: ¡Sólo Dios es grande! Como ya indiqué a Uds. en la que les escribí de Alejandría hace tres días, parece que el Señor oye mi voz y acepta mis trabajos en satisfacción de nuestros pecados. Dije esto hablando de los trabajos y sufrimientos de la tempestuosa travesía de Italia a África, y ahora lo confirmo, pues esta mañana todo fue acercarnos a Palestina y soltarse una tempestad deshecha, en medio de la cual tuvimos que desembarcar con no poco peligro de nuestra vida, llenos de miedo, en una confusión muy horrorosa y con el Jesús en la boca. La distancia que recorrimos para llegar a tierra, fue grande y teniendo a la vista el triste espectáculo de dos buques náufragos que yacían despedazados sobre la playa, lo cual contribuyó no poco para la amargura de nuestra agonía, pues no puedo dar otro nombre a este pasaje. Dios quiso

que llegásemos a la playa felizmente y fuésemos arrastrados a tierra sanos y salvos. Digo arrastrados, porque es tal el desorden y confusión de los puertos orientales, que lo arranca a uno la chusma de los árabes y lo saca como tercio, poquito peor. Luego que pisamos la playa se endulzaron nuestras penas con el suave néctar de la caridad cristiana que el peregrino encuentra en la límpida e inagotable fuente del corazón de los Padres Franciscanos de Tierra Santa. Nos dirigimos inmediatamente al convento, distante unos cuantos pasos del desembarcadero, y fabricado sobre las rocas de la playa: fuimos recibidos como en nuestra propia casa: sonó en nuestro oído la lengua de Dios, y en tanto, nuestra helada mano estrechaba la ardiente y robusta diestra de un anciano religioso de Castilla, Fray Casto Amado, quien desde luego me reconoció y me preguntó por mi tío. ¡Qué dulce satisfacción encuentra el ausente en que amen a los que tanto ama su corazón! Desde luego nos condujeron a nuestras celdas, cuya vista al mar suple cuanto les falta de la moda y del comfortable. En el tránsito noté que varios aposentos estaban ocupados por familias turcas, marineros negros, franceses y austríacos, y desde luego comprendí, que aunque de creencias y países muy distintos, todos nos hallábamos bajo el abrigo del manto de la caridad católica; ¡madre ciega que abraza sin distinguir a todo el que se acerca! Dándome por instalado en mi celda, con sólo entrar y salir a ella, bajé enseguida a la pequeña y solitaria Iglesia y di principio a mis oraciones y demás beatitudes, concluidas las cuales, le dije a mi buen Dn. Ruperto: Henos aquí en una ciudad de las más antiguas del mundo, fundada, según dicen, por Jafet, hijo de Noé, después del diluvio; no faltando quien asegure que aquí fabricó Noé el Arca.

En lo que sí no cabe duda es en que Hiram, el gran artífice de Tyro, por aquí desembarcó y condujo a Jerusalén las maderas para el templo, que se trajeron del Líbano; y que

Jonás aquí se embarcó cuando lo arrojaron al mar y se lo tragó la ballena. En la era cristiana, Jaffa fue el teatro del gran milagro de S. Pedro, de la resurrección de su discípula Tabita, a instancias y ruegos de los pobres de la población. Aquí fue también donde tuvo la visión de los animales puros e impuros, que precedió al bautismo del célebre Centurión Cornelio, cuya historia sabe y puede repetir cualquier niño que haya estudiado el Fleury. De esa época a la fecha, Jaffa ha pasado por mil vicisitudes, y de Sede episcopal, puerto de Siria, gran fortaleza, ha venido a parar en una población muy insignificante que apenas tendrá cincuenta católicos, en un puerto que sólo en brazos se puede desembarcar, y en una fortaleza que no habrá flota que la ataque por miedo al mar. Su posición es hermosa y pintoresca, pero como toda población turca, es más inmunda que la misma inmundicia. Para mí tiene dos cosas que me hacen estimarla; huertos de limones y naranjos, como en Jacona; y una Sra. europea que se ha dedicado a poner escuelas de caridad. Después de haber comido y a eso de la una y media, nos encaminamos a las orillas de la población donde ya nos aguardaba un carricoche de cuatro asientos, descubierto y de muy mala traza, pero adecuado al cocheró, tronco y arnés. Allí montamos en compañía de un judío rechoncho y viejo que tenía trazas de adinerado, pues en seguida me habló de defensa en el caso de ladrones. El principio de mi jornada fue un recuerdo continuo de Jacona, pues no veíamos más que bosques de limones, naranjos y limares, hasta que entramos al llano de Saraón cubierto ahora de verdes trigales y lupines, los cuales me hicieron comprender, desde luego, los inmensos daños que causarían a los filisteos, las zorras que allí soltó Sansón para incendiarles esos mismos campos cubiertos de ricas mieses. A las tres horas de camino, o sea a las cuatro y media, llegamos al Hospicio de Ramble o sea la antigua Arimatea, donde fuimos recibidos y tratados con la caridad de costumbre.

En esta pequeña aldea no hay cosa digna de recuerdo si no es la casa de Sn. Nicodemus, en la cual dije Misa; la torre de los 40 mártires de Sebaste y la pieza del convento donde durmió Napoleón I cuando se hospedó allí, y por lo cual, después los turcos destruyeron el convento y asesinaron a ocho de los Padres, o sea a todos menos uno que logró escaparse. Al llegar a este pueblo me propusieron en venta un muchacho africano, y el cochero lo compró en \$50.00. Me vendían una madre con una hija de ocho años, y una chiquilla de pecho, y ya mero la compraba, de pura lástima, pues ha de ser cosa terrible la venta separada de la madre y de las hijas, y más si caen en manos de otro judío que las tenga como a éstas, a medio comer y desnudas. ¡Qué horrible es el comercio de carne humana! Todavía se me enchina el cuerpo. La compra de carne humana hizo a mis compañeros dormir bien, y al cochero olvidarse de nosotros; de suerte que en vez de salir a las cinco salimos a las ocho de la mañana. El camino mientras dura el valle de Saraón o sea la tierra de los filisteos, es pintoresco y fértil, pero este trecho es ya corto y pronto se llega a Latrum, la tierra de Dimas, donde ya empiezan las montañas de Judá, y cada paso hacia Jerusalén, se aumenta la esterilidad del terreno, no encontrándose más que una que otra mancha de fertilidad, tal como Caratiarin (donde estuvo el Arca) y el valle de Terebinto donde David mató al gigante Goliat. Además, todo son subidas y bajadas pedregosas hasta llegar a Jerusalén, lo cual cansa y enfada en extremo, y más si se camina con un judío que babosea el castellano y que no habla ni piensa más que en la fiesta que ese día hacen ellos, la muerte de Amán, y en que él se ha quedado sin comer carne, gallina, dulce, etc., como se acostumbra en ese día. Para colmo de nuestros pecados, el cochero era judío, y día de ayuno, y todo reunido, puedo asegurar que ya renegábamos. A las cuatro y media llegamos a la Santa Ciudad, la cual no podía conocer, pues está completamente

transformada: la civilización se ha apoderado de las riendas y lleva las cosas a todo galope. Fuera los muros he venido a encontrar una población completamente nueva, toda europea y no fea. Los judíos han formado su colonia y hasta el perezoso turco ha sido arrebatado de la corriente de la novedad, y ya empieza a emprender en fábricas y reformas materiales, aunque no del mejor gusto. Todo este adelanto material no lo juzgo adecuado para Jerusalén que por excelente debe ser la villa de las lágrimas, la penitencia y el dolor. Quiero que Jerusalén sea para el peregrino y no para el viajero, razón por la que ahora no me agrada.

MARTES 1º. Mi primera Misa en Jerusalén, no pudiendo decirla en el Sto. Sepulcro, deseaba fuese en Getsemaní por ser lugar que conserva su rusticidad, por estar en el valle de Josafat y por el misterio que allí pasó, pero no fue posible, y Dios dispuso que fuese primero a purificarme meditando en los azotes que el Señor padeció por nuestras sensualidades, y celebrando el Sto. Sacrificio en el mismo lugar donde Jesucristo fue atado a la columna. Así lo hice, y tanto la idea que acabo de expresar, como la impresión que sentía y que me hacía casi ver a Jesucristo y oír la gritería del populacho y el chasquido de los látigos, hicieron que celebrara con no poco fervor y contento de alma. La mañana la pasé recorriendo los lugares santos que hay en el monte Sión, como son las casas de Anás y de Caifás, la torre de David y el Cenáculo testigos de grandes prodigios y de la ingratitud de los cristianos, quienes con la mayor indiferencia vemos a los turcos y cismáticos apoderarse de estos santuarios que para los cristianos no tienen precio, tanto por los misterios que en ellos se obraron como por la mucha sangre y sacrificios que nos han costado. ¡Dios sea bendito! En todo el mundo, hoy día no se hace caso ni se piensa sino en el dinero, que es el verdadero dios del siglo XIX. De Sión bajamos por Getsemaní, y a la mitad tomamos el camino de Siloé, Valle de Genón, Hacéldama y monte del Mal-Consejo, lugares

todos llenos de mil recuerdos de las Santas Escrituras, y que Uds. sólo con oírlos nombrar tienen para recordar los hechos a que me refiero. De allí retrocedimos por lo profundo del valle o sea el lecho del Cedrón hasta llegar al temido valle de Josafat, donde me senté sobre un sepulcro de algún judío, teniendo ante mis ojos los muros de Jerusalén y a mi espalda el Olivete, y di rienda suelta a mi imaginación. En esta vez no fue mi Madre buscándome entre los réprobos y maldiciéndome; lo que más me aterrorizó fueron las hijas, ¡Ay sí! las hijas por quienes tanto he trabajado y a quienes tanto bien deseo, que en tumulto me arrastraban hacia el trono maldiciendo el día y la hora en que entraron al colegio de la Inmaculada Concepción, y pidiendo unánimes y a gritos, mi eterna condenación! ¡Qué terribles pensamientos! ¿Y qué hasta tal grado llegará mi desgracia? ¿Será posible que lleguemos a maldecir la hora en que nos conocimos?... el colegio. . . el pueblo. . . y todas aquellas cosas que hoy nos son tan gratas?. . . Nada tiene de imposible y sí es muy fácil, razón por la cual debemos de cuidar mucho de trabajar no para la felicidad y goce temporal, sino para la eternidad. Ayudémonos mutuamente a ganar el cielo practicando la virtud y corrigiendo el vicio, pues sólo así tendré la singular dicha de que me busquéis en Josafat para que como Padre vuestro, junto con vosotras, me coloque al lado de los predestinados y subamos al cielo a gozar de Dios eternamente.

En la tarde asistí a la procesión que diariamente se hacen en los Lugares Santos que cierra el templo del Sto. Sepulcro, y nos quedamos allí a pasar la noche, para poder decir Misa el día siguiente, lo cual sólo así se consigue por razón de que los turcos son los dueños, y sólo pagándoles abren la puerta. La mitad del tiempo lo pasé dentro del sepulcro, postrado sobre la loza; la otra mitad, cosido mi rostro con la peña donde enarbolaron la Cruz del Calvario. En ambos sitios el Reglamento y un Sto. Cristo me

acompañaban, y mi mente viajaba de Jacona al cielo, de Uds. al trono de Dios. El inmenso templo con todas sus divisiones, capillas, galerías y subterráneos, estaba sepultado en profundo silencio y obscuridad, pues la tenue luz de las lamparillas sólo servía para hacer más visibles las tinieblas. Los religiosos franciscanos y los sacerdotes cismáticos de las sectas cristianas que allí moran, daban tregua a las fatigas del día, mientras que dos o tres mujeres griegas, peregrinas como yo, pero cismáticas, guardaban una quietud mortuoria, que no sería temeridad titularla profundo sueño. En fin, todo parecía descansar en aquel lugar sacrosanto, menos un hombre que con agitación casi febril pedía perdón de sus pecados y de los de su pueblo; ofrecía en sacrificio los inocentes corazones de sus hijas y los propios padecimientos; en cambio, pedía la bendición celestial y protección divina para la coronación de las obras iniciadas en beneficio de sus pobres paisanos, y ahora reglamentadas, a fin de que produzcan más copiosos frutos. Ese hombre era yo, que lleno de fe esperaba sobre el Gólgota, el fiat del Altísimo para volver a mi Patria y entregarme en compañía de Uds. a la salvación de las almas y al alivio de los males que oprimen a la humanidad. Esa voz que aprueba nuestros proyectos creo haberla oído en el entusiasmo que abrasa mi corazón, en la paz que reina en mi conciencia, en el gusto con que veo ahora las contrariedades sufridas, en el deseo que tengo de padecer, finalmente, en ese frenesí que constantemente me agita y a toda hora, tiempo y lugar, me transporta a mi pueblo, al lado de Uds. y a nuestros quehaceres de beneficencia. Sí, hijas; no hay duda que el Señor bendice nuestras obras y que darán su fruto en tiempo oportuno. Yo soy muy indigno de capitanear semejante empresa, pero el Señor es muy misericordioso, y muy grandes son las necesidades de nuestra pobre juventud y desgraciada patria, lo cual basta para suplir lo que me falta, pues Dios atiende a las necesidades y no a las

personas. ¡Cuán dichosos seríamos si nuestra Congregación lograra propagarse como otras muchas, derramando el bien siquiera en la diócesis de Zamora, y extenderse cuanto demanden las necesidades de los pueblos! ¿Y por qué dudarlo? Eso depende de nosotros; santifiquémonos, sacrifiquémonos sin reserva en bien de nuestros semejantes, pongamos en Dios nuestra confianza, no atraigamos sobre nuestras cabezas la ira divina, y yo os aseguro que ese Reglamento, esa Congregación cuyas instituciones se han formado en la Tierra de nuestra Redención y firmándose sobre las sangrientas rocas del Calvario, no dejarán de producir el ciento por uno. Así sea.

A las cinco de la mañana del 2, primer viernes de Marzo, se realizó mi gran deseo celebrando la Misa sobre el Sto. Sepulcro de Nuestro Redentor, de suerte que en este mundo ya no me queda nada que desear en cuanto a mi persona, y en prueba de ello deseo ser sepultado y así lo encargo desde ahora, con la ropa que me ha servido en esta peregrinación, y que ha sido testigo y fiel compañera del colmo de mis deseos. Inútil es repetirles que tanto esa Misa como cuantas he celebrado, han sido por nuestra común intención y la de nuestros parientes, amigos y bienhechores. A medio día recorrí la Calle de la Amargura o Vía Dolorosa, rezando el Via-Crucis y arrodillándome públicamente en cada sitio donde había pasado el misterio que meditaba; no hubo ni quien me dijera una sola palabra, se riera o burlara de mí; ¡y estoy entre turcos y judíos! ¡Pobre México! ¡pobre México!

Fui a ver también el llanto de los judíos junto a unas piedras del antiguo muro, y es cosa que parte el corazón y hace palpable la maldición de Dios.

SÁBADO 3.- Hoy dije Misa en la Gruta de la Agonía, en el jardín de Getsemaní, que se conserva tal como estaba en vida de Jesucristo, y por consiguiente, es uno de los santuarios más devotos y más conmovedores de Tierra Santa. Allí pedí al Señor nos infunda el espíritu de oración,

pues la Meditación ha de ser nuestra arma favorita en el combate a que nos preparamos. A las 10 fui a visitar la gran Mezquita de Omar: el templo más venerado que tienen los musulmanes después del de la Meca, y que después de cuatro o cinco años a esta parte, es cuando han permitido que los cristianos entren a él, y esto con mil requisitos, de consúl genízaros, soldados y cuatro pesos plata; pero vale la pena, tanto por lo que se ve como por los recuerdos que en él se encierran.

Está situado en el Moria, sobre la roca en que Abraham ofreció a Isaac; en la plataforma o terrapién que hizo Salomón para fabricar el templo, y por consiguiente, a donde bajó Dios innumerables veces; allí pasó la Santísima Virgen su niñez, allí se desposó, allí presento al Niño, y Simeón lo recibió en sus brazos: allí vinieron el venerable anciano y la profetisa Ana; allí encontraron María y José a Jesús entre los Doctores; allí Jesús subió al pináculo en compañía del demonio; allí alabó el óbolo de la viuda, defendió a la mujer adúltera, iba a ser apedreado por los judíos, predicó muchas veces, y arrojó a los usureros y mercaderes que lo profanaban. Allí en fin, se cumplió la profecía de Jesús, rompiéndose el velo de arriba abajo, y no quedando piedra sobre piedra. ¡Ay! ¡Cuántos recuerdos! ¡qué vicisitudes! ¡cuántas lágrimas allí se encierran! La historia de este sitio durante la era cristiana es una continua serie de guerras, destrucción y matanzas; pero generalmente los turcos han tenido la mejor parte, y conservan para nuestra confusión y mengua su hermosa mezquita sobre un terreno donde, para los cristianos, cada piedra es un ara y cada grano de arena vale más que la vida. Mucha sangre corrió en defensa de estos santos lugares, y el caso es que están en manos de turcos. No les describo la mezquita por no considerarme capaz, pero sí les digo que parece uno de esos palacios encantados que traen Uds., en sus cuentos. Es lo mejor que he visto en esa clase, y creo que no hay cosa que le iguale. El día cinco

emprendimos nuestra peregrinación a Belén, habiendo dicho la Misa antes en el Ecce Homo, delante del arco del Litrostrotos, lugar donde el Padre Rattisbonne ha fundado un orfanatorio para judíos bajo la dirección de las Hermanas de Nuestra Señora de Sión, fundadas también por él: ¡que limpieza!, ¡qué orden! ¡qué devoción! ¡qué pensamientos! ¡cuántos castillos en el aire pensando en las Hijas de María Esperanza Nuestra! Tengan su capilla, oratorio o templo, muy aseado, y contribuirán mucho a la mayor gloria de Dios y salvación de los sacerdotes.

A la una de la tarde salimos de Jerusalén con un tiempo medio lluvioso y borrasco, de suerte que no gozamos mucho del camino, pero sí padecemos algo, que es lo más propio y adecuado tratándose de peregrinaciones. El camino está sembrado de recuerdos, pues mal grado las vicisitudes de la Palestina, la tradición nos la ha conservado. Nuestros enemigos han destruido todos los monumentos de la piedad cristiana en la tierra de la Redención, los han profanado con sus ídolos, los han desfigurado, pero no han podido cancelarlos de la memoria y corazón de los cristianos, quienes conocen todos los sitios y hasta las piedras donde el Hijo de Dios puso su planta, y al llegar a ellos doblan la rodilla, los riegan de lágrimas, y los cubren de besos. Nosotros seguimos el mismo camino que la Sagrada Familia recorrió mil veces. Allí está el pozo donde los Magos dieron de beber a los animales; más allá, el lugar donde Elías fue alimentado por los cuervos y de donde Abacuc fue trasladado por los Angeles a Babilonia: entre los árboles del camino hay uno bien conocido, por creerse que a su sombra acostumbraba descansar la Madre de Dios. Aún se distinguen los restos de la torre de Jacob, donde la hermosa Raquel murió al dar a luz a Benjamín, y en el camino se conserva el sepulcro donde fue enterrada. Al acercarse ya a Belén, indica el sitio donde David fue ungido Rey; a los pocos pasos se entra a la ciudad, la cual es tan

hermosa y pintoresca de lejos, como fea, sucia y asquerosa de cerca. Como nuestro camino apenas tardó dos horas y media, llegamos muy a tiempo para asistir a la procesión que diariamente hacen los religiosos en la gruta del Nacimiento de Jesucristo, y catacumbas y subterráneos de San Jerónimo; y en efecto asistimos y procuramos que fuese con la mayor devoción posible, pues el mayor fervor se hiela al ver cómo han destrozado este santuario los sacerdotes cismáticos, no obstante estar sembrado de soldados armados puestos allí por el gobierno para evitar los desórdenes, pues como buenos turcos se dejan untar la mano, y llegado el caso, ayudan a quienes debieran castigar. Se caen las alas del corazón al contemplar el lamentable estado que guardan los santuarios de Belén, pero al mismo tiempo se aviva la fe al ver gentes de tantas naciones, creencias y costumbres diferentes, vivir peleando las piedras y las ruinas de los lugares que Jesucristo honró con su presencia. Después de la procesión visitamos la Cueva de la Leche, lugar venerado hasta por los mismos turcos, e hice mi provisión de tierra para dar abasto a los continuos pedidos de las madres de familia.

En esta gruta se ocultó la Virgen al salir para Egipto, y dándole de mamar al Niño, aconteció que cayeron unas gotas de leche, y toda la cueva se puso blanca, y ha sido desde entonces lugar muy venerado por todas las madres cuando les escasea la leche. Visitamos al día siguiente el pueblo de donde eran los Pastores, la gruta donde tenían encerrado el ganado cuando les habló el Ángel, y el campo de Booz, lugares que quedan casi todos juntos, y que llenan el alma de tiernas emociones e inocentísimos recuerdos.

Después de comer continuamos nuestra peregrinación a pie hasta la casa de Sta. Isabel. La fatiga de esta jornada fue muy grande, pero más fue el consuelo, pues sólo en este santuario y en el de Nazaret, no hay turcos ni cismáticos, y por consiguiente, todo está muy aseado y devoto, y se puede meditar tranquilamente en los grandes

misterios que allí se obraron. Usando el lenguaje de Uds., les diré, que es muy sabroso el Magníficat, Ave María, Benedictus, etc. en los lugares donde fueron compuestos. Entre esas montañas desiertas y entre turcos, tienen las Religiosas de Sión otro colegio u orfanatorio de judías, ¡qué gusto y qué envidia me dio ver aquel establecimiento de mujeres en el desierto! ¡Cómo se me oprimió el corazón al pensar que nosotros no podemos establecer uno, ni aun en la población! y qué ¿mis sudores y lágrimas en esta tierra sacrosanta serán inútiles? No, indudablemente no; ellos darán su fruto en tiempo oportuno, cuando hayamos hecho penitencia por nuestros pecados, y seamos dignos de tan altos dones. Es admirable el número de escuelas y colegios católicos y sectarios que hay en Tierra Santa; los magníficos edificios que han hecho en los quince años que no venía, y el impulso que todos dan a la educación en esta tierra, lo demuestran. Al ver todo esto y las dificultades que nosotros hallamos para todo, y el abandono en que yacemos, me llena de tristeza y hasta me entró no sé qué con Dios Ntro. Señor, pero en el acto recordé todo lo que me ha pasado por hacer el bien, y conocí que todavía no nos castiga Dios como merecemos. De San Juan en Montana, volvimos a Jerusalén por un camino bastante fatigoso visitando de paso el convento griego cismático que está en el lugar de donde cortaron el árbol para la Cruz del Redentor. Según las pinturas del altar mayor, ese árbol fue plantado por Lot; cortado por Salomón para el templo, y tirado fuera de los muros de Josafat por no haber dado las medidas requeridas, y por cuyo motivo lo consideraron todos como árbol maldecido y de oprobio, y quedó allí por los siglos, hasta que los judíos para deshonorar más a Cristo, discurrieron hacer de él la Santa Cruz. Esta historia tiene más rodeos, pero los dejo para cuando platiquemos. El día ocho fue mi último día en Jerusalén, y a las cuatro y media me levanté para decir Misa, me estaba acordando que allá eran las siete y media

de la noche del día siete, que Uds. acababan de cenar y platicaban de la misa cantada y comunión para el día siguiente. ¡Cuán ajenas estarían de que en esos momentos, en el Monte Olivete, frente al valle de Josafat, en el lugar en que el Señor compuso el “Padre Nuestro”, se ofrecía por Uds. el Sto. Sacrificio, y se pedía que allí nos reunamos el día del Juicio para ser juzgados y subir juntos al cielo! El nueve a las cinco de la mañana, después de decir Misa, partí de la Sta. Ciudad; le dí mi última mirada a aquel suelo sacrosanto, y en el espacio de diez horas llegué a Jaffa donde desde luego tomé la pluma para terminar aquí mismo esta carta, lo cual me apresuré a hacer porque el vapor austríaco en que debo partir, está en estos momentos echando anclas. He concluido mi peregrinación y mi viaje a Europa, desde este momento empiezo mi vuelta a México, y sólo Dios sabe si dentro de tres meses, habré dado a Uds. un estrecho abrazo.

Balbek, (Siria) Mayo 19 de 1883.

Al llegar a esta ciudad, que fue la antigua Heliópolis, (ciudad del sol), cuya fundación se atribuye a Salomón y que es digna émula de Palmira en gigantescas ruinas, desde luego me propuse escribirte. ¿Y de dónde nació este propósito? ¿De una poética situación en el fértil valle de Selésiria, al pie del Antilíbano y frente a los afamados Cedros? ¿de sus cristalinos arroyos en las calles? de sus aromáticas y bellas flores? ¿de las ruinas colosales de su ACROPOLIS y sus templos? No, hija mía; de nada de esto sino de la miseria de su catedral, la cual me hizo recordar tus lamentos del oratorio del Asilo, siendo que aquél sería una magnífica basílica al lado de ésta. Muy contento quedaría el Sr. Arzobispo griego católico, y su Ilma. el Patriarca Maronita, si les prestaras tu altar y sus adornos para sus grandes funciones. ¡Qué lejos estamos de conocer la pobreza y miseria tal como aquí se ven! Por ser

aniversario de mi Presbiterado no quise quedarme ayer y hoy sin decir Misa, pero cuando ya estaba en el altar y vi aquel desaseo y suma miseria, me vinieron ímpetus de retirarme, y sólo S. Juan Crisóstomo logró detenerme con aquellas palabras: “En otro tiempo los cálices eran de palo y los sacerdotes de oro; hoy los cálices son de oro y los sacerdotes de palo”. Esta verdad me hizo cerrar los ojos y decir Misa con más devoción, a fin de ser siquiera de palo dorado. La bondad y cristiana hospitalidad de estos Sres. Obispos y su clero son muy superiores a nuestros suntuosos templos. Apenas supieron de nuestra llegada y vinieron a visitarnos, y nos han colmado de afecto y bondad por medio de sus intérpretes y con sus obras. Las Hermanas del Sgdo. Corazón misioneras y de origen árabe, han competido con el clero en manifestaciones de bondad y cariño. Acabo de venir de su escuela, y aún tiembla mi mano de la conmoción que mi alma sintió. Dos piecitas miserables pero muy limpias, forman la mansión de tres religiosas y una joven ayudanta, y la escuela, de cuarenta y tantas muchachitas que por poco yacían en las garras de los protestantes. ¡Qué pobreza! ¡Qué simplicidad de costumbres; ¡qué alegría de fisonomías! ¡qué sinceridad de afecto! ¡qué todo! Yo estaba acostumbrado a ver el cielo de oro, plata y azul, diamantes y topacios, zafiros y esmeraldas pero aquí lo he visto de harapos y pan negro, y me parece tan hermoso como aquél y más accesible. ¿Y qué sería, de todo esto, lo que más conmovió mi alma? Vergüenza es decirlo, pero hay que confesarlo. ¡Que son mil veces más felices los árabes cristianos que los mexicanos! ¡Que el gran turco es mejor amo que los gobernantes cristianos! ¡Que las comunidades religiosas encuentran más acogida y protección entre los mahometanos que entre los católicos! y ¡que. . . he envidiado hasta a los beduinos del desierto y del Mar Muerto, pues veo en ellos unión y caridad fraterna! ¡También a estas pobres religiosas las persigue la envidia,

de suerte que ese animal hasta a los hilachos le entra! No falta quien haya dicho en Europa que son viejas inútiles, que nada bueno hacen, y de esta manera se les han escaseado las limosnas que de allá recibían, pero en cambio se han aumentado las vocaciones y las escuelas. ¿Cómo quieren que las olvide si a cada paso las veo retratadas? ¡Ojalá y los vientos y tempestades de Anáhuac no disipen las lecciones que he recibido en ese largo y penoso viaje a Palestina y a Siria! ¡Ojalá y mañana al arrodillarme sobre las raíces de los cedros del Líbano, glorioso monumento que la naturaleza ha levantado a nuestra divina religión, mi alma se fortalezca como ellos para resistir al huracán, y despreciando la tierra que me sostiene, poder levantar la cabeza sobre la región de las nubes, y tener siempre los ojos fijos en el cielo, única morada de paz y verdadera felicidad. Adiós.

Costa de Siria, Mayo 24 de 1883.

Ayer terminó en Trípoli nuestro viaje por tierra después de 24 días de caballo y de haber sudado la gota gorda en esos desiertos y montañas que Dios creó para los chivos y los locos como nosotros. Los últimos tres días fueron en extremo peligrosos, pues de Balbek pasamos a los Cedros por el Monte Líbano y en su parte más encumbrada. La subida es tan pendiente que sólo afianzándose de la crín del caballo puede uno detenerse, y a veces ni aun así, y hay que echarse a pie y ser auxiliado por los guías. Mucho pavor infunden aquellos arenales y el estrépito de los torrentes de nieve derretida que se precipitan de la cima de la montaña. Ahora es el tiempo en que menos nieve hay, y yo tuve que andar enterrado en ella hasta el tobillo, largas dos horas, tiempo suficiente para que se me hubieran acabado las fuerzas, el resuello y hasta las ganas de andar viendo cosas grandes y maravillosas. Por supuesto que un hombre me llevaba

abrazado, o más bien dicho, me arrastraba por aquellos precipicios, y yo no sabía donde pisaba, ni me acordaba de nada, sino de alcanzar resuello, pues creía ahogarme. ¿Y para qué tanta fatiga y correr tan eminentes riesgos? Para ver los Cedros de Líbano; suntuoso monumento, que sobre las nieves eternas, ha erigido la naturaleza a la Religión. La fatiga fue muy grande, es verdad, pero no menos grande fue la satisfacción de hablar a solas con aquellos venerables ancianos, testigos mudos de las vicisitudes del mundo desde la creación, y cuya existencia Dios ha conservado milagrosamente, pues a pesar del diluvio, de las nieves, de las tempestades y de los hombres, ellos se mecen majestuosos entre las nubes ensalzando al Creador. Inmenso fue el consuelo que yo sentí a la sombra de estos cedros venerados, tanto en mi fatigado cuerpo como en mi debilitada alma, pues me imaginé que esos siete cedros antediluvianos y otros pequeños que se crían bajo sus ramas, son Uds. y que sobre el monte de la ORACIÓN, cubierto de la blanca nieve de la VIRGINIDAD, de la aridez de la POBREZA, de las rocas de la firmeza, de los manantiales de la CARIDAD, no habrá quien pueda aniquilarlas, y que Dios las conservará para su mayor gloria y en testimonio de que aún hay almas generosas que todo lo sacrifican por el bien de sus semejantes.

Yo confirmé mi idea de que todo lo bueno cuesta trabajo alcanzarlo, como a mí me costó ver los citados cedros; y esto me hace esperar que muy buena será nuestra obra, pues que tantos trabajos nos ha costado y costará aun. Tengamos siempre los ojos en el cielo: cubrámonos siempre con una capa impenetrable de dura y helada paciencia, tengamos gran amor y estima a la santa pobreza, y Dios coronará nuestra obra. Hoy es día de Corpus, y yo desde estos mares donde bogo he hecho mil recuerdos de Uds. Ojalá y en nombre propio y mío hayan honrado al Smo. Señor Sacramentado. Reciban todas mi grande afecto y bendición que en el nombre del Señor de

los mares, les mando desde las Costas de Asia Menor. Adiós.

Anclado frente a Alejandreta, Mayo 25 de 1883.

Mí muy amada Hija:

¿De qué te hablaré que te interese, instruya y tenga relación con mi viaje? ¡Hay tanto! Seguiremos el orden.

Apenas dejamos las sombras de los majestuosos y venerables cedros que de la cima del nevado Líbano levantan su cabeza hasta los cielos, cuando un abismo inmensurable horrorizó nuestros ojos, y aterrorizó nuestros oídos con su tenebrosa profundidad y los roncós bramidos de mil impetuosos torrentes que sobre él se precipitan. Caminando sobre un estrechísimo sendero en los bordes de aquel profundísimo caos, descendimos durante dos horas hasta llegar a Bcharreh, población maronita de seis mil almas, edificada en los flancos de la barranca y entre colosales peñascos, como el águila hace el nido para sus polluelos.

Por supuesto que esa bajada fue a pie, pues a caballo es casi impracticable. Al llegar a Bcharreh, vimos que el que nos parecía abismo, caos, barranca, no era sino un hermosísimo, fértil y pintoresco valle maronita, cruzado como un tablero, por espumosos arroyuelos que después de despeñarse de la altísima cima como fajas de brillante plata, corren bulliciosos por una alfombra de perenne verdor, para luego formar nuevas cascadas, saltando de montaña en montaña hasta llegar al mar. Al entrar en aquellos nidos de águila o paloma que estaban preparados para hospedarnos, y al contemplar desde mi ventana aquel panorama encantador, no pude menos que exclamar por primera vez en mi vida: “Ahora sí, ¡oh Jacona, inclina tu cabeza!”

¿Y qué tengo que ver yo con todo eso, Sr. Cura? Ahorita lo veremos.

Cuando trepábamos el empinado Líbano, iba materialmente temblando de miedo y de pavor al ver aquella soledad, aquellos precipicios, aquellos arenales, aquel manto mortuorio de nieve, y creía morir de cansancio y tristeza; pero al otro lado de la altísima cima encontré un mechoncito de verdes cedros, y entre ellos, siete que oyeron la voz de Dios en la creación del mundo. Al bajar de allí un abismo sin fin se presentó a mi vista y por sus bordes tuve que descender hasta el fondo, experimentando iguales o mayores sensaciones de miedo, cansancio, tristeza, etc., y luego de admiración y alegría, al hallarme en un verdadero paraíso terrenal, que cuenta 4 iglesias, 14 capillas y 32 sacerdotes, siendo que sus habitantes apenas llegan a seis mil. Ved aquí, pues, como tanto al subir a la región de las nieves y de las nubes, como al bajar al fondo de un insondable abismo, sufrí atrocemente y en todo sentido; pero en el término de ambas partes hallé a Dios con toda su gloria y me regocijé y conforté sobre manera, pensando que ni las nieves, ni las tempestades, ni las cataratas, ni los abismos, ni las fieras, ni los hombres pueden destruir las obras de Dios porque El las sostiene; así me lo predicaron los Cedros del Líbano y las Cataratas de Bcharreh.

Ahora estamos trepando las empinadas cumbres de la Congregación; soledades, desierto, arenales, nieves y muerte es lo que vemos delante de nosotros; pero si marchamos con firmeza, cuando menos pensemos llegaremos a los cedros, y allí recobraremos las perdidas fuerzas. En el fondo de un abismo oscuro, por cuyos bordes marchamos en zigzag, temiendo despeñarnos a cada paso, hallaremos el valle encantador de Bcharreh, cubierto de verdor, rodeado de blanquísimas cascadas, regado de cristalinas aguas, y entre sus gigantescas rocas hallaremos la mansión de la paz, y allí descansaremos.

Nuestra herencia son los POBRES; los pobres son los hijos de Dios, de suerte que estamos con Dios, y estando con Dios ¿qué tenemos que temer? Nada, nada hay que temer, pues quien ha conservado los cedros del Líbano, entre las nieves y tempestades del altísimo Líbano, por más de cinco mil años, conservará a las madres de los huérfanos e ignorantes, malgrado los hielos y tempestades del siglo y de nuestros hermanos, pues son las protectoras de los pobres. Amén. Adiós.

Dardanelos, Junio 7 de 1883.

Hace ocho días que puse en el correo de Esmirna, no una carta sino una balija para Uds. En ella nada decía de la patria de S. Policarpo, en la cual permanecí día y medio, tiempo suficiente para ver sus templos y establecimientos de beneficencia católicos, los cuales son muy bonitos y muy aseados, cosa rara en Oriente. La ciudad, aunque Oriental, tiene mucho aire europeo y griego, es muy grande y comercial y está en un territorio muy feraz, poético y bien cultivado. Su principal riqueza son los higos pues abundan más que la ingratitud, y son los mejores del mundo. Dos cosas fueron las que ocuparon mi atención: 1ª. Dos hermanas de la Caridad, compatriotas nuestras, Sor Bernardina, de Lagos, y Sor María, de Monterrey, ocupadas una en el hospital austríaco y la otra en el asilo de la Providencia. ¡Cuánto gusto sentimos al vernos! ¡Cómo estrecha los corazones la inmensidad de los mares! ¡Qué bien se entienden entre sí y reconocen las almas de los que sufren! ¡Pobres inocentes, que por hacer el bien, comen el pan del destierro! ¡Valor y Confianza! 2ª. El Sr. Obispo o más bien dicho, Arzobispo Mgr. Tomoni, quien se embarcó en Rodas a donde fue a hacer confirmaciones, y en Esmirna nos llevó a su Palacio y nos dio un convite.

¿Qué fineza, qué trato, qué educación, qué bondad, qué. . . todo! ¿Es verdad que justamente llamaron mi atención

las dos cosas que os acabo de referir? No podía menos, pues son parecidas a las de allá. En 36 horas de navegación pasamos los Dardanelos y el Mar de Mármara y llegamos a Constantinopla ya oscureciendo. A esa hora ya no nos permitieron desembarcar y pasamos la noche anclados a la entrada del Bósforo, gozando de la mágica y encantadora perspectiva que presentaba aquella masa de poblaciones aglomeradas sobre colinas, cuyos iluminados minaretes y las luces de las ventanas de las casas parecían brillantes amontonados a uno y otro lado del mar que por entre ellos serpentea cual manso río tachonado de estrellas, pues así parecen los farolitos de treinta mil barcas o más que están allí ancladas. Al día siguiente esperábamos que la luz del sol disiparía los encantos de la noche anterior, pero al contrario, vino a aumentarlos, pues a la verdad sobre la tierra no puede haber vista más poética, hermosa y sorprendente que la de Constantinopla. Lo que no hizo el sol hizo una barca, pues llevándonos a tierra perdimos nuestras ilusiones al recorrer aquellos callejones tortuosos, inmundos, pésimamente empedrados y muy empinados.

Para recobrar nuestras ilusiones pasamos una tarde en “El Cuerno de Oro” y una mañana en el Bósforo, recorriendo aquellas costas en un vaporcito y admirando aquella cadena no interrumpida de colinas sembradas de soberbios alcázares, de espléndidos palacios, de magníficas mezquitas y graciosos minaretes, cuya blancura y reluciente oro se hace más notable junto a los bosques de cipreses y cerezos de que está cubierto aquel suelo feraz, siempre pródigo en flores y siempre tapizado de ociosos turcos vestidos de mil colores. De edificios, por supuesto que nos contentamos con ver los kioscos y dorados alcázares desde lejos, y con entrar descalzos a Sta. Sofía, para salir de ella admirados de su hermosura y de que Dios permita que tan magnífico templo, levantado nada menos que en honor de la Divina Sabiduría, yazca en

manos de los infieles mahometanos. Tuvimos aquí de nuevo el gusto de visitar a unas paisanas; Sor Guadalupe Lozano, Dolores Soto, Ambrosia Tortolero, Luz Morales, Dolores López Tello, Leocadia Gutiérrez y Josefa Reinoso. ¡Si esto se hace con el madero verde, qué se hará con el seco? dije para mí. ¡Pobrecitas, cuánto extrañan a su pobre Patria! ¡Ojalá y su sacrificio aplaque la ira de Dios, contra nosotros! También vi a Sor Rosa la superiora de San Felipe. Ya el mar no me deja seguir escribiendo, pues está bastante agitado.

Loreto, Junio 11 de 1883.

Acabo de volver de Sta. Casa donde he pasado todo el día. ¿Qué no serán oídas mis oraciones, siendo que las hice con tanta fe y fervor? ¿Se secará la flor consabida? ¡Que Dios la haga una santa, donde le plazca a su Divina Majestad! Hasta San Antonio ha entrado en esta peregrinación a Loreto, pues le están haciendo un triduo muy solemne en el mismo templo, y me tocó asistir hoy; y al verlo tan engalanado en el altar, nomas le dije: ¡Cuidado con quedar mal hoy! Mi viaje ha sido muy feliz y ya está agonizando para renacer por otro rumbo. El 9 amanecimos anclados en el Pireo, y en seguida desembarcamos y fuimos por ferrocarril a Atenas a ver su famoso Partenón, Propileo y Areópago, muy dignos de ser visitados y admirados por su antigüedad y los recuerdos que encierran, pero que a nosotros ya no nos sorprendieron, porque esas antigüedades al lado de las de Balbek son grano de mostaza, tanto en tamaño como en cincel. La ciudad se está remozando a gran prisa y cambiando el aspecto turco por el europeo. Esa misma mañana continuamos para Brindisi pasando por la orilla del Peloponeso, Esparta, Seléucides (donde se precipitó Safo) Zante, Corfú, etc., y ayer desembarcamos sanos y salvos, gracias a Dios. En Foggia despaché a Pancho para

Roma, y yo vine a Loreto a pagar mi manda consabida, y continuaré esta noche para Asís para honrar a mi Santo con una Misa en la Porciúncula y otra sobre el sepulcro de San Francisco. Allí haré mi retiro anual del día 13, y en la noche o el 14 estaré en Roma donde me espera el gusto y susto de leer la correspondencia de dos meses, en la cual naturalmente ha de haber todo. ¡Hoy hace 18 años que me ordené de Presbítero! ¡Qué diferencia de entonces a hoy! ¡Entonces nadaba en gozo; hoy me ahoga la tribulación! ¿Con cuál de esos afectos seré más agradable a Dios? Haciendo su voluntad; ¡no es verdad? Pues que se haga en todo la voluntad del Señor.

La Porciúncula, Junio 13 de 1883.

Son las 10 de la noche y no quiero acostarme sin darte la razón de cómo he pasado el décimo nono aniversario de mi canta misa y día de mi Santo. A la verdad que no llegan a dos los que he pasado más contento y tranquilo que el presente, y más bien empleados. Muy temprano dije Misa sobre el corazón de San Francisco de Asís, y en el mismo cuartito donde murió, a distancia de unas cuantas varas de la famosa Porciúncula donde el Santo alcanzó la indulgencia, donde nació su Orden y donde estuvo San Antonio en el Capítulo General, y pasó tan desapercibido que por pura caridad el Provincial de Bolonia, viendo que nadie lo había elegido para nada le ofreció llevárselo para decir Misa en una capillita de su Provincia, y el Santo aceptó con grande humildad. ¡Ojalá y yo encuentre siquiera esa capillita y que imite a mi Santo siquiera en eso! Así se lo he pedido y creo que me hará el milagro. El día lo pasé en el templo, que es un santuario hermosísimo, muy limpio y devoto. Se hizo una función muy solemne y devota, con panegírico a la hora de la Misa y luego procesión por los campos pues pocas son las casas. La procesión fue muy poética, porque todos los vecinos

trajeron sus vacas y bueyes muy engalanados, todos de color blanco, muy gordos, muy limpios y muy bonitos; luego que pasó la imagen del Santo siguieron detrás de él en procesión. Igual cosa hicieron con los caballos y borricos, pues aquí no conocen más que a San Antonio de Padua. La cofradía por delante seguida de 60 franciscanos y mi humilde persona, luego la Reliquia del Santo seguido de una hilera de ganado blanco con riendas y adornos de listón encarnado, y cada animal con su palafrenero a la trastiberina, formaba un bello cuadro que de rodillas con templaban las devotas aldeanas vestidas de mil fantásticas formas y colores. Las cámaras han estado en juego desde la víspera, pero a ciertas horas y no desagradables como las nuestras. En la tarde se rezó el último día del triduo y hubo bendición con Ntro. Amo.

Por supuesto que el día fue como de fiesta, y que comulgaron cerca de mil quinientas personas venidas de los alrededores o sea de los ranchos. Además, yo me inscribí en la Tercera Orden Franciscana y fui recibido solemnemente en el cuartito donde murió San Francisco. Si a todo esto agregas que San Antonio me hizo el milagro de pasar el día olvidado de mis cuitas y gozando de la idea de que muchísimas almas oraban por mí, ya comprenderás que en efecto he pasado un día de mi Santo inmejorable. Mucho me he acordado de Uds., pero sin tristeza y lleno de valor y confianza en Dios. Desearía hacer mi tabernáculo en esta solitaria, bella y santa Porciúncula, pero es fuerza obedecer a la voz del deber. Mañana a estas horas ya estaré durmiendo en Roma, con un montón de cartas sobre la mesa.

La Porciúncula de Asís, Junio 14 de 1883.

Queridísimas Hijas:

¡Qué bello, digno y santo ha sido para mí el día de ayer! Sólo le iguala el de mi cantamisa hace diez y ocho años. Mi corazón angustiado e impregnado de pesares desde hace tanto tiempo, ayer como por milagro se sintió libre de toda pena y rebosando de paz, contento y alegría. No es que se haya olvidado de los sufrimientos o que se haya dormido a los pesares, pues nunca los tuve más vivos que en ese día tan lleno de recuerdos; sino que Dios quiso renovar en mí el milagro de los niños en el horno de Babilonia, y de Daniel en el lago de los leones. Todo lo que es capaz de desgarrar mi corazón me envolvía como en una atmósfera de fuego, y cuantos son capaces de desgarrarme como unos leones, me rodeaban, pero yo nada sentía, y gozoso alababa y bendecía a Dios, porque mi alma estaba llena de gozo y alegría. Sentía al entrar al templito de la Porciúncula, que se cumplía en mí la promesa que San Francisco alcanzó del Señor cuando se le apareció y le preguntó: “¿Qué quieres Francisco?” y el Santo respondió “Que todos los pecadores que confesados y arrepentidos entraren a este templo, salgan perdonados de cuantos pecados hayan cometido hasta ese día y libres de toda pena”. “Gran cosa me pides, pero te la concederé si me lo ruega mi Madre”. María Sma. entonces se arrodilló, y el famoso “Perdón de Asís o Jubileo de Porciúncula” quedó establecido. Sí, yo salí de allí libre de toda carga y ningún peso oprimía mi corazón; salí feliz. En esa misma capilla fue donde se celebró el famoso Capítulo de las Esteras, al cual asistió San Antonio, y pasó tan desapercibido que nadie pensó en escogerlo para nada, y ya al irse los provinciales, el de Bolonia después de preguntarle si era Sacerdote, por caridad y de lástima, le dijo: “vente a mi provincia y allí te ocuparé en decir Misa a una cofradía”. San Antonio aceptó lleno de gratitud. Este pasaje acaecido allí mismo, fue el asunto de mi meditación durante el día, y me sirvió de bálsamo sánalo todo. No creo que el Señor me negará un provincial compadecido.

Roma, Junio 15 de 1883.

¡Lo que va de ayer a hoy! Pensaba haber concluido ésta en la Porciúncula pero una visita me lo impidió, y ahora ya pasó el éxtasis y ha cambiado todo. La dicha anda seguida siempre del infortunio; el gozo, de la tristeza, y la risa de las lágrimas. Apenas puse pie en mi cuarto cuando un lego recién llegado me dijo; “el pobrecito de su compañero ha recibido la noticia de la muerte de la mamá”. No me caí muerto porque ya estoy acostumbrado a sustos, pero sí he quedado fatal de los nervios y sumamente trastornado. ¡Con razón, les venía temblando a las cartas! Aquí las tengo en montón, y ya van a ajustar 24 horas en mi presencia y no me atrevo a abrirlas. No ver la letra acostumbrada en los sobres me hace temer una nueva desgracia y más cuando Pancho tan delicadamente me dijo “va Ud. a recibir peores noticias que las que espera”. No me siento con fuerzas para leerlas, pues no sé qué cambio ha habido en mi naturaleza que todo me trastorna y tiemblo, aunque el alma tenga valor y fuerzas para la cruz. Vengo del Calvario y aquí me he encontrado otro, con la muerte de Angelita. . . y sabe Dios cuántas cosas más. Pídanle mucho a Dios por éste su padre que ya se vuelve loco de tantos pesares y mortificaciones, que ya no sabe qué hacer, ni qué camino seguir. Pídanle que les dé un padre de su agrado, valiente, fuerte, sufrido, santo, pues lo que es conmigo poco han de poder hacer, porque conozco que ya no sirvo sino para acobardar al más valiente. Así se lo he pedido a Dios diariamente en mis peregrinaciones, pues Uds. son todo mi cuidado y mi apuro. No sigan mi ejemplo, sino mis consejos, y tengan siempre presente “el Valor y Confianza” del P. Varín. Que Dios las bendiga y las haga tan santas y

útiles a su Patria como siempre lo ha deseado y procurado su cobarde Padre.

Antonio.

Roma, Julio 4 de 1883.

Mis muy queridas Hijas:

Grande ha de ser la ansiedad, inquietud y zozobra que les producen mis cartas de cada correo, y con razón; pues a la distancia que me hallo e impelido por inesperados y distintos vientos, cambio de rumbo a cada oleada, y bajo como barca sin remos y timón en un mar proceloso y bravío. No pudo el Señor haberme mandado mejor castigo para humillarme, que esta situación perpleja que atravieso ha largo tiempo y que aún no llega a su término. ¡Bendito sea Dios! Ustedes, queridísimas hijas, tuvieron la desgracia de entrar en mi barquilla y han tenido que sufrir conmigo la tempestad y tal vez el naufragio. Si se tratara con Dios, gustoso me echaría al mar para salvarlas; pero son las pasiones de los hombres las que inflaman la tormenta, y éstas no se satisfacen ni se calman mientras haya pechos que las abriguen, y persiguen a sus víctimas hasta más allá de la tumba. Todos mis sacrificios han sido inútiles para conjurar la tempestad. Firmé una sentencia inicua que me robaba honor y dinero; nunca abrí los labios para defenderme de las lenguas viperinas que se gozaban y hacían que otros se gozasen inventando groseras calumnias contra mí; llorando pedí perdón de faltas que no había cometido y di satisfacción a quien debía dármela; ejecuté yo mismo con gran prudencia la entrega del curato, o sea la confirmación de mi deshonor; sufrí callado las injusticias de amigos ingratos que se acreditaban vejándome; propuse la entrega de cuanto poseo y mi destierro de la diócesis y aun de la República; me puse a

discreción de mi Ilmo. tío el Sr. Labastida y del Ilmo. Sr. Camacho, para que ellos obrasen a su antojo; me ausenté de la Patria para que mis superiores y jueces tuvieran más libertad al dictar sus disposiciones y obrasen con mayor independencia en sus arreglos; me hallo junto a los Supremos Tribunales de la Iglesia, donde jamás cierran sus oídos a la justicia y donde tengo amigos de poderosa influencia, y una reputación bien sentada, y me voy de Roma sin haber abierto mis labios para implorar remedio a mis males; en fin, he apurado todos los medios posibles e imaginables para cargar yo solo con la persecución y salvar a mis colaboradores y sus obras; igual cosa ha hecho el Primado de la Iglesia Mexicana, pero nuestros esfuerzos han sido estériles y sólo han servido para envalentonar a nuestros despiadados perseguidores, quienes con la sonrisa del sarcasmo en los labios y de la compasión en la lengua, aplauden el triunfo de la iniquidad sobre la inocencia, ¡Dios los perdone! He considerado como un deber hacerles la exposición anterior, para que ahora que tienen posibilidad de hacerlo se cercioren de las verdades que dejo dichas; no sea que más tarde vayan a caer en manos de algún fariseo que quiera defender la honra de uno sacrificando a otro. He sido su Fundador y soy su Padre, pese a quien pesare, y en calidad de tal, es un deber mío hacer que mis hijas conserven de mí una memoria de intachable conducta. Tengo mil defectos mil crímenes de qué arrepentirme y pedir a Dios perdón; pero nunca de nada de cuanto atañe a Uds., pues en esa obra he buscado sin descanso su santificación, la mayor gloria de Dios y el bien del prójimo. Si en algo erré; fue involuntariamente, y merezco el perdón de Dios y de los hombres. Que esta carta no pase del corazón de Uds., único que conoce mis sacrificios y todo el bien que les desea su Padre en J. C.

J. Antonio.

París, Julio 15 de 1883.

Después de mil fatigas logré salir de Roma el martes diez a las once de la noche. Amanecí en Florencia y pasé el día visitando los primores de arte que encierra esa digna émula de Roma. Vi muchas obras de arte a cual mejor.

La noche del 11 la pasé viajando y amanecí el 12 en Venecia donde vi todo cuanto el Dr. Mora te diga que es digno de verse. Ese mismo día a las dos de la tarde llegué a Padua, con un calor verdaderamente veracruzano, y lo digo porque fue lo único bueno que le llevé al Santo. La devoción, el fervor, la confianza con que otras veces había besado el sepulcro de San Antonio, se fueron no sé a donde, de suerte que tuve que conformarme con mi desaliento y ofrecérselo en unión de lo mucho que me han molestado el calor y los mosquitos, desde Roma. Al día siguiente dije Misa allí por Uds., y lo único que pedí fue que se hiciera la voluntad de Dios y que tuviéramos Valor y Confianza. No dudo que San Antonio me haya oído pues a poco me hizo dos gracias. Se me perdió el boleto o talón de equipaje, y en medio de mi apuración exclamé: ¡Bonita gracia! ¡día 13, hoy se me pierden las cosas y no las hallo! Al momento apareció el billete que no podía hallar desde ayer. En la noche, iban en el vagón un francés y un viejo católico, muy mal humorados y que me impedían descansar, y dije: “Ahora verán lo que es San Antonio: Pater noster, etc.” Al momento se pasaron a otro vagón aquellos hermanos, siendo que ya llevaban allí varias horas. ¿Qué tal San Antonio? ¿Es verdad que según parece, oyó bien el día 13? No vayan a creer que fue combinación mía llegar allí ese día. Fue porque Dios quiso. Ese mismo día llegué a Milán y vi la magnífica y famosa Catedral, recorrí las calles principales, declaré que era la mejor ciudad de Italia, y continué mi camino para París atravesando toda Suiza y admirando a cada instante ese país esencialmente poético, sublime y aterrador, por sus

alturas y precipicios, sus nieves y sus hielos, sus torrentes y lagos.

A las cinco y pico de la tarde llegué a esta Babilonia y la hallé tapizada de banderas, sembrada de arcos de triunfo y de trofeos y engalanada con sus mejores atavíos, en honor del aniversario de la República.

St. Mary's College Oscott. Near Birmingham.

Julio 30 de 1883.

Hace veintidós años que desde esta mansión de paz y felicidad dirigía mis cartas anunciando mi resolución de seguir la carrera eclesiástica, y mi traslación de aquí a la Academia Eclesiástica de Roma. Grande, inmenso, fue el sacrificio que hice al separarme de la cuna de mi vocación, de la morada de mis mejores días, pero lo juzgué indispensable para probar mi vocación, y sobre todo, aquella vocación al martirio de que tanto me hablaba del pobrecito de José María, en todas sus cartas. Tal fue el dolor y angustia que entonces experimenté, que para no volverlo a probar resolví no APEGARME JAMAS A COSA ALGUNA, y creía haber cumplido mi resolución si no fuera por una que otra lágrima cuya causa ignoro y que me hace entrar en duda. Sea de ello lo que fuere, ahora veo que aquel sacrificio era figura del que más tarde he tenido que hacer, y preparación para él. ¡Cuán sabios son los designios del Señor! Ya por este preludio comprenderás cuánto no habré gozado al verme aquí de nuevo, después de tan larga ausencia y de tanta vicisitud, rodeado de gratísimos recuerdos y en medio de superiores y compañeros que me hacen gustar las delicias del amor paterno y fraternal, y se afanan en devolverme la perdida felicidad. Llegué el día de la reunión de la Sociedad Oscottiana, y por consiguiente, hallé en el Colegio a todos los de mi tiempo, tanto superiores como alumnos, menos

cuatro a seis que han muerto. Todos estaban llenos de salud y vida y me parecieron más jóvenes que hace veinte años; de suerte que yo podía pasar hasta por más anciano que mis maestros. La ausencia de tantos años, según parece, sólo ha servido para estrechar más y más nuestros vínculos de sincera amistad y cariño, pues todos, a cual más, se han empeñado en manifestármelo y si accediera a sus instancias, un año no me bastaría para contentarlos, pues cada uno desea llevarme a su casa unos días. En la gran comida de ese día, que fue de quinientos cubiertos, a la hora de los brindis, el Presidente hizo de mi humilde persona, y elogio tan honroso como inmerecido. En fin, el Cardenal Newman, los Obispos, los Canónigos, etc. . . , todos me han colmado de bondades y dado muestras de sincera estimación y particular afecto. Muchos han venido de lejos a visitarme o me han escrito, incluso algunos antiguos sirvientes del colegio. Parece que el Señor ha escogido este pueblo inglés, que todos miran tan de reojo y califican de apático e incivil, para curar las profundas heridas que la ingratitud ha abierto en mi alma, y para fortalecer mi debilitada fe.

La paz, unión y concordia que inútilmente ando buscando tiempo ha, entre los de mi clase, aquí la he venido a hallar. Aquí sí casa bien el título de pastor y rebaño, y tiene uno, padre y hermanos. De esto no podré yo gozar, pues no es fruta de nuestra tierra, pero me consuela que exista en la Iglesia, y eso me basta. No menos fortificante y consolador ha sido para mi cansada alma, cotejar mis obras y conducta y haberlas hallado idénticas, aunque en miniatura, a las del clero secular y regular de la Gran Bretaña; y haber oído de la boca de hombres muy santos, sabios y prácticos, estas palabras: "Padre Plancarte, ¡adelante! ¡adelante! ¡que México vea en Ud. la virtud de la constancia que aprendió de nosotros! ¡Vuélvase pronto a cuidar a su niño: él crecerá y vencerá!" A todo esto agrega, que he hallado el colegio tal cual lo dejé, de suerte que es

un recuerdo continuo de mi juventud y de mi vocación al sacerdocio. Allí está la Imagen de María que diariamente adornaba de flores, y que en cambio me dio mi vocación y mis buenas inspiraciones. La capilla donde tanto consuelo y gracias recibí del cielo; donde lloré la muerte de mi Madre y le ofrecí a Dios el sacrificio de no verla jamás aquí en la tierra; donde hice tantos propósitos y resoluciones; donde pasé tantas horas adornando el altar para las grandes funciones. Allí están los jardines y mi Calvario, tal como yo los tracé y arreglé, y los árboles han resistido las crueldades de veinte inviernos mejor que yo las de los hombres. Allí está el recuerdo donde Luis y yo llorábamos los primeros días que aquí pasamos, y también el que regué de lágrimas cuando me fui de aquí. Los “bounds”, las plantaciones, el teatro, etc., todo, cual lo conocimos y dejamos, y por consiguiente, lleno de mil recuerdos. Las personas han cambiado en jerarquía pero no en costumbres, ni en afectos, y por consiguiente reina la misma unión que conocimos y la cordialidad que experimentábamos. Al día siguiente a mi llegada, fue la repartición solemne de premios, y vinieron como de costumbre, multitud de familias de toda Europa. Representaron una tragedia muy bonita y con magníficas decoraciones, y en seguida se fueron todos a vacaciones, y yo al colegio de Stunyhurst a arreglar los estudios de José Dávalos. Permanecí allá tres días y regresé a éste a decir Misa a las criadas ayer domingo, y con objeto de hacer los ejercicios con el clero, que empiezan esta misma tarde y concluirán dentro de cuatro días. Veremos qué resulta de ellos. Es tan bueno Dios para conmigo que hasta el antojillo de hacer unos ejercicios en Oscott me ha concedido. Concluyo encargándote que tengan mucho ¡Valor y Constancia!

J. Antonio.

Londres, Agosto 9 de 1883.

En Oscott me he pasado unos días deliciosos, pues con su vista renacieron mil gratos recuerdos que estaban enterrados entre las amarguras de estos últimos años; la esperanza ha vuelto a mi alma, y el valor y la confianza circulan ya por mis venas. Allí tuve un constante recuerdo de Uds. pues todo se asemeja más de lo que yo creía. En mis antiguos superiores hallé padres amorosos; y amantes hermanos en el clero y mis colegas. Todo se afanaron en obsequiarme, y su sinceridad me hizo reconciliarme con los hombres, pues ya los juzgaba a todos pérfidos e ingratos.

Con gran placer recorrí uno por uno los sitios de mis mejores días, y a su vista se reprodujeron en mi alma todos aquellos pensamientos y afectos que me condujeron al altar y a la difícil tarea de hacer el bien. ¡Mil años de vida no me bastarían para cuanto deseo! pero Uds. sí bastarán, pues no morirán, sino que vivirán en sus sucesoras.

París, Agosto 18 de 1883.

Pensaremos un poco. Dices que nada tienes que ofrecerle a Dios, y que esto te causa tristeza. Pues qué ¿te parece poco el valor que me has dado en mis empresas, la parte que te ha tocado de mi cruz, en no haber impedido el bien, etc., etc.,? ¡Que se apodere de tu corazón el amor y no el temor! Dios es muy bueno. Este pensamiento de que Dios premiará nuestras obras aunque queden imperfectas por culpa de los hombres, está comprendido en el del Dr. Newman, que tanto me consoló en los ejercicios, y es el siguiente: “Doce mil acciones malas de HOMBRES BUENOS, no pueden destruir UNA sola acción buena de un HOMBRE MALO”.

Piensa en esto y verás cómo se fortalece la fe, la esperanza y la caridad. ¡Quién sabe lo que Dios quiera hacer conmigo! Veremos lo que resulta al fin de todos mis

sudores: algo bueno ha de ser, pues Dios nunca nos hace males. El negocio con los Oblatos quedó determinado, pues no tienen padres que darme. ¡Dios proveerá! Acaba de interrumpirme un padre joven, bueno y entendido, que se ha resuelto a irse conmigo a México y me ha pedido una carta de admisión en el Arzobispado, para presentársela al Cardenal Arzobispo de París, la cual acabo de escribir y se ha marchado. ¡Cuanto uno menos espera, baja del cielo!

Ya con éste tengo dos españoles, dos ingleses, dos italianos, y dos franceses; nueve Damas del Sgdo. Corazón (ya por allá) y tres Josefinas de Chambéry ¡Ya ves, que bien ha resultado con nuestros males! ¡Valor y Confianza! mi querida hermana. Y el mundo que nos juzga trasquilados, se asustará de vernos tan cargados de blanca, pura y bien cardada lana. Dices bien; la prudencia aconseja que en un naufragio se salve la tripulación. En cuanto a tu persona estoy persuadido de su fácil colocación en cualquier punto de mi Diócesis; que sea, con o sin envidias y celos, ya es otra cosa. Estoy tan acostumbrado al capítulo de molestias, que ya no me arredran, y sólo tengo empeño en sacarles el jugo posible con paciencia y buen modo.

Verifica tu vuelta tan pronto como estén concluidos mis principales encargos. Para un proyecto que se me ha venido a las manos, deseo que te vengas cuanto antes; lo que debe hacerse con lo de Jacona es materia de larga y profunda meditación. Esto es lo que mi tío me dice en su carta del 16 de Julio, y que hoy contesto. “El capitán está obligado a salvar a la tripulación antes que su vida; yo que tengo la desgracia de haberme metido a capitán debo hacer lo mismo; y por lo mismo insisto en suplicar a Ud. salve mi tripulación aunque sea a costa de mi vida”. De todo esto deduzco que el plan de mi tío es dejar todo tal como está actualmente y colocarme a mí en su diócesis. . .

Todo está muy bien pensado y es lo mismo que opinan todos los de por acá, pero yo no puedo exigir de Uds. tanta paciencia y abnegación, y por lo mismo prefiero que todo

se pierda con tal que Uds. no padezcan. Desde donde quiera que esté podré ayudarlas tal vez mejor que estando allá, pero quitarles el peso será imposible. En fin, Uds. están allá y saben más que yo lo que pasa y lo que deberá hacerse, y yo sólo me concreto a decirles: 1º. Que no quiero que nadie padezca por mi causa. 2º. Que prefiero la conservación de las personas a la de los bienes. 3º. Que sólo muerto, abandonaré las congregaciones, y por ellas haré gustoso hasta el sacrificio de mi vida. Según estas tres resoluciones, espero que la M. Barat y el P. Varín harán lo mejor que crean para la mayor gloria de Dios y bien del prójimo.

Vichy, Septiembre 5 de 1883.

“Ha muerto la mamá de María y su padre se casa por cuarta vez”. Meditación.

Murió y dejó a María! ¡Ella a la eternidad; María a la orfandad! Qué cruel separación. ¡Ni ella pudo llevarse a su querida hija, ni la hija detener a tan amada madre!

¡Las que no podían vivir separadas ya lo están! ¿Y cómo?. . . ¿Dónde. . .? ¿cuándo? ¡La madre a la eternidad! ¿Y la hija? ¡La hija. . . a donde la caridad le abra las puertas, o a un descabellado matrimonio! ¡Qué triste testamento para una amorosa madre! ¡Qué terrible herencia para hija tan mimada! Bajo la opaca luz de aquella vela. . . a las espaldas de aquel Crucifijo, tras la sombra de la descarnada muerte. . . ¿qué verían esas almas amorosas que iban ya a separarse. . .? Tal vez una casa despreciada. . . un sacerdote burlado. . . un tesoro remachado. . . una felicidad perdida. . . un Dios pidiendo cuenta. . .

Se casa su padre ¡por cuarta vez! ¡Oh firmeza de vocación, tan digna de ser imitada por los que servimos a Dios! Ni la muerte de tres esposas amadísimas; ni la separación de hijos queridísimos; ni el peso de una numerosa familia; ni la variedad de caracteres; ni temores

del porvenir; ni el peso de los años, ni nada, ha sido capaz de entibiarla, antes al contrario cada día se enfervoriza, y cada golpe la asienta más y más en sus raíces. ¡Oh mujer de sin igual valor y confianza, que para fabricar una nueva casa esperas a que el sol llegue al ocaso, a que el otoño salude al invierno, y que la vida aborde a la eternidad!

¡Qué miserables somos nosotros para servir a Dios!

¡Qué pusilánimes en nuestras empresas! ¡Qué inconstantes en nuestras obras! Aprendamos de los mundanos, e imitemos a estos nuevos esposos.

Valor y confianza y a renovar nuestros compromisos con Dios, mientras nos dure la vida. Amén.

París, Septiembre 29 de 1883.

Tal como lo anuncié, mis negocios en Barcelona terminaron felicísimamente y el superior general de los misioneros Hijos del Corazón Inmaculado de María, marchará conmigo el 21 para México. Esta Congregación fue fundada por el I. Sr. Claret y será un tesoro para nuestra Patria.

Llevo además, ocho Sacerdotes magníficos, y entre ellos dos capaces de reemplazar al Dr. Barinaga y al P. Arroyo.

¡Dichoso 11 de febrero que tanto bien proporciona a México! En Chambéry fui muy bien recibido y conseguí cuanto quise con la Superiora General, sin comprometer a Uds.: De mí depende llevarlas ahora o más tarde, para fundar, o para la FUSIÓN, como yo elija, aún no resuelvo.

Traje 13 compañeros de viaje y he quedado solo; llevaré otros 13 para que no me acusen de despoblar la patria. ¿Me irá con ellos tan bien como con los que traje? ¡Que se haga el bien y lo demás poco importa. Ayer llegué y al momento me informé de las cartas que me esperaban, ¡eran más de cien! y sólo de quince días de ausencia. Las de Uds., fechadas en Agosto, se quedaron para postres y las

abrí con mucha sangre fría, pero a poco empecé a tragar camote, y si tú con un ojo ríes y con otro lloras cuando lees las mías, yo ya mero lloraba con los dos al imponerme de todas las de Uds., pero el corazón fue el que las llevó y no los ojos. ¡Qué feliz sería yo si supiera que todos estaban tan conformes y resignados como yo estoy! ¡Ojalá que mi nombre no se volviera a pronuncia en Jacona! ¡Ojalá y Jacona pudiera olvidarse de mí sin menoscabo de su honra! Pero esto es imposible y tan imposible como el que yo deje de pasar por el terrible trámite de dar mis últimas disposiciones y ¡tal vez de ir a ésa! El Señor me dará las fuerzas que ahora me faltan. Pues ¿no está tan conforme? No sólo conforme, estoy conforme y aun gozoso al verme libre de cuanto la muerte me ha de arrebatat, pues me siento más ligero para la eternidad y más libre para seguir mi constante vacación; pero no tengo corazón para ver sufrir a otros, ni para hacer mal a nadie, y por eso digo: ¡Qué feliz sería yo si Jacona me olvidase sin mancharse!.

Según todas las cartas, creen que las tonterías aquellas del 8 de Marzo fueron las que determinaron mi separación, y se equivocan, o yo no supe explicarme. Ellas me dieron la conformidad que me faltaba, pero no la determinación, pues ésa, mis superiores y no yo, son los que la han dado o la darán, y yo la obedeceré ciegamente. Creen también que mi tío se ha ofendido por eso, y no es cierto, pues ya lo había previsto y lo esperaba desde hace un año; y cuando me lo dijo ni quise creerlo y me quedé helado. Tanto lo que él disponga como lo que haga, es en fuerza de la necesidad, para evitar males y por hacerlos menos grandes. Todo me está saliendo tan a la medida del deseo, que creo me tuvo cuenta la muerte de Luisa Lateau, y en gratitud le he dicho sus misas. ¡Cinco mil personas asistieron al entierro de la humilde campesina de Bois d'Haine! Y hubo que mandar tropa para que la custodiaran. ¿Qué dirán sus enemigos y calumniadores? Se me olvidaba decirte que le I.S. Claret se llamaba Antonio y dijo su

Primera Misa en martes 13 de Junio. Acaba este Señor de hacer un milagro bien probado. Una vieja que tenía una llaga incurable en la cintura hizo que la llevaran al sepulcro del Sr. Claret y allí le dijo: “Si eres tan santo como dicen, cúrame esta llaga”. Luego oyó una voz que respondió: “En prueba de que soy santo, esa llaga se te pasará al pecho”; y la llaga la tiene hoy en el corazón la desgraciada vieja. Concluyo diciéndote con gozo que tras de ésta voy yo, y que tal vez mi telegrama de Veracruz la alcanzará. Mi corazón repártelo con todos, y denme los suyos para amar a Dios que tanto me favorece.

J. Antonio

París, Octubre de 1883.

“Lo que va de ayer a hoy”. Hoy hace un año que nos vimos nuestras caras de rosa, por la última vez.

¡Ha pasado un año! Ha pasado para el mundo, pero no para Dios que todo lo tiene presente. ¡Qué año tan gordo! ¿Cómo será este otro? ¿Tan extraño y fecundo en acontecimientos como aquél? ¡Veremos cómo nos va con las desandadas! ¡Qué mundo éste tan loco, qué vida ésta tan inconstante! Hace un año estaba yo en la Piedad gozando de la sincera y bondadosa hospitalidad de la familia Hurtado, en camino para Roma, y el cerebro agitado por mil pensamientos. Ahora estoy en París, defendiéndome de mi hortelera a capa y espada; planeando el viaje trasatlántico de siete Reverendos; en camino para la Patria, y mi cerebro ya bombo de tanto negocio. ¡Qué mundo, qué vida, qué todo! Díganos qué siente. Nada siento por ahora, pues afortunadamente no tengo tiempo. Lo que sentiré más tarde cuando entre en ociosidad, eso no lo sé, pero supongo que ha de ser muy feo, y para no sentirlo, procuraré estar muy ocupado. ¡Y Uds. cómo se sienten? Con un pozo en el estómago, ¿no es verdad? ¡Pues cuidado con ahogarse en ese pozo! Ahora

les va a llegar a Uds. su turno, pero lo malo es que yo soy como el tololoche, que nunca me toca estar sentado, por más que cambien las piezas. ¡Tendré pues que acompañarlas en las cuadrillas! ¡Cuidado con manearse, tropezar o resbalar! Oído a la música para no perder el compás!

Los solos deben bailarse muy bien; la galopa sin fatigarse, y los molinetes con viveza. Las Cuadrillas se llaman “lo que va de ayer a hoy”, están escritas en Mi bemol; y el tiempo es de dos por cuatro, o sea Valor y Confianza, por POBREZA, CASTIDAD, OBEDIENCIA y obras de Misericordia. La sala del baile está situada en el barrio del mundo, callejón de la necesidad, primer zaguán. Se suplica a las danzantes que presenten el boleto de verdadera VOCACIÓN al entrar al salón. El traje será sin alforzas y dobleces; el peinado, de violetas; y el ramillete una azucena blanca. El baile comenzará al entrar al salón, y concluirá al morir las danzantes. Para comodidad de las danzantes, allí mismo se servirán refrescos de las acreditadas reposterías de Manresa, Kempis, Rodríguez, Escupoli, etc. gratis, en la cantidad necesaria y en tiempo oportuno. Nadie reparta de lo que le den ni se lo eche al bolsillo, sino cómaselo, y mastíquelo bien para que no se indigeste, y le fortifique. Los boletos se dan gratis en la Tesorería del Amor de Dios, a cualquier hora. Para demás pormenores ocurrase al Dr. Rodillas o a Dña. Oración, casa del Smo. Sacramento, siempre que se les consulte con recta y sana intención. ¡Cuidado con los rateros o bolseadores!

Be aware of Pickpockets’!

Badate ai tagliaborse!

Gardez, vous des coupeurs de bourses!

¡Al baile, niñas, al baile, al baile! En medio de su danza no se olviden de pedir a Dios nuevas cuerdas, nuevo arco, y nuevo todo, para este su afectísimo Padre en Jesucristo, que por última vez les escribe desde Europa y se declara:

El Maestrito del tololoche, (Contrabajo).

Habana, 10 de Noviembre de 1883.

Quiero consagrarte las primicias de mi diestra, de la cual estuve muy cerca de despedirme, y Dios me la ha conservado milagrosamente después de horribles sufrimientos, bien penosos en tierra y en casa, y casi insoportables a bordo de un vapor, en la zona tórrida y en esta época del año. Es el caso que después de ocho días de navegación con mar buena pero gruesa, el movimiento del “Ville de París” se hizo a ratos irresistible. El 29 por la noche bailábamos de lo lindo y había llovido, de suerte que la cubierta estaba mojada; y yo subí por una silla, y de repente vino una oleada; me puse en guardia a resistir el balanceo y en ese acto llegó otra mucho más fuerte; se me fueron ambos pies y caí a plomo sobre la espaldilla o paleta del hombro derecho y fui arrojado hasta el lado opuesto, donde a costa de mis espinillas me detuve contra los fierros de las bancas. Con trabajo logré levantarme y sentarme en la banca, pues con el brazo derecho no contaba y lo creía fracturado en mil pedazos. Un alemán, luego que oyó mis ayes lastimeros, y Fulcheri vinieron a mi socorro y me bajaron cargado y casi desmayado del dolor. La familia Martínez Negrete al verme ya se moría de congoja, y todos los pasajeros se afligieron mucho. Por lo pronto me instalaron en el comedor, y en el instante me vi rodeado de cinco médicos y de todos los pasajeros.

Llego luego el médico del vapor y me condujeron al salón de las Señoras y allí me desnudaron y examinaron el brazo; no había fractura, ni dislocación, ni raspón ni nada, pero no tenía movimiento y los dolores eran horribles, de suerte que me hicieron gritar y sudar de lo lindo me ligaron muy bien el brazo y toda la noche me lo bañaron con agua de vejeto.

¡Qué noche aquélla! sin postura, en un horno, y con el balanceo que lo echa a uno hasta de los asientos. Tanto los

Sres. como las Sras. de a bordo, a cual más caritativos y empeñados en velarme, lo cual me servía de mayor mortificación. Por más que hice no logré que me dejaran solo para gritar a mis anchas, y se pasaron la noche junto a mi cabecera un Sr. corso y un mexicano que no conocía, la esposa de un capitán de buque de guerra y la hija mayor de Rosalía. Cuánta caridad y atención de estas personas, y todas las del buque, incluso Limantour! Al siguiente día amaneció el brazo como si nada tuviera, pero sin movimiento y con terribles dolores. El médico confirmó su opinión de que no era aquello más que una terrible contusión muscular, y yo seguí terqueando en que había dislocación. Me trasladaron al Hospital y allí me siguieron aplicando unciones y fomentos fríos, hasta el día de finados, con los cuales desapareció todo dolor exterior, pero no mejoró el interior ni el movimiento. El día de Todos los Santos, muy de mañana se me presentó el Dr. y me reconoció; a las siete y media, cuando todos estaban en Misa, volvió y con unas sábanas me lió fuertemente contra un poste, y luego un marinero con todas sus fuerzas me estiró el brazo, y también se le pegó el Dr., y metiendo la rodilla contra mis costillas forcejearon casi cinco minutos hasta que se oyó un tronido y el brazo quedó en su lugar. En esta operación sentí la muerte y no grité sino que bramé. El Dr. me dijo que desde un principio había conocido el mal, y que no había hecho en seguida la operación por no martirizarme más. Que el golpe había safado los músculos de su lugar, y que para colocarlos de nuevo había sido necesario alargarlos. Mucho sufrí pero ya estoy casi bueno, como te lo probará esta carta, y cada día me siento mejor. Los pasajeros, que pasan de 300, se han manejado conmigo como hermanos; desde el día de mi caída hasta que me compusieron el brazo no quisieron volver a tener concierto ni baile. De la familia Martínez Negrete, ya ni te digo, pues la conoces; Rosalía se declaró Madre y Hermana de la Caridad. Por lo demás los Santos

han ganado, pues hubo mandas a montones y a lo Martínez Negrete. Nuestro viaje ha sido felicísimo, y esperamos desembarcar el martes 13 en Veracruz. Escribo ésta con anticipación para echarla al correo en Veracruz, pues en México temo estar muy ocupado y no poderlo hacer.

Ya estoy 60 horas distante de la patria, y vuelvo a ella olvidado de sus espinas y alentado por sus rosas.

¡Qué el Señor me de su gracia para cumplir con mis obligaciones y trabajar por su gloria hasta el fin de mi vida!

Tu hermano que muchísimo te quiere y te dará un abrazo cuando Dios lo permita.

J. Antonio.

Veracruz, 14 de Noviembre de 1883

Acabo de desembarcar, pues un Norte furioso que empezó el 12 nos tuvo ayer 13 anclados en la Isla de Sacrificios. Mi brazo casi está como antes. Mañana temprano salgo para México con mis cinco compañeros.

A bordo del “Ville de París” recibí tu grata del 2, y veo que se preparaban para dar gracias a Dios por mi feliz viaje ayer 13, día en que en efecto llegamos, pero no pudimos desembarcar, de suerte que San Antonio manifestó su protección librándonos de un naufragio, pues el Norte no fue para menos; estuvo peor que lo que nos pasó en Santander en 76. ¡Bendito sea Dios, que ya estoy en la Patria! y ahora no falta más que hacer lomo para cuanto Dios mande.

Tu hermano que mucho te quiere y ansía por darte un estrecho abrazo.

J. Antonio.

México, Diciembre 8 de 1883.

He recibido todas tus cartitas y cada día huelen más a desconsuelo y angustia, lo cual me indica que las escribes

sin levantar los ojos al cielo. Yo las escribiría iguales si no fuera porque de Dios espero que enderece lo torcido.

Además, nada adelantamos con apurarnos; antes perdemos en salud y mérito. Animo ¡hija mía! y del cielo nos lloverá el consuelo.

México, Diciembre 8 de 1883.

Queridísimas Hijas:

Ayer recibí su sentida carta del 19, y ahora que vuelvo de celebrar las funciones de Navidad con las monjitas y María, paso a contestarla.

Ignoraba el estado febril y nervioso de sus cerebros y por eso no creí mortificarlas ni renovarles heridas, traduciéndoles a mi lenguaje claro, tales o cuales expresiones de las cartas que he recibido, que por mí han sido bien interpretadas, pero que tal vez otra persona les dará la misma interpretación que yo he fingido darles. La ya citada de Uds., me asegura desde luego que yo pensaba bien en mi corazón, y que mi interpretación es falsa como yo mismo la creía. Queda pues terminado el negocio y pueden desde luego empezar a hilvanar las heridas. Yo guardaré en mis archivos este nuevo testimonio de valor y confianza para coronar la obra comenzada.

La pena de mi ausencia, siendo Uds. tan buenas hijas, se les mitigará con la consideración de que yo estoy bueno y contentísimo; que hago mucho bien; y que mi tío se alivia algo la carga con mis pequeñas fuerzas. Indudablemente que todo esto refluirá en bien de nuestra amada Congregación, objeto único de nuestros sacrificios. ¿Cómo será eso? Yo ignoro los caminos del Señor, pero creo firmemente que nos llevará al puerto, siempre que nos dejemos guiar con docilidad.

¿Qué tal noche buena? Espero que tan buena como se las he deseado. Yo la pasé con la M. Loreto y María, tuve

panderos de sobra, desentonos a montones, incendio de farolitos, y cuanto Uds. quieran. Una taza de chocolate dio fin a nuestra fiesta a las tres de la mañana, y yo pasé la noche junto al gallinero envidiando el plumaje de las aves. En la mañana me vine al Seminario a escribirles, pero las visitas me persiguen y no me dejan hacer nada.

Ahora en la tarde un bautismo de lujo me ha entretenido hasta la oración, y dentro de una hora voy a predicar a San Bernardo, de suerte que ésta no podrá ir hasta mañana pues aún no escribo la de María Josefa.

Les avisaré que el día 23, que cumplí 43 años, cambié de nombre por ser más conveniente debido a que mi tío me está encargando muchos negocios. Además, no quiero que aquí en México me vayan a rebajar el Antonio y me dejen sólo el José; y en tal virtud mis tarjetas dicen: Antonio Plancarte y Labastida. Deseándoles alegres Pascuas y feliz año Nuevo, les envío la bendición de paz que promete el cielo a todos los hombres de buena voluntad. Su Padre en J. C. que jamás las olvida.

J. Antonio.

México, Enero 11 de 1884.

Queridísimas Hijas:

He recibido sus cartitas y leídolas con el interés que me inspira todo lo de Uds., y más cuando veo que están conformes con la voluntad de Dios y firmes en sus buenos propósitos. Mucho siento no poder contestar a cada una en particular, pero ya Uds. saben que no tengo tiempo y creo que me han de dispensar y continuar escribiéndome.

Como aquí hago el papel de machito nuevo, me agregan cuanto sobornal encuentran, y todos tienen ganas de probarme. Yo no lo siento, antes me alegro, pues hago algún bien, y no tengo tiempo para pensar feo. De aquí al

18 ya tengo encargados dos sermones en el Sagrario, (uno en inglés) y uno en la Enseñanza. Además ya me tienen encargado el cuaresmal en Sto. Domingo. Mi salud es buena y gozo de perfecta paz y tranquilidad, sin molestias de ningún género. Acabo de recibir una larga carta de Dña. Rosalía, quien se manifiesta tan contenta como agradecida. Estoy seguro que se cambiaría por cualquiera de Uds. pelo a pelo. Es una Sra. como pocas, en talento, virtudes y dinero, y de lo más espiritual conocido. En ella debemos ver un firme apoyo y una gran protectora para cuando Dios nos deje salir del apocamiento en que estamos. Las felicito por el buen resultado de los exámenes del Asilo, y por lo que hayan hecho con Dña. Rosalía. Cuídenme mucho a mi par de ancianitas, y alégrenmelas cuanto sea posible. Reciban todas la bendición que con todo su corazón les envía quien nunca las olvida en el Santo Sacrificio y les desea mucho Valor y Confianza para hacer el bien.

México, Marzo 8 de 1884.

Queridísimas Hijas:

Día con día y hora con hora estoy deseando y proponiéndome escribirles, ya a cada una en lo particular, contestándoles sus cartitas, ya colectivamente, como ahora lo hago, para que oigan la voz de quien tanto se interesa en su verdadero bien; pero nunca he tenido el tiempo suficiente para llenar mis deseos. Estos fueron más vivos en el aniversario de nuestra coronación, al principiar el santo tiempo de Cuaresma, pero en igual o mayor proporción se aumentaron mis ocupaciones. Hoy que tengo un momento de descanso y quietud, compendiaré mis pensamientos, refrenaré mi alma, haré volar mi pluma, para decirles mucho en poco tiempo.

Debemos hacernos INDIFERENTES a todo aquello que es permitido a nuestro libre albedrío. En hacer o dejar de

hacer el bien no es permitida una indiferencia, pero sí debemos tenerla en cuanto al lugar y las personas, medios, instrumentos, aplausos, vituperios, ingraticudes, persecuciones, etc. Hagamos el bien y poco impórtenos lo demás. Esta indiferencia que es tan necesaria, útil e indispensable, para el perfecto desempeño de nuestra vocación y salvación de nuestras almas, es perseguida cruelmente por la fascinación de los sentidos, por el torcido dictamen del entendimiento y por la concupiscencia carnal del corazón. Los sentidos fascinados extravían el entendimiento y entre ambos corrompen el corazón y lo hacen apegarse a las criaturas y rebelarse contra la voluntad de Dios. La única defensa contra estos incansables enemigos, es la mortificación de los sentidos, la oración vocal y mental y el desprendimiento de toda criatura que trate de impedir nuestra total indiferencia. ¡Qué bellas y santas prácticas cuaresmales nos sugiere este terrible combate! ¡Qué ejercicio tan saludable para esta época de prueba que el Señor se ha dignado enviarnos! ¡Qué crisol tan bueno para purificarse! Por algunas cosillas noto que tanto se han acostumbrado a la guerra que ya viven como en tiempo de paz. ¡Alerta, hijas mías! pues el enemigo ni duerme ni descansa. No normen su conducta por la de tiempos pasados, y sí fortifiquen el flanco por donde nos ha atacado el enemigo. El teatro, y más con actores extraños, y las reuniones nocturnas, son cañones rayados para nuestros enemigos, y soletas para engañar bobos y fariseos. Hay que andar con mucho tiento para no espinarse. Si alguna de Uds. tuviera particular predilección por alguna de sus compañeras, maniéstese con ella más indiferente que con las demás, pues las amistades particulares son la peste de las comunidades. Con lo dicho basta para que no se quejen de que las olvido y no les hago caso. Yo por Uds. fatigo todo el día, pues me ocupo de prepararles el campo en que van a sembrar. Ahí les manda Dios un ángel para que las conforte. Hasta el nombre le

viene de molde. En ella tienen mucho que imitar y aprender. Estúdienla como un buen libro; venérenla como verdadera Madre, ámenla como tierna hermana y sírvanla como reina. Que padeciendo con Cristo, resucitemos con Cristo y reinemos con Cristo en el cielo. Es la bendición que les envío con todo mi corazón.

J. Antonio.

Tacuba, Octubre 26 de 1884.

Queridísimas Hijas:

Ayer, sus cartas del 20 me hicieron concebir una ligerísima esperanza que sólo sirvió para que esta mañana me sorprendiera lo que temía y esperaba resignado desde hace mucho tiempo, y especialmente desde que recibí el telegrama de Luis. Luego que leí la carta de Jesús, reuní a todas las niñas en la casa del Postulantado, y les hice un día de retiro que acabo de terminar ahora, y sigo ocupándome de Uds. ¿Por dónde empezaré? Por descargar a Uds. del compromiso de escribirme cartas de pésame, y conmutarles ese deber en un novenario de obras buenas, por el descanso de las ánimas benditas del purgatorio. No quiero tampoco que se afanen en manifestarme su dolor, sino su CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS. “El nos la dio; El nos la quitó; que se hagan en todo Su Santísima voluntad”. Mucho nos sirvió en la tierra, pero mucho más nos ha de servir desde el cielo. Dios se dignó aceptar el sacrificio de su vida en beneficio de la Congregación, y ese sacrificio reclama el de nuestros corazones. . . Siendo Dios un Padre tan bondadoso, que premia aun la gota de agua fría dada en su nombre, es imposible que la presente tribulación sea un mal para nosotros; vino de Dios, y tiene que ser un bien, aunque nuestra carne no quiera. Yo por mi parte estoy tan

conforme y resignado que me causa vergüenza y remordimiento, pues me parece que soy ingrato a quien tanto me amó. Tal vez yo no la amé como bebí haberla amado, pero sí la amé cuanto puede amarla. Tal vez mi corazón ya no sirve para amar a nadie sino a mí mismo, pues no puedo sentir como todos sienten. Yo amo a María Josefa, pero mi amor me hace estar conforme con que ella ya no padezca ni sufra en este valle de lágrimas: me hace mucha falta, pero la FE me dice que ahora me servirá más que antes; me puede la soledad de Uds., pero creo firmemente que Dios no las abandonará, y les dará otra Madre. Por otra parte, su enfermedad era incurable, y tenía que concluir con muerte repentina; nuestros deseos de vivir juntos eran irrealizables, porque este clima y atmósfera la habrían matado luego, y porque yo no podía vivir en Jacona. Yo no podía decirle esto claramente y por consiguiente, ambos sufríamos un secreto martirio que ha terminado yéndose ella al cielo a recibir la justa recompensa de sus grandes y heroicas virtudes, y quedándome yo en la tierra a sufrir por mis pecados y por el amor de Dios, hasta que me junte con ella allá donde la mano del hombre no puede volvernos a separar. Esta esperanza me endulza toda amargura.

En cuanto a Uds., queridas hijas mías, mal ando de cuentas, pues repentinamente me han pagado con usura cuanto me debían y me han dejado con deuda, pues los buenos servicios que le han prestado a mi hermana sólo Dios es capaz de pagarlos: a El le recomiendo el pago de mi deuda. Para que su obra sea más meritoria empéñense en sacar del purgatorio a aquella Madre que tanto las amó, y la cual en el cielo, será su constante intercesora para que coronen la grandiosa obra de la Congregación, que cada día se hace más necesaria en este desgraciado país, tan digno de mejor suerte. Como de todo debemos sacar provecho los que creemos en la Divina Providencia, fijemos nuestra atención aun en las circunstancias más

pequeñas que pueden servirnos de consuelo y darnos aliento para servir a Dios.

Murió María Josefa a la misma edad y en el mismo mes que mi amadísima y virtuosísima Madre. Murió en miércoles, día consagrado al Santo de su nombre.

Murió el día de Sta. Salomé viuda, madre del Apóstol Santiago y del Apóstol Virgen.

Murió en el mismo mes en que definitivamente me había separado de Jacona, dos años antes.

Llegó a México la noticia de su muerte el día de San Rafael, día en que sin antecedente, entró al POSTULANTADO una buena señora de León.

Dejando fechas, pasemos a meditar la lección.

Nuestro tronco tiene una raíz menos que lo afiance a la tierra, y por consiguiente, se desprenderá más fácilmente cuando Dios lo trasplante al otro mundo. Lo mejor es no echar raíces, o cortarlas cuando están tiernas para que duelan menos. ¡Qué necios son los que en vez de desprenderse se apegan a lo terreno! Para que los globos suban al cielo, es necesario cortarles los hilos que los atan a la tierra; así a nosotros. ¡Qué grande mal debe ser el pecado, para que un Dios tan justo y tan bueno, lo castigue con la muerte! ¡Qué majestuoso aparece Dios, cuando la criatura está muriendo! El, en su trono de gloria, perfectamente feliz, sereno, apacible, amable, pero justiciero; y el hombre aniquilado, impotente, oprimido bajo el irresistible peso de aquella mano omnipotente que sin esfuerzo lo hace volver al polvo de donde lo sacó, en castigo de su prevaricación.

Estos y semejantes pensamientos, son los que deben condimentar nuestro dolor en las actuales circunstancias, para que sea cristiano y no como el de los gentiles. Debemos también levantar nuestro corazón a Dios diciéndole: ¡Oh Dios justo y Padre amorosísimo! ¿Qué te hemos hecho, para que una vez más nos sumerjas en los abismos de la orfandad? ¡La que nos diste por Madre ha

muerto, y hemos quedado solas! Ella se ha ido a lugar seguro y de eterno descanso. ¿Pero nosotras? Nosotras ¡Ay! nos hemos quedado en este mundo traidor. . . en este valle de lágrimas.

Nos hemos quedado solas. . . sin madre. . . sin guía... sin protectora. . . ¡pobrecitas huérfanas! ¿Qué te desagrada de nosotras? Dilo ¡Señor! y con tu ayuda lo corregiremos. ¿Por qué nos castigas con tan rudos golpes? ¿Por qué no te compadeces de nuestra debilidad? ¿Quieres aniquilarnos, ahora que apenas empezamos a servirte? Detén, Señor, tu brazo justiciero, y tiende a estas tus pobres hijas la mano de tu misericordia. Recibe, Padre amorosísimo, las quejas de estos corazones adoloridos, como prueba de confianza y de amor filial. Conformes estamos con tu santísima voluntad. Besamos la mano que nos aflige. Creemos firmemente que, lo que sembramos en las lágrimas, cosecharemos en la alegría. No queremos que nos devuelvas a la que te llevaste, sino que a ella le des el eterno descanso y la gloria que merece por tu misericordia y por lo que hizo por nosotras; y que nos concedas corresponder a sus afanes y deseos, y sufrir alegremente nuestras tribulaciones. ¡Tú, Señor, eres nuestro Padre! Consuela a tus pobres hijas. ¡Dale eterno descanso a nuestra protectora y tierna madre! Amén.

¿Qué podré decir en contestación a tu carta, de pésame? Si me la hubieras escrito en Febrero de 82, habría desgarrado mi corazón, pues entonces fue cuando murió María Josefa; el 22 del pasado resucitó, nació, dejó de sufrir, pasó al eterno descanso, y recibió la corona que Dios le tenía preparada en recompensa de sus raras virtudes. No es cierto que Uds. hayan perdido una Madre y bienhechora, pues ahora lo es más que nunca. Su alma henchida de caridad, era la que amaba a Uds. tanto o más que a sus hijos, y esa alma no ha muerto; esa alma vive; esa alma está ahora más encendida en caridad; esa alma las ama mucho más que antes; esa alma puede más que antes;

y esa alma, en unión de la de mi Madre, vela sobre nosotros.

¿Qué más te diré? Que todos los huecos que haya dejado María Josefa, los llenes con Dios; y que a las heridas de tu corazón les eches el precioso bálsamo de la Pasión de Ntro. Divino Salvador. Si no hallas inconveniente y se pudiere, haz que algunas de las huerfanitas vayan el 22 de cada mes al sepulcro de su bienhechora, y allí arrodilladas le recen un Padre nuestro al Smo. por el eterno descanso de su alma, añadiendo esta plegaria: “Da, Señor, eterno descanso a la que fue madre de estas tus pobrecitas hijas; págale cuanto hizo por nosotras, Tú que eres Padre liberal y misericordioso; y que desde el cielo siga siendo nuestra bienhechora”. Memorias a todos. Adiós.

J. Antonio.

Tacuba, Noviembre 12 de 1884.

Por escribirle a Ud. con toda calma, no le había llegado a Ud. ninguna mía; hoy, temeroso de que cada día aumenten mis quehaceres, le escribo ésta, aunque no sea tan larga como yo deseara. ¿Qué diré a Ud. en gratitud de cuanto hizo con mi finada hermana? ¡Dios se lo pagará! es lo único que me atrevo a pronunciar. La pena de Ud. ha multiplicado las mías, y ni un solo momento he dejado de acompañarlas en su soledad. En mis oraciones me he olvidado de mí mismo, y todo se ha concretado en esta plegaria: “Dale, Señor, el eterno descanso”. Dales, Señor, una madre como la que les quitaste”. No desconfíe Ud. de Dios, ni crea que está contra nosotros. Aliéntese Ud. y bese con amor esa mano que aparentemente nos castiga, pero que realmente nos colma de verdaderos bienes. . . Yo me siento ahora más cerca de María Josefa, que antes, y la veo más interesada en nuestro bien y más poderosa para ayudarnos. Es cierto que ahora ya no puede usted verla ni

oír su voz, cuando se encuentre dudosa o perpleja; pero en cambio ella le puede conseguir de Dios cuanto Ud. necesite para el buen desempeño de su cargo. Desde allá, ella la aconsejará guiará y defenderá mucho mejor que antes, pues está más cerca de Dios y libre de todas las pasiones. Yo creo que en este momento está leyendo esta carta desde el cielo; y que en unión de mi mamá, postradas ante el trono de Dios velan por Uds. y por mí: ellas nos alcanzarán de Dios las fuerzas necesarias para la coronación de nuestra obra. Bendecidnos desde el cielo, ¡oh almas queridas! Consolad y amparad a las Hijas de María Inmaculada. ¡El Señor nos ayude! Adiós.

J. Antonio.

Tacuba, Noviembre 13 de 1884.

Queridísimas Huerfanitas:

Muy justamente han llorado Uds. la irreparable pérdida de su madre y bienhechora; y muy cierto es lo que dicen sus maestras de que desde el cielo las seguirá protegiendo y aún más eficazmente que lo que lo hizo acá en la tierra. Acá les dio cuanto tenía, pero ahora ya es más rica y tendrá más que darles. Además Uds. tienen una Madre inmortal, que es la Congregación, y esa, ella se las dio en gran parte, pues fue el alma de la Congregación. Uds. sin saberlo, han sido la corona de gloria de mi querida María Josefa, pues la caridad hacia Uds. le abrió de par en par las puertas del Reino de los Cielos. En las Misas que por su alma estoy celebrando, al llegar al Momento de los Difuntos, ésta es mi oración: “Acuérdate, Señor, del alma de la que fue madre de tus huerfanitas de Jacona. Págale cuanto antes, en el cielo, cuanto por ellas hizo en la tierra”. Uds., queridas hijas mías, únanse a mí en esta súplica, para que

su buena madre y amada hermana mía, goce de Dios y nos sirva de intercesora, alcanzándonos muchas virtudes que nos conduzcan a una muerte tan santa como la suya. Visiten su sepulcro en mi nombre y díganle, que ya que me dejó solo en la tierra, desde allá me ayude a ser Padre de Uds. y a educarlas en el temor de Dios.

Tacuba, Noviembre 18 de 1884.

He recibido sus cartas de pésame, y las agradezco como es debido. La lección que el Señor les acaba de dar, es la que me ha costado más caro de cuantas Uds. han recibido; pero por el bien de Uds. estoy dispuesto a cuantos sacrificios me exija Dios en sus altos juicios, con tal que no me niegue su divino auxilio. Han recibido Uds. una lección de la manera de bien morir, y espero que ante el cadáver de mi queridísima hermana y madre de Uds. palparían la vanidad del mundo, y su corazón se uniría más estrechamente a Dios, único bien inmutable e imperecedero. ¡Todo acaba con la muerte, menos Dios y el alma! No hay que afanarnos en lo que muere, se destruye y acaba, sino en lo inmortal, indestructible y eterno. Dios debe ser el dueño de nuestro corazón; y el alma, el principal objeto de nuestra solicitud. Esto lo sabía muy bien María Josefa, y lo practicó con admirable heroicidad. Por eso se declaró madre de Uds.; por eso murió en manos de Uds., por eso no tuvo el consuelo de que yo recibiese su último suspiro y le diese mi última bendición. Ambos hemos hecho un sacrificio superior a cuantos habíamos hecho; pero lo hicimos por la gloria de Dios y el bien de Uds., y el Señor nos ha premiado: a ella con eterno descanso, y a mí con santa resignación.

Hoy más que nunca son Uds. hijas de María Josefa, y sentirán su mano protectora que desde el cielo las cuida, las defiende y las multiplica. Aprovéchense de los consejos

que les daba y correspondan a sus ardientes deseos, que no eran otros sino la perfección de la obra que ella abrazó con todo su corazón: ¡la perfección de la Congregación! Adiós, y rueguen por

J. Antonio.

Tacuba, Diciembre 5 de 1884.

Hace ocho días escribí la anterior y como las Damas del Sagrado Corazón quisieron copiarla, y yo tuve que irme a Zinacatepec, por eso no había ido al correo. Recibí su última y confirmo la esperanza de que pronto nos hemos de ver si Dios así lo quiere y fuere para nuestro bien.

Estoy dándoles ejercicios a las POSTULANTES para que empiecen el Noviciado el día de la Purísima. Me tienen muy contento y esperanzado, pues veo que se empeñan en adquirir la perfección y ESPIRITU que deseamos en la Congregación. Se ve que María Josefa nos está ayudando desde el cielo. ¡No nos desampares, hermana mía! ¡Cuida a tus hijas, defiéndelas!

El martes que llegué se murió otra de las Damas del Sagrado Corazón, y de las más importantes; no tenía ni treinta años. ¡Dichosas ellas, pobres de nosotros!, ¿Qué haré para sentir a los que mueren? Los siento, pero con alegría. Reciban memorias de sus compañeras, quienes siguen honrando el pabellón. Reciba Ud. el afecto y bendición de quien no la olvida un solo día.

J. Antonio.

México, Diciembre 15 de 1884.

Agradezco el pésame que me dan en su carta y las oraciones que han ofrecido por ella y por nosotros.

¿Cuándo nos llegará nuestro día? Estemos preparados y con nuestras lámparas bien atizadas. Cada persona que se nos va, es una raíz menos que nos detiene en este valle de lágrimas. Empeñémonos en dominar esta bestia, que es polvo y en polvo se ha de convertir. Que Dios la bendiga y ruegue por mí.

J. Antonio.

Tacuba, Abril 14 de 1885.

Recibí tu última del 24 y las anteriores, pero la cuaresma no me dejó contestarlas. En cuanto a ti, veo todo lo que me dices y te repito cuanto te he dicho. Nada me extraña lo que te pasa, pues eso es común y corriente en las almas que tratan de perfección. ¿Crees acaso, que el demonio se ha de ir a dormir, sólo por darte gusto a ti, y que vivas tranquila? Qué ¿ya se te olvidó Jesucristo en Getsemaní? ¿Qué no has leído la vida de los Santos? Ya no recuerdas aquellas preciosísimas palabras de Sta. Teresa? “¡Ay Señor!, con razón tienes tan pocos amigos, pues si los tratas tan mal”.

Esa tristeza, desaliento, etc., etc., que se siente cuando las cosas no salen a la medida del deseo, es tentación de Satanás, que Dios permite para que nos humillemos y para que no nos echemos a dormir confiados en nuestras victorias. Haz tu lo que puedas y confórmate con lo que Dios te regale: pues por lo mismo que somos pecadores no debemos exigir de Dios regalos que hace a sus fieles amigos.

Tu Padre que te ama y bendice en Jesucristo.

J. Antonio

Tacuba, Junio 21 de 1885.

Queridísimas Hijas en Ntro. Señor Jesucristo.

Ayer recibí sus últimas y hasta hoy en el tren pude leerlas. Las veo tan cargadas de razones por mi largo silencio, que desde luego voy a interrumpirlo, y comienzo por responder a sus quejas. “El año pasado también estaba Ud. ocupado y sin embargo. . .” ¿Saben Uds. mis ocupaciones del año pasado y las de ahora? Pues sépanlas Ochenta sermones en la cuaresma. Confesonario semanariamente de ciento cincuenta alumnas de las Damas del Sagrado Corazón de Jesús. Correspondencia del Sr. Arzobispo. Visita de las escuelas católicas. Todos los negocios de limosnas e instrucción pública. Una misión de 17 días en las Fábricas de Contreras, (foco del Protestantismo). Novenario de San Antonio, predicado en la Encarnación. Primera Comunión de los niños de Tacuba, y de las niñas de las Damas. Enfermedad de Catarina. Agencia de recursos para sostener los establecimientos. Contemplaciones con todas las personas que han beneficiado a Uds. compra y envío de encargos a Jacona. Negocios de Europa. Confesonario, Noviciado, Asilo de Tacuba. Viajes en comisión y con el Sr. Arzobispo. Templo de Expiación y San Antonio. Casas de las Damas de México y Toluca. Contabilidad de todos los negocios, y flaquezas de todos los prójimos.

Y qué ¿todo eso importa más que nosotras? Todo es por Uds. y para Uds. pues para mí nada busco, nada apetezco y nada he gozado.

Es cierto que el año pasado escribía frecuentemente a María Josefa. Pero ¿por qué? Porque Uds. mismas me decían que eso la aliviaba, y yo tenía interés en conservarle la vida para Uds. que la gozaban, no para mí que sólo me atormentaba saber que padecía.

“Amores nuevos quitan los viejos”. Mis amores son siempre nuevos y siempre viejos, pues los encamino a Dios que es de donde nacen. Amo a la Congregación y no a las Congregantes. Si el dicho se refiere a las personas que por acá me estiman, les advierto, que yo soy tan poco accesible

por mis muchas ocupaciones, que las personas, con Uds. me manifiestan su cariño, regalándolas, sirviéndolas, etc. ¡Cuidado con el burro de las reliquias!

Concluyo deseándoles mucho amor de Dios y más desprendimiento de las criaturas.

Quien las bendice con todo su corazón.

J. Antonio.

México, Junio 19 de 1885.

Los retiros, interrumpidos hace siete meses, vuelven hoy a tomar su curso y yo aprovecho los intermedios de las distribuciones para escribirles estos renglones. Sigo siendo el niño mimado de Dios, puesto que me concede cuanto deseo. Ya Uds. recordarán que en otros tiempos les hablaba de edificar un templo desde sus cimientos y según mis ideas, donde S. Antonio fuese venerado de una manera especial. Pues bien, esas pláticas se están realizando no en la peñita ni en el molino de arriba, sino en la calle principal de México, y en el lugar que fue la cuna de nuestra fe y de nuestra civilización; en donde habitaron Moctezuma, Hernán Cortés y los santos misioneros Martín de Valencia, Pedro de Gante y el Ilmo. Sr. Zumárraga; en el antiguo exconvento de San Francisco, junto al magnífico templo que era nuestro, y hoy sirve de catedral a los protestantes. El día 13 empezaron a abrir los cimientos de ese templo expiatorio, que llevará el nombre del glorioso protomártir mexicano, San Felipe de Jesús; y una de cuyas naves será consagrada a San Antonio de Padua, hermano suyo en la religión. No hallo como agradecerle a Dios esta inmerecida gracia de haberme escogido para edificar en la República el primer templo al primer santo mexicano y de la Adoración Perpetua del Smo. Sacramento. Espero que Uds. me ayudarán a ser agradecido, coronando la obra que el Señor me ha encomendado, con sus oraciones y buenas obras. Este va a ser un templo expiatorio, por todos los

crímenes cometidos en la República, y con el fin de apaciguar la cólera divina tan justamente irritada por nuestros pecados. Al empezar la obra material del templo, debemos empezar la obra espiritual de nuestro arrepentimiento y de nuestra conversión. Para lograr ambos objetos, deseo que todas me ayuden a obtener la gracia que necesito, por intercesión de nuestro Santo Patrón. Récenle todos los días por intención de los contribuyentes y para que ablande y mueva los corazones. Quiero además que, mientras dure la construcción del templo, tanto las profesas como las novicias, diariamente, pero turnándose, una de ellas pase una hora (la que mejor convenga) delante del Santísimo, ofreciéndose en expiación por todos los mexicanos, y pidiendo el aumento de verdaderas vocaciones religiosas.

Para que esto lo hagan sin faltar a sus obligaciones ordinarias, o que si falta, sólo sea una vez al mes, pueden completar el número de 30 con algunas otras que les merezcan confianza. A la que le toque la hora de guardia, procurará ofrecer en ese mismo día algún acto de penitencia, en satisfacción de los pecados de todos los mexicanos. Si a todo esto agregamos el buen desempeño de nuestras obligaciones personales, no me cabe la menor duda de que muy pronto veremos coronada la obra que esta semana hemos empezado. Además, abrigo la convicción de que este templo va a ser la bendición de nuestras obras, para que crezcan y fructifiquen en todo el país. Para que no se lamenten de que se desalientan con la falta de mi presencia y de mis cartas, les diré: que el carbón que sólo a soplidos arde, es de muy mala clase y no sirve.

¡Animo, hijas mías! ¡Valor y Confianza! ¡HUMILDAD Y TRABAJO! Que Dios las conserve en su santa gracia, que las defienda del enemigo malo, y que inflame sus corazones en el divino amor, son los deseos y peticiones de quien las ama y bendice como Padre.

J. Antonio.

León, Julio 5 de 1886.

El viernes 2 terminé el mes de Jesús con un retiro en Sto. Domingo, y el 3 por la mañana salí para ésta y llegué felizmente a las 8 de la noche. Vine por mandato de mi tío a acompañar a Filomena en el día de su santo, a llevarla a Guanajuato, Celaya, etc., y conducirla luego a México donde tengo que estar para el 16, pues ese día a más tardar, será la bendición de la primera piedra del templo de San Felipe de Jesús.

Aquí sin pensarlo hemos empezado a arreglar con el Ilmo. Sr. Barón la fundación de una escuela de pobres dirigida por Uds., lo cual, Dios mediante, dará por resultado la protección de un Obispo más, mejor terreno para los trabajos, y más vocaciones. Dando esto por hecho ¿a quiénes mandaría Ud. a esta nueva fundación? Se trata de dar una educación como la del asilo, pero a puras externas.

Conozco que no estamos aún para extendernos tanto, pero es indispensable que la Congregación se dé a conocer por sus obras, para que haya vocaciones y protectores. Pascuala y Luz Reyes conocen esta ciudad, ellas podrán informar a Ud. de su importancia y del carácter de los habitantes.

Además, el Ilmo. Sr. Barón quiere una Congregación que le sirva para todo su obispado, y en él hay poblaciones importantísimas, tales como Guanajuato, Irapuato, Silao, Apaseo, Dolores, San Felipe, etc. Encomiende usted luego este negocio a las oraciones de la comunidad, de una manera muy particular.

Memorias a todas, unidas al afecto y bendición que les envía su padre en N.S.J.C.

J. Antonio.

Tacuba, Sepbre. 4 de 1886.

Nada particular ha ocurrido en estos días y actualmente me ocupo en los ejercicios de las postulantes y novicias que son 16 en total.

Ningunos ejercicios he visto ni dirigido, más silenciosos y devotos que éstos, ojalá que produzcan el debido y deseado fruto.

Supongo que estará Ud. muy afanada con la fundación del día 8; Dios la saque con bien y le pague en el cielo sus afanes por el culto de la Sma. Virgen. Acá honraremos a N. Madre Sma. con algunas profesiones y admisiones, que aun no determinamos, pero que indudablemente habrá ese día. Parece que ya la Congregación va prendiendo bien. Démosle gracias a Dios. Quisiera ser más largo, pero no tengo tiempo de que disponer, sino para concluir bendiciéndola a Uds. y a todas las Congregantes. Adiós.

J. Antonio.

Tacuba, Septiembre 24 de 1886.

Supongo que tus penas habrán disminuido con la separación de las alumnas, y digo DISMINUIDO porque carecer de ellas es imposible, y sería nocivo para la salud del alma, pues nos apegaríamos mucho a este mundo. Las penas me hicieron a mí salir con alegría de Jacona. Nuestro noviciado de acá se está aumentando en número y buen espíritu. Las que vinieron empezaron su noviciado el día 8, y a cual más ejemplar de las dos y de sus demás compañeras. Al postulantedo entraron siete, de suerte que ya no me caben. Profesaron tres. Los ejercicios fueron de nueve días, y jamás había visto otros con mayor quietud y recogimiento. He quedado verdaderamente satisfecho. ¡Dios quiera sigamos así! Actualmente estoy haciendo en la Profesa los ejercicios de desagravios, y con mucho fruto.

Me ocupo al mismo tiempo de arreglar todo para la coronación de la Sma. Virgen de Guadalupe en 1887.

Tu Padre en J. C. que mucho te estima y te bendice de corazón.

J. Antonio.

México, Noviembre 28 de 1886.

Mucho me alegro que sigas entusiasmada en la obra de la Congregación, y con vivos deseos de adelantar más y más. No por esos deseos vayas a estropear tu salud, haciendo esfuerzos superiores a tus fuerzas. La salud es indispensable para la vida activa de la Congregación, y por lo mismo se debe cuidar como el soldado cuida su caballo y sus armas, pues ellas son su todo en la pelea.

La nueva, cada día me tiene más contento, pues es una verdadera novicia.

Espero que pronto nos veremos, y tendré el gusto de palpar tus adelantos en todo sentido.

Deseándote que seas una verdadera Hija de María Inmaculada de Guadalupe, te bendice de todo corazón tu padre en N. S. J. C. que mucho te estima y te encarga lo encomiendes a Dios.

J. Antonio.

Tacuba, Febrero 12 de 1887.

Mis males no me han dejado escribirles. Parece que ya empieza el alivio, pues tengo alientos para tomar la pluma. Recibí tu cartita y veo que estás extrañando tu Belchite; tienes razón, pero también tienes oportunidad de hacer más meritoria tu vocación. El modo de sentir menos la tierra, es elevarse al cielo. Nuestra Congregación sigue creciendo y desgranándose. Ayer hizo cabo de año

Pascuala, y el Sr. Montes de Oca quiere que la Congregación se encargue de la CASA DE CUNA en San Luis. Explícame estos misterios. Yo sólo me los explico con la batalla de Gedeón, en que ganó con pocos soldados VOLUNTARIOS. Me alegro que no les falten los auxilios espirituales, pues ellos son el alimento de nuestra alma. Tus novicias no te han deshonrado. No temas molestarme con tus cartas, pues nunca me han servido de molestia las cartas de Uds., antes al contrario, de gusto. Los Padres, según veo, están contentos, tranquilos y trabajando con fruto. No hay quien los apapache, pero ni quien los arañé. Bendito sea Dios.

A todas las congregantes y huérfanas dales ésta por suya junto con la bendición que les envía tu Padre que mucho te ama y te desea valor, constancia y salud.

J. Antonio.

Tacuba, Mayo 31 de 1887.

Ya no es tiempo de hablar de desarraigar vicios sino de plantar y cosechar virtudes, pues no ha de hacer otra cosa una Profesa como Ud., quedándose lo primero para las postulantes.

Sigo aliviado y he terminado felizmente las tareas del Mes de María: gracias a Dios.

Memoria a todas, y recibe con ella la bendición de tu Padre en J. C.

J. Antonio.

Tacuba, Julio 9 de 1887.

La presente tiene por objeto avisar a Ud. que cuando menos lo esperaba se me ha venido a las manos la fundación de un Asilo de huérfanas dirigido por las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe. Para esta nueva fundación me ofrecen un capital suficiente para que con

los réditos se mantengan cincuenta huérfanas. Como Ud. podrá comprender éste es un buen impulso a la Congregación, tanto más cuanto que la fundación ha de ser aquí o en México.

Mientras esto se acaba de arreglar, bueno es que nos vayamos ocupando del personal que hemos de ocupar en el nuevo asilo como principal de nuestros establecimientos y como una nueva fuente de vocaciones, pues Jacona ya no ha de dar más de sí y ha sido un camino muy doloroso y ... basta. Por lo dicho, dejaremos allá lo absolutamente indispensable y nos traeremos a las demás. Quiero, pues, que Ud. me indique cuántas y quiénes se han de quedar allá, en la inteligencia de que Genoveva y Antonia son de las que han de venir. También será bueno que se vengán las huérfanas capaces de ayudar al trabajo. En fin, necesitamos quince personas, por lo menos, para el Nuevo Asilo de Ntra. Sra. de la Soledad, que es el nombre que ha de llevar. Las otras fundaciones no están muertas sino aplazadas por falta de recursos suficientes, mientras que para ésta sí los dan. Encomienden mucho a Dios este asunto. Más que nunca las bendigo con toda la efusión de mi corazón, y pido a Dios me las haga más santas, y constantes.

J. Antonio.

Tacuba, Agosto 29 de 1887.

Agradezco la relación circunstanciada que me da de la enfermedad y muerte de Matilde (q.e.p.d.) pues todas éstas son lecciones que Dios manda para que pongamos en El toda nuestra confianza; ya Ud. recordará cuánto miedo tenía Matilde a la muerte, y ya Ud. vio qué tranquila murió; pues así nos ha de pasar si vivimos bien.

Cuesta mucho trabajo hacer el bien, y por esto tiene tanto mérito a los ojos de Dios. Por acá no deja de darnos guerra el diablo, pues no quiere que se corone la Sma.

Virgen de Guadalupe, pero sin su licencia se ha de coronar, mal que le pese.

Memorias a todas, y que Ud. siga amansándose hasta que se haga una corderita.

Su afectísimo Padre en J. C. que mucho la estima y bendice.

J. Antonio.

Tacuba, Agosto 30 de 1887.

Antier recibí tu grata del 17 y los pormenores de la solemnísimas Primera Comunión de cuarenta y cinco niñas, por lo cual te doy mil parabienes y cumplidas felicitaciones. Ya por ahí verás que Dios aprieta pero nunca ahorca.

Tus multiplicadas cuitas fueron premiadas con ese verdadero gozo. Qué lindo es el premio al fin de tantos afanes.

Dales gracias a Dios y los Santos, y pídeles que ese gozo lo tengas presente en medio de las tribulaciones que vinieren. No cabe duda que el Sr. Cura ha de haber quedado muy complacido, lo mismo que yo lo estoy por todas sus bondades para con Ud. Dios le ha de pagar con creces su caridad.

Quedo entendido que mejor será suprimir el internado en el asilo, y así lo haremos para concentrar nuestras fuerzas acá en la capital y cosechar mejores frutos. Allá con el externado les sobra, y más cuando no reparten el establecimiento.

La coronación probablemente no será en Diciembre pues falta mucho que hacer en la colegiata. Bien ha metido el diablo la cola en este asunto pero se ha de quedar chato, espero en Dios.

Tu afectísimo Padre en Jesucristo que mucho te estima.

J. Antonio.

Tacuba, Octubre 1º de 1887.

Los retratos de Matilde no han de ser suficientes para las casas de la Congregación, y por eso no podemos repartirlos a los que los han pedido. Por el alma de Ud. harán los que vivan, tanto o más que por la de Matilde, pues así lo manda el Reglamento y lo exige la justicia. Por ahora piense Ud. en trabajar muchos años para la mayor gloria de Dios y bien del Prójimo, y esos serán los mejores sufragios.

La reseña sobre Matilde está bien, y habrá Ud. palpado la importancia de llevar apuntes tal como se manda en el Reglamento, y como yo los he llevado.

La coronación no será este año, pues las obras son muy vastas. Yo, ni puedo ni pienso ir por allá este año.

No me olviden en sus oraciones.

J. Antonio.

Tacuba, 2 de Noviembre de 1887.

Por mi última carta verá Ud. que los Padres muy prudentemente dispusieron alojarse fuera del colegio, para quitarles compromisos ulteriores a Uds.

Ellos le dirán mi imposibilidad de separarme de aquí actualmente. El Dr. Mora, si viere bueno el terreno, les dará unos días de ejercicios a Uds. y a las internas, a los que deben entrar de preferencia las que Ud. juzgue que no han de venirse pronto.

El día 24 abrimos los cimientos del Asilo de Ntra. Sra. de la Soledad, y espero verlo concluido antes de seis meses.

Yo estoy perfectamente bien y muy contento, pues las persecuciones de los masones ni fuerza me hacen, y las juzgo beneficio del cielo. No tengan cuidado por mí.

Su afectísimo Padre en Jesucristo.

Mando copia de la biografía de Matilde para que la mande copiar en el libro respectivo.

J. Antonio.

Tacuba, Diciembre 28 de 1887.

Llegaron felizmente los Padres, y en seguida entraron a ejercicios. Por ellos y por las cartas de Uds. veo que todo marcha perfectamente; que hicieron sus cinco días de ejercicios y que se quedaron muy conformes con la voluntad de Dios, como yo ya me lo esperaba.

Después de un año de meditación y consultas con Dios y con los hombres, he venido a determinar, y determino, que acompañadas de Miguel Velázquez, portador de la presente, mande Ud. para Tacuba a las Congregantes Genoveva García, Teodosia Maylén, Antonio Zamudio y a la huérfana María Alejandre. Nombrará Ud. rectora del asilo a Francisca Alejandre Herrera, quien, guiada por Ud., pronto quedará bien instruida y capaz de desempeñar cuando Ud. se ausente, como tendrá que suceder en el mes de Marzo que vendrá Ud. a abrir el asilo de la Soledad. Que las que vengan, traigan todos sus apuntes y cosas que tienen en uso y juzguen necesarias, siempre que Ud. lo juzgue prudente. María me va a dar una lista de lo que quiere que traigan, y que no ha de hacer falta allá. Que Antonia no vaya a cargar con el recetario, pero que me traiga mi estuche de cirugía. Que no deje ninguna medicina sin marcar.

Creo que deberá Ud. avisarles que se van a venir y dejar a la discreción de ellas el avisarlo, o no, a sus familias.

Lo necesario para que viaje, se lo pedirá Ud. a Don. Mauricio y lo entregará a Genoveva.

Que no vayan a olvidar traer cada una su sarape para el camino.

Miguel tiene quince días de licencia, y Valdés se ha quedado aquí en su lugar.

Mis males se van retirando poco a poco, gracias a Dios. Las Congregantes me tienen contento, y las que no tienen vocación pronto salta y se van. De las últimas pretendientes que me mandaron de Guanajuato, sólo una ha quedado, bendito sea Dios.

Con la esperanza de que nos vemos en Marzo, la bendigo con todo mi corazón en unión de todas sus hermanas e hijas mías.

J. Antonio.

Tacuba, 28 de Diciembre de 1887.

Amadísimas Hijas en N.S.J.C.:

Reservándome el gusto de escribirles a cada una en particular, les escribo en general para desearles un feliz año nuevo, muy productivo en frutos de santificación y eterna felicidad.

Miguel les dará razón de cuanto le pregunten tocante a mi persona, etc., etc.

Que Dios las bendiga, son los deseos de su afectísimo Padre en el Señor.

J. Antonio.

Tacuba, Enero 8 de 1888.

Me alegro que te hayan aprovechado los ejercicios. Ya no es tiempo de desarraigar vicios, sino de plantar y cosechar virtudes, pues no ha de hacer otra cosa una Profesa, quedándose lo primero apenas para las postulantes.

Supongo que la botica quedará en tus manos, y espero que tu empeño y cuidado suplirá la falta de práctica y de conocimientos que no hayas adquirido. Además, Dios

ayuda a quien tiene buena voluntad, que es la que a ti te sobra.

Acierto, paciencia, caridad y mucha atención son mis deseos para ti en 1888.

J. Antonio.

Tacuba, Julio 8 de 1888.

“Las cartas de amigos” entran entre los gastos de adorno, y como no son necesarias, por eso escasean y van de vez en cuando; mientras que las otras suelen ser indispensables, tal cual la última, pues haciendo cada cual su antojo, aquello no podría marchar bien. Me alegro que haya entendido mi carta y que se haya enmendado. Ser religiosa no es tan fácil como parece, pues se necesita dejar la voluntad propia y abrazar la ajena, pronta, entera y voluntariamente. Fuera de esto no hay sino puras ilusiones.

Que Dios le conceda constancia en el camino de la perfección, son los deseos y ruegos de su afectísimo Padre en J. C.

J. Antonio.

Tacuba, Marzo 30 de 1889.

Recibí su carta al venirme a San Joaquín a dar los ejercicios de colegiales y ordenados, los cuales terminarán dentro de ocho días, y saldré luego para San Luis Potosí, y de allí, en pascua, iré a otras tierras en busca de limosnas para la Colegiata de Guadalupe, y no regresaré hasta que no junte el dinero necesario para la obra. Ya quedó concluido el asilo, menos la capilla de Ntra. Señora de Guadalupe, y estoy ya al terminar la iglesia de San Joaquín.

A las Hijas de María de toda la República, les he asignado que paguen el alto-relieve que coronará el altar

de la Sma. Virgen de Guadalupe, cuyo importe no bajará de diez mil pesos.

Muy bien están las de San Joaquín y muy contentas, no dejan qué desear; bendito sea Dios.

A todas las saluda y bendice su Padre en J. C.

J. Antonio.

Monterrey, Mayo 17 de 1889.

Cansado de esperar carta de Ud. en San Luis, le pongo la presente avisándole que estoy bueno y que el Señor me colma de bendiciones en mi misión por estas tierras.

En Matehuala, los ocho días se convirtieron en tres semanas de misión, y por más que trabajé no alcancé a levantar el campo. Jamás había visto mayor movimiento religioso. Confesé más de cinco mil penitentes de 3 a 40 años de no confesarse; éramos 14 confesores, y sin embargo no pudimos acabar de despachar la gente. Entre los frutos de la misión, cuento tres postulantes que mañana saldrán para Tacuba, y que espero se lograrán; todas son de buenas familias. En cuanto a limosnas, no queda alma sin darme por donde quiera que paso; bendito sea Dios.

Las liebres, las urracas, las güilotas, etc. me han dado uno que otro pellizco en el corazón, desde que ando por estas tierras; lo cual, unido al mes en que estamos, resucita en mi memoria los tiempos de Jacona.

Hace un calor tanto o más que en Veracruz.

Memorias a todos, y reciban la bendición de su Padre en J. C.

J. Antonio.

Saltillo, Mayo 22 de 1889.

Muy amadas Hijas en N. S. J. C.

A cuantas me han escrito dirijo la presente avisándoles que he perdido el tiempo leyendo sus cartas. Ayer a la una de la mañana llegué de Monterrey, donde habría permanecido más tiempo si no hubiera sido por el calor que no me dejaba ni dormir. Es muy buena y muy decente aquella gente; en el último sermón estaba la Catedral apretada, y no había un solo pobre de chaqueta, o rebozo, o tápalo; todos de levita y velo. Allí la gente rica es la piadosa. El terreno es muy fértil y pintoresco, las montañas, muy elevadas y raras. Ojos de agua y zanjas por todas partes. La gente, muy sencilla y cariñosa; y las cantantes, nunca oídas. Clero es lo que falta, y quién promueva.

Que Dios las bendiga y me las aumente y haga crecer en número y virtudes. Adiós.

J. Antonio.

Durango, Junio 27 de 1889.

Después del calor de Monterrey, fatigas de Saltillo, y espantosa soledad de los desiertos, llegué a esta ciudad que he visto como un paraíso y donde he pasado un mes de Junio delicioso, con mucho trabajo, pero acompañado de deliciosos baños, regia asistencia en casa del Dr. Gavilán, finísimo Clero, magnífica gente, colmado de cariño, obsequios y finezas, muchísimo fruto espiritual y bastante limosna.

¡Bendito sea Dios! Ningún templo ha sido bastante para el auditorio, y he tenido que trabajar doble; por la mañana Sras. y por la noche hombres; y ni aun así ha cabido la gente. Sólo el día de San Juan di la Comunión a mil y tantos artesanos, de tres a cuarenta años de no confesarse.

Mi viaje por estas tierras ha sido una verdadera marcha triunfal desde que salí de México, y en esto veo un milagro de la Sma. Virgen de Guadalupe. Los masones han tratado de hacerme circo, pero les ha salido el juego cuco y

contraproducente. Aquí con sus libelos calumniosos, “de que venía a desollar a los duranguenses, a plancartear, etc., etc.” me propuse no pedir nada, y así lo dije en el púlpito, y a las familias, y esto ha dado por resultado una constante lluvia de limosnas, como en ninguna parte. Aquí el triunfo ha sido completo; los duranguenses, empezando por el Clero, se han prendado de mí y yo de ellos.

Salgo para San Luis el 2, a Catorce donde misionaré hasta fines de julio, y de allí a Zacatecas.

J. Antonio.

Aguascalientes, Julio 7 de 1889.

Mucho me sorprendió y sentí a D. Jesús el carnicero, pues ya sabes que quiero a cuantos quieren a Uds. y las tratan bien. El 2 salí de Durango y dejé aquella tierra que tanto se prendó de mí y yo de ellos. Todavía en Sainz, límite de Durango, recibí una bellísima prueba de cariño, pues no quisieron cobrarme nada en el mesón, simplemente porque supieron quién era yo. El camino de Durango a Fresnillo lo hice en coche particular y en seis días, pues me detuve dos días en la Ochoa, con la familia Gavilán que vino a ver a Luz, casada con el dueño de la hacienda y persona digna de ser conocida, pues es un ángel en cuerpo y alma. Allí le di el último adiós a esa familia que me colmó de comodidades, cariño y fineza, durante todo un mes, en pago de lo cual les arranqué a Carmelita para la Congregación. ¡Qué ingratitud! Así es nuestra misión.

Dales ésta por suya a tus hermanas en J. C. unida a mi afecto y bendición.

J. Antonio.

San Luis, Julio 26 de 1889.

Ayer a medio día regresé a ésta sin ninguna novedad, después de terminada la santa misión de Catorce. Bajé de la montaña por un camino particular más cómodo y menos peligroso que el público por donde subí.

Además, bajé a pie para que la gente no se apercibiera de nuestra marcha, pero ni ésa me valió, pues a poco de haber salido lo maliciaron, y como están injertados de cabra se descolgaron entre las rocas y abismos, y a la media hora ya estaba rodeado de gente llorando que no me dejaban andar y me obligaron a montar a caballo con todo y mi miedo y repugnancia. ¿Recuerda Ud. aquel verso del Lic. Anciola “Ay malhaigan las mujeres; por una mujer fornicaron, dicho Gorgonio Paredes?” pues bien, ese fulano era capitán de otros trece ladrones, que robaban en esos cerros, los cuales desde entonces tomaron el nombre de Los Catorce.

¿Quién me hubiera dicho en aquellos tiempos del versito “has de ir a dar misión a esas gentes?”.

Desde hace días está lloviendo en mi milpita. El diablo quiere hacerme creer que mi presencia es indispensable en ésa; pero no he de ir aunque todo se acabe. Por acá me trae Dios, y no me he de ir hasta que no termine mi misión. Dejé encargadas a Uds. con los Santos por cuya gloria y devoción ando trabajando, y con todos mis bienhechores y amigos en general, para que ayuden a las superiores en cuanto puedan, y ellas los ocupen. Ejercitar la paciencia es nuestro deber, y agradecer los buenos servicios de cuantos nos ayuden. Ofrezca Ud. a Dios todos los trabajos, no desmaye ni se mortifique, ni haga caso de los díceres infundados e injustos de los hombres. Ahora empiece Ud. a sentir lo que yo ya llevo 25 años de sufrir. Las bendigo con toda mi alma.

J. Antonio.

Santa María del Río, Agosto 10 de 1889.

Carísimas Hijas en N.S.J.C.

El 8 hizo cuatro meses que emprendí mi misión por estas tierras, abandonando la de Uds. Mis fuerzas y ánimo no han desfalecido ni un solo día, antes se han vigorizado con las copiosas bendiciones que el cielo ha prodigado por mano mía, a innumerables gentes que hacía muchos años vivían en pecado. No menos consuelo ha recibido mi alma al poder enviaros nuevas colaboradoras en la santa obra de la Congregación la cual poco a poco va siendo conocida en toda la República, y estimada cuanto debe serlo. Si algunas se van retirando del ejército, es nuevo y singular beneficio de Dios, pues los soldados cobardes son para los valientes mayor impedimento que las trincheras y los muros. El dinero que en ellas juzgáis perdido, es ganancia, pues con su ausencia se libra la Congregación del más terrible de sus enemigos. Las imperfecciones que muy a menudo se hacen visibles entre vosotras, sirven para que nos humillemos y redoblemos nuestra vigilancia y desconfianza de nuestras propias fuerzas. En fin, yo me veo rodeado de beneficios singularísimos que no hallo ni cómo agradecer; y a cada instante me maravillo de la misericordia de Dios y me confundo de mi nulidad. Dad por mí gracias al Ser Supremo, y aceptad el afecto y bendición de vuestro Padre en el Señor.

J. Antonio.

San Luis Potosí, Agosto 25 de 1889.

Tu grata del 21 de Agosto me trajo la noticia del alivio formal de Antonia, o sea la confirmación de mi gran fe y ciega esperanza: loado sea Dios.

El P. Bandera con no haberme teleografiado como yo se lo encargaba en mi carta, me trastornó todos mis planes

del viaje a Guadalajara, y opté por quedarme recogiendo mi cosecha final, hasta no recibir contestación de Zacatecas, pues ahora me conviene mejor ir a Zacatecas y después a Guadalajara, siendo que no pude ir a la consagración del Sr. Díaz.

Tengo mucho que escribir, y por eso aquí concluyo.

Reciban todas el corazón y afecto de su padre en
J. C.

J. Antonio.

San Luis Potosí, Agosto 25 de 1889.

Amadas Hijas en N.S.J.C.

Hace tiempo que no tengo el gusto de ponerles una cartita, por razón que los quehaceres del ministerio no han disminuido, y los del escritorio se han multiplicado, pues a cada ciudad donde voy nace una nueva correspondencia epistolar. Este intervalo de silencio ha sido muy fecundo en acontecimientos, y vale la pena que los recopilemos y examinemos a la luz de la fe, pues son lecciones que Dios nos da. Estos han sido los acontecimientos.

1º- Ida de dos de Matehuala.

2º- Llegada de las de Durango.

3º- Los toros y los robos.

4º- Vocación de una a las Capuchinas.

5º- Enfermedad de Antonia.

6º- Su prodigiosa curación entre el 12 y martes 13
de Agosto.

Vamos ahora punto por punto:

1º – De las tres de Matehuala, sólo una se ha quedado: la que tuvo mayores dificultades para ir a la Congregación. A María no hay que culparla, pues no tenía salud. . .

Cuántas veces quiere uno una cosa y no puede. . . ¿Pero Isabel. . . ? Se engañó a sí misma.

2º – Las cuatro de Durango, han permanecido. Hay poblaciones más gratas a Dios que otras. Dios premia la paciencia y caridad de las viudas y las penas de las huérfanas humildes y laboriosas, no menos que a las madres abnegadas y piadosas.

3º – Con los mundos irreligiosos no se puede tratar ni de paso, sin peligro que lo mezclen a uno de paso en sus fechorías; y el mundo no tiene caridad en sus juicios. El mundo no tiene caridad, y por eso no hicieron ningún caso de los robos de los asilos; y sí lo atribuyeron a castigo. No hay que esperar sino en Dios.

4º – Cuánto falso testimonio le levantamos a Dios N. Señor. Queremos hacerlo responsable de nuestros caprichos o enfermedades. Decimos que nos llama, cuando a nosotros se nos antoja ir; y suele suceder que nos quedamos como la vieja de las dos bodas: sin una, y sin otra. La mezcla de comunidades es destructora.

5º – Antonia llegó hasta los bordes del sepulcro, para desde allí gritarles a muchas de las bobas, ¡Alerta! No hay que perder tiempo. Esto es lo positivo. Esta es la verdad. Dichosas las que tengan las lámparas encendidas. Preciosa es a los ojos de Dios, la muerte del justo.

6º – Yo tenía plena seguridad de que Antonia no se moriría, fiado en que la Sma. Virgen de Guadalupe, andando yo en su servicio, no me había de dar ese pago.

Sí creía que Dios la perfeccionaba en su oficio de enfermera mandándole esa enfermedad, pues así ha quedado lista para asistir tifosos, sin tan eminente riesgo de contagiarse.

La curación acaecida entre el 12, y martes 13, son prenda segura de que nuestros santos Patronos nos cuidan desde el cielo y escuchan nuestros ruegos. Démosles gracias, y especialmente a Dios por tantos y tan singulares

beneficios, permaneciendo firmes en nuestra vocación; correspondiendo a su divina gracia y trabajando en nuestra perfección religiosa.

No es Dios quien necesita de nosotros; nosotros somos los que necesitamos de Dios. Tengamos en grande estima nuestra vocación, pues es el don más precioso que nos ha venido del cielo. ¡Gran merced es trabajar en la viña del Señor! ¡Ah, si conociéramos el don de Dios!

No olviden en sus oraciones a éste su Padre que tiernamente las ama y bendice con toda la efusión de su corazón.

J. Antonio.

San Luis, Agosto 28 de 1889.

Repentinamente he arreglado mi viaje a Zacatecas, y salgo mañana a las 7 de la mañana. Me convidó el Sr. Obispo y los Canónigos para la Novena de la Natividad, que es la Patrona de la Ciudad; y lo han hecho con tanta sinceridad e instancia, que acepté en el acto, y por telégrafo avisé que mañana estaré en Zacatecas. Me tuvo cuenta que no llegara el P. Bandera. “No hay mal que por bien no venga”.

Te bendigo en unión de todas.

J. Antonio.

Zacatecas, Septiembre 8 de 1889.

Supongo que las han informado mal respecto a mi salud. Si estuviera enfermo, ¿podría trabajar como trabajo? ¿podría escribir? Desde que salí de México no he tenido un dolor de cabeza: ¡Bendito sea Dios! Aquí en Zacatecas estuve algo desalentado los primeros días, y a

esto contribuyó el frío, los nublados y las lluvias, las ideas exaltadísimas del gobierno, las leyes tiránicas del Estado, lo mal preparados que estaban en mi contra, pues hace un año que hasta me quemaron en figura, y ahora tenían preparada la orden de destierro fuera del Estado tan luego como pisara Zacatecas; pero Dios pronto convirtió mi tristeza en gozo. Cuando menos esperaron los Sres. Gobernadores, yo ya estaba predicando en Catedral; corrió la voz, fueron a oírme por curiosidad, incluso el Sr. Gobernador; vieron que el León era muy distinto a lo que lo pintaban, les caí en gracia seguramente, pues no han dejado de ir una sola noche, y la Catedral, que es más grande que Sto Domingo y la Profesa, se cuaja materialmente de gente.

El domingo devolvieron las entradas del teatro porque no había gente suficiente, y el jueves sucedió lo mismo, en un concierto. Este es el triunfo más espléndido que Dios me ha concedido. Se reunió el vecindario para suplicar al Sr. Arzobispo me dejara aquí un mes, pero yo no permití que le telegrafiaran y accedí a quedarme hasta el 12.

Dale gracias a Dios por las maravillas que obra por medio de tu Padre en J. C., que te bendice en unión de todas las de esa casa.

J. Antonio.

Zacatecas, Septiembre 11 de 1889.

Esta noche (jueves 12) concluyo mi tarea de predicación, que ha sido bien difícil debido al sinnúmero de protestantes, masones y liberales que han asistido a los sermones, y a quienes he recibido después en casa para responder a sus dudas y cuestiones de suerte que he sustentado un examen de quince días, pero Dios me sacó con bien. En una sola vez se me presentaron 15 licenciados, los más de ellos empleados del Gobierno, y me

veía yo como liebre acosada por los perros. El triunfo ha sido completo, gracias a Dios y a las oraciones de Uds. Me quedaré aquí algunos días para acabar de recoger las limosnas que están goteando todavía.

La salud sigue bien, y el temporal ha mejorado pues ya suele verse el sol.

Reciba la bendición que le envía su afectísimo Padre en J. C.

J. Antonio.

Tacuba, Abril 30 de 1890.

Mi muy querida Hija:

Recibí tu muy grata del 12, y siento muchísimo la muerte de D. Antonio, que ignoraba; te acompaño en tu pesadumbre y rogaré a Dios por él y por Uds.

Creo que haz hecho muy bien en unirme con Lola, pues la experiencia es madre de la ciencia.

En cuanto a tu deseo de servir a Dios en un estado más perfecto, me concreto a decirte:

- 1º Que cuentas conmigo para lo que pueda servirte.
- 2º Que juzgo difícil que puedas vivir sin María.
- 3º Que cuando uno ha estado acostumbrado a mandar es muy difícil obedecer.
- 4º Que la vida religiosa es de completo sacrificio.
- 5º Que dejes pasar la dolorosa impresión de la muerte de tu papá.
- 6º Que pienses que Dios no te ha de abandonar.
- 7º Que tu resolución tenga por base el deseo de servir.
- 8º Que no consultes con muchos estos asuntos.

Te encomendaré muchísimo a Dios en el Mes de María. Tu afectísimo Padre en J. C. que saludando a tus Hermanas las bendice y les desea todo bien.

J. Antonio.

Puebla, Julio 1º. de 1890.

Mi muy querida Hija:

En medio de las penas que de ésa me ha traído el correo, me ha venido el grato consuelo de ver tu carta y notar en ella tu adelanto en todo sentido, pues cada día *te veo más digna de la Congregación*. Dale gracias a Dios, y pídele la perseverancia.

Salúdame a todos y recibe la bendición que de todo corazón te envío.

J. Antonio.

México, Octubre 16 de 1890.

Muy querida hija:

Acabo de recibir su carta del 24 y me he levantado de cama a contestarla, pues no quiero ser causa de la menor pena de Ud. Las palabras de mi carta a su mamá, fueron: “si su hija se va, es por falta de vocación o fuerza para seguirla”. ¿Es esto declarar una u otra cosa? Ciertamente no; esto es dejarlo en duda, aunque yo comprendía que la falta del consentimiento franco, sincero y cristiano de su mamá, era el que la impelía a Ud. a irse; pero yo no debía entrar en ese considerando, puesto que a mí, al pie del Sto. Cristo de la sala, me aseguró su mamá que dejaría a Ud. en libertad perfecta; y yo no entiendo por libertad perfecta la que se le brindó a Ud. a última hora. En cuanto a que Dios le haya negado a Ud. las fuerzas, sería para evitar que una madre tan buena, obrase pésimamente, y que experimentando en estos días, palpara los santos deseos de Ud., y bendiciéndola la volviera a la casa del Señor donde será Ud. para su familia una lámpara ardiendo ante el altar en acción de gracias por los beneficios recibidos.

Que Dios nos ilumine a todos y nos dé fuerzas para hacer su santísima voluntad, es la petición de quien se honra en titularse su Padre en J. C. que la bendice.

J. Antonio.

Londres, Julio 27 de 1891.

Mis muy amadas hijas en N.S.J.C.

Siendo que esto va más largo de lo que yo creía, puesto que ya tengo aquí ocho días y parece que ni he empezado; vale la pena que les ponga unos renglones dándoles cuenta de mi real persona. Esto me servirá como preparación a los Stos. Ejercicios que voy a tomar esta tarde con el clero inglés en el colegio de Sn. Edmundo. Deseando estaba este alimento espiritual desde hace mucho tiempo, y muy particularmente desde que llegué a Inglaterra, cuando ahí nomás, ayer fueron publicando que hoy empezaban los ejercicios del clero, que me vienen como de molde, en todos sentidos. Al momento fui a ver al Emo. Cardenal Manning, quien me recibió muy bien, y mandó luego un telegrama para que me reservaran un aposento. ¡Qué bonito hace Dios Ntro. Señor todas las cosas! ¡No cabe duda que soy un niño mimado de la fortuna! ¡Ojalá y sepa aprovecharme de esta nueva gracia que el Señor añade a las innumerables que me ha concedido! Los que hice en el Colegio de Oscott en 1883 me sirvieron para el golpe de Jacona y mis empresas en México durante ocho años. Estos, quiero que me sirvan para la orfandad y perfeccionamiento de aquéllas, sobre todo de la Congregación y sus obras. Amén.

Mi salud ha mejorado muchísimo, puede decirse que estoy completamente sano, pues como y duerno extraordinariamente bien. Aquí las distancias son tan

grandes que ha habido día que he andado siete horas sin parar. En la ciudad hay actualmente cinco millones y medio de habitantes, o sea más de la mitad de los que habitan en la República Mexicana. ¡Mil quinientos trenes pasan diariamente por la estación donde yo vivo! En el sitio donde yo tengo mis negocios, entre nueve y diez de la mañana, bajan del ferrocarril setecientos mil Sres. de negocios; por esto comprenderán cuánto me acuerdo de mi soledad de Tacuba y de mis queridas Hijas y nietos, a quienes bendigo con todo el afecto de mi corazón.

J. Antonio.

París, Septiembre 4 de 1891.

Amadas Hijas en N.S.J.C.

Acabo de recibir sus cartitas fechas 16 de agosto, día en que yo llegué a Roma y oré por Uds. ante el sepulcro de San Luis Gonzaga, presentándole nuestros votos y peticiones el 21 de Junio en San Joaquín.

Esta es la última que les escribiré de Europa, pues yo salgo en el siguiente vapor correo el 9, de suerte que ya para fines del mes estaré pagándoles la deuda de mi ausencia; D. M.

Mi salud sigue bien y ya ni reliquias me quedan de los mosquitos de Roma. Ya debía ir en camino, pero no encontré lugar en ninguno de los vapores anteriores, antes éste lo conseguí de puro milagro.

Nada nuevo ni digno de contarles hay en esta tierra, sino mucha gente, muchos ociosos, muchos pecados. Aquí no se piensa sino en divertirse, y nada en morir y ser juzgados. Denle gracias a Dios de haber nacido en esas lejanas tierras donde aún existe el santo temor de Dios y su divino amor.

Tampoco he visto en esta vez nada extraordinario, sino la gran paciencia y bondad de N. Señor. Sin tiempo para

más, y con la esperanza de que muy pronto nos veremos,
las bendice su afectísimo Padre.

J. Antonio.

A la vista de N. York, Septiembre 19 de 1891.

Estimadísimas Hijas:

En estos momentos estamos llegando a N. York, de
suerte que ya de esta hecha no me ahogaré; gracias a Dios.

Descansaremos dos o tres días y continuaremos
nuestro viaje, calculando llegar a ésta a fines del mes.

Mientras nos vemos reciban el afecto y bendición de su
Padre en N.S.J.C.

Pachuca, Mayo 22 de 1892.

Amadas hijas en N.S.J.C.

Para sacudir la pereza y distraer la ociosidad que me
consumen hace tres días, les pongo estos renglones. El día
que salí llegué a ésta a las diez de la mañana. No tuve
novedad en el camino, ni vi cosa digna de referirles. La
ciudad es una aglomeración desordenada de haciendas de
beneficio donde se ve en forma de lodo podrido, la
codiciada plata que todos buscamos mas o menos
santamente. La población es numerosa, pero no se echa de
ver, porque está trabajando en las entrañas de la tierra o
encerrada en las haciendas. La Iglesia es horriblemente
fea, inmundamente sucia y puniblemente descuidada. Sin
exageración los manteles y corporales del altar de gala,
están más sucios que mis pañuelos. Ha de haber gente
muy piadosa, pero por lo general pocas son las que asisten
a los templos y no muy devotamente.

Un verdadero enjambre de almas gloriosas ofrecen flores y retozan a su antojo mientras yo estoy predicando y ejercitando la virtud de la mansedumbre, como nunca he acostumbrado. Estoy pues, pagando las que debo, o sea las que Uds. me han aguantado. De colecta nada he hecho hasta ahora, sino preparar una junta de los administradores de minas, para el día de la Asunción. ¡Ojalá sean generosos!

El agua es tan escasa en esta ciudad que no se consigue ni para hacer caldo, y se come la carne asada. La poca que se gasta aquí en el curato, tiene que cogerla un mozo que pasa la noche junto a la fuente pública. Agua de mina sobra, pero hace daño hasta para bañarse.

En cambio de la soledad de los días anteriores, desde el sábado en la tarde parece la ciudad un hormiguero, pues todos los mineros han bajado a rayar y comprar su recaudo con pesos muy nuevecitos y flamantes, mientras que sus vestidos son asquerosas garras. He pasado la mañana en el balcón viendo desaparecer los montones de chiles y tomates, pues no comen otra cosa las gentes, y los compran por almudes, y de lo más picante. La falta de agua buena, el cambio de método y alimentos, la ociosidad de aquí y el mucho que hacer que dejé allá, me hacen desear volver cuanto antes a su lado, y me han proporcionado muy buenas flores que ofrecer a la Sma. Virgen.

Ya les he dado cuenta de mi vida e impresiones en estos días de ausencia, concluyo saludándolas de una en una, chico y grande, viejo y nuevo, y bendiciéndolas con el afecto de un Padre ausente cuyo amor olvida defectos y solo encuentra virtudes en las hijas ausentes.

Rueguen mucho a Dios, para que socorrido abundantemente por los pachuqueños, no tenga que ir a mendigar de nuevo lejos de Uds. éste su afectísimo Padre.

J. Antonio.

Monterrey, Junio 19 de 1892.

Amadas hijas en N.S.J.C.

Aguardaba refrescarme un poco o dejar de destilar sudor para darles razón de mi viaje, pero ya han pasado treinta horas de mi llegada y el termómetro no baja de 33 grados, calor suficiente para ablandar a un gallo viejo, y es fuerza escribirles para que mi silencio no las tenga con cuidado.

Desde que dejé a Uds . . . el miércoles, se me acuató un catarro como pocos me han dado, pues al llegar a Morelia, a las ocho de la noche, no podía ni hablar. Hice de tripas corazón y resolví curarme no curándome, y arrostrando vientos, chiflones, sol y sereno. Esa misma noche quedaron satisfactoriamente terminados mis asuntos con el Ilmo. Sr. Arciga, y el día siguiente, jueves de Corpus, salí rumbo a Monterrey, asándome de calor y ahogándome de polvo. Las fervorosas oraciones de mi hermana Dolores deben haber sido oídas en el cielo, pues al entrar a territorio de Saltillo una buena tormenta refrescó la atmósfera, regó los campos, dibujó en el cielo dos sublimes arcos e inundó mi corazón de tanta alegría que hasta recé el tedeum. El viernes a las doce de la noche llegué a Monterrey, y al día siguiente visité al Dr. Lozano y al justo varón D. Francisco, y con ellos me fui al Arzobispado a llenar mi misión.

Ya en la tarde me habló el P. Fernández en el Hotel Hidalgo y me llevó al Seminario, donde he seguido sudando, tosiendo y sonándome en satisfacción de mis pecados, y sin poder terminar esta carta empezada hace tres días.

Las pretendientes forman un verdadero responsorio de Sn. Antonio en la portería del colegio, y ya me voy haciendo confianza con ellas y perdiéndoles la vergüenza.

Esta tarde predicaré el panegírico de San Luis, en Catedral; mañana continuaré mi camino para Durango; allí me detendré poco y partiré para Guadalajara y luego de nuevo a Morelia.

Muy bien me ha ido en mi expedición, gracias a Dios, pero he sudado a mares...

Para quitarme de encima tanto huérfano, les he dicho a los de aquí que me regalen una casa amplia y con terreno, y que les fundaré un asilo. No creo que lo hagan, pues son de la tribu de las tenazas de Nicodemus.

Esta última página la iba reservando para los elogios, expresiones de afecto y cuanto Uds. se merecen, pero el calor me tiene tan mal que aquí concluyo con un adiós.

J. Antonio.

Durango, Junio 25 de 1892.

Amadas Hijas en N.S.J.C.

Ayer entre cuatro y cinco de la tarde llegué a esta hospitalaria y simpática ciudad, la cual me volvió a parecer una especie de cielo terrenal, recompensa de mis penalidades en los ardientes climas de N. León, Tamaulipas y Coahuila, que siempre me dejan exhausto de fuerzas y como apaleado. En la hacienda de San Ignacio me esperaba el Dr. Pérez Gavilán, el Canónigo y Rosita, a cuyo carruaje me trasladé. En la garita me recibió Carmen Gavilán con sus tres compañeras y 19 huerfanitas de riguroso uniforme, cuya estampa y porte indicaban desde luego el parentesco con las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe. Había ido a pie desde el Asilo, que quedaba de allí bastante lejos. Inútil me parece decirles cuán grata me fue esta manifestación luego que descansé un rato fui a llenar mi cometido con el Ilmo. Sr. Arzobispo, y luego a visitar a los Canónigos, quienes han recibido mi misión con

entusiasmo. La mañana de hoy la he pasado en el asilo de Carmen Gavilán muy sorprendido de verlo tan bien organizado, tan limpio y tan bonito; y muy satisfecho de ver a Carmen tan firme y constante en su vocación, y tan exacta en el fiel cumplimiento del Reglamento.

Quisiera descansar aquí algunos días pero creo que apenas llegaré a San Pedro, si es que llego, por no quedarme sin Misa, como me pasó con San Juan.

Ya voy de venida en mi expedición de suerte que ya estoy más cerca de Uds. hoy, que el día que las dejé.

Reciban ésta por suya unida a mi afecto y bendición paternal siempre creciente y más aquilatada cada día.

J. Antonio.

Tacuba, Octubre 24 de 1893.

Amadas Hijas en N.S.J.

Muy satisfecho he quedado con las cartas de todas, pero muy especialmente con las de Luisa y Felícitas, por que les ha de haber costado más trabajo decir no y sí como dijeron.

Mis viejas siguen viejando, y las muchachas muchacheando. Ahora tenemos una de 2 años y otra de 4, que han cacheteado a todas.

Su padre que las ama y bendice.

J. Antonio.

Tacuba, Noviembre 18 de 1893.

Amadas Hijas en N.S.J.

Acabo de recibir carta de la Sra. Presidenta fecha 16 del corriente, y por ella calculo cuánto habrán sufrido con la

inesperada muerte de nuestra amadísima Asunción (q.e.p.d.); pero me consuela la gran fortaleza con que han sufrido tan rudo golpe, y las finezas y buenos servicios que el óptimo Sr. Cura Cázares y sus excelentes feligreses les han prestado en su tribulación. Pidamos mucho a Dios por ellos y por ella.

Como buenos soldados debemos enjugar ya nuestras lágrimas y continuar nuestra misión sobre la tierra. Puesto que por parte de esos Sres. no hay inconveniente para los exámenes y premios, menos lo hay por la nuestra, pues “los muertos no lloran a los muertos”. Muertas Uds. al mundo, sólo viven para Dios, que nunca muere. El año de su Noviciado fue el año de duelo que guardaron por la muerte de todas las criaturas; y ya para Uds. no hay lutos, ni duelos, aunque yo me muera; desde ahora se los encargo y mando.

Den ésta por suya al Sr. Cura y a todas las personas que las han acompañado y auxiliado en su pesar.

Su afectísimo padre que las bendice de todo corazón.

J. Antonio.

Tacuba, Noviembre 26 de 1893.

Amadas Hijas en N.S.J.C.

Celebro que no hayan tenido novedad y que hayan obrado como lo han hecho en la sentida muerte de nuestra amadísima Asunción (q. e. p. d.)

Por acá no hemos descansado ni un momento, pues entre exámenes, viajes y arreglos de cosas, no hemos tenido tiempo libre. El viernes fueron los exámenes y premios de Tepexpan, y de todo quedé conforme y más satisfecho de lo que esperaba.

Ya los equipajes de las tehuanas están en la estación, y mañana las acompañaré hasta Otumba, para recoger de regreso a las de Tepexpan y traerlas a su futura casa de San Luis.

Memorias al Sr. Cura y Sres.

Reciban mil memorias de sus hermanas y la bendición de su afectísimo padre.

J. Antonio.

Tacuba, Marzo 9 de 1894.

Amadas Hijas de Temascalcingo:

Con mucho gusto me he impuesto de sus cartitas, adelantos y buena salud. ¡Bendito sea Dios!

Muchísimo quiero al Sr. Cura y desearía complacerlo en todo, pero no habiendo internado en toda forma, no pueden Uds. recibir ninguna interna porque le darían mal ejemplo y escándalo.

Son Uds. de carne y hueso y por consiguiente es inevitable que tengan entre sí sus dimes y diretes, de los cuales no quiero que se dé cuenta ninguna niña. Dejar a las niñas solas, sería malo; tener desahogos ante ellas, sería pésimo. No tener Uds. libertad, ni un solo momento, sería quitarse la vida rápidamente en poco tiempo. Esas son mis razones, por las que no quiero que reciban ninguna interna, no habiendo un internado apropiado y estoy seguro que mi amado Sr. Cura las hallará justísimas. Las de Tabasco, no tienen para cuándo irse y mientras me las voy a llevar a Chimalpa a una Misioncita de 8 días. Sus discípulas marchan muy bien y dan esperanzas. Mil memorias a todas esas buenas gentes y muy ¡Felices Pascuas! Las bendice su Padre.

J. Antonio.

Tacuba, Octubre 9 de 1894.

Contesto sus cartitas pero sin sujetar mi contestación al juicio de Salomón: "Pártase el niño".

1º – Los Sres. de la junta pueden disponer de lo que gusten acerca de los premios; pero bajo la inteligencia de que Uds. se han de venir a ejercicios y vacaciones en la fecha acostumbrada, pues en eso no cejaré.

2º – Cuando la Misa sea muy de madrugada; cuando esté lloviendo; cuando haga mucho frío, MANDO que ninguna de Uds. vaya al templo, pues de allí resulta que se enferman.

3º – Lleva Dña. Juanita una yerbita que pondrán a cocer en un cuartillo de agua la cantidad que se toma con tres dedos, y Teodosia se beberá el cocimiento, en ayunas, durante nueve días, para que se le destierren las calenturas.

4º – Si para el año entrante ha de haber igual número de alumnas, digan a la Junta que necesitan pedir otra maestra.

Las bendice su afectísimo padre que les encarga no se vayan a atarear mucho y a enfermarse.

J. Antonio.

Tacuba, Enero 2 de 1895.

Amadísima Hijas en N.S.J.C.

Dispuesta como estás a ver la voluntad de Dios en la de tus superiores, y no deseando echarme la responsabilidad, he consultado con los médicos que te conocen y con las personas que te han tratado, todas unánimemente han

dicho: que tu salud requiere que respires los aires patrios y que cambies de método de vida.

A esto se agrega el deseo que tu tía tiene de verte, y lo muy útil que le serás en los últimos días de su vida.

En vista de lo expuesto y todo lo que hemos hablado, creo que la voluntad de Dios es que te vayas esta noche con las que salen para tu pueblo, y allí atiendas a tu tía y al recobro de tu perdida salud, lo cual conseguirás más fácilmente con este cambio, que con todas las boticas del mundo.

Para que obres con entera libertad te declaro libre de todo cargo de la Congregación.

Tu afectísimo Padre en J. C. que te bendice de corazón.

J. Antonio.

Tacuba, Mayo 1º. de 1895

Muy querida hija:

Recibí tu cartita y la leí a las Congregantes y Novicias, de una en una, para que se aprovechen de tus lamentos por no haber aprendido a cortar . . . Parece que les ha servido mucho, pues están muy afanadas en ese ramo; y ya temo que me redondeen las orejas . . . Las nuevas fundadoras han llegado sanas y salvas a su destino, según telegrama que recibí hoy.

Memorias a todas en unión de quienes te bendice este tu afectuoso padre.

J. Antonio.

San Luis, Abril 19 de 1895.

Amadísima Hija:

Van estos renglones por todas las contestaciones que le debo, pues tanto se han multiplicado mis hijas y esparcido por el mundo, que ya no doy abasto para contestar sus cartas. Afortunadamente en el Sto. Sacrificio las reúno diariamente en la llaga del Costado de Cristo. No se salgan de allí y serán verdaderamente felices en todas partes.

Las bendice su afectísimo Padre.

J. Antonio.

Guadalupe, Marzo 31 de 1896.

Muy querida Hija:

Acabo de recibir su grata fecha 28 y paso a contestar sus dudas:

1º – En cuanto a alimentos, disponga Ud. los que han de tomar las Congregantes y si no pueden dárselos, entonces disminuyan huérfanas o maestras, pues no se puede trabajar sin comer lo necesario, so pena de inutilizarse. Tampoco se ha de juzgar a las demás por el apetito de la Superiora, sino por el apetito que tengan.

2º – Si alguna sintiera necesidad de cenar, más de lo que les dan, que le aumenten en la cena lo que otras meriendan por necesidad. Por supuesto, que en todo esto ha de proceder Ud. con mucha dulzura, pero con firmeza.

3º – Entiendo que Amalia se ha llevado a esa casa muchos papeles de música, y como cada casa ha de tener lo propio, tráigaselos Ud. y que allá la surtan. Si alegare que Pancho se los dio, dígle Ud. que yo se los quito, porque no quiero congregantes propietarias.

4º – Hábleles a todas con franqueza, pues toda falta de claridad es causa de quejas.

Nada nuevo y todo bien.

Les deseo muy felices Pascuas.

J. Antonio.

Tacuba, Enero 12 de 1897.

Amadísimas Hijas campechanas; gloriosas heroínas de la Religión. ¡Cuatro días llevan de cocoteros y casón! ¿Suenan aún como campanas, o como ollas rajadas? No hay ni qué pensarlo, tratándose de heroínas que nos han dejado perplejos y atónitos con su valor y denuedo. ¡Vivan las campechanas! Ha causado tal efecto el valor de Uds... que ya se me han alborotado ocho de las más añejitas que han jurado no ser menos. No puedo calmarlas y probablemente partirán para Campeche, porque no hay poder humano que calme su entusiasmo.

Su padre que no las olvida y bendice.

J. Antonio.

Tacuba, Enero 22 de 1897.

Amadísimas Hijas en J. C.

Nunca había esperado con más ansias una carta que las muy gratas de Uds., hasta que por fin llegaron y con toda solemnidad las leí públicamente en el refectorio, en medio de los aplausos y risas hasta de las más marmóreas. Por supuesto que antes de leerlas les había sonado como a las ollas, para ver si alguna estaba rajada, y viendo que todas estaban sonoras les di publicidad, pues también a los padres nos da vergüenza que nos ganen las hijas.

Todas merecen su gala, y estoy seguro que el Ángel Custodio se las echaría en la alcancía del cielo.

A mí nunca me bajaron volando del vapor, de suerte que ya Uds. me echaron pie adelante.

Quería contestarles a cada una en particular, pero San Felipe me trae más apurado que la Coronación, y no me deja tiempo ¡Con cuánto gusto y orgullo voy a ofrecer los

trabajos de Uds. a San Felipe! Seguramente será lo más precioso de mis ofertas.

Las bendice con toda el alma su padre.

J. Antonio.

Tacuba, Febrero 10 de 1897.

Heroicas y amadas hijas en N.S.J.C.

Aunque sea ahogándome en quehacer no quiero dejar de poner estos renglones a mis amadísimas Hijas, para que con el sudor no se les vaya a salir el Valor y la Constancia que hasta hoy han manifestado. El 3, sobre la patena coloqué el templo de Sn. Felipe de Jesús y los sacrificios de Uds., y me sentí tan descansado, como si nunca hubiera ofendido a Dios. Sus hermanas velaron las reliquias la noche que precedió a la consagración del templo. De todo lo demás les darán razón sus hermanitas, pues su padre ya no puede con la cruz.

Diariamente las encomienda a Dios y las bendice su afectísimo Padre.

J. Antonio.

Tacuba, Febrero 22 de 1897.

Amadísimas hijas:

¡Cuánto me alegro de que Ud. esté tan sonora como campana acabada de fundir! ¡Cuánto gozo en saber que su salud es completa! ¡Cuánto me complazco en que sus discípulas sean de buena ley, pues de ese material han sido Sta. Teresa y todas las grandes mujeres del mundo!

Ahora son las ocho hermanas que llevan ésta y que van al Hospital, estarán Uds. mucho mejor y les guardarán mejores consideraciones los gobernantes y mundanos.

Las bendice con todo el afecto del alma su afectísimo Padre.

J. Antonio.

Tacuba, Marzo 1º de 1897.

Queridísima, firme y valiente hija: Cuánto me complací en leer su grata del 17, pues toda ella revela excelente espíritu y salud. ¡Bendito sea Dios que de las piedras hace hijos de Abraham! Felicito a Ud. muy cordialmente y le aseguro que cada día han de ser menos las penas y trabajos, incluso las del hornito, pues se acostumbra uno.

En cuanto a las discípulas del 7º. Sacramento, aconsejo a Ud. que no emprenda la ardua tarea de quitárselos de la cabeza, pues es pedir peras al olmo. Cíñase Ud. a hacerlas comprender y amar las virtudes necesarias e indispensables para que puedan ser felices en su estado; muy especialmente las que tanto deben agradar a los esposos, como son, amor al trabajo y quehaceres de la casa, la limpieza, la economía, la sencillez del vestido, el encierro, etc. Nunca les vaya Ud. a hablar de que se hagan monjas; y si alguna se inclinare, no le manifieste gran gozo ni predilección, y sí hágale comprender las obligaciones, sufrimientos y consuelos de ese estado. En su tierra están contentísimos con sus dos estatuas, dicen que todo marcha divinamente.

La bendigo con toda mi alma y pido a Dios que el calor de Uds. disminuya el del purgatorio.

Su afmo. Padre.

J. Antonio.

Tacuba, Marzo 1º de 1897.

Queridísima Pirruña y heroica hija: ¡Cuánto me ha complacido su carta del 17! Buen espíritu, buena salud, valor firmeza y buen humor, todo hay en ella y revela que la ha escrito una mujer que tiene más alma que cuerpo. Muy bueno es que se auxilien las unas a las otras como buenas hermanitas. Sigán así y serán felices, aunque se hagan chicharrón con el calor. Piensa Ud. muy cuerdamente respecto de la misa de las niñas, pues las distracciones de Ud., serán más que recompensadas, cuando ellas hayan aprendido a estar en el templo devotamente. Las niñas deben empezar a educarse doscientos años antes de nacer; es decir, la educación debe empezar por sus antepasados, para que no hereden los vicios y defectos de ellos.

Ya sabe Ud. pues, que las discípulas darán óptimos frutos de devoción en el templo, dentro de doscientos años. Todos los defectos que notaren en esas niñas, deben causarles conmiseración y lástima, y entusiasmarlas en sus propósitos y firmes resoluciones, pues fueron a corregir vicios y defectos, no virtudes.

Por acá todo marcha bien y ya se van llenando los lugares que Uds. dejaron en la casa, pero no el corazón de su amante padre. . .

J. Antonio.

Tacuba, Marzo 19 de 1897.

Queridísima Pirruña: Acabo de recibir su cartita del 11 y doy gracias a Dios de que el calor no le haya hecho sudar los bríos. Personas que acaban de llegar de ésa me dicen que aquí está haciendo más calor que allá, de suerte que de 10 de la mañana a 5 de la tarde las tengo muy presentes, las compadezco, ofrezco a Dios sus penas y admiro su virtud. Es muy grande y meritoria la obra de Uds., porque

por ahora a Uds. les ha confiado Dios la regeneración moral y religiosa de ese país, y son Uds. el mayor consuelo del Sr. Obispo, y mi mejor timbre de gloria. Uds. y las más jóvenes son a quienes las más catrincitas de la ciudad han de admirar. ¡Ojalá también imitaran! Basta de flores, y vamos al grano.

Nadita de falta han hecho las que se han ido; todavía me sobra gente.

Con tal que crezca en virtud, aunque se quede pirruña: ésta es la bendición de su padre.

J. Antonio.

Tacuba, Marzo 26 de 1897.

Queridísima hija: Acabo de recibir su carta del 18 y aprovecho estos momentos por si no los tuviera para el día 2 que sale el correo. Antes de que se me olvide le diré que por tanto acostar la letra ya la está echando a perder; enderézela Ud. un poco. ¡Cuánto me consuelo y complazco al tocar con la mano los adelantos de Uds. en todo sentido! En cuanto a Ud. se refiere, es enteramente otra. Esto me sirve para consolarme de la gran pena que siento al ver el atraso espantoso de otras, que por su edad debieran servir a Uds. de modelo, ¡Cuánto he aprendido con los viajes de Uds.! no todo lo que relumbra es oro. Lo que es la casa de Uds. ya la considero perfectamente arreglada. El Sr. Obispo está contentísimo de ella. ¡Dios las bendiga!

A Tepexpan no he vuelto, pero es sabido que todo marcha perfectamente. Ahora estoy devanándome los sesos para nombrar a las que han de ir a Durango.

No será difícil que a las que no están bien en el Hospital de ésa las cambie a Tehuantepec, para que se conformen.

Muchos recaditos a sus compañeras, empezando por la Pirruña, y a todas las bendigo con el mayor afecto de Padre.

J. Antonio.

Octubre 2 de 1897.

Amadísimas Hijas: Recibí su cartita y me alegro de los bríos que aún conserva, pues es de suponerse que serán perpetuos. ¡Así sea! Con esa muestra de discípulas que nos enviaron Uds., tenemos para ganarnos la vida eterna o para perdernos. ¡Qué muchachita, Dios mío, que muchachita! ¿Qué así son todas las campechanitas? Pues ... que la pasen bien, a nunca vernos. Ya se acerca la época de los cambios, y tendré que sacar mis tiliches viejos para escoger los menos rotos, pues la ropa nueva no me quiere salir a la medida. ¡Qué pobreza! Estoy con el pendiente de la Sra. Rectora, pues si le retoñan los antiguos males debido al clima, tendré que cambiarla y enviar a otra en su lugar, asunto no tan sencillo como parece. Supongo que el día de Sn. Francisco echarán la casa por la ventana y no se olvidaran de felicitar al Sr. Obispo en nuestro nombre.

A todas las bendice su Afmo. Padre.

J. Antonio.

Jacona, Noviembre 6 de 1897

Amadísima Hija:

En su última se queja Ud. de que no he contestado otras, lo cual no es justo, pues nada me ha preguntado ni consultado en ellas, han sido cartas de afecto, las cuales, entre personas como nosotros, no exigen contestación inmediata. ¿Cómo a otras si les escribe Ud.? Porque los generales del ejército no se ocupan de los soldados veteranos, valientes, aguerridos y bien probados, sino de los reclutas, débiles, enfermos y no probados.

Ni quiero ni pretendo remover a ninguna congregante, y en todo me sujeto a lo que el Sr. Obispo y Ud. dispongan.

A las congregantes les sobra ánimo para ir a ésa, pero a mí me falta valor para mandarlas a un peligro sin necesidad, pues no tengo soldados de sobra para exponerme a diezmar mis huestes. A las que están allá, Dios las llevó y Dios me las cuidará; pero a las que ahora fueran, las llevaría el arrojo y la imprudencia; y eso sí que no lo haré.

A todas las bendigo con el afecto de Padre.

J. Antonio.

Enero 17 de 1898.

Queridísima Hija:

Si todas las noticias de las casas foráneas fueran como las que Soledad me trajo de ésa que Ud. preside, dormiría sin despertar todas las noches . . . ¡Bendito sea Dios por todo! Démosle a El toda la gloria y debidas gracias. Es necesario que trate Ud. de ver cuánto dura una vieja bien cuidada. No se apure porque la hayan dejado en su antiguo cargo, pues los viejos tenemos el privilegio de Babieca, el caballo de Cid, que con sólo el pellejo vencemos los ejércitos. Ahí le queda compañera que la saque como hasta hoy de todos los apuros, pero sin dejar Ud. su puesto. Mañana salen para la nueva fundación en Sn. Nicolás Matamoros Izúcar. La que piden en Yucatán la he aplazado hasta ver qué paradero tiene Tehuantepec.

Ya con ésta, y con enviar una ayudante a Rafaela Tapia, que sigue mala, sonaré haber terminado con los cambios.

Encargándole

que no se apure de nada, que se cuide el pico, la bendice en unión de todas su Afmo. Padre.

J. Antonio.

México, Febrero 9 de 1898.

Queridísima Madre de los Chorreados:

Ayer recibí su carta y la contesto con la prontitud de costumbre (cuando estoy de ocioso) y el gusto de siempre.

La Sra. Presidenta ya debe estar en ésa imponiéndose de la situación actual de Ud. a fin de remediar todas sus necesidades hasta donde sea posible. Lástima que las chistosidades de mis hijas me pongan luego en graves aprietos para distribuir las y colocarlas; pero esos son percances del oficio y no hay más que apechugarlos. Por ahora ya vamos quedando en paz, pues casi todas estarán bien en su lugar hasta que el demonio de la histeria venga a armarme nueva rejolina en el palomar o milanar. ¡Dios nos ampare!

Por habérmelo suplicado Ud. accedo a que Matildita se quede por allá ayudándolas todo el 1898. Gran privación para mí, pero muy merecido lo tiene Ud. y no he podido negarme a sus ruegos. Mientras que Uds. es la madre de los chorreados yo me he jurado enemigo de ellos, y aquí me tiene Ud. de portero de Sn. Felipe. Pregúntele a la Sra. Presidenta ¿qué tal le fue el día 5 que me ayudó a cuidar?

Memorias a todos con la bendición de su tata. . .

El Alichorreado.

Marzo 28 de 1898.

Amadísimas Hijas campechanas:

Vaya esta carta para todas, pues no hay tiempo para cada una, y las pascuas no esperan. ¡Se las deseo muy felices! Yo las pasaré sumergido en la tristeza pues me han dejado casi solo, y creo que si seguimos así para San Antonio, tendré que ponerme con Martín al frente del Asilo de la Soledad. La nueva fundación de Izamal me ha dejado temblando, pues por más que parecía que no había gente de qué disponer, pica aquí y pica allá, se acabaron 5 y se embarcaron el 24 con el Sr. Mejía, a quien Dios guarde por meter mis palomas en alboroto. ¡Sólo las de la casa Betti

siguen inamovibles! Según noticias no hay novedad en ninguna de las 21 casas ya fundadas, y todas por ahora marchan perfectamente bien.

Sólo Uds. siguen firmes en sus 13, por lo cual las felicito, pues eso de andar probando fortuna está bueno para los saltimbanquis. A Juliana se le meneó el pie y fue a dar a Guadalajara. En fin este 1898 va saliendo muy bailador. . .

Las bendice su Afmo. Padre.

J. Antonio.

Marzo 29 de 1898.

Amadísimas hijas en Ntro. Señor Jesucristo:

Ya que ambas se unieron al escribirme, las uno al contestarles, pues me importa que reciban oportunamente esta carta para que prescindan de la idea de encerrarse los Días Santos. Ser poco el amor y desperdiciarlo, no puede ser. Ser pocos los verdaderos devotos de Acayucan y no ir Uds. a la Iglesia en los Días Santos, no puede ni debe ser. Enhorabuena que hagan Uds. ejercicios, pero que en ellos entren las funciones de Iglesia, y su mesa de Sábado de Gloria. ¡Criterio, criterio, y más criterio!

Su Afmo. que les desea felices pascuas.

J. Antonio.

Tacuba, 13 de Abril de 1898.

Amadísima Hija en J. C.

Recibí su deseada carta con todos los detalles del viaje e instalación en Izamal, quedando muy agradecido a Mons. Domínguez y los vecinos de Izamal, por sus bondades para con Uds. que agradezco más que si fueran para conmigo.

El día 4 se volcó la diligencia cerca de Buenavista, y se mataron Lola (hija de Luis) y su hijo Carlos; la hija se

escapó, y Lola Igartúa se hizo pedazos la cara. Rueguen a Dios por ella.

Tuvimos nuestro retiro de 120 mexicanos el Viernes Santo, y he salido felizmente de mis cinco ayunos de 24 horas, que terminaron con la función de esta mañana.

Su afectísimo padre.

J. Antonio.

Tacuba, Abril 13 de 1898.

Amadísima Hija:

Confieso con Ud. que a Dios se lo debemos todo y que quien en El confía no esperará en vano.

Con la fundación de Izamal me he quedado solo pero no vencido, pues es capaz que si me piden otra saque de las piedras hijos de Abraham.

La Cuaresma la pasamos bien. Hoy debía estar en Zamora, pero se me enfermó gravemente el Canónigo Olivares, y resolví no hacer el viaje.

Ni le pregunto ¿Cómo sigue? Porque si sigue poniendo toda su confianza en Dios, le ha de ir bien. Las bendice su Afmo. Padre.

J. Antonio.

2

OBEDIENCIA, HUMILDAD, ABNEGACION

Roma, Mayo 8 de 1882.

Sin Dios no hay felicidad completa; todo parece triste y queda un vacío que nadie llena. La felicidad de una niña consagrada a Dios consiste en hacer su divina voluntad. En este mundo nadie hace falta, solo Dios basta.

“Me estoy empeñando en hacerme humilde y trabajadora para poder cuanto antes corresponder al beneficio de mi vocación. Le estoy pidiendo a Dios por medio de los Santos, esto”.

Que Ud. se someta en todo a su Voluntad y que a donde quiera que vaya trabaje puramente por su gloria.

¡Bien, muy bien! Así es como se hace; siga Ud., adelante con esos buenos pensamientos, que tanto agradezco por mi parte.

México, Junio 26 de 1882.

En lugar de cartas quiero darle un bocadito de mi pan. “Consuelo en el dolor. LOS DOS ANILLOS”. Santa Gertrudis ofreció a Nuestro Señor no sólo las penas de su cuerpo y alma, sino su CONSECUENCIA; esto es, la privación de los bienes que resultan de los sufrimientos.

El Divino Maestro se le apareció en el acto y le regaló dos anillos, cada uno con una piedra preciosa, diciéndole: “Recibe el premio de la doble ofrenda que acabas de hacerme”.

Desde aquel día la Santa ofreció siempre a Dios la paciencia en los trabajos y la privación de la felicidad que de ella le resultaba. Vamos, a ejemplo de Santa Gertrudis, ofreciendo al Señor no sólo los trabajos que nos ha enviado, sino la privación de la felicidad que ellos nos han causado, para ver si el Señor nos regala dos anillos de oro

purísimo de caridad y adornados con las piedras preciosísimas de la paciencia y HUMILDAD.

Vigo, Noviembre 25 de 1882.

Mis muy queridas hijas: ¡Valor y Confianza!

Después de mi última fechada en Puerto Rico el 10 del corriente, en que les daba noticia de mi buen apetito y gordura creciente, parece que el Señor me castigó, pues salimos de aquella Isla con pésimo mar y calor sofocante; todo el día 11 lo pasé mareado y los restantes días no mareado, pero tampoco bien.

Del 21 a la fecha, que era cuando menos lo esperábamos, el mar tan agitado como un plato de agua, pero el frío nos ha sacudido de lo lindo, y me ha hecho conocer el peso de los cuarenta que ando cumpliendo.

¡Qué diferencia entre ahora y 26 años hace, que estuve en este puerto de Vigo! ¡Ay! ¡Cómo se pasa la vida tan corriendo! ¡Cómo llega la muerte tan callando! No obstante todas las molestias, puedo decir que la navegación ha sido inmejorable; buen buque, buena asistencia, pocos pasajeros, buena tripulación y ninguna desgracia, ¿puede desearse más? Además, yo he encontrado un excelente amigo en la vida de la Madre Barat, fundadora de las Hermanas del Sagrado Corazón, cuyas páginas he saboreado como exquisito néctar y estudiado con toda atención. Esta interesante lectura ha inundado mi alma de celestial consuelo, pues ahí he leído no una, sino mil cosas idénticas a las que han destrozado mi corazón; y ¡algo es para el rastrero junco, correr la misma suerte que la gallarda palma! Las contradicciones que en todas partes halló la Madre Barat; las persecuciones que sufrió de buenos y malos y el establecimiento final de su congregación me animan y consuelan indeciblemente. Pero cuando veo la magnitud de la empresa y los brazos

que se requieren, me entra tal desaliento que no puedo ni levantar la cabeza y deseo hasta morirme. Sin embargo, pronto recobro mis fuerzas pensando en la necesidad de nuestra obra y en la santidad de nuestras intenciones y me digo a mí mismo: ¡Animo, José Antonio! tu obra es buena y será coronada.

La falta de santidad no deja de arredrarme, pero me consuelo con la de Udes., y por lo mismo les encargo que **sigan siendo humildes y buenas y que cada día se hagan mejores**. Al P. Vilaseca le dije: “Ud. péguesele a Dios, y a mí déjeme a los hombres”; igual cosa les encargo a Uds.

Una multitud de damas españolas, pasajeras para Santander, acaba de invadir el salón con una algazara infernal. Ya se apoderaron del piano y van a cantar. . . oiremos . . . meditaremos . . . compararemos . . . ya se acabó la algarabía y empieza la despedida . . . muchos tronidos de besos . . . ¡ni una lágrima! Me he quedado solo, continuaré mi carta narrando lo que acabo de pensar. Qué mujeres tan altas y tan fuertes. Qué francas y expeditas. Qué locuaces y comunicativas. Qué bien cantan y tocan. Se conoce que la educación se ha extendido mucho. ¿Qué piensas de tus paisanas, José Antonio? ¡Ay! no se qué decir; pero sí puedo aseguraros que bien visto el asunto y examinado a fondo, prefiero la *humilde, tímida y delicada violeta*, a la pomposa pero punzante rosa; así como también me *agrada más la humilde* tortolilla que el soberbio pavo. Quisiera daros a vosotras algo de estas damas, para ciertos casos, pero nunca jamás os cambiaría por ellas. No tardamos ya para continuar la marcha para la Coruña a donde llegaremos mañana, y saldremos horas después para Santander, donde haré por hallar a D. Segundo, pues Vicente Verduzco perdió la dirección, pídanse la y mándenmela.

Hasta el día 10 no llegaremos a Burdeos allí nos dividiremos el P. Vilaseca con los hombres continuará para

Roma y yo con las mujeres para París; de suerte que todavía pasaré algunos días sin ver las muy gratas de Uds.

Tengo la satisfacción de haber sido hasta aquí muy cumplido con los encargos de Uds. y espero puedan asegurarme otro tanto. Nunca me cansaré de recomendarles el encabezado de mi carta "VALOR Y CONFIANZA" que ha de ser nuestro lema en adelante.

El Señor pelea a nuestro lado: "VALOR Y CONFIANZA!" ¿Qué hay que temer? Perder con Dios, Hijas mías, es ganar, ¿por qué desconfiar? ¡"VALOR Y CONFIANZA! hijas mías. El Señor bendiga nuestras obras como yo os bendigo a todas, con todo mi corazón.

A bordo del "Reina Mercedes", Santander, Dic. 4-1882.

Casi solo en este palacio flotante, pues de mis compañeros de México sólo quedan seis; entumecido por el frío, envuelto en densa niebla, y sin haber visto el sol hace seis días, creo que mi situación actual comparada con la de hace un año, es oportunísima para meditar sobre las miserias de esta vida que tanto amamos y por la cual solemos perder la eterna. Dichosos si los desengaños éstos nos hacen abrir los ojos a la realidad. ¡Sólo Dios es grande! ¡Sólo El es justo y bondadoso! ¡Sólo El, eterno e inmutable! Hace apenas un año, veíame en medio de un edén; mil flores deslumbraban mi vista con colores, y embriagaban mi olfato con su aroma; mil notas embelesaban mi oído con sus armonías y hacíanme concebir mil esperanzas de futura felicidad, con su significado. En medio de aquel pueblo querido, rodeado de numerosos amigos y conduciendo al altar tres dignos ministros del Altísimo y tres esposas del Cordero sin mancha, quienes me llamaban Padre, creí que algo valía, que algo podía ser. Mas hoy, lejos de mi pueblo, y no sólo de mi pueblo sino de mi Patria. . . flotando sobre débil tabla en el Océano. . . abandonado, desconocido, privado hasta de la luz del sol. . .

no me queda más consuelo que rasgar el nebuloso espacio, con la fe; clavar los ojos en el trono del Ser Supremo, y exclamar humillado: ¡Sólo Dios es grande, nada soy!. . . menos que nada. . . El miserable espacio de un año ha bastado para cambiarlo todo; posición. . . afectos. . . relaciones. . . planes. . . ideas . . . en una palabra, todo mi ser y cuanto me rodea. Son tales los desengaños que he tenido, que me veo obligado a confesar que mi vida ha sido un sueño; que he soñado cuarenta y dos años; y que apenas ahora voy despertando de aquel sopor delicioso en que jamás ví sombras; sino brillantes colores; jamás lágrimas, sino sonrisas; nunca enemigos, sino hermanos y cooperadores; nunca tiranos, sino padres y protectores; nunca en fin, nada que no fuese paz, contento, alegría y bienandanza. Sí, ahora he despertado de mi apacible sueño y he conocido que soñaba. . . que sólo Dios es eterno e inmutable, que todo pasa.

¡Cuarenta y dos años he vivido sobre la tierra! y durante ese período de pasado, cuantas veces he metido la mano en el seno de mi conciencia, no he hallado sino deseos de hacer el bien a mi Patria, a mis semejantes. . . aspiraciones de impartir a otros mi felicidad; anhelo de compartir mi bienestar con los menesterosos; y ahínco por el perfeccionamiento de la juventud.

Por la gracia de Dios, mi pobrecita alma, hasta hoy se ha conservado virgen de todo interés bastardo y ajeno de la gracia del Señor y bien de las almas. Y ¿cómo me han juzgado los hombres? ¿Qué han creído de mí las gentes? ¿Qué dicen de mí los pueblos? ¿Qué han hecho conmigo los favorecidos? Estas y otras preguntas hago a mi desesperado corazón, y mientras él calla, mi alma clama "*¡Sólo Dios es justo y bondadoso!*" Pon en El toda tu confianza. . . ¡Maldito el hombre que confía en el hombre!... Pues bien, alma mía; convéncete de que sólo Dios es grande; sólo El, grande e inmutable; sólo El justo y bondadoso. Sí, sólo Dios es grande. Su grandeza todo lo

llena, y por eso mi pequeñez llena está de ella. Si Dios es conmigo, ¿quién podrá ser contra mí? ¡Ah! con razón mis poderosos enemigos nada han podido contra mí, nada; me han aplastado con el pie como el sembrador al grano, pero con el rocío de la divina gracia, del polvo me levantaré multiplicado. El huracán ha asolado mi huerto y dispersó la simiente, pero ésta ha caído en tierra amiga y allí se propagará rápidamente; la corriente me ha arrebatado como paja, envuélteme en un mar de amarguras y arrojádome a las playas de Italia, donde la mano paternal del Pontífice me vivificará, y con tan rudo instrumento obrará grandes maravillas. “¡Valor y confianza!”. Sólo Dios es eterno e inmutable! Hoy las flores me las tornó en espinas, el dulzor en amargura y la alegría en tristeza. Pues mañana hará lo contrario devolviéndome el perdido bien. Porque sólo El es justo, eterno e inmutable, y mientras estemos en esta vida miserable debemos esperar continuos cambios y mudanzas.

Y si los bienes de esta vida son mutables, también lo son los males; ¡gran consuelo para el hombre! Sí, nuestra noche se ha de convertir en día, y nuestra tristeza en gozo. “¡Sólo Dios es justo y bondadoso!”.

La ignorancia, la concupiscencia que nos legó Adán, nos apartan de la justicia y de la bondad, tanto cuanto ellas distan de Dios, y por lo mismo son virtudes raras en la tierra, si es que se hallan. Pero en cambio, Dios se encarga de hacerlas brillar cuando con entera confianza nos ponemos en sus manos; hace aparecer la virtud y la verdad como la luz del día, y da a cada uno lo que es suyo.

Y ¿qué diremos de la bondad de Dios? ¡Ah! sobre este punto sólo puedo callar y ver en torno mío, pues soy prueba patente de las bondades del Altísimo. . . Pocos hombres ha de haber sobre la tierra para con quienes Dios haya sido más liberal y magnífico; así como pocos ha de haber más indignos que yo y que se hayan aprovechado menos; ¿podré quejarme de mi suerte? Lejos de mí. . . muy

lejos, toda queja contra Dios. Dios ha sido muy bueno para conmigo; demasiado bueno. Yo he sido un ingrato y desaprovechado. . .

Ha sido tan bueno, que aun esos que el mundo llama males y que hoy me aquejan, no han sido para mí sino grandes bienes, en todo sentido. Bienes para mi alma, pues me facilitan hacer unos buenos ejercicios espirituales, hablar con el Padre Santo, visitar los santos lugares de nuestra Redención, ver por tercera vez a Luisa Lateau, que aún vive, hablar con muchísimas personas santas y sapientísimas, etc., etc.

Bienes para mi establecimiento, pues voy a consolidarlo, y en vista de los de por acá reformarlo cuanto sea necesario; abastecerlo de lo que le haga falta; voy a reformarlo de gente y a sellar sus constituciones con la aprobación Papal.

Bienes para mi cuerpo, pues voy recobrando las perdidas fuerzas y espero volver completamente sano y robusto. Bienes para todo el mundo, aun para mis enemigos, pues tendré oportunidades mejores de manifestarles y probarles cuan satisfactorio es amar a los que nos aborrecen, y hacer bien a los que nos hacen mal.

A todos estos bienes debo agregar el de la experiencia que he adquirido y el conocimiento de las personas que he logrado obtener. . . ¡Sea Dios bendito por tanta infinidad de bienes! Que yo sepa corresponder. Que mi alma no se pierda después de tan abundantes gracias.

Que siga trabajando con valor y confianza hasta el último suspiro, por el bien de mis semejantes.

Ya he escrito los sentimientos de mi alma en estos días, sin rodeos, sin ambages, sino tales como son. Por ellos veréis, que ni el frío que entumece mi mano, ni la niebla que ciega mis ojos, ni las olas que agitan mi barco, ni la ausencia que inquieta mi alma, ni la soledad que envuelve mi ser, logran desviarme del camino trazado o hacerme retroceder un paso de la empresa iniciada.

Espero en el Señor de los Ejércitos que me ha de dar valor y constancia para vencer o morir al pie de mi bandera; confío en el Dios de la misericordia que no obstante mi indignidad, México ha de recibir por mi conducto, santos y santas hijas que le regeneren y sean fieles guardianes de la Santa Religión que nos legaron nuestros Padres. Logrado esto, cantaré mi Nunc dimitis...

Roma, Marzo 7 de 1883.

Tres gratas tuyas llegaron a mis manos cuando yacía en la cama lleno de agudos dolores, pero sin embargo las leí luego y no las había podido contestar hasta hoy que ya me encuentro bueno y con mis reglamentos concluidos. Las tres respiran ansias de la ida a México, y ya te considero; sólo yo me he vuelto insensible a todo, pues he visto y palpado que es mejor dejar a Dios todo, una vez que uno ya lo ha emprendido. Así lo hice yo con el negocio de Tacuba, y ahora estoy muy contento de que no se haya verificado y de que tal vez no se verifique hasta mi vuelta.

Tú entre tanto, no descuides el presente por el futuro y pon toda tu confianza en Dios. EJERCITATE MUCHO EN LA HUMILDAD, o sea en las humillaciones que te vengan, pues las que uno escoge, son del contentillo, exteriores y casi siempre se tiñen de vanidad. Imita más bien a Marta que a María, pues así lo pide la Regla. Que Dios te haga muy santa es la bendición que te manda tu Padre en J. C.

J. Antonio.

A bordo del Arabia, Abril 16 de 1883.

Aquí, mecido por las olas me he impuesto de su grata 6 de febrero. Mucho me alegro que les haya llegado la vida de la M. Barat. Este libro fue mi fiel compañero durante los cuarenta y tantos días que pasé en el mar. Me dio muchas

fuerzas y consuelo leer todas las fatigas y persecuciones, aun episcopales, de esa fundación; y de vez en cuando me entró el desaliento al ver los muchos bemoles que tiene una fundación, y nuestras mezquinas fuerzas y falta de elementos de todo género.

Todo mi consuelo era pensar en que mientras más rudos son los instrumentos, mayor es el esplendor de la omnipotencia de Dios. No hay que apurarse, hija mía; pues es más fácil que Ud. sea Barat que yo Varín. No se apure por la ciencia que le falta; súplala con amor de Dios, HUMILDAD Y TRABAJO, y todo irá bien. ¡Valor y Confianza! A Uds. les toca consumir la obra que empezaron bajo mi dirección. Ya yo no sirvo más que de tropiezo y de sobra. Esto es lo que el P. Plancarte dice a Sta. Loquet. Que Dios le dé valor y confianza y el don de gobierno, es la bendición que en esta vez le envía su amante Padre en J. C.

J. Antonio.

Roma, Junio 23 de 1883.

Mis queridas Hijas en N.S.J.C.

Recibí sus gratas de dos meses, y el gran miedo que les tenía se substituyó por el gozo, la paz y el consuelo pues veo que viven todas y que marchan por el camino del Señor, con la cruz a cuestas y con el valor y firmeza de los mártires. ¡Dios las bendiga y les conserve el valor y la confianza! Yo vivo como los niños que, olvidados de todo, se dedican a formar torres y casitas con trocitos de madera, y que después de duras penas y afanes, ya cuando van a coronar la obra, se viene por los suelos y se sueltan llorando pero no la abandonan, sino que la vuelven a empezar de nuevo con mayor atención previsión y cálculo. Pues bien; toda aquella casuquilla que Uds. me vieron estar levantando, se vino abajo con el montón de cartas que recibí al volver de Tierra Santa; no me puse a llorar,

pero sí he empezado de nuevo mi tarea, a ver si en esta vez soy más afortunado. Ya pondré mucho cuidado de no meter ningún palito que no esté derecho y que no siente bien. Como no hay cosa que cause más impaciencia que estar viendo a esos chiquillos formando sus castillos de palitos, les suplico que no me miren, sino que cierren los ojos hasta que me oigan gritar ¡aquí está! ¡ya lo hice! ¡vengan a verlo! ¿Pero cómo quiere Ud. que hagamos eso, siendo que nosotras somos los palitos con que fabrica sus castillos, y nos duelen las caídas que cada rato damos? Allí está la gracia; ese es el mal; en eso está la dificultad. Háganse palitos mudos e insensibles y verán como nos va mejor. Lo dicho no implica acusación de lo pasado; es un simple consejo para lo venidero. ¿Es verdad que me consideran muy atribulado por todo lo ocurrido en ésa? Pues se engañan; es todo lo contrario. Hace largos años que no me sentía tan desahogado y contento como ahora: loado sea Dios. Además, tengo la fe ciega de que todo es para la mayor honra y gloria de Dios. Pero ¿qué no le ha podido lo del ocho de marzo? Nadita, por lo que toca a mí, pues esos pobres no pueden odiar a quien tanto los ama, a quien tanto ha hecho por ellos, a quien les ha educado a sus hijas, a quien tanto ha trabajado por engrandecer a Jacona. De esto no me cabe la menor duda, pues así consta por ocurso que tengo a la vista y que conservaré como un grato testimonio de gratitud. ¿Será acaso más cuerdo creer en la gritería de una noche tenebrosa, que en un ocurso al Padre Común de los fieles, firmado sin los humos del vino y la luz del día? Ciertamente que no, y por eso siempre sostendré que Jacona me ama y es agradecida, y que yo la amo y le viviré reconocido donde quiera que esté. Tal vez alguno de tantos no me quiera bien, pero esto ha de ser por culpa mía y porque ignora el placer que se siente en volver bien por mal, y en perdonar las injurias. En cuanto al porvenir, tengo la fortuna de ignorarlo y ahorita no tengo presente sino el Valle en que hemos de ser juzgados

y el cielo que nos está prometido si guardamos los mandamientos.

Háganse sordas, ciegas y mudas en el camino del Señor; cojan la cruz con los dos brazos y apriétenla bien para que no se les suelte, y verán cómo insensiblemente las mismas olas de la tempestad nos arrojarán al puerto de salvación y verdadera felicidad. Sean santas, pero no como su Padre en J. C. sino como su Padre Celestial, que es a quien han de imitar en todo, pero muy principalmente en la mansedumbre y HUMILDAD de corazón. Adiós.

J. Antonio.

París, Agosto 24 de 1883.

Por su grata de Junio tuve el gusto de saber que mi encargo DEL TRABAJO está perfectamente cumplido y que sólo falta el de la HUMILDAD. ¡Algo es algo! y más si trabaja Ud. con el pensamiento, que es poco lo que trabaja; que Dios merece mucho más de lo que por El hacemos; y que es poco lo que sufrimos, pues más merecen nuestras culpas; que las tareas que nos imponen por viles que sean, nosotros somos más viles y mereceríamos mayores humillaciones, que nada hacemos bien hecho, etc. etc., ya Ud. ve que de esta manera el trabajo va engendrando insensiblemente la HUMILDAD y destruyendo la soberbia que suele anidarse junto a él. Por ahora creo que el ejercicio anterior será el más útil para Ud. y otras de las que se le parecen. La bendice de todo corazón su Padre.

J. Antonio.

¡Valor y Confianza!

Recibí tus gratas del 22 de Octubre y 15 de Enero y en ambas me manifiestas tu gratitud y contento lo mismo que tus padres, por haber sido admitida en el colegio con futura esperanza de ingresar a la Congregación. Harás muy bien en aplicarte en los estudios, pues tienes disposiciones intelectuales para ellos, buena edad, y a nosotros nos hacen falta maestras para escuelas.

Cultiva tu vocación con esmero pues es un don del cielo y se pierde insensiblemente y con facilidad. Si no la quieres perder enciérrala en una cajita de HUMILDAD y OCUPACIÓN continua, pues sus enemigos capitales son la soberbia y la ociosidad. Perfeccionate en los estudios de Religión, lectura, escritura, Aritmética, Gramática, y Geografía. Recibe mi afecto y bendición.

México, Diciembre 15 de 1883.

Queridísimas Hijas en N. S. J. C.

Me declaro derrotado, pues por más esfuerzos que hago no logro mis deseos de contestar a cada una en particular. El Cura de Ars decía con envidiable HUMILDAD: “Poco debo valer, pues ya no quieren comprarme ni por un real”.

Yo, no por humildad, sino por fuerza de la verdad tengo que confesar que no valgo ni ese real, sino que soy viento y basura. Así lo creía yo, pero ahora lo he palpado y Uds. me lo han dicho en sus muy gratas, de algún tiempo a esta parte. Al considerarme Uds. en el aire, burladas en sus afanes y completamente aniquiladas en sus buenos deseos de servir a Dios, simplemente porque NO VIVA SIEMPRE EN JACONA, y sabiendo, que por la conservación de Uds. han sido, son y serán todos mis sacrificios, indica muy claramente que en la mente de Uds., Jacona es para mí lo que para Sansón eran los cabellos. Si yo SOY EL TORPE INSTRUMENTO de quien Dios se ha valido para que Uds.

lleven a este término sus piadosas empresas de hacer el bien a los huérfanos e ignorantes, no deben Uds. fijarse en el lugar de mi residencia, pues Dios, en cuyas manos estoy, me colocará donde Uds. cosechen mayores frutos. Si no lo soy, entonces pondrá en mi lugar a quien deba serlo. “¡Almas de poca fe!” no desconfiéis del Señor que os ha colmado de bienes. ¡Valor y Confianza! Celebro la acertada elección de un mudo para qué haga de ermitaño en Zamora, pues ha de ser sordo, y sólo siendo sordo mudo se puede ser anacoreta en la tierra de los Santos y sabios.

Les deseo buenas pascuas y feliz año nuevo; todo en el servicio del Señor. Aunque de lejos, las bendice diariamente y las encomienda en el Sto. Sacrificio, quien les desea perfección y santidad.

J. Antonio.

Colegio de Venero. Fiesta de Ntra. Sra. del Rosario.
Octubre 5 de 1884.

Acabo de dar la primera meditación del retiro mensual, y como buen Padre, he reservado algo para las hijas primogénitas y ausentes. He hablado sobre: “Todo acaba con la muerte” y “todo se va acabando con la vida”. En menos palabras: la vida nos conduce irresistiblemente a la muerte; la posesión, a la pérdida de los bienes. Estas verdades las conocen Uds. muy prácticamente, y estoy seguro que de ellas han sacado ópimos y abundantes frutos para desprenderse y nunca apegarse a lo terreno; y para unirse más y más con Dios, único Bien estable y duradero.

Digo que las conocen prácticamente, porque desde muy temprana edad han ido perdiendo todo lo que no le habían sacrificado a Dios, y todo a lo que se había apegado su corazón fuera de Dios. ¡Qué beneficio tan grande! Si Uds. lo comprendieran lo considerarían como el mayor de cuantos

han recibido del cielo. Cuando yo supe la muerte de mi amada madre, abrí los ojos y conocí la vanidad de todo lo terreno. Desde entonces he luchado con mi corazón para que no se apegue a lo perecedero, y si he llorado alguna vez, ha sido por mis descuidos en reprimir mis afectos. Siempre he procurado unir el nacimiento con la muerte, la ganancia con la pérdida, el amor con el odio, el triunfo con la derrota y los honores con las HUMILLACIONES; y debido a esta gracia de Dios, he vivido bien en las distintas situaciones de mi agitada vida, y en cada cambio he salido ganando.

Es bien sabido que todo acaba con la muerte, pero pocos son los que piensan “que la vida acaba con todo” y eso es en lo que yo me fijo, por ser más terrible que lo otro.

La muerte acaba con todo, pero abre paso a la eterna felicidad. La vida acaba con todo y se le sigue la muerte.

La vida me ha hecho sentir la orfandad. La vida me ha hecho ir sintiendo la pérdida de hermanos y amigos que verdaderamente amaba. La vida me ha hecho sufrir mil engaños y robádome otras tantas ilusiones. La vida ha disipado mis riquezas. La vida me quitó la casa paterna y también la propia. La vida me ha robado la salud, las fuerzas, el tiempo, la eternidad y hasta el pelo y los dientes. La vida, en fin me ha robado la vida, pues si no hubiera vivido tanto, viviría más. Con sobrada razón el Sto. Job maldecía el día en que nació y saludaba a la muerte como amiga.

En la vida solemos apegarnos apasionadamente a nuestro cuerpo, a las cosas y a las personas, y todos ellos nos hacen sufrir horriblemente en cambio de los sacrificios que por ellos hacemos.

Al cuerpo le damos ocho horas de reposo; lo alimentamos tres veces al día; lo vestimos, lavamos, peinamos, etc., diariamente; para él trabajamos cuando estamos despiertos; por sanarlo y conservarlo, hacemos

cuanto podemos. Y él, ¿cómo nos paga? Con dolores, lágrimas, desvelos, enfermedades, hambre, sed, fatiga, enojos, tristezas, debilidad, ceguera, calvicie, decrepitud, muerte, podredumbre y gusanos. ¡Qué ingrato es!

¿Qué le damos al alma? Meditación, Misa, examen, rosario y oraciones, ¡Hora y media en conjunto, y se nos hace mucho! ¡y lo hacemos mal! y ¡el alma nunca muere! ¡Qué insensatos somos, pues amamos y cuidamos más el cuerpo que el alma! Nos apegamos a las cosas ¡Qué nos queda de lo que poseíamos cuando éramos niños? ¿Dónde están los vestidos, los juguetes, los regalos? ¿Dónde están las cosas que tanto amábamos en la juventud? ¡Ay hijas! todo ha desaparecido o héchose inútil por nosotros. Desgraciadamente no contamos ni con las que actualmente poseemos, pues hoy son y mañana nó.

TACUBA, octubre 13.- Muy oportunamente vino esta interrupción, pues me ha proporcionado pruebas palpables de lo que les acabo de decir. Al comenzar esta carta contaba con 23 dientes, y ahora que la continúo ya no me queda ni uno solo. A los dos años exactamente de haberme desprendido de Jacona, sacaron todos los huesos de las encías. Afortunadamente ambos dolores, aunque intensos, curan radicalmente otros dolores, dejan dormir tranquilamente y trabajar en paz. ¡Bendito sea Dios por ambos acontecimientos!

En cuanto al apego a las personas, no siendo en Dios y para la vida eterna, declaro que es más locura que los apegos anteriores. ¡Tener prendas con pies y libre albedrío! ¡Se separan los afines y consanguíneos! ¿y no se habrían de separar nuestros prójimos? No hay que apegarse a las personas, sino a las almas. Busquemos en las almas no a las personas sino a Dios, pues sólo así estará quieto nuestro corazón y tranquilo el espíritu. Cuando se sientan inquietas y atribuladas levanten sus voces al cielo y digan: Mi alma está inquieta y afanada, oh Señor; si os miro, me veo tan lejos de vuestro ejemplo, que casi

desespero de poder seguiros. Si miro tras de mí, me sumerjo en un mar de angustias, de duda y perplejidad que me causa espanto. ¿A quién recurriré sino a Vos que sacasteis a Pedro de la barca sobre las agitadas olas del mar de Tiberíades; a Vos sobre cuyo pecho Juan durmió el sueño de la inocencia y de la confianza? Dame paz, oh Señor; pero no la paz engañosa del mundo, no la paz de las almas extraviadas y seducidas, sino la calma y la paz de los justos, aquella paz que puede hermanarse con la guerra que Vos habéis declarado a las pasiones, a los antojos de nuestra miserable naturaleza, la paz de la conciencia. ¡Oh, bienaventurada aquella alma, que guerreando contra sus malvadas tendencias, y combatiendo los perversos deseos de los sentidos y los engañosos consejos del mundo, puede estar en paz consigo misma y con VOS. Esta paz que se gana con la guerra y con la resistencia, es la única paz a que puede aspirar un cristiano, y la única que yo os demando. Si aquellas agitaciones interiores, aquellas dolorosas dudas que me atormentan fueren, como lo espero, un rasgo de vuestra clemencia, un medio para merecer la paz del cielo, un freno que me impida caer en el sueño de la falsa confianza y de la indiferencia, las acepto con todo mi corazón y os las agradezco, oh, Señor. Concédeme siquiera que en el tumulto de mis agitaciones interiores no os pierda de vista, ¡Oh Astro de Salud! Y que pueda algún día descansar, como Juan, sobre vuestro seno, del cansancio de las agitaciones y de la guerra a que en esta vida miserable haya estado sujeta. Amén.

Sus hermanas siguen contentas y creciendo en todo sentido. Yo hago cuanto puedo por su aprovechamiento, pero más útil les será el buen ejemplo de Uds. que mi palabra. Adiós Hijas ¡HUMILDAD Y TRABAJO! ¡Valor y Confianza! Las bendice con todo su corazón, quien les desea todo bien y no las olvida

J. Antonio.

Tacuba, Junio 25 de 1886.

Tu última carta es una repetición de lo que ya me has dicho mil veces, y mi contestación tiene que ser la misma de siempre. Nadie está obligado a lo imposible. Si tú haces lo que puedes ¿qué te apura? Si yo tuviera otra mejor que tú para ese puesto, la colocaría sin que tú me lo suplicas. Si tú insistes en que te quite, también lo haré, pues entonces ya no tendré responsabilidad. El buen soldado ocupa el lugar que le señala el jefe. Si tú, *en conciencia*, ves que alguna de tus compañeras puede suplirte con ventaja, dime quién es ella y la pondré bajo tu responsabilidad.

Colegio de Santos no he visto más que el Apostolado y ¡allí! estaba Judas.

Haz lo que puedas y no te apures. Tus compañeras están buenas y te saludan. Hazlo tú de mi parte con todas, tu Padre que te ama y bendice de corazón.

J. Antonio.

París, Agosto 28 de 1891.

Amadas Hijas en N. S. J. C.

Ayer recibí sus cartitas y celebro que no hayan tenido novedad que lamentar. Yo estoy bien y listo para volverme a Jacona, pero desgraciadamente no he hallado lugar en ninguno de los vapores que están anunciados para estos días y hasta fines de Septiembre. Por un verdadero milagro, dos pasajeros que iban a embarcar el día 9 se arrepintieron, y luego tomé sus boletos. Saldré pues de Liverpool el día 9, y Dios mediante, para fines del mes ya estaré arreándolas y dándoles guerra, pues cada vez me hago más molesto e impertinente.

Ya tengo ganas de entrar en reposo, pues es mucha la agitación en que he vivido desde que salí de ésa, con todo y que Uds. me han considerado muy descansado y tranquilo.

En estos momentos por ejemplo, estoy resolviendo ir a España a ver a Dña. Rosalía, quien ya me mata a cartas y telegramas, para que no me vaya sin verla. Adiós, pues, quédense con Dios y hasta dentro de un mes.

Mucho les recomiendo la HUMILDAD, no debemos hacer nada por agradar a los hombres, sino que debemos obrar como Jesucristo, nada más por la gloria del Padre, y no andar buscando el “YO” en todo y por todas partes.

Su Padre que las bendice y les desea todo bien y mucha HUMILDAD LLENA DE CARIDAD, para que le den un pedacito.

J. Antonio.

Tacuba, 21 de Noviembre de 1893.

Amadísimas hijas en N. S. J. C.

Elegido por Dios N. S. para fundar, regir y gobernar la importantísima Sede de Tehuantepec, el Ilmo. Sr. Dr. D. José Mora (a quien, confiado en su profunda humildad, me honro y glorío de llamarlo hijo), se ha dignado solicitar la colaboración de nuestra humilde Congregación para la instrucción religiosa y moral de las hijas de sus amados diocesanos.

¿Podría yo negarme a tan santa y noble solicitud? De ningún modo, ni mucho menos habiendo sido yo quien más animó a ese Ilmo. Prelado a aceptar la pesadísima cruz del Episcopado en tan apartadas y abandonadas tierras; y habiendo sido él mi brazo derecho en vuestra formación, y vuestro denodado defensor en aquella persecución que os hizo crecer y vigorizaros, en vez de destruirlos.

Tan luego, pues, como llegó a nuestras manos su bondadosa solicitud, fecha 12 del próximo pasado septiembre, pidiendo la fundación de una escuela de niñas

en la ciudad episcopal de Tehuantepec, de acuerdo con el Consejo, contesté de conformidad y dando las más rendidas gracias al Ilmo. Sr. Obispo y a la respetable Junta, por haberse fijado en las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe para tan loable y santa obra.

Desde ese día bien lo sabéis, la fundación de la Escuela Guadalupana en Tehuantepec, ha sido objeto de nuestras plegarias, de las deliberaciones del consejo, y tema obligado de nuestras conversaciones, a fin de llenar los deseos del Ilmo. Sr. Mora, y de corresponder a la alta misión que Dios se ha dignado confiar a vuestra ardiente caridad en pro de la niñez desvalida.

En el consejo extraordinario celebrado el 13 del corriente, han cesado las vacilaciones acerca del personal que debería elegirse para hacer la fundación. Unánimemente hemos nombrado para tan honroso y delicado cargo:

1ª – A la Superiora y fundadora de Tepexpam, Dña. Genoveva Soto, persona de experiencia y ameritada por sus buenos servicios y perfecta adhesión al espíritu y prácticas de la Congregación.

2ª – A Dña. Concepción Murguía, escogida por el Ilmo. Sr. Mora, y quien ha llenado satisfactoriamente el difícil cargo de superiora y maestra de la sección de pequeñitas en el Asilo de la Soledad.

3ª – A Dña. María Reyes, encargada de la Escuela Parroquial de Tacuba, avezada a la enseñanza de las clases más rudas, y deseosa de tener parte en esta nueva fundación, como ya la tuvo en las de Tepexpam y Nazareth.

4ª – A Dña. Ignacia Maylén, cuya laboriosidad, vigilancia y empeño en cuanto se le confía, es casi proverbial.

5ª – Y Dña. Virginia López, santamente entusiasmada en abrirse una gloriosa página de buenas obras, en los anales de la Congregación.

¡Dichosas vosotras, amadas hijas mías! pues os ha elegido Dios para la fundación más benéfica, difícil y prometedora de óptimos y copiosos frutos que ha hecho hasta hoy, las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe.

Partid en nombre de Dios, para aquellas lejanas tierras sedientas de instrucción religiosa y moral. . . El Señor, por cuya gloria trabajáis, va con vosotras. Teniéndolo a El, nada os falta, todo os sobra. Jamás lo abandonéis. Aun cuando el clima y las costumbres de aquella tierra os obliguen a modificar vuestro Reglamento, no os apartéis del espíritu de vuestra Congregación. Mucho os recomiendo cuidéis la salud del alma y cuerpo, absteniéndoo de todo lo que daña, y practicando todo lo que aprovecha.

¡Ojalá que vuestro buen ejemplo engendre en aquellas almas incultas, muchas y buenas vocaciones, para que tengáis sucesoras que os reemplacen dignamente! Templad lo amargo con lo dulce, lo fuerte con lo suave, a fin de que os adueñéis de los corazones, y sean más fructíferos vuestros sudores y sacrificios.

Nada critiquéis de vuestra nueva patria, ni suspiréis por nada de lo que acá dejasteis, por amor a Dios.

Sed HUMILDES, pacientes y constantes, y vuestro triunfo será seguro en la tierra y en el cielo.

¡Id en paz! llevando la bendición de Dios en la de vuestro amante padre y queridísimas hermanas.

Tacuba, fiesta de la Presentación de la B.V.M.

Noviembre 21, de 1893.

Tacuba, Abril 8 de 1894

Queridísimas hijas en N. S. J. C.

En la meditación que nos hicieron esta mañana, nos dijeron:

1º – Que en el camino de la perfección no se puede volar como muchos quieren, sino que se ha de subir paso a paso, como quien sube un monte escarpado y pendiente. Así lo ha dispuesto Dios, para que hagamos algo de nuestra parte, esto es, sudar, padecer, tropezar, caer, levantarse, volver a caer y andar como Juan Panadero con el toro, golpe a golpe. Lástima que no seamos ángeles para dar un volido hasta la cima y sentarnos a descansar.

2º – Que es necesario quedarnos en el lugar en que Dios nos ha colocado; esto es, en el estado y oficio que tenemos, con los superiores, compañeras e inferiores que tenemos, sin dar motivo para que nos cambien de condición, cuando el mismo Dios (no nosotros), lo disponga por medio de nuestros legítimos superiores, y sea para su mayor gloria y provecho nuestro.

Mi fruto fue: no querer apagar mis pasiones, como si fueran vieja de cigarro; y nunca dar motivo para que me quiten de este lugar y oficio en que estoy, por más dolores y penas que me causen estas ovejitas, garrapatientas y mañosas, que Dios me ha encomendado, y entre las cuales tengo el honor de contar a mis amadas tehuanas.

J. Antonio.

Tacuba, Septiembre 19 de 1894.

Amadas hijas en N. S. J. C.

Sus últimas cartas se cruzaron con las mías en el camino, y por eso se quejan de que no les he escrito. Separadamente a cada una, no lo he podido hacer, pues para eso se necesita más calma y tranquilidad, a fin de evitar repeticiones. No les queda más recurso que

apropiarse cada una la carta haciéndola cuatro pedazos o rifándola.

Por ahora lo que les importa es saber que en el último Consejo se dispuso: que de aquí al 31 de Diciembre, todas nuestras oraciones y buenas obras se ofrezcan por la intención del Consejo, que ya lo sabrán cuando vengan a ejercicios.

Las felicito por los exámenes, pues así se enseñarán a ser un poco MAS HUMILDITAS, tanto las discípulas como las maestras.

Ya me voy a dar clase, son 7 ½ de la noche; que la pasen muy buena. Adiós, y las bendice su afectísimo Padre.

J. Antonio.

Tacuba, Octubre 6 de 1894.

Amadísima Hija en N. S. J. C.

Parece que Dios Nuestro Señor ha querido unirnos más y más bajo el manto de S. Felipe de Jesús, en pago de que hemos trabajado por su templo. Ante los ojos del cuerpo estos pagos son crueles y pésimos, pero vistos como debemos verlos, con los ojos de la fe, son prenda de futura gloria.

El día cinco es fecha inolvidable para mí, por la muerte del Ilmo. Sr. Labastida, y Dios ha querido que también lo sea para Ud., pues a las nueve y media de la noche de ese día el Dueño de nuestra vida, Aquél a quien Ud. se ha consagrado, a quien Ud. ofreció su vida y cuanto más amaba su corazón, ha dispuesto llevarse al cielo al eterno descanso, a aquella heroica y buena madre que tan sincera y desinteresadamente entregó a su hija en aras de la Religión, para la mayor gloria de Dios y bien de las almas.

¡Dichosa ella que tuvo la muerte del justo, y ya está gozando de Dios! Murió de colerina, después de cuatro

días de enfermedad; recibió todos los auxilios corporales y espirituales; no le faltó ni un solo momento el valor y resignación que la caracterizaban, y bendijo a Dios por haber Ud. quedado en Su Divino servicio.

Aunque este sacrificio lo hizo Ud. el día que profesó, y lo renovó muy vivamente el día que salió para Tehuantepec, hoy le toca consumarlo con la abnegación de que tantas pruebas nos ha dado, muy especialmente a este su afectísimo Padre que la ama y bendice de todo corazón.

J. Antonio.

Tacuba, Octubre 18 de 1894.

Mi muy querida hija:

Veo que las reprimendas de los últimos exámenes al fin y al cabo produjeron en Ud. un quebranto de salud, tanto más importuno cuanto que estamos al terminar la batalla de 1894 y al ceñir el lauro de la victoria. Esa sensibilidad de Uds. tiene la culpa de todo, pues no he logrado que se hagan indiferentes como yo. Cuando uno está satisfecho de haber cumplido con sus deberes, puesto que nada le han dicho en contra sus superiores principales, que todo lo saben, claro es que debe uno tomar con más calma las contradicciones que Dios le envía para probar y EJERCITAR LA HUMILDAD, que tal vez algo ha flaqueado con las victorias y aplausos anteriores.

¡Animo, hija del alma! No hay que desfallecer ni amilanarse. Ponga esos nervios en juicio, con las medicinas y método que otras veces le han probado, y traiga la mente ocupada en cosas útiles y agradables, como si estuviera perfectamente sana de alma y cuerpo.

Estos son los deseos de su amantísimo padre que la bendice.

J. Antonio.

Tacuba, Octubre 18 de 1894.

Amadísima Hija en N. S. J. C.

Mucho siento que al terminar la batalla de 1894, las enfermedades hayan venido a desforzar a mis valientes capitanes. Afortunadamente que nos hallamos cerca del triunfo, y podemos cantar victoria. No vayan Uds. a hacer esfuerzos sobrehumanos; hagan simplemente lo que buenamente se pueda, y con eso quedará muy contentó, pues me consta su buena voluntad y grandes deseos.

Entiendo que el mal rato de los últimos exámenes es lo que más ha contribuido para sus quebrantos de salud. Tómense ésa por demasiado sensibles, pues si sus conciencias están satisfechas de haber hecho cuanto estuvo de su parte, no debieron haberse apurado y mortificado tanto como lo hicieron. Ya digo a quien corresponde que si Uds. siguen malas, habrá que adelantar los exámenes para que se vengan a curar, pues eso será lo más fácil y menos inconveniente.

Deles ésta por suya a las demás en unión de quienes la bendice este su afectísimo padre en N. S. J. C.

J. Antonio.

Tacuba, Marzo 8 de 1895.

Amadísimas hijas en N. S. J. C.

Aunque con la seguridad de que Dios me las llevaría sanas y salvas a su destino, deseaba saberlo por conducta

de Uds. mismas, lo cual he logrado con su muy grata fecha 27 del pasado.

También Jonás temía quedar mal en Nínive, y al vomitarlo allí la ballena más de una vez ha de haber temblado. No es pues raro que Uds. hayan temblado ante las apuestas y diestras amazonas de Acayucan, siendo que fueron a tan lejanas tierras a enseñar y predicar con el ejemplo, el desprecio a las pompas y vanidades mundanas. Yo no he temblado con los temblores de Uds., porque las envié a enseñar la Doctrina Cristiana de obra y de palabra y las virtudes que deben adornar tanto a las guapas de Acayucan, como a las feas de todo el mundo, siempre que quieran salvarse. Les ha de pasar a Uds. con esas guapas, lo que a unas gallinas cuando por vez primera entró un guajolote al gallinero. Todas medrosas y encogidas se subieron al tejado y desde allí contemplaban boquiabiertas la majestad, galanura y gran paquete del recién llegado huésped que, majestuoso, no dejaba de bufar y de hacer la rueda. Llego por fin la hora del maíz, y el sujeto aquel, plegó las alas, agacho el pico y empezó a llenar el buche cual el más desplumado gallináceo. Luego que vieron esto las antes admirables gallinas, dijeron. “come maíz como nosotras”. Y diciendo esto se bajaron y empezaron a llenar el buche y a picotear al gran señor. Aplíquense el cuento; trabajen por la gloria de Dios; entierren el amor propio en un caño; y Dios las bendecirá desde el cielo, como las bendice su afectísimo padre.

J. Antonio.

Tepexpam, Julio 26 de 1896.

Amadísimas Nietas en N. S. J. C.

Ayer recibí sus cartitas y he quedado muy complacido de su contenido, pues revela gratitud por lo pasado y

esperanzas para lo venidero. ¡Loado sea Dios! Semejantes a las avecillas habéis dejado el nido, y acompañadas de vuestras Madres espirituales dáis hoy los primeros volidos en el mundo buscando el pan con el sudor de vuestro rostro. Yo os felicito, pues ése es el más sabroso de los panes; el que Dios escogió para regenerarnos después de la caída de nuestros primeros padres.

Ya estáis en el Obrador, o sea en la casa que sirve para hacer, no para decir, y que tiene por lema: "Obras son amores, y no buenas razones" "Hechos, no palabras".

¡Cuánto tenéis que agradecer a Dios! En esta nueva vida váis a asegurar la vida eterna, pues la mujer industriosa y trabajadora rarísima vez se prostituye, especialmente si al amor al trabajo une el odio a las vanidades de peinados, vestidos o adornos.

Conservad, pues, vuestra simplicidad del Asilo, y cortad las alas a vuestra vanidad mujeril. Aprended prácticamente la Economía Doméstica, para que no llegue el día en que os falte el sustento necesario, pues mendigar es oficio de ciegos, viejos e inválidos y no de jóvenes robustas y sanas como vosotras. Admirad en Nicolasa, no tanto la sazón de sus guisos, cuanto su amor al trabajo en un edad que ya raya con la decrepitud. Ella puede decir como todo bueno Apóstol del Señor: "No rehusó el trabajo". No pido más recompensa que poseer a Dios eternamente". En esa pobre vieja tenéis un libro abierto que os enseñará mucho para la vida futura, estudiadla con empeño y cuidado. Os he propuesto este modelo por ser el que a vuestros ojos aparece más insignificante debido a la rudeza de su lenguaje; pero esto mismo os ha de servir de estímulo para adelantar en la virtud, pues sería triste que una mujer sin letras sobrepusiera a las letradas.

Que esta carta se rife entre las que me escribieron, por no poder contestar a cada una, pero sí bendecirlas

con todo mi afecto en unión de sus maestras.

J. Antonio.

Tacuba, Enero 4 de 1897.

Amadísimas hijas Tapatías:

Su bondadosa y virtuosa bienhechora me sacó de angustias con el telegrama de su feliz llegada. Ayer a las 7 a. m. salieron para Veracruz las Campechanas, valientes, alegres y contentas, como todo el que ama mucho a Dios, e ignora las penas que va a pasar. Creo que a ellas también las han de recibir con órgano y violines, pues nunca faltan ciegos que toquen esos instrumentos en los puertos del mar. Estoy como atotado de tantos cambios como ha hecho el V. Consejo este año veleidoso de 1896. ¡Cual pájara desolada a quien han robado su nido, aleteo, buscando mis polluelos, y no los encuentro!

Siempre insisto en que se presente la carta al Ilmo. Sr. Loza, pues eso es lo derecho, y si sale torcido, no será de Uds. la culpa. Por eso aún vivo yo y tengo influencia, malgrado las conjuraciones y tempestades. He caminado por el sendero de justicia y de la verdad, y nada he temido.

Si el Ilmo. Sr. Arzobispo, por su edad, ideas, etc., las pone como chupa de dómine, nada repliquen sino “somos hijas de la Obediencia, y por eso hemos venido.” Estas son puras suposiciones, pues no creo el Sr. Arzobispo las trate mal.

¡Quiénes fueran Uds. que luchan con doscientos parvulitos (ausentes) y les duele la cabeza de escribir a la sombra de de un gigantesco jazmín!

Pídanle a Dios que mis hijas no me sigan abandonando a tan gran prisa, pues ya me vuelvo loco. Su Padre que las bendice.

J. Antonio.

Tacuba 2 de Abril de 1897.

Amadísima Hija:

Recibí tu carta y al leer tu párrafo . . ." cuando me veo tan inútil para el trabajo etc." exclamé ¡pobre tonta! aún no sabe servir a Dios.

Yo conozco a un Señor, que es un prodigio de santidad, sabiduría, fortaleza, caridad, y toda virtud que desde niño ha trabajado por el bien de las almas, y ha hecho el bien por donde ha pasado. Puedo asegurar que hasta milagros ha hecho. ¡Quien lo creyera! Ese gran Sacerdote no logró su objeto si no una vez que lo robaron de su honra y vestiduras, que lo dejaron herido como a un Nazareno, que lo confundieron con los ladrones, que lo abandonó su Padre y sus amigos, que finalmente lo clavaron en una cruz de donde no podía bajar ni moverse; entonces, y no en el Tabor fue cuando redimió al linaje humano, obra sobre todas las obras y triunfo sobre todo triunfo. Creo que con esto basta por ser viernes de Pasión. Deseo que la salud espiritual de tus hermanitas sea tan buena como la corporal, pues afortunadamente tenemos alma que salvar.

Dios las bendiga y las haga comprender más y más su vocación y obligaciones.

J. Antonio.

Tacuba, Julio 12 de 1897.

Amadísimas Hijas en N. S. J. C.

Bien comprenderéis que cuando Dios N. S. se me concede la inestimable gracia de vacar a mis múltiples ocupaciones y retirarme a la santa soledad de los ejercicios espirituales, vuestro *adelanto espiritual es uno*

de los principales estudios ante Dios y mi conciencia. Buscando la causa de las deserciones que tan a menudo vemos en el Postulantado y Noviciado, y de la FALTA DE ESPIRITU en algunas de las ya profesas, creo que haberla hallado al hacer la Meditación que San Ignacio llama de LOS TRES GRADOS DE HUMILDAD, y voy a transcribirla aquí, para ver si Dios N. S. a cada una de vosotras le hace una igual gracia.

EL PRIMER GRADO DE HUMILDAD consiste en CUMPLIR CON LA LEY DE DIOS. El nos pone en disposición no sólo de no traspasar ninguna ley, sea divina, sea humana, cuyá infracción nos haría culpables de pecado mortal aun cuando nos ofreciesen el imperio del mundo, honores, riquezas y placeres, o nos amenazasen con la muerte; sino también de preferir vivir en el desprecio, la pobreza y aflicción, con Cristo pobre, despreciado y afligido. Esto lo concreta el P. Ripalda, diciendo: "Querer antes perderlas que ofenderle." Este primer grado es indispensable para la salvación y todo buen cristiano debe tenerlo, so pena de condenación, pues nadie entra en el cielo en pecado mortal. ¡Triste cosa seria hallar congregantes que no lo tuvieran! ¿Las habrá?...

EL SEGUNDO GRADO DE HUMILDAD es de más alta perfección, y a él están OBLIGADAS LAS RELIGIOSAS. Consiste en hacernos indiferentes a la riqueza o a la pobreza, honor u oprobio, vida larga o corta, salud o enfermedad, siempre que en estas cosas encontremos IGUAL ocasión de procurar la mayor gloria de Dios y nuestra salvación. Para los que llegan a este grado, no hay causa ni motivo, ni aun la MISMA MUERTE, que los pueda hacer consentir en COMETER CON REFLEXION NINGUN PECADO MORTAL, NI VENIAL. Ellos prefieren tener como Jesucristo una vida pobre, oscura y trabajosa, antes que procurarse con un pecado venial la gloria de las dignidades, la abundancia de riquezas y

placeres o descansos. La falta de este segundo grado de humildad en las religiosas, ES LA CAUSA DE TODOS LOS MALES.

EL TERCER GRADO DE HUMILDAD consiste en preferir la pobreza, el desprecio y el oprobio, a las riquezas honores y a la buena reputación, únicamente por imitar a Jesucristo, aunque la gloria de Dios se hallara igualmente en los estados opuestos.

Esto se constituye la verdadera perfección de la HUMILDAD; su belleza y su precio son incomparables.

¿Cuándo llegaremos a este tercer grado? Es demasiado para nuestra debilidad actual, pero con la gracia de Dios todo lo podemos. Ocupémonos siquiera del segundo grado; y a fin de poderlo conseguir, hagamos sobre él el examen particular, y tomemos por materia una tras otra, las faltas que no nos dejan llegar a este segundo grado de HUMILDAD, que como ya os dije, es OBLIGATORIO a las religiosas; y su carencia es la causa de nuestros atrasos espirituales. Con la gracia de Dios y la perseverancia, lo lograréis para la gloria de Dios y consuelo de vuestro padre.

J. Antonio.

Tacuba, Agosto 29 de 1897.

Amadísimas Hijas de Tehuantepec.

Mientras que están en retiro, hablaré con mis Hijas ausentes “De que le servirá al hombre ganar todo el mundo, si su alma sufre detrimento” ¿De qué le servirá una Congregante, que sus discípulas salgan instruidas, que su casa sea modelo de orden y aseo, si ella sufre detrimento en sus votos? De nada; absolutamente de

nada. . . El primero y más importante objeto de la Congregación es la SANTIFICACION de la propia alma, y de la del prójimo. Los Asilos, Colegios, y Hospitales son los medios para conseguir esta santificación, pero no el objeto principal de la Congregación.

Así pues, es preferible una congregante santa a una congregante leguleya; la HUMILDE ignorante, a la sabia presuntuosa; la tonta obediente, a la instruida voluntariosa; la inútil virtuosa, a la útil viciosa; la inculta modesta, a la refinada mundana, etc., etc.

Nuestra santificación y perfección dependen de la FIEL OBSERVANCIA DE LOS VOTOS Y DEL REGLAMENTO, y no podemos sacrificar esto ni en poco ni en mucho, ni aun con el plausible objeto de hacer el bien, pues eso es quimérico, y la caridad bien entendida empieza por nosotros mismos.

Si una congregante, al presentar al publico los adelantos de sus discípulas, tuviera que exhibir sus propios adelantos espirituales en la fiel observancia de los tres votos y del Reglamento, tendría ocasión de confundirse en vez de vanagloriarse; su calificación seria tal vez, inferior a la de sus súbditas.

Nadie mejor que Uds. sabe que: “Mas se enseña con el ejemplo que con las palabras”. En este mundo, siempre imitamos a los de arriba, nunca de los de abajo. De donde resulta que los discípulos, tanto en virtud como en defectos, son copias de sus maestros. Si quieren Uds. palpar y ver sus defectos, vean los de sus discípulas. ¿Son las niñas fatuas, díscolas respondonas, parlanchinas, vanidosas, comodinas, etc., etc.? pues es seguro que las que las educan adolecen de esos repugnantes defectos. Pero esos defectos los aprendieron de mi predecesora, no de mí, responderéis. Bien puede ser así; pero si no se han corregido, es señal de que les has repasado la lección.

Parece que la virtud y el saber están reñidos, pues suele haber religiosas muy instruidas y capaces, pero muy

faltas de virtud. Esto depende de que se han llenado de soberbia, olvidando que Dios desde el cielo ensalza a los HUMILDES y abate a los soberbios.

La HUMILDAD. Es el foso que se abre para rellenar el cimientto de la perfección cristiana; sin ese foso o cimientto no hay edificio duradero; es como si se fabricara sobre arena. El viento, la lluvia, los temblores, destruyen el edificio. Así también, el viento de una contradicción, la lluvia de algunas penas corporales y el terremoto que nos mueve de una casa a otra bastan para cuartear o destruir una vocación fabricada sobre arena.

Adiós.

J. Antonio.

3

**APEGO AL REGLAMENTO, CASTIDAD,
POBREZA Y CARIDAD.**

México, Noviembre 27 de 1884.

Queridísimas Hijas:

Dios a cada instante me hace grandes y nuevos beneficios, acaba de hacerme uno en este instante, escogiéndome para entregarle el alma angelical de una joven religiosa de Luisiana, perteneciente a esta comunidad, que acaba de expirar. Nunca había visto morir una religiosa, y era cosa que necesitaba para poder PERFECCIONALES SU REGLAMENTO en este punto. Siempre he amado la vida religiosa, particularmente para esa hora, la amaba por instinto, y ahora la amo por conocimiento. La profesión de una monja Teresa, me hizo llorar de envidia cuando era niño, y la muerte de una Dama del Sagrado Corazón, me ha causado igual efecto a hora que empiezo a ser viejo. Positivamente he deseado esta tarde ser Dama del Sagrado Corazón para morir como esa joven y santa religiosa. No sé que admirar más si la santa virtud y calma de la que expiraba, o de la comunidad que rodeaba su lecho. Aquel grupo de santas vírgenes estaba reconcentrado en Dios que bajaba del cielo a coronar aquella alma! ¡En la moribunda, mas brillaba la corona de inmortalidad que las sombras de la muerte! Los ejercicios continuaron sin que las niñas notaran nada de lo que pasaba, y todas las maestras quedaron firmes en sus puestos. Mucho amor y santo sentimiento en las religiosas, pero nada que revelara la carne; todo era celestial y divino. La madre Vicaria siempre arrodillada a la cabecera de la moribunda hija, la alentaba a morir con palabras que sólo saben hablar los labios de una santa religiosa; la hija agonizante, ocultando sus terribles dolores, se esforzaba en repetir los dulces nombres de Jesús, José y María. La enferma no creía morir, pero se

preparaba a la muerte porque la madre se lo decía, y le quitaba hasta la más remota esperanza. A poco de dejarla yo para ir a dar la reforma, expiró sin más ligera agonía.

Las religiosas fueron luego al templo, unas después de otras, a rezar el viacrucis, y en la casa de ciento y tantas niñas, no hubo una que se apercibiera de lo acaecido. En la noche me concedieron ir a ver el cadáver tendido. La cama estaba toda cubierta de lienzo blanco, sembrado de blancas rosas. Allí yacía el cadáver con su hábito religioso, una corona de rosas sobre la almohada y una azucena junto a las manos, que sostenían el Crucifijo y el Rosario. A su lado estaba un altarcito con un Crucifijo, velas encendidas y el acetre. Las religiosas, en profundo recogimiento y de rodillas, rodeaban los despojos de su amada hermana y encomendaban su alma al Señor. ¡Preciosa es delante de Dios, la muerte de los santos!

¿Y qué pensó, qué sintió al estar allí arrodillado? me preguntaréis. Sentí que Dios estaba presente, que me hallaba entre ángeles. Sentí gozo al pensar que así moriréis vosotras.

Sentí tristeza al pensar que yo no moriré así. Y sentí esperanza, aunque remota, de que en mi agonía me rodearán mis padres y Uds., como rodeaban a esta santa religiosa sus hermanas; no ofreciéndole consuelos temporales, si no animándola con palabras, obras y oraciones a salir de este mundo traidor y falaz. ¿Me prometéis esto si Dios dispone que muera entre vosotras? ¿Me prometéis oraciones que me animen, en vez de lágrimas. que me acobarden? ¿Consuelos celestiales y no terrenos? ¿Sufragios en vez de gritos y desmayos? ¿Vuestras buenas obras y ADELANTO en la Congregación, en el lugar de lápidas, y coronas fúnebres? Así lo espero de vuestro buen corazón y reconocida gratitud. Esta es mi esperanza y de ella viviré contento hasta que el Señor disponga de mi vida. Roguemos a Dios los unos por los

otros, para que el Señor nos conserve en su santo servicio, y nos dé la muerte como la que les acabo de presenciar. Así sea.

Soy Padre que las ama y bendice en el Señor.

J. Antonio.

Venero, Diciembre 9 de 1884.

Siguiendo mi costumbre, vengo a pasar mis ratos de tiempo libre, con las ausentes de mi vista, pero no de mi alma. Ayer fue la fiesta de nuestra Titular; y aunque separados por llanos y montañas, creo que pasamos el día unidos en oración y santas obras. Uds. en la casa Matriz de Jaconá, en su hermosa y devota capilla; y nosotros, en la desmantelada casa de Tacuba, y en nuestro humilde y pobrísimo oratorio provisional. Si Uds. quedaron contentas con su función, contentísimos quedamos nosotros con la nuestra. Ella nos sirvió de conclusión de Ejercicios, y de principio de Noviciado para nueva Postulantes, que después de tres meses de rigurosa prueba, fueron juzgadas dignas y pasaron al segundo escalón. La ceremonia estuvo tierna, devota y conmovedora, según dicen los que no tienen el corazón tan de palo como yo.

Lo que sí me consta es el fervor y buenas disposiciones de las postulantes, lo cual me hace esperar un Noviciado llenos de ricos frutos.

El postulado ha quedado desierto, pero muy pronto ingresan a él igual o mayor número, según las solicitudes que he recibido. ¡Sea Dios bendito! Y Uds. ¿cómo se hallan por allá? ¿Corresponden a la gracia de Dios? ¿Han sacado fruto de sus pesares? Yo espero que sí y que he de quedar muy satisfecho cuando el Señor me conceda visitarlas, al ver sus adelantos en virtud y buenas obras.

No hay que dejar las cosas para otro día pues no tenemos seguridad de vivirlo. Aprovechemos cada instante como si fuera el último de la vida. Si el Señor nos mandó la muerte a casa fue para que nos predicase muy a lo vivo. Estudien constantemente la muerte de María Josefa. ¿La esperaban desde hace un año? ¿La esperaba ella? ¿La pudieron evitar? Si no hubiera hecho obras buenas en vida, ¿podría haberlas hecho en su enfermedad y muerte? ¿qué fue lo que se llevó al otro mundo? ¿De qué le ha servido todo lo que no fue obras buenas? No se atengan a que ella tenía 57 años de edad, pues ya saben que la muerte no respeta edades. Las dos Damas del Sagrado Corazón que acaban de morir, no llegaban a los 30 años, y estaban sanas y robustas como ninguna de Uds. Hacer muchas obras buenas es lo que importa, y adelantar en la perfección cristiana. Procuren EMPAPARSE en el ESPIRITU DE LA CONGREGACION, a fin de dejarla muy bien establecida antes de morir. Yo desearía que ya estuviesen Uds. tan hechas al REGLAMENTO, que se hubiesen connaturalizado al grado de que fuera su segunda naturaleza. Esto no queja, sino simple deseo. Ya pronto nos veremos y entonces hablaremos muy detenidamente sobre el asunto. Dije pronto, porque el mes de Enero no está lejos; pues lo que es en éste no podre ya no podré ir debido a la Consagración del Dr. Luque, en Puebla, y al sermón de fin de año en el Sagrario.

A todas las saludo con igual afecto, y de todas me despido bendiciéndolas con todo el corazón y encomendándome en sus oraciones, a fin de que las dirija por el buen camino y les sirva de guía para el cielo.

J. Antonio

Tacuba, Abril 10 de 1885.

Estimadísimas hijas de María Inmaculada.

Si mis palabras durante los ejercicios espirituales se les han olvidado tan pronto, poco me puedo esperar de esta carta; sin embargo, no hay que desconfiar; esperemos en Dios. Con no poca pena, he sabido que algunas son negligentes en el examen particular, y por consiguiente, en la perfección cristiana pues sin él difícilmente se consigue ésta; que son remisas en el cumplimiento de sus deberes; que no son escrupulosas en ADQUIRIR EL ESPIRITU DEL REGLAMENTO; que no hacen esfuerzo por corregir los defectos propios; y en fin, que el tiempo pasa y la perfección no llega. ¿En qué pensáis, queridas hijas mías? ¿Sabéis acaso el tiempo que os resta de vida? ¿Creéis hacer en la vejez lo que no hiciste en la juventud? No es eso lo que yo os he enseñado; al contrario, os he corregido de mil modos, ese mundano modo de obrar, y hoy de nuevo levanto mi voz para suplicaros y exhortaros a obrar como si el día presente fuese el último de vuestra vida, el último que os concede el cielo para vuestra santificación, y el señalado por el cielo para que triunféis de vuestras pasiones y ciñáis el lauro de la victoria. En el perfecto desempeño de vuestras obligaciones es en lo que consiste vuestra santificación. La que mejor cumpla el REGLAMENTO, será la más santa a los ojos de Dios. Si hemos abrazado la Congregación no ha sido para vivir como los mundanos, sino para seguir el camino de la Perfección cristiana, que consiste en el PERFECTO CUMPLIMIENTO DE LOS CONSEJOS EVANGELICOS: POBREZA voluntaria, estado de CASTIDAD y vida de OBEDIENCIA. Es pues indispensable que diariamente os ejercitéis en todas y cada una de estas virtudes, acostumbando a ellas a vuestros sentidos y potencias, y haciendo el examen sobre ellas, pero con mucha escrupulosidad, para luego dar cuenta al confesor tal como si fuese pecado. No hallo palabras con que encareceros la necesidad de que no omitáis jamás la

Oración Mental, y que en vez de acortarla la prologuéis cuanto os lo permita el REGLAMENTO y vuestras ocupaciones.

La Meditación y el Examen, son las alas que os remontaran al cielo; no las omitáis jamás y yo os aseguro que muy pronto os perfeccionaréis en vuestra vocación.

Muchos quehaceres me han impedido la conclusión de ésta; pero no quiero dejar pasar el día de hoy 13, sin concluirla, y lo haré con la triste noticia de que su hermana Catarina se ha puesto tan mala y tan ganosa de morir se creía que hoy se la llevaría San Antonio.

Envidia da su fervor y positiva alegría. Ya recibió todos los auxilios con gran edificación mía y de todos los circunstantes. Yo he tenido verdadero consuelo al ver que mis sudores no han sido inútiles, pues así lo he palpado al oír las exclamaciones, plegarias, reflexiones, consejos y coloquios de ellas . . . Hoy 14, ha amanecido muy aliviada la enferma; acabo de venir de verla, pues está en México, en casa de Esther, quien la ha asistido como Madre y algo más, pues las obras de los santos no tienen rival. Espero que el contenido de ésta no servirá para contristarlas sino para animarlas, enfervorizarlas, etc., etc.

Concluyo, amadas hijas mías, saludándolas, encomendándome a sus oraciones y bendiciéndolas en el Nombre de Dios, con todo mi afecto.

J. Antonio.

Tacuba, Octubre 4 de 1885.

Amadas Hijas en Ntro. Señor Jesucristo:

Hace un año, Dios tocaba nuestras puertas, pidiéndonos el sacrificio de la vida de mi inolvidable hermana y verdadera madre y protectora de la Congregación. Ahora ha vuelto a tocar trayéndonos en cambio de nuestra resignación, la aprobación y erección canónica de la

“Congregación de Hijas de María Inmaculada” en el Arzobispado de México; y un BREVE PONTIFICIO que autoriza y manda al Ilmo. Sr. Labastida, que nombre de su Santidad, el Sr. León XIII, vaya a Jacona a coronar la Imagen de Ntra. Sra. de la Esperanza, venerada en la capilla de la Casa Matriz de esa misma Congregación. Ignoro la fecha de ese Breve Pontificio, pero si sé que el 19 del próximo pasado septiembre, día en que Uds., y Jacona celebraban tan fausta noticia, el Ilmo. Sr. Arzobispo de México, Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida, las adoptaba como hijas y les ofrecía toda su pastoral protección, como consta en el oficio que copio a la letra, y es como sigue:

“Tacuba, Septiembre 19 de 1885. – Visto el ocurso presentado por el Sr. Pbro. Dr. D. José Antonio Plancarte, en que pide el establecimiento en esta Arquidiócesis de la Asociación de “Hijas de María Inmaculada de Guadalupe”, y el pedimento fiscal sobre el reglamento presentado, erigimos canónicamente en este Arzobispado dicha Asociación, agregándola, como la agregamos, a la establecida canónicamente en la Diócesis de Zamora, pudiendo las Congregantes ganar las indulgencias concedidas a la misma Asociación por Ntro. Smo. Padre el Sr. Pío IX, y concediendo además, ochenta días indulgencias a las expresadas socias, por cada acto de piedad que practicaren, estando, por último, dispuestos como estamos, a impartirles toda nuestra pastoral protección.

Lo decretó y lo firmó el Ilmo. Sr. Arzobispo. – El Arzobispo. – Una rúbrica. – Lic. Ignacio Martínez Barros. – Srio. – Una rúbrica.

Lo que tengo el gusto de comunicar a Ud. para su inteligencia, reiterándole las propuestas de mi distinguida consideración y aprecio. – Dios guarde a Ud. muchos años.

México, Septiembre 26 de 1885. – Lic. Ignacio Martínez Barros. – Srio. – Una rúbrica. – Al calce. – Sr. Pbro. Dr. D. José Antonio Plancarte. – San Joaquín”.

Espero, Sra. Presidenta y amadas hijas mías, que los corazones de todas las “Hijas de María Inmaculada” se elevarán al cielo y llenas de sincera gratitud adorarán ese Dios tres veces Santo, que tan bueno se manifiesta con nosotros sus indignos hijos.

Si ésta llegare a tiempo, mando que el lunes 12 se celebre una Misa en acción de gracias a Ntra. Sra. Guadalupe, por haberse establecido canónicamente la Congregación en este Arzobispado; que comulguen todas en ese día y se rece el rosario con solemnidad. Además, todos los años se celebrará del 12 de diciembre con igual solemnidad que el 8, día de la Purísima.

En medio de nuestros regocijos espirituales, no nos olvidemos de pedir a Dios por el eterno descanso de aquella protectora temporal que fue vuestra verdadera madre y que hace un año aún vivía entre nosotros y nos ayudaba con su palabra y con su ejemplo. – Dios las bendiga y llene de gracia.

J. Antonio.

Tacuba, Octubre 8 de 1885.

Amadísimas Hijas en Ntro. Señor Jesucristo.

Por mi anterior fecha 4 del corriente, os comuniqué la fausta noticia de la aprobación y erección canónica de vuestra Congregación en esta Arquidiócesis de México, por decreto del Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, fechado en Tacuba el 19 del próximo pasado Septiembre. La aprobación del Primado de la Iglesia Mexicana y el establecimiento de la Congregación en la capital de la República, es a la verdad,

un paso demasiado gigantesco para nuestra pequeñez, que debe llenarnos de gratitud y reconocimiento para con Dios, y hacia el Ilmo. Sr. Arzobispo.

Recordando que la Cuna de la Congregación fue puesta bajo el amparo de la Sma. Virgen de Guadalupe, el 12 de Noviembre de 1867, día en que abrí el “Colegio Parroquial de Guadalupe”, que es hoy vuestra Casa Matriz, no vacilé un momento en acceder a la indicación y deseo del devoto guadalupano, Pbro. Lic. Jiménez, Promotor fiscal de esta Curia Eclesiástica y dictaminador en la erección canónica de vuestra Asociación; y por su conducto supliqué que la Congregación se pusiera bajo el patrocinio de la Sma. Virgen de Guadalupe, y que os llaméis “Hijas de María Inmaculada de Guadalupe”; a todo lo cual accedió bondadosamente el Ilmo. Sr. Arzobispo, y así lo decretó.

Creo, amadas Hijas mías, que como buenas mexicanas, esta pequeña modificación en vuestro Reglamento no os desagradará, sino antes al contrario, os llenará de nuevo Valor y Confianza, el veros cobijadas con el manto tutelar de la Amorosa y Tierna Madre de los Mexicanos; y llevaréis con santo orgullo el glorioso y patriótico título de “Hijas de María Inmaculada de Guadalupe”.

Os doy el parabién por esta nueva gracia, y os aseguro, que con la Sma. Virgen de Guadalupe triunfaréis.

Amadas “Hijas de María Inmaculada de Guadalupe”, rogad a Dios y a vuestra Sma. Patrona, por vuestro amante padre y humilde Fundador, que os bendice en el nombre de Dios.

J. Antonio.

México, Junio 13 de 1886.

Amadísimas hijas:

Hoy, en día de San Antonio y vigésimo primer aniversario de mi Cantamisa, quiero hablarles por escrito

y contestar en una, a las felicitaciones que todos me dirigieron y que llegaron muy oportunamente. Ustedes pasaron este día en retiro y yo pasé la mañana en la solemne función que hice en la Encarnación, a la cual asistieron las novicias; y la tarde, en recibir las felicitaciones de los asilos, a lo cual llamo yo día de las venganzas, pues pago las lágrimas que hago brotar durante el año, en igual moneda. Este año empecé a pagar mi deuda desde la víspera, pues las alumnas de las Damas del Sagrado Corazón me hicieron un juguetito cómico, representando los hechos principales de mí vida, y enlazándolos con la vida de San Antonio. Por supuesto que Uds. jugaron allí un papel de los principales, y que yo a cada paso tenía que hacerme fuerte para detener las lágrimas. Las felicitaciones de los asilos no fueron menos tiernas, y las composiciones de las novicias, a cual mejor. Las cuelgas han sido muchas y buenas, especialmente un sobrepelliz, verdadera obra de arte mexicano. Llegaron, también unas cartas y telegramas de Jacona, llenos de sincero cariño y gratitud, que para un padre que ama, han sido preciosísima cuelga. A todo esto hay que agregar lo más precioso, o sea las comuniones y oraciones de muchas almas virtuosas que no menciono, por no ofender su humildad.

Todo esto vino a aumentar mi deuda de gratitud y a comprometerme más ante los ojos de Dios y de la sociedad, pues tengo que corresponder a la buena opinión y fama que me achacan, y andar muy listo para no dejar ver el cobre que todos juzgan oro. ¡En buenos aprietos me meten todos los que me quieren! Ayúdenme Uds. a salir de ellos, con sus oraciones y buenas obras.

Ya por lo dicho supondrán que nada de retiro hice ese día, si no que me conformé con que San Antonio ya sabe lo que pienso y pido cada año, Además San Antonio ha de tomar en cuenta que estoy haciendo el mes Sagrado Corazón, y que esto me absorbe todo mi tiempo, al grado

que desde que volví de Jacona no he podido contestar las cartas que me han escrito.

No se olviden que el libro de sus Constituciones fue colocado sobre el sepulcro de San Antonio en 1877 y 1883, y pídale con fervor, que se los infunda en el corazón. Este Santo de los milagros, es quien me va hacer en este año el milagro que las presentes permanezcan fieles a su vocación, que no se me enfermen y que se doble el número. Pidámosle esto con fe, y veremos cumplidos estos deseos.

No pudiendo verlas ni abrazarlas, desde aquí las bendigo con toda la efusión de padre que sea la verdadera felicidad de sus amadas y nunca olvidadas hijas.

J. Antonio.

Tacuba, Marzo 12 de 1887.

Como a buenas hermanas en la sangre y en la Congregación, les contesto a ambas en una misma carta. Siento la caída de la primera y quebradura del brazo. ¡Ojalá y no se te olvide esta lección! “Zapatero, a tus zapatos,” o sea atender a lo que uno está haciendo y no a otra cosa. La segunda sigue muy bien de alma y cuerpo, su conducta es edificante y ejemplar. Espero que Uds. estarán mejor que ella, y que cada día crezcan en edad y santidad. Las molestias y pesares son buena penitencia. Ambas reciban la bendición y afecto de su Padre en N.S.J.C. que les desea todo género de felicidades en cumplimiento de sus obligaciones, y una buena corona en el cielo.

J. Antonio.

Tacuba, Abril 11 de 1887.

Muy estimada Hija en J. C.:

En la noticia que Ud. me mandó de lo ocurrido en el primer trimestre de este año, he notado algo que NI ES CONFORME AL REGLAMENTO, ni mucho menos con el ESPIRITU DE LA CONGREGACIÓN, y voy a indicárselo para que no tenga las dudas que me manifiesta:

1º – Las congregantes no pueden cantar en otras capillas u oratorios que no sean de la Congregación.

2º – Las alumnas de los colegios y asilos están sujetas a esta misma regla.

3º – Las Congregaciones de Externas no están obligadas a estas prescripciones y podrán cantar en el templo que gusten, siempre que hubiere toda seguridad de decoro.

4º – Tratándose de persona eclesiásticas, sujétense en todo lo prescripto en las Reglas y Constituciones.

5º – Nada se puede presentar ni de lo propio de la Congregación, ni mucho menos de lo que está en guarda.

Sobre todo esto, no tiene Ud. sino decir la verdad NO ES MIO.

6º – La buena voluntad de las personas, afabilidad, cortesía, etc. se corresponde con igual moneda, pero NO CON INFRACCIONES AL REGLAMENTO.

Quedan, pues esclarecidas sus dudas, contestada su carta, y yo rogando a Dios para que cada día sea más santa y perfecta.

J. Antonio.

Tacuba, Julio 12 de 1887.

Como a buenas hermanas en la sangre y en la Congregación, hoy vuelvo a contestar a ambas en una misma carta.

Espero que la quebradura de tu brazo no te hará olvidar la lección que hoy vuelvo a repetirte ¡Zapatero, a tus zapatas! Ojalá, no se te olvide nunca pues esto te sucedió por andar de vigía de tus hermanas, cargo que nadie te ha dado y que nada tiene que ver con el ESPIRITU DEL REGLAMENTO Y SOLO sirve para romper los vínculos de la caridad fraterna que debe reinar en toda comunidad religiosa. Claramente te lo digo que tu conducta NO ES CONFORME AL REGLAMENTO, ni mucho menos con el ESPIRITU DE LA CONGREGACIÓN, pues una religiosa debe ser buena y caritativa, debe sufrir con paciencia todos los defectos reales o imaginarios de los demás, y debe abandonarse a Dios toda entera, sin andar buscando ocasiones de pelear, sino recibir con agrado y voluntad lo que Dios le mande.

Con respecto a la segunda, su conducta es edificante y ejemplar, y espero que cada día crezca en edad y santidad, pues sólo serán religiosas felices las que donde quiera estén contentas y cumplan con su deber, porque donde haya condiciones ya no hubo nada bueno.

Ambas reciban la bendición de su Padre en N. S. J.C. que les desea todo género de felicidades en el cumplimiento de sus deberes.

J. Antonio.

Tacuba, Julio 20 de 1887.

Muy estimadas hijas en Ntro. Señor Jesucristo:

Recibí las felicitaciones de cada una de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe, y aprovecho una ligera enfermedad que me tiene en juicio para contestarles aunque sea colectivamente, pues hacerlo a cada una, me es imposible, por más que lo deseo. El 13 de Junio lo pasé muy quietecito aquí en Tacuba, y después de mi misa rezada hizo su Profesión M. Reyes, y entraron al noviciado

varias postulantes; y al postulante, varias pretendientes. Estas son las mejores cuelgas que Dios me envía, unidas a las oraciones de Uds. Sigán pues, pidiendo con fervor y constancia por el aumento y necesidades de la Congregación, pues parece que el cielo ya empieza a escucharnos.

Ahora estoy arreglando el asilo de la Soledad aquí en Tacuba, para cincuenta niñas huérfanas que con las 33 que ya tengo formarán el respetable número de 83 internas. Pidan a Dios la pronta y buena realización de esta obra de caridad, y que tengamos congregantes útiles y suficientes para desempeñarla sin desatender a las que ya tenemos planteadas.

Mucho les recomiendo no faltar a su meditación y examen, y el ESTUDIO CONSTANTE DEL REGLAMENTO para que lo practiquen a pie de la letra y se penetren de su espíritu. Ahora que están más aisladas que antes, únense más íntimamente con los vínculos de la caridad fraterna, formando un solo cuerpo y un solo espíritu.

Que Dios las colme de gracias y me las conserve en su santo amor, son los deseos de su verdadero Padre.

J. Antonio.

Tacuba, Julio 25 de 1887.

A las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe.

Amadas Hijas en Ntro. Señor Jesucristo.

Acabo de saber por el telégrafo nacional la muerte de mi muy amada hija y hermana vuestra, Matilde Martínez, (q. e. p. d.), quien entregó su alma al Creador ayer a las ocho de la noche. Abrigando, como abrigamos, la esperanza de que ayer mismo saldría del purgatorio al cielo, pues era devotísima de la Virgen del Carmen, cofrade suya, y murió en sábado y octava de la fiesta, debemos

enjuagar nuestras lágrimas y regocijarnos en esa muerte tan feliz y dichosa, de la primera Congregante que nos abandona para ir al cielo a rogar por su Padre y Hermanas y por su amada Congregación. Bendigamos al Señor y a su Sma. Madre, y oremos por su difunta hermana. Los sufragios que por ella tenemos que ofrecer, son:

1º – Un viacrucis el mismo día del fallecimiento, o que se sepa la noticia.

2º – Las misas y Comuniones, durante nueve días, y todas las obras buenas.

3º – Nueve misas rezadas, y una el día del primer aniversario.

4º – En la casa donde muriere la Congregante se rezarán nueve Viacrucis, nueve Rosarios, un Pater diario durante un año.

Mando que estas aclaraciones tengan fuerza de ley en las casas de las Hijas de María de Guadalupe, y ruego que se cumplan fielmente.

Para dejar un modelo de la biografía que se ha de escribir por la Secretaria de las casa donde fallezca la Congregante, quiero tener todos los datos posibles acerca del nacimiento, bautismo, vida, y muerte de la finada hermana Matilde Martínez: por tanto, mando que a la mayor brevedad, se hagan esas averiguaciones por la Sra. Presidenta General, o por la persona que ella nombrare para el caso presente.

Así lo decretó y firmó su Padre y Fundador que las bendice y les desea todo bien.

J. Antonio Plancarte y L.

Tacuba, Agosto 23 de 1887.

Muy amada Hija en N. S. J. C.

Hoy, trigésimo día de la muerte de nuestra amada hija Matilde, hemos hecho unos humildes y devotos funerales por el descanso de su alma, en la Capilla del Señor del Claustro, y con asistencia de los Colegios. Esta fue cosa enteramente particular de nosotros los Padres, como una manifestación de gratitud y de cariño a Matilde, y para terminar las Misas de San Gregorio que les hemos dicho entre todos. Digo a Ud. esto para que no se crea que las H. Congregantes han faltado a las prescripciones del Reglamento que tan fielmente procura Ud. cumplir, y por lo cual doy a Dios infinitas gracias, y le pido que nunca se aparte de tan buen camino, y me la conserve por muchos años.

Nada puedo asegurar de la fecha de la Coronación pues ignoro hasta qué grado seguirá contrariándonos el demonio, que según parece nada contento está de nuestras obras y empresas. Hacer el bien cuesta mucho trabajo.

Todos estamos bien gracias a Dios, y saludamos a todas las de allá.

Reciba Ud., el afecto y bendición de su Padre que jamás la olvida y le desea toda clase de bienes en el tiempo y en la eternidad.

J. Antonio.

Santa María del Rio, Agosto 6 1889.

Queridísima Hija:

Recibí tu carta el 1º en la que te manifiestas desconsolada como de costumbre “Lo mejor es el peor enemigo de lo bueno.” Si Angela no les sirve entréguenla, y lo mismo haz con las otras descontentas y díscolas. A Vicenta, dile que si no se conduce bien y sigue aburrida y molestando a las demás, a mi vuelta se desaburrirá hasta que sea una mujer hecha y derecha. En cuanto a los lugares que me he reservado, quiero que los ocupen

personas **que tengan todos los requisitos del Reglamento**, para que si Dios quiere, alguna de ellas sirva para la Congregación.

Si se les presentan algunas de esa clase las autorizo para que las reciban.

En cuanto a la manera de tratar a las niñas, y a confesiones de las mismas, pégate a lo que dice el Reglamento y no hagas caso de lo que diga nadie. Salúdame mucho a todas las maestras y niñas que se hayan manejado bien, y en unión de ellas te bendigo con todo mi afecto.

J. Antonio.

Jerez, Septiembre 18 de 1889.

Amadas Hijas en N. S. J. C.

Pasadas las fiestas del 16, salí para esta ciudad en diligencia y a pie, según lo requería el camino, pero prefiriendo lo segundo, y confiando en las oraciones de Uds. cuando me montaba en el coche.

Esta ciudad es bonita, de buen clima, y muy silenciosa; constituye el mejor Curato del Obispado de Zacatecas. Aquí las autoridades son menos intolerantes, y la gente es menos impía. Esto es el reverso de Zacatecas; la gente es muy parecida a la de Zamora y Jacona, pero la ciudad es muchísimo mejor. Anoche fue el primer sermón y se cuajaron de gente las tres naves de la Parroquia. Los impíos han hablado tanto de mí por estas tierras, que todos ansían por conocerme, de suerte que no necesito de campanas para que se aprieten los templos por grandes y espaciosos que sean. ¡Cómo se sirve Dios de los malos para hacer el bien!

Aquí pienso estar hasta pasada la fiesta de los Dolores, que es Domingo próximo, luego pasaré a Aguascalientes.

Ahora sí se me figura que ya me voy acercando hacia Uds., pues voy ya a bajar hacia el Sur. Lo que siento es que tendré que ir a encerrar en ejercicios luego que llegue. No por lo dicho vaya Uds. a creer que he de estar en ésa a mediados de Noviembre; pues eso es imposible.

Cada día me convenzo más de la gran misión que tienen Uds. que desempeñar en la Republica Mexicana, y la necesidad imperiosa de perfeccionar, aumentar y esparcir la Congregación por toda la República. Se me parte el corazón al ver Obispos enteros, como el de Zacatecas, donde no se encuentra ni una sola persona con vocación religiosa, no obstante que hay mucha gente buena. Creo que esa es maldición de Dios sobre ciertos lugares. “La mies es mucha, pocos los operarios”, es lo que yo pienso todos los días, y todo el día. Y cuando me acuerdo de Uds. repito maquinalmente: ¡Ah! si estas almas supieran el don que Dios les ha hecho llamándolas a su servicio. ¡Haz. Dios mío que lo comprendan! ¡Dáselos a conocer para que te sean fieles! Pienso y digo esto, porque se me hace que no todas lo comprendan! ¡Dáselos a conocer para que te sean fie-semejanza de los pinacates, cualquier estorbo las tumba, siendo que yo quisiera verlas como a los toros, corneando, embistiendo, pateando el objeto que el demonio les pone para que lo embistan. Dios sabe muy bien lo que hace. Concluyo el sermón para ir a predicar el de la Parroquia.

Veremos cual da más fruto.

Que Dios me las conserve en gracia y les infunda su divino amor, es la bendición que les envía su Padre J. C.

J. Antonio.

Mérida, Enero 27 de 1890.

Carísimas Hijas en N. S. J. C.

Este es el primer correo que sale desde que llegué a esta península el jueves 23, razón por la cual no habían tenido noticias más desde que les escribí de Veracruz y les mandé unos capítulos del Reglamento. Ahora les incluyo otros, que son ya los últimos, pues los deberes de las demás empleadas están terminantemente expresados en las Constituciones y por tanto, no necesitan aclaraciones.

Mi viaje de Veracruz a ésta fue felicísimo, e insisto en mi opinión de que es mejor viajar por mar que por tierra. Me habían ponderado tanto lo malo de estas tierras, que me han parecido muy hermosas y deliciosísimas.

He sido muy bien recibido de todos, desde el Sr. Obispo a abajo; bendito seas Dios.

Reciban todas ésta como suya y salúdenme a todas las personas que de mí se acuerden.

Si les cuesta trabajo leer ésta échenle la culpa al calor, los mosquitos y los anteojos con que estoy escribiendo.

Las bendice su Padre en J. C. con todo el afecto de que es capaz, deseándoles todo género de felicidades.

J. Antonio.

Guadalupe, Febrero 26 de 1896.

Muy estimada Sra. Presidenta:

En contestación a su grata, fecha 21 le remito mi contestación al Consejo de ese Asilo, y sus disposiciones de Ud. firmadas por mí para que vea que más acordes no podíamos estar.

Pegándose uno al REGLAMENTO es imposible errar. A Antonia y a Amalia dígales en contestación a sus cartitas: que no estoy disgustado con ellas. Que la faltas que ellas confiesan haber cometido, se las corregí de cuantas maneras pude, pero ví que no me hicieron caso, y resolví

no meterme con ellas. Y para que el mal no siguiera adelante las separé de la ocasión próxima de cometerlo. No les escribo por no tener tiempo para pláticas y pasatiempos.

De salud estoy bien y en perfecta paz y armonía con todas estas buenas gentes a mi cargo.

A todas las saludo con el afecto de de padre y las bendigo de corazón.

J. Antonio.

Guadalupe, Abril 30 de 1896.

Amadas hijas en N. S. J. C.

Recibí la noticia de que Jesús Sacramentado vive con Uds. ¡Lado sea el Señor por tanta bondad! ¡Permita el cielo que Uds. vivan con Jesús Sacramentado!

Muy cierto es “que nadie puede servir a dos Señores ENEMIGOS” pero es muy fácil servir a dos amigos, con tal que nuestra propia voluntad no quiera sacarnos del terreno de SIERVAS al de AMAS, pues en tal caso no puede uno servir a nadie más que a sí mismo.

Me alegro que ya vayan comprendiendo los DEBERES de SU VOCACIÓN, y pido a Dios no los olviden.

Mucho cuidado con los engrimios y particularidades, pues cuestan más de lo que valen. Si no fuera por mi desprendimiento, tiempo ha me hubiera ahorcado. Ningún año de mi vida ha sido más pesado que el que empezó en Septiembre del año próximo pasado; y no acaba aun. ¡La prueba ha sido demasiado fuerte!

Consuélense Uds. conmigo, encomiéndenme mucho a Dios cumpliendo con SUS DEBERES.

Su afectísimo Padre que las bendice.

J. Antonio.

Tacuba, Julio 3 de 1896.

Amadísimas hijas en N. S. J. C.

Dios Nuestro Señor en Su infinita misericordia se dignó escuchar los ruegos de Uds. y de millares de personas caritativas que pidieron la prórroga de mi vida, y aquí me tienen Uds., en lenta y penosa convalecencia.

En medio de estas penas tuve el gran consuelo de que la Congregación de Uds., ha sido APROBADA por la Sta. Sede el 22 de Junio, con algunas reformas, de las cuales, las más importantes son:

1º – Que después de seis años de profesión los votos han de ser Perpetuos.

2º – Que se ha de elegir Superiora General cada seis años.

3º – Que han de dar dote, para ser admitidas.

4º – Que para salirse después de profesar, tienen que recurrir a Roma.

Hay otros cambios de menor importancia, que ya verán tan luego que se imprima el NUEVO REGLAMENTO.

Recibí sus felicitaciones; el día 13 lo pasé en cama con 40º grados de calentura, o sea imitado el calor que Uds. sufren por allá.

Reciban todo mi afecto y bendición.

J. Antonio.

Tacuba, Julio 12 de 1896.

Amadas Hijas de Jaconá.

Acabo de recibir sus cartas del 7, y con Uds. doy gracias a Dios por haberse dignado conservarme la vida unos días más, a fin de de terminar las obras empezadas, de las cuales sólo queda pendiente la de San Felipe, pues la de la Congregación ha quedado terminada con la APROBACIÓN DE LA S. SEDE. ¡Bendito sea Dios!

No les había escrito por falta de tiempo y de salud, pues la grave enfermedad que me acometió había venido minándome hacia algunos meses.

Saluden a cuantos sean interesado por mi salud, dándoles las gracias.

Su Padre que las bendice de corazón.

J. Antonio.

Tacuba, Febrero 15 de 1897.

Amadísima Hija en N. S. J. C.

Contesto su grata del 21 de Enero, felicitándola por sus Ejercicios y por buenos frutos de tranquilidad, paz y grande ánimo para hacer el bien, que sacó de ellos.

Los Ejercicios son el arsenal donde se apilan las armas embotadas o enmohecidas, o se cambian las viejas armas por otras nuevas. Las almas fogosas y sensitivas están propensas a ser arrebatadas por el cumplimiento de ciertos deberes, con perjuicio del espíritu; y este peligro corren las religiosas de vida mixta, y por eso los ejercicios les aprovechan muchísimo, En el cumplimiento de sus deberes escolares no tiene Ud. quien le iguale, pero desagradablemente ese mismo ahinco de hacer el bien, la hace a Ud. olvidarse algunas veces de sus **Deberes como Congregante**. Nada tengo que perdonarle. a Ud. sino sólo encarecerle que no deje apagar las luces que recibió en los santos ejercicios, para que sea santa santificando a las demás con su buen ejemplo.

Mucho sentí a la niña de quien me habla, pero consideré que sólo mandándola se desataría del nudo. Siento mucho los males de la Sra. Rectora, y si el médico opina por otro clima, mandaré quien la sustituya.

La bendice muy de corazón su padre.

J. Antonio.

Tacuba, Marzo 19 de 1897.

Queridísima hija: Tú tan corta de genio y dificultosa para escribir, mereces que no deje de contestar tu carta del día 11 que con gusto he leído pues revela que santamente estás entregada a tu obligación y dejas que ruede el mundo: ¡Bien hecho! Así deben ser las buenas religiosas.

Nadie está obligado a imposibles, y con esto debes tranquilizarte en tus apuros de sudores de manos y escasez y carestía de materiales, pues no es tuya la culpa. Tu compañera se ha quedado acá como de reserva en el Obrador, hasta que los compromisos de nuevas fundaciones no me obliguen a refundir está en otras casas y a mandarla allá donde saque más fruto. A más de otras que irán al Hospital de Campeche, se necesita gente para Durango y otras nuevas fundaciones que se harán en el resto del año, Dios mediante. Pídele a Dios que me dé más gente, porque no puedo decir que no a nadie: pero que no sea de las que se buscan a sí mismas, sino de las que vienen a servir a Dios.

A todas las bendice con el alma tu Padre.

J. Antonio.

Tacuba, Junio 6 de 1897.

Queridísima Hija:

“No noticia, buena noticia”, dice un adagio, y así deberían Uds. decir de mis cartas, pues cuando no hay que corregir no llego a escribir. Por esto, poco les escribo, y si ahora lo hago, es para que no crean que las he olvidado.

No me habrán hecho alabanzas de Uds., pero en cambio no me han dado una queja, que es lo que importa.

Otras habrán sido más halagüeñas y melosas, pero a cambio de críticas y murmuraciones, que no dejan bien parado el nombre de la Congregación. Prefiero pues el comportamiento de Uds., porque no me causa dolores de cabeza.

A todas las saluda y bendice su Afmo. Padre.

J. Antonio.

Tacuba, Julio 30 de 1897.

Queridísimas hijas:

Como fruto de mis Ejercicios saqué el de dirigir los días de Retiro, y allá voy con Uds. para que les toque algo. Nuestras meditaciones han sido sobre las Fundaciones de un año a la fecha, sin omitir los nombres de las actrices que sean distinguido por la guerra que han dado. Hemos sentido por principio que las que han ido por Dios, han hallado a Dios y sean encontrados perfectamente bien, sin engaños que lamentar; pero las que fueron por motivos mixtos, es decir, divinos y humanos, pronto descubrieron su engaño, y han tenido que sufrir y padecer sin consuelo. La segunda meditación fue: Herradura que chapalea, clavo le falta, o lo que es lo mismo: Congregante que chilla, a votos ha faltado.

Los tres Votos son los Tres Clavos que aseguran a Uds. en la cruz de su vocación. Si alguno se afloja, rechina el que está en la cruz y se siguen aflojando los otros hasta que cae al suelo el crucificado. Para evitar estas caídas no hay más que registrar los clavos cada vez que rechina el que está clavado, y apretarlos con un martillo.

Estos puntos quedan palmariamente probados con los siete meses que llevan Uds. en ésa y todo lo que han visto en tan corto período, sin que yo tenga que entrar en otras explicaciones. Si lo piensan bien, se convencerán de que las que fueron a buscar a Dios, lo hallaron y nada les ha faltado para vivir contentas y felices; no así las otras pobres, pues no hallaron lo que buscaban y perdieron lo que tenían con pocas o ningunas esperanzas de volverlo a encontrar.

Roma, Diciembre 17 de 1882.

Recibí sus cartitas deseando perseveren en lo de rogar mucho a Dios por mí; mucho les recomiendo la HUMILDAD, OBEDIENCIA, CARIDAD y AMOR AL TRABAJO, a fin de que se perfeccionen en su estado y puedan servir mucho de modelo y guía a otras que el Señor nos ha de ir mandando para su gloria y bien del prójimo. Procuren cada día hacer lo que hacen como si fuera el último de su vida y mejor que el anterior, que es en lo que consiste la perfección.

Ya que el Señor nos hizo hermanos en la Religión, es necesario que la paz reine entre nosotros, que nos ayudemos mutuamente, que nos dispensemos nuestras impertinencias y malos ratos, es una palabra que AMEMOS A LOS OTROS COMO A NOSOTROS MISMOS.

Dispensen la distracción, pues creía que estaba hablando con gente mundana, y no con dos niñas que siempre han cumplido con sus deberes, y a las cuales bendigo con todo

mi corazón para que el Señor las haga cada día más santas y perfectas. Adiós hijitas.

Roma, Enero 2 de 1883.

Me alegro de que reine la paz y unión entre Uds. como buenas hermanas. No hay que dormirse sobre los laureles; pues muchas veces esa paz y unión existen a pesar nuestro y con sacrificio de los demás; por tanto, importa mucho que estemos alerta para que la paz exista sin sacrificio de nadie y con la ayuda de todas. Ese defecto de que de repente se salgan las cosas, es de temerse, pues las cosas se salen generalmente por hartura o por ruptura, y en ambos casos es malo; pues lo derecho es sacar las cosas con el cuidado que demanda su naturaleza; las de fierro, como de fierro; y las de vidrio, como de vidrio; y esto, cuando se necesitan y no corren riesgo. Siga Ud. esta regla cuando tenga que hablar, y verá Ud. como no tendrá de que arrepentirse. Procure Ud. ser muy humilde, estudiándose a sí misma y no pretendiendo para sí, sino desprecios, humillaciones, etc., y esto sin cacarearlos, para que no le cojan el huevo como a la gallina. Poco le he escrito pero le he dicho muchísimo, de suerte que sólo me resta bendecirla y encargarle que no se olviden de mí para con Dios y sus Santos.

Paris, Agosto 24 de 1883.

Celebro la admisión de la huérfana y que la quieran tanto, pues así la pobrecita gustará del cariño maternal. ¡Dios nos conceda hacer tan buena obra con otras muchas!

En efecto, mucho me he confortado con mis viajes, especialmente con el de Inglaterra, pues allí aprendí que ni doce mil acciones malas pueden destruir una buena obra

de otro. O sea que todas mis maldades, no deben hacerte a tí dudar de la santidad del sacerdocio; pues las maldades son mías, y el sacerdocio es de Dios. Cuánto conforta esto ¿No es verdad? ¡Valor y confianza!

El Señor no abandonará esas huérfanas, o les dará padres mejores que nosotros. A todas, mi bendición y paternal afecto.

J. Antonio.

París, Septiembre 30 de 1883.

Queridísimas Hijas en J. C.

A lo que verán en las otras, que son igualmente para Uds., agrego que no hay motivo para tener que estar tristes, ni para entibiarse; antes al contrario, alegrémonos y regocijémonos porque ya llega el momento de hacer a Dios PATENTE NUESTRO AMOR y de ofrecerle nuestros pequeños sacrificios. ¡No hay que temer, almas de poca fe! ¡Dichosos los que en todo podemos amar y servir a nuestro Dios! ¿Qué sucederá? ¿cuál será el resultado? Que sirviendo a Dios seremos como los gallitos o plumeros de la raqueta, que por vueltas que den y lejos que los avienten, siempre caen parados debido al peso en que se sostienen las plumas.

SOSTENGAMONOS EN DIOS, CLAVEMONOS EN DIOS Y SIEMPRE QUEDAREMOS EN PIE. No creo que a Uds. les falte valor, pero sí temo que yo les sirva de pretexto para acobardarse, y eso es lo no quiero. Estoy convencido de que nuestra obra es de Dios, y así me lo aseguran todos cuantos hombres santos y sabios he consultado; adelante pues, sin miedo y llenas de confianza en el auxilio del Señor.

Dentro de poco ya sabremos cuál será nuestro campo de batalla o si permanecemos en nuestro puesto; pero

donde quiera hemos de encontrar el objeto de nuestro amor y la cruz de nuestro martirio. No perder el tiempo en conjeturas y trabajar en la viña confiada a nuestros cuidados, es lo que importa. Aceite a las lámparas, Vírgenes del Señor. ¡Que no se apague la luz de la fe, ni los rayos de la esperanza, ni el fuego de la santidad! Recibid todas, la bendición de vuestro Padre y servidor.

J. Antonio.

París, Octubre 4 de 1883.

Mis muy queridas Hijas.

He recibido sus muy gratas de Septiembre, por las cuales veo el gran consuelo que han recibido con la llegada de Pancho, aunque mezclado con tristes recuerdos, como era natural, siendo que estamos en este valle de lágrimas. Ya a mí pocos días me restan de andar por acá errante, y a la verdad que me alegro de ello, pues mis vacaciones han sido demasiado largas, y ya me tienen cansado. Creo que para mediados de Noviembre llegaré a México, y Dios dispondrá lo demás. Ya estando allá podremos hablar con menos incertidumbre de nuestro porvenir, o más bien dicho, de lo que tenemos delante de los ojos. El porvenir verdaderamente nuestro, ese sí lo sabemos; pues no es otro que AMAR a Dios y servirle en nuestro prójimo; de suerte que en realidad, lo que ignoramos es cuál es ese prójimo, y qué servicios tendremos que prestarle; y esto importa poco, pues es a Dios a quien servimos. Esto no quita que el corazón deje de sentir, pero que se sople ésa por haberse apegado a lo que no debía. Hablo nomás por hablar, pues ignoro lo que dispondrá mi tío; pero no será inútil prepararnos para lo peor, pues así nos parecerá menos malo; y sí no llega nos dará gusto. Hace años nos encaminábamos a Morelia, y ahora pienso que mucho se

han de haber reído de nosotros; pero nada importa; tuvimos la satisfacción de haber cumplido con un deber tributando homenaje a quien se le debía, y no fue otra mi intención.

Estuve en Chambery, y todo lo he dejado arreglado, pero no para Uds. sino para México en general, pues sólo Uds. llenan mi plan: de esa manera tendrán una tabla de salvación cerca de Uds., para caso en que el naufragio fuere completo. Rueguen mucho por su Padre.

J. Antonio.

México, Junio 16 de 1884.

Queridísimas Hijas:

Por más que hago por escribirles a cada una en particular, no puedo lograrlo y me veo obligado a dirigirles mis letras a todas en general. Empiezo por agradecerles sus cuelgas y felicitaciones, pues no dudo que el 13 fui dueño de sus oraciones y de sus pensamientos. Yo hice la intención de recibir esos magníficos regalos, los reuní en mi corazón y los mandé al cielo para que de allá, bajen en forma de gracias y bendiciones. Pasé mi día muy contento y tranquilo en el desempeño de mis obligaciones, las cuales son tantas que afortunadamente no me dejan tiempo para cosas inútiles, tal como el recuerdo de tiempos pasados que jamás volverán, si no es para dar cuenta de ellos al Supremo Juez.

En aquellos años mucho me complacía en las demostraciones de inocente afecto y gratitud que me hacían, pero hoy me complazco más viéndolas cumplir con la voluntad de Dios, pues si aquello halagaba mis sentidos, esto llena de satisfacción las potencias de mi alma y los deseos de mi corazón. Contento vivía a lado de Uds. cuando la Congregación estaba en su infancia, pero

más contento vivo separado de Uds. porque la Congregación ha llegado a la pubertad y ha tomado estado.

No fui creado para la Congregación, ni la Congregación fue formada para mi, y sí, todos fuimos hechos para procurar la GLORIA DE DIOS y el BIEN DE LAS ALMAS. Adiós, no dejemos de orar continuamente los unos por los otros.

Tacuba, Septiembre 9 de 1884.

No cabe duda que el Señor te quiere mucho, puesto que El ha querido ser Tu Maestro en el Noviciado y amaestrarte en la CARIDAD Y PACIENCIA. Ama y respeta a tu Divino Maestro, y abraza con firmeza y alegría la pesada cruz que te ha enviado. El dio por ti toda su Sangre, ofrécele tú, hasta la última gota de la tuya. Si el Señor te llamare a Su Reino, corre presurosa y contenta a gozar de El y a abogar por nosotros. Si no te llamare, permanece tranquila en este valle de lágrimas sacrificándote por la gloria suya y en satisfacción de tus pecados y de los nuestros. Acuérdate que el único deseo de los Santos del cielo sería volver a la tierra a padecer por la gloria de Dios. Aparta de tu mente el deseo de vivir o de morir, y sustitúyelo con el de hacer en todo la voluntad de Dios. Siempre que puedas eleva tu corazón a Dios y dile con todas las veras de tu corazón: "Amorosísimo Esposo, dulce Jesús mío, permíteme que yo toque la orla de tu manto con la misma fe que la hemorroísa del Evangelio, no para que cures mis males, sino para que me inflames en el fuego de Tu divino amor. Tu amor quiero ¡Dios mío! y lo quiero para poderte amar tanto como Tú te amas. Quiero, Señor, hacer tu voluntad santísima, entera y prontamente como los Ángeles. Si me llames antes de profesar, "hágase Tu voluntad", pero dínate ¡Jesús mío! admitirme en el

número de Tus esposas, allá en el cielo. Tuya soy y sólo tuya ¡Oh Amado Esposo mío; Dispón de tu esclava cuando mejor te plazca. Acepta mis padecimientos y dame tu Corazón Ruega por.

J. Antonio.

Tacuba, Julio 8 de 1888.

Queridísimas Hija:

He recibido sus cartitas y no las he contestado por falta de tiempo, pues ya Uds. saben que cada día estoy más recargado, y esto las obligará a dispensarme. Es necesario que cuide Ud. mucho su vista, ya que Dios le dio disposiciones para el bordado, en cuya enseñanza será Ud. utilísima a la Congregación.

Nada nuevo tengo que decirle, pues las niñas todos les cuentan. Sólo le recuerdo que su título de Religiosa exige que me ame más a Dios. Ser Religioso en el sentido estricto de la palabra, es estar de nuevo ligada con Dios: unida a El por un nuevo lazo. Y nada más preciso y formal que las palabras de este contrato, ellas expresan con claridad que el alma desea ser de Dios, AMAR MAS A DIOS, servir a Dios glorificar a Dios, y esto para siempre. He aquí la expresión de esta fórmula tan simple: YO HAGO VOTO DE OBEDIENCIA, DE POBREZA Y DE CASTIDAD. Recuérdele siempre.

Salúdeme a todas sus hermanas y a todos los que de mí se acuerden. Su Padre en J. C. que le desea todo bien y la bendice.

J. Antonio.

Mérida, Febrero 2 de 1894.

A las Fundadoras de la Casa de Sn. Juan Bautista.
Tabasco.

Amadísimas hijas en N. S. J. C.

Si Colón tuvo gloria como descubridor del Nuevo Mundo, no dejó de tenerla Hernán Cortés en la Conquista de México, ni los Padres Motolinía, Gante y Las Casas, en la conversión de los indios. Cada uno de ellos era mayor que los otros, pero sin hacerlos inferiores ni apagarles el esplendor de su gloria. Así también vosotras las que marcháis a lejanas tierras en busca de la gloria de Dios, sois unas más grandes que otras, pero no menores que ningunas. Heroica fue la fundación de Tehuantepec, y nunca me cansaré de alabarla. La distancia y dificultad de los caminos, el clima. Las costumbres, la novedad, todo ha contribuido para que yo me gloriara de aquellas valientes y abnegadas hijas. ¿Pero qué os diré de Tabasco?

Es cierto que el camino es más corto y cómodo, pero los caminos del Señor allí son más difíciles, debido a las costumbres y pésima civilización de las gentes. El clima es más ardiente por la humedad de la atmósfera y los recursos más escasos. Por estas razones Dios ha escogido para Tabasco, soldados más prácticos y veteranos, jóvenes robustos y muy diestros en el arte de la guerra. No creáis que es adulación, lo siento tal cual lo expreso. Si para vuestra partida faltan los ritos y solemnidades de las de Tehuantepec, lleváis en cambio los agudos dolores y sufrimientos de vuestro amante Padre, y la mano visible de Dios os conduce a aquellas playas, pues El fue el que cerró aquellas casas donde trabajabais, para conducirlos libremente a una nueva.

Espero que estas reflexiones bien meditadas ahora y más tarde darán valor y fuerzas para llenar cumplidamente vuestra misión en Tabasco.

El ejemplo del Ilmo. Sr. Amézquita, varón verdaderamente apostólico, os servirá de mucho, pues donde el ídolo de los guanajuatenses pone las plantas y vive contento, no puede rehusar poner las suyas, ni vivir triste y llorosa la humilde Hija de María Inmaculada de Guadalupe.

Si no os veo, como lo espero, antes de vuestra partida, Dios me ha de conceder pasar con vosotros, el invierno próximo venidero. Entre tanto, estad seguras que mientras más lejos estéis, seréis mayor objeto de mis oraciones y paternal solicitud.

Uníos más íntimamente en los santos vínculos de LA CARIDAD e inflamaos en el fuego del divino amor, para que vuestra misión sea fácil y productiva de óptimos frutos de vida eterna.

Cuidad mucho vuestra salud, para que vuestras fuerzas vayan en aumento y trabajéis más para la mayor gloria de Dios.

Que el Señor os bendiga a vosotras y a toda vuestra casa, para que seáis santas, son los deseos de vuestro afectísimo Padre

J. Antonio.

Tacuba, Enero 4 de 1897.

Amadísimas Hijas:

Quisiera contestar sus cartitas una a una, pero ahora estoy más ocupado que cuando la coronación, pues llevo la carga solo yo y tengo que seguirla llevando después del día 5. Las felicito por sus Ejercicios y espero que sacarían muchísimo fruto para todo el año. Seguro que entre los propósitos estará: 1º– El no DAR ni RECIBIR una hilacha sin consentimiento de la superiora; 2º– El de preferir la

compañía de las de casa a los de fuera; 3º– El no considerarnos superiores; 4º– El no descuidar de las faltas pequeñas; 5º– El no murmurar de las disposiciones de los Superiores; 6º– Ser menos descuidadas en el examen particular y meditación; 7º– ser más CARITATIVAS entre sí y 8º– que los adelantos de las niñas no sean con perjuicio de la propia santificación.

Vamos a las noticias:

Las nuevas Fundaciones de Campeche y Guadalajara, marchan bien; la de Durango ya se endereza, y el Obrador sigue, caigo que no caigo.

Su viejo Padre Fundador sigue como los cántaros rajados, lleno de pegostes y goteándose a cada rato. Quién sabe donde tendrá que arrinconarse, si en la Villa, San Felipe o Tacuba, pues si es imposible servir a dos, menos se puede a tres.

Rueguen mucho a Dios por su padre que las ama y bendice de corazón.

J. Antonio.

Tacuba, Marzo 19 de 1897.

“La que sea Cofrade, tome la vela”:

¡Cuánto consuelo siento cada vez que veo y noto que en la Congregación hay almas GENEROSAS Y MAGNANIMAS, heroicas y valientes, piadosas y abnegadas, que inflamadas en el amor santo de la caridad, todo lo han sacrificado por Dios en aras de la Religión y de la Patria! Al ver estas cosas, me parecen pequeñísimos mis sacrificios y desvelos, mis padecimientos y fatigas, mis lágrimas y sudores, y desearía redoblarlos en beneficio de la Congregación y en santificación de mi pobrecita alma. Felicito muy cordialmente en nombre de Dios a esas bienaventuradas

Congregantes, pues la recompensa que les espera es muy grande ¡Las penas efímeras de Campeche se convertirán en gozos eternos! Sus nombres serán vistos con respeto y veneración por las presente y por los que están por venir. La nueva Iglesia de Campeche conservará con gratitud la memoria de esas verdaderas religiosas que sirvieron de cireneos y no de cruz a su Primer Obispo.

Su Padre agradecido las bendice lleno de gozo y admiración.

J. Antonio.

Febrero 3, de 1898.

Amadísimas hijas campechanas:

Para celebrar al cabo de un año su heroico y no desmentido sacrificio, pongo a Uds. estos renglones, encareciéndoles más y más la necesidad de que todo lo que hacen lo hagan por AMOR A DIOS y bien del prójimo. Así como ha pasado un año, pasará otro y otros, hasta que llegue el día de la eterna recompensa. Pongan toda su confianza en Dios, y tengan suma desconfianza de sí mismas.

AMENSE como verdaderas hermanas y dispénsense sus mutuas flaquezas, compadeciéndose de sus miserias.

Tiempo ha que no tengo de Uds. ninguna mala noticia, lo cual me hace creer que ya las cojas andan derechas; y de ello doy gracias a Dios, autor de todo lo bueno.

Ya mero suena la campana de coro, y me despido bendiciéndolas.

J. Antonio.

Tacuba, Febrero 24 de 1898.

Queridísima hija:

¡Con muy poco te conformas, pues das por pagados tus sacrificios con mi carta! No, hija: esos merecen el reino de los cielos, puesto que los has hecho por puro AMOR DE DIOS. Haces bien en pensar en el infierno cuando te mortifica el calor, y de ofrecerlo en satisfacción de tus pecados. Tu pasión dominante no es la ira, de suerte que no hay que temerle tanto como a la otra, que es de la que más te has de defender para librarte de ella.

Haces bien en no ir a ver al Sr. Obispo sino cuando te llame o tengas negocios, pues así no lo fastidiarás ni te expondrás a quitarle el tiempo. Al terminar tu misión allá podrás velar una o dos noches en el templo Expiatorio de Sn. Felipe de Jesús, pues al fin eres paisana del sacristán y del portero, quienes diariamente me hacen recordarte.

La que vino, ni una palabra me ha dicho de lo que te ofreció que me diría; tal vez por aquello del ranchero que se ensayó a recibir al Sr. Obispo, saludando a una olla, y cuando llegó el Sr. Obispo, se le olvidó todo, y exclamó: ¡Caramba, no es lo mismo olla que Obispo!

Salúdame a tus hermanas, y en unión de ellas recibe la bendición de tu Afmo. Padre.

J. Antonio.

4

DEVOCION A LA SANTISIMA VIRGEN

Vichy, 8 de Septiembre de 1883.

A las 7 y media de la mañana aquí, y 13 de la noche en Jacona. Composición de lugar. La capilla de Jacona muy devota y decentemente adornada; el Dr. Mora dando la Comunión; las Hijas de María Inmaculada agrupadas al comulgatorio; una de ellas pálida y llorosa en el oratorio de la Tlaxpana; otra enlutada en el Beaterio; otras llenas de remordimientos en la Iglesia de su pueblo; otros en el oratorio del Albano, muy fervorosos; yo en mi cuarto del Hotel preparándome para juntarme con todos ante las plantas de Ntra. Señora de la Esperanza y la Sma. Virgen en el cielo, quitándole al ángel el cáliz de la amargura.

Preludio o fruto: Poner en María toda nuestra esperanza y confiar en que con Ella nacerá hoy nuestra felicidad.

MEDITACION. – PUNTO 1º ¡Cuatro mil años esperaron los hombres este día! ¡Cuatro mil años! Sí, cuatro mil años tuvieron que esperar. Los que mantuvieron firme esperanza, se salvaron; los que se cansaron de esperar perecieron. El que no espera, desespera. El que desespera se pierde sin remedio. ¿Qué título, qué méritos tengo yo para acortar los plazos del Señor? Su misericordia, nada más... ¿Pues cómo me atrevo a forzar su Misericordia para que llegue cuanto antes? ¿Por qué soy tan exigente con lo que espero de pura caridad? ¿Acaso por no seguir padeciendo... por mero contentamiento... por vanidad y capricho...? Pues eso servirá para retardar lo que espero, pero no para apresurarlo. ¿Lo hago puramente por la mayor gloria de Dios y bien de mi alma? Pues entonces, paciencia y constancia y dejarlo todo al Señor. ¿Qué de cosas capaces de descorazonar al mas valiente, no acontecieron durante esos cuatro mil años! y sin embargo, llegó lo que esperaban. El mundo destruido por el diluvio; Abraham, sin prole por tantos años; horribles desenciones entre los hijos de Jacob; horrible esclavitud de los Hebreos,

en Egipto; infidelidad del pueblo en el desierto; guerras, cautiverios, apostasías, cismas, aniquilamiento de los judíos bajo los romanos, esterilidad y vejez de Sra. Sta. Ana . . pérdida de toda esperanza y . . . ¡Nacimiento de la Sma. Virgen! No hay que desesperar, ni pretender que el Señor abrevie sus caminos. El llegará en tiempo oportuno. Aunque veamos que toda nuestra casa se ha venido al suelo; aunque todo esfuerzo para detener en pie la Congregación haya sido inútil; aunque veamos dispersos los obreros, y esparcidas nuestras ruinas, no desmayemos en la empresa; y sí alegrémonos, porque eso indica que el Señor está cerca, muy de nosotros. Cuando ya no había ni probabilidades, ni esperanza, entonces fue cuando nació María y alboreó nuestra Redención. Ahora, que al parecer, está muerta nuestra Congregación y todo destruido, tal vez Dios la resucitará y le dará su bendición para que crezca y se multiplique. ¡Valor y Confianza! Cuatro mil años esperó el género humano a la Mujer que le fue prometida en el Paraíso, y le llegó al fin . . . Todo se creía perdido, y entonces vino la Redención . . . Cada mal que sufría la humanidad en castigo de sus pecados, parecía retardar el día de la gracia, y no era sino que lo acercaba . . . ¿Por qué pretender nosotros que el Señor obre distintamente con nosotros? ¿Acaso por tener la dicha de ver ese glorioso día? Esas son niñerías indignas del que se entrega a Dios. Que llegue el día y poco importa que lo veamos nosotros. ¿Quién de los famosos y santos personajes de la S. Escritura vio el Nacimiento del Niño Dios? Ninguno. Un buey y una mula, unos rudos Pastores y Tres Reyes extranjeros, esos fueron los que lo vieron. ¿Y porque no lo habían de ver, dejaron de trabajar y suspirar por El, y de contribuir a su advenimiento? Trabajemos como los Patriarcas y Profetas, y como aquellas Santas Mujeres; esto es por el bien de la humanidad, y no por la satisfacción de ver cumplidos nuestros deseos. Además, quién sabe si alguna ligera desconfianza nos haya hecho dignos del

castigo de ver a lo lejos de Tierra de Promisión y no poder entrar en ella. ¡Que se le de gloria a Dios: que se trabaje en la conversión de las almas; que se instruya a los ignorantes; que se ampare a los huérfanos; y salvar así nuestras almas, eso es lo que importa! Esperemos, pues hoy nació María Nuestra Esperanza.

PUNTO 2º María Nuestra Esperanza. “Maldito el hombre que confía en el hombre”. “Bendito el hombre que confía en María”. Cuán a menudo hemos experimentado estas verdades en unos cuantos meses! Apenas hemos tendido la mano para asirnos de algún hombre que nos ayudara cuando una fuerza invisible nos la ha retirado. Aquellos de quienes teníamos derecho de esperar algo, nos han llenado de desengaños. En fin, no está del olvido. ¿Qué significará esto? Esto significa que nuestra Esperanza quiere ser única y estar sola en nuestra salvación para que no merezcamos la maldición sino la bendición de Dios . . . “No se ha oído hasta ahora que ninguno que recurriese a Ti, implorase tu auxilio o pidiese tu socorro, haya sido desamparado”. Esto dice San Bernardo, en general de los que ocurren a la Sma. Virgen, ¿pues que será cuando se trate no de cosas comunes, hechas en honor de María, sino de grandes obras? ¿Podrán desconfiar de ser escuchadas y socorridas los que a ella se han consagrado, las que llevan su nombre. . . las que adornan y cuidan su casa . . . las que propagan su devoción . . . las que por Ella amparan a los huérfanos . . . las que padecen por ser sus Hijas . . . las que han renunciado a todo por imitarla? ¡No!, ¡mil veces no! Seremos oídos, seremos amparados y socorridos, porque benditos son los que confían en María. El mismo nombre o advocación de la Esperanza que lleva esta bendita Imagen, es una prenda de la confianza que en Ella hemos puesto y de los bienes que de Ella esperamos. Ese nombre está inseparablemente unido con el de Hijas de María Inmaculada. El Santo Pontífice que lo dio bendijo al mismo tiempo las Congregaciones que iban a honrar esa Imagen;

y la bendición del Papa mártir de la Inmaculada Concepción, fue ratificada en el cielo. Tendremos cruces, pero existirá nuestra Congregación mientras María sea nuestra Esperanza y seamos fieles a su servicio. No en vano, Virgen santísima, quiso el Padre común de los fieles que te llamásemos Nuestra Esperanza. El, en medio de su prolongado martirio y gimiendo bajo el peso de sus cadenas, puso en Ti toda su esperanza, y halló el valor y constancia de los Mártires; por eso quiso que también nosotros en nuestras tribulaciones confiásemos en Ti, seguros de alcanzar las fuerzas y abnegación que necesitamos para cargar la pesada cruz de nuestros trabajos. Animados de esta confianza, a Ti venimos ¡Virgen piadosísima! ¡Esperanza Nuestra! Hoy que la furia infernal se ha desatado contra nosotros, y humildemente postrados a tus plantas imploramos valor y confianza para coronar nuestra obra, perdón para los que nos hacen mal; gracias para nuestros bienhechores y que todos seamos dignos de alcanzar la promesas de Tu Hijo Divino Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

FRUTO. – Decir esta oracioncita ante la Imagen de Ntra. Señora de la Esperanza con toda sinceridad y practicarla.

FLOR. – ¡Cuatro mil años esperaron a María! ¿Por qué no esperar yo en Ella toda mi vida?

JACULATORIA. – Dadme valor y confianza, Madre mía de la Esperanza.

PRACTICA PIADOSA. – Ofrecer las buenas obras del día por lo que nos han hecho mal.

Ya tenemos un abogado más en el cielo: Luisa Lateau ha muerto. Hagan una Comunión y ofrezcan todo lo de ese día por ella. No es fuerza que todas la hagan el mismo día, sino conforme vayan teniendo oportunidad . . . Con Uds . . . he pasado todo este día, y creo que nuestras oraciones se han de haber juntado en el cielo. Hemos estado como los leones de Canova; mientras uno vela el otro duerme. A la hora que Uds. dormían, yo estaba en el altar; cuando Uds.

comían, yo estaba en la Exposición de Nuestro Amo; y mientras yo comía Uds. estaban en la función; y cuando me fui a dormir Uds. se quedaron velando, y luego rosario, etc. De suerte que de Ntra. Sra. de la Esperanza no nos separamos durante las veinticuatro horas. ¡No deja de ser terquedad! Rueguen por

J. Antonio.

Vichy, Septiembre 11 de 1883.

Quiero hacer mi meditación por escrito, pues el títere de las cartas de Uds. que me han llegado a las seis de la mañana, no me deja fijar mi atención. Anoche platicando con el Sr. Cura de Montbrison, me decía: “Cuarenta y cinco años he servido esa parroquia y acabo de retirarme a mi casa para no cumplir medio siglo de trabajar inútilmente; he bautizado y he enterrado; he dicho Misa y he predicado; he enseñado el catecismo y preparado a los niños a la Primera Comunión; dejo la parroquia como la encontré, y espero que no habrá empeorado. Mis anales parroquiales se componen de entradas y salidas de almas, gentes que oyen Misa los días de fiesta; mujeres que cumplen con la Pascua; niños de primera Comunión, que dos años después aumentan el número de los hombres que no creen, y a todo contestan yo no creo, no tengo fe. Esta es la Francia, amigo mío. Aquí, si los sujetamos a las doctrinas de moral que estudiamos, se quedarían los templos desiertos. A todos nuestros argumentos nos contestan: ¿Mantendrá Ud. a mis hijos, se encarga Ud. de asistirme, me da Ud. para vivir? Fírmeme Ud. un documento etc.

Aún estoy impresionado de esta plática, pues no sé a dónde iremos a parar estando la sociedad tan corrompida. Hasta anoche he venido a palpar perfectamente las grandes bendiciones de que Dios ha colmado mi ministerio

y lo muy ingrato que he sido cuando me he quejado de alguna cosa.

¡Ese venerable anciano después de medio siglo de asiduo trabajo deja su parroquia sin el mas mínimo consuelo de los que yo he recibido a millares durante quince años! Yo he apacentado un rebaño de creyentes: mi voz generalmente oída y obedecidas; mis simples deseos eran obsequiados como mandatos; mi confesonario lo ví siempre rodeado de gente; mis instrucciones eran escuchadas con agrado y practicadas con docilidad: no faltan conversiones sinceras y perseverantes hasta la fecha, de que fui instrumento; vi desaparecer vicios hondamente arraigados; muchas buenas costumbres fueron introducidas en cambio de abusos desterrados; la instrucción Religiosa se generalizó; apareció el amor al trabajo y el interés por la educación de los hijos. Se formaron varios jóvenes capaces de hacer bienes inmensos a la Iglesia y a la Patria; se mantuvieron honradamente muchas familias, y sobre todo nacieron dos Congregaciones, que si viven como lo espero y firmemente creo, harán bienes innumerables en toda la República. ¿Cómo pues, me he atrevido a quejarme o a creer que el Señor era demasiado duro para conmigo? He sido insensato, un malagradecido, indigno de que el Señor me vuelva a hacer un solo beneficio. Más que satisfecho debería estar con lo que el Señor me ha dado y contento con cuanta tribulación me mande; pues deber mío es hacer gustoso la Voluntad de Aquél que tanta gracia me ha concedido. ¿Y por qué no pensaría yo todo esto a la hora de la tribulación? ¡Cuántos malos ratos me hubiera ahorrado! He aquí otra vez la carne en su oficio. Cuánta ofensa a Dios, debo decir, y no malos ratos, pues éstos vale más que hayan sido, para con ellos descontar algo de lo mucho que debo por mis culpas. ¡Fuera tristeza, fuera desaliento! ¡Ya te alimentaste bien J. Antonio durante quince años; y ahora a trabajar los que te quedas de vida,

sin que pretendas mejores frutos que los del Cura de Montbrison, en medio siglo de trabajo! Sí, ¡Dios y Señor mío! A trabajar como el Cura Montbrison, por cuanto toque a mi consuelo, pero evitando que las almas de mis compatriotas llegue a ese grado de indiferencia e incredulidad., pues eso sería en detrimento de la preciosa Sangre que derramaste por salvarnos. Acuérdate también de mi miseria, pues temo mucho serte infiel en el hambre, puesto que en la abundancia fui tan ingrato y vil. No me dejes ¡Señor!, un solo instante, porque caeré infaliblemente. ¡Dame las fuerzas necesarias para padecer por Ti y para abrazar con gozo la cruz de mis trabajos! ¡No te olvides de los que han unido su suerte con la mía en busca de tu gloria, pero no para sufrir el castigo que yo solo merezco! Ampáralos para que no se hagan indignos de seguir disfrutando de las gracias con que tan abundantemente alimentas a los que, como ellos, te sirven fielmente. Amén.

J. Antonio.

Barcelona, Septiembre 23 de 1883.

He hecho felizmente mi peregrinación a los Santuarios de Monserrat y de Manresa, ambos santificados por la presencia de la Sma. Virgen y San Ignacio de Loyola y he recibido en ellos aquellos consuelos que a cada paso me prodiga el Señor, y de los cuales me olvido en la hora de la tribulación.

Estos santuarios son muy distintos de cuantos había visitado; como uno está en la cima de altísima y escarpada montaña; y el otro en profunda cueva . . . La civilización del Siglo XIX no les ha llegado, y la fe de la Edad Media allí se ha quedado prisionera. No carecen de obras artísticas de verdadero mérito y gran valor, pero sí de los afeites modernos con que se oculta en nuestros días el vacío que

ha dejado en el corazón la fugitiva fe. El espacioso camarín que guarda las espaldas de la milagrosa Imagen está tapizado no de seda o tisú, sino de fe viva, pues ya no hay lugar de colocar un ex-voto y están amontonados unos sobre otros, como las hojas de la Historia Eclesiástica de España . . . Allí se ven coronas y cetro, armaduras y yelmos, lanzas y albardas, espadas y alfanjes, dagas y puñales; trajes de náufragos y uniformes de soldados; trenzas, collares y cuantos objetos quieras, todos con su inscripción conmemorativa de los milagros o gracias recibidas y en testimonio de la fe y gratitud de los oferentes. Allí está la espada de San Ignacio, quien en este Santuario se desarmó para salir a pelear con el mundo y para vencerlo, con la Compañía y los Ejercicios. Yo no llevé espada que colgar ni exvoto que ofrecer, pues nada de eso sería testimonio suficiente de lo que debo a la Sma. Virgen, y se necesitaría que me colgasen en cuerpo y alma de uno de aquellos clavos, con una inscripción de afolio. Ofrecí el Santo Sacrificio en el altar de la Milagrosa Imagen, y le pedí mucho, en vez de darle. Sobre todo, le pedí fe, esperanza y caridad.

El sitio es imponente, sublime y pintoresco cual ninguno.

A una inmensa altura, y en medio de peñascos piramidales, grandes como montañas, separados por hondos abismos, y a manera de los prismas de los achichincles de Guanajuato, está situado el magnífico templo, el convento de los benedictinos y un sinnúmero de Hospicios para dar hospedaje gratis a miles de peregrinos. La Imagen es negra y cubierta de joyas de valor inestimable. La cueva de San Ignacio en Manresa está en la orilla de la ciudad; al pie de la colina y en los bancos del río lo primero que se ve al llegar a ella, es a San Ignacio atando como galeotes a Calvino y a Lutero. La Iglesia es magnífica y está recién restaurada por una piadosa señora. La cueva se conserva en su estado primitivo y adornada con

magníficos bajo-relieves sobre la vida del Santo. Allí dije Misa para alcanzar la gracia de saber usar de esa espada de los Ejercicios que recibió San Ignacio en cambio de la toledana que colgó en Monserrat. En conclusión, te diré, que cada día me convenzo más de que todavía en España hay oro, y que esto es lo mejor de Europa. Aquí el corazón no está tan metalizado, hay fe ciega, y la caridad no está afeitada.

Mis negocios de aquí en nada afectan los de por allá, pues todo lo he arreglado como lo deseaba y sin compromiso de nuestra parte . . . Aquí en ocho días he hecho cuanto no había podido hacer en un año de grandes fatigas y crecidos gastos. ¡Cuando Dios da, da, a manos llenas! ¡Qué bueno es Ntro. Señor! Adiós.

J. Antonio.

México, Lunes 8 de Septiembre de 1884.

Hace un año les dirigía mis letras desde Vichy, solitario en mi cuarto del Hotel, las acompañaba en el alma, en su solemne y tradicional festividad de Ntra. Sra. de la Esperanza. Hoy hago lo mismo desde el colegio de Venero, a unos cuantos pasos de la casa donde ví la primera luz y donde fui hecho Hijo de Dios. ¡Cómo cambian los tiempos! ¡cómo mudan las circunstancias! El año pasado se interponían entre nosotros los mares y los continentes, y sin embargo, juntos adorábamos a María en su cuna, juntas llegaban al cielo nuestras preces, juntos poníamos nuestra esperanza en María y juntos recibíamos el consuelo.

Hoy hacemos lo mismo, pero unidos más estrechamente, por tener a mi lado parte de esa Comunidad. Con ellas me he venido a hacer día de RETIRO, en unión de sesenta Sras., pues no cupieron más, y las niñas de aquí...

Ahora que están en refectorio, tomo la pluma para platicar con mis primogénitas, y recordarles que MARIA, nació para Dios y para nosotros. ¡Nacer para Madre de Dios! ¡Qué honor, qué gloria, qué dignidad! ¡Nacer para Madre de los hombres! ¡Dichosos los hombres, y mil veces dichosas las que en medio del dolor y a costa de grandes sacrificios, han adquirido de una manera muy especial el honroso título de Hijas de María, las que cuidan y adornan el santuario, las que crecen a la sombra de la Virgen de la Esperanza, y las que ponen en Ella toda su confianza!

Hace un año ni soñaba con lo que ahora me pasa. Me veía en medio de un mar tempestuoso; exhausto de fuerzas, y sin que nadie me tendiese una amistosa mano. . . Las fuentes de Vichy, más de una vez fueron acrecentadas por lágrimas, y si los árboles de sus hermosas avenidas hablaran, y hablar pudiera su manso río, de mi no dirían sino cosas lúgubres y tristes, contrarias a mi espíritu, pero irresistibles a mi débil carne.

María era toda mi esperanza, y mi único consuelo imaginar a Uds. agrupadas en torno a su devota imagen. Hoy todo ha cambiado. Estoy lejos de Uds. pero con Uds. pues me hallo con sus hermanas y con las que quieren serlo. En estos momentos están cantando en el oratorio los misterios, y al oír esas voces angélicas, no puedo menos de derramar lágrimas de gratitud a esa Señora que me ha concedido celebrar su Nacimiento poco más o menos como cuando lo hacía con Uds. , y reinando en mi alma la paz, el contento y la felicidad.

Ni un solo instante me he separado de Uds. y creo firmemente, que nuestras plegarias unidas en este día ante la Virgen de la Esperanza no serán desoídas, y que muy pronto palparemos su poderosa intercesión para con Dios, viendo colmados nuestros deseos, que no son otros que aumentar la gloria de Dios y el bien de las almas por medio de la Congregación. Concluyo, porque deciré a Uds. con todo mi corazón, para que sigan haciéndose dignas del

glorioso nombre de Hijas de María Inmaculada; y sean más cumplidas cada día en los deberes de su Profesión.

Adiós hijas: María es nuestra Madre; amémosla con toda nuestra alma, y seamos fieles imitadores de sus heroicas virtudes. Su Padre en Jesucristo.

J. Antonio.

México, Septiembre 8 de 1885.

Mientras que Uds. postradas ante Ntra. Sra. de la Esperanza mezclan algún suspiro con los acordes del órgano, por los ausentes, yo acá en la Rivera de Sta. María, tomo la pluma para manifestarles, que como en los años anteriores, hoy están unidas nuestras almas ante ese altar, y juntas suben al cielo nuestras fervientes oraciones. Las almas de las Concepcionistas por separadas que vivan en la tierra, hoy tienen que volar a Jacona y depositar una oración. . . una lágrima. . . un suspiro. . . un remordimiento. . . entre las perfumadas flores que adornan su antiguo altar.

Allí encontraran la Madre de la Esperanza rodeada de sus hijas fieles. . . siempre bella. . . siempre amorosa. . . siempre tierna. . . siempre Madre. Allí verán también mi alma y allí mi voz resonará en sus oídos.

¡Ojalá y todos tengan una bendición para quien fue y es padre suyo! Una bendición que me alcance de Dios las gracias que necesito. Yo, a todas las bendigo, por todas ruego, por el bien de todas me intereso. La ausencia sólo me ha servido para afanarme e interesarme más en el bien de Uds., pues de él nace el bien de innumerables almas y mucha gloria a Dios.

Hace 19 años que estoy palpando que esa Sagrada Imagen no ha recibido en vano la advocación de “La Esperanza” y por eso yo vivo tan tranquilo y contento, nada temo y espero todo. Pongan Uds. en Ella toda su

esperanza, y nunca caerán en la desesperación. Ella es su Madre; Ella las formó; Ella vive allí con Uds., Ella ha sido testigo de sus lágrimas y de sus alegrías, de sus juegos y de sus afanes; de su vocación, de sus dudas, de sus sacrificios. Ella se quedó con Uds. cuando yo me vine, y Ella las ha acompañado desde que se murió mi hermana. Ella será siempre su Madre, y en su seno todas hallarán consuelo, virtud y fortaleza. Ámenla como deben; hónrenla como merece e imítenla como se los ha inculcado su ausente Padre que unido a Uds. en espíritu las bendice desde el altar de la Virgen de la Esperanza, y se encomienda a sus oraciones.

Tacuba, Abril 29 de 1887.

Espero que el Mes de María te curara de todas tus cuitas. Me es imposible cumplir mi promesa de ir por allá antes de las aguas, pues voy a empezar mañana el mes de María como preparación para la Coronación. Ya las obras del templo de Guadalupe se empezaron y esto me tiene ocupadísimo y muy aliviado.

Procuren que todo cuanto hagan bueno de hoy en adelante hasta el 31 de Diciembre, sea por intención del Sto. Padre y por la Coronación de Ntra. Señora de Guadalupe . . . Ya empezaron los trabajos en la Colegiata.

Todos estamos buenos y tratando de perfeccionar nuestras obras, muy especialmente la de la Congregación.

No se te olvide la lista de buenas obras, para enviarla al Papa antes de fin de año.

No me olviden en sus oraciones para que salga con bien de la Coronación.

Yo a todas las bendigo como su Padre en J. C.

J. Antonio.

Oscott, Agosto 3 de 1891.

Amadísimas Hijas en Ntro. Señor Jesucristo:

Acabo de postrarme ante la Imagen de la Sma. Virgen que por tantos años adorné y ante la cual nació mi vocación al sacerdocio. He orado en mi antigua banca de la capilla, ante el altar que innumerables veces adorné de flores. He visitado mi antiguo cuarto de estudiante, mi cátedra, el teatro donde representé, el refectorio y el salón de recreo. He pisado los mismos ladrillos de hace 35 años, los campos de juego, el bosque y los jardines que yo mismo cultivaba. He estrechado las manos de mis amigos y superiores de aquellos tiempos, y en todo esto he sentido que me quitaban de las espaldas la ominosa carga de siete lustros, que se restiraba mi arrugada frente, que se ennegrecían mis canas y que se rejuvenecía mi corazón. Olvidado por completo de mis amarguras y penas de la vida, de las contradicciones y sufrimientos, de los engaños e ingratitudes de los hombres, me parecía tener 18 años de edad y nunca haber salido de mi querido Oscott, que fue el Edén de mi vida sobre la tierra. Mi alma no ha sentido menos consuelo y felicidad en esta visita, especialmente al renovar mis votos y promesas ante la Sma. Virgen, quien parece los ha aceptado, pues me he levantado de su presencia lleno de fortaleza y conformidad, animado de valor y resolución, sin abrigar temor alguno del porvenir, y con entusiasmo para seguir trabajando en mis obras con más empeño y constancia que nunca, muy especialmente en el adelanto espiritual de Uds., y en todo cuanto atañe a mi ministerio Sacerdotal. No cabe duda que Dios me trajo por acá cuando yo menos lo esperaba, compadecido de mi debilidad y miseria, para fortificar y elevar mi espíritu abatido, y tal vez próximo a naufragar en la inacción, el desaliento y la ociosidad. Bendigan a Dios por mí y denle gracias por este gran

beneficio que ha hecho a su amante Padre que de corazón las bendice.

J. Antonio.

Padua, Agosto 23 de 1891.

Amadas Hijas en N. S. J. C.

Acabo de levantarme del sepulcro de Sn. Antonio, donde he dicho un Misa, oído dos y mandado decir cincuenta por nuestra intención, o sea la mía y la de todos los que me pertenecen por vínculos sagrados o profanos. ¿Y qué le dijo Ud. al Santo? preguntarán curiosas, esto es, todas las que lean u oigan leer esta carta. Le dije muchas cosas en la hora y media que de rodillas y con la frente pegada a su sepulcro, le platiqué. No es fácil acordarme, ni mucho menos escribir cuanto le dije en tan larga conversación, pero veremos hasta dónde se puede.

Empecé diciéndole que la visita tenía por objeto corregir mis defectos y perfeccionar en todos sentidos mis obras empezadas, muy especialmente la Congregación, la cual quiero dejar firmemente establecida en la Iglesia antes de morir. . . Fui recordando los defectos de cada una de Uds. y rogándole al Santo les alcance de Dios la gracia para corregirlos pronto y eficazmente. En fin, hijas mías, le pedí mucho, mucho, para todas Uds. y para mí; tanto le pedí, que sólo él que es tan milagroso se podrá acordar.

La Iglesia del Santo la encontré tan hermosa tan devota y tan concurrida, como las otras veces que he venido a ella a saciar mi devoción. Muchísima gente comulgó en mi Misa y en la que oí. El sepulcro, apiñado de gente tocándolo y rezando; las paredes, llenas de exvotos por las gracias concedidas a los devotos en los meses de este año, pues los de los años anteriores ya están guardados en otra parte. Compré unas fotografías relativas a este Santuario, para que se coloquen en el oratorio de San Antonio.

Ayer salí de Roma hecho una lástima de llaguitas de mosquito; llegué a Padua a las 11 de la noche, dije Misa a las 5 de la mañana, y continuaré para Milán, Basilea y París, a las 9 y media, que ya no tardan, y por lo mismo, debo concluir.

Que Dios las bendiga.

J. Antonio.

5

NOVICIAS

A bordo del Pharéc, Mayo 28 de 1883.

Estimadísimas Hijas en N. S. J. C.

Habiendo ya
terminado mi peregrinación a tierra de nuestra Redención,
justo es que Uds. las Novicias, sepan algo de lo que les

puede interesar. Empezaré por decirles que en los bienes espirituales de ella, han tenido Uds. una parte igual a la mía; y es muy natural, pues son la ESPERANZA del rebaño. En mis observaciones y pensamientos, sin duda alguna, han ocupado el puesto de honor, pues bien saben que son el objeto de mi particular solicitud, y que su formación y conservación es todo mi anhelo. En Port Said, o sea la boca del Canal que une el Mediterráneo con el Mar Rojo se embarcaron en nuestro buque tres jovencitas vestidas de jerga café y blanca toca; venían descalzas y las acompañaba un caballero muy decente y más bien viejo que joven . . . Seguimos de compañeros de viaje hasta Jerusalén, y por supuesto que tuve tiempo de satisfacer mi curiosidad. Eran estas jóvenes, francesas, de buenas familias, e iban a concluir su noviciado a las Teresas de Belén. El Sr. era padre de una de ellas. ¿Qué sentiría mi corazón al ver este espectáculo, y pensar en . . . tanto que hay que pensar? Venir aquellas señoritas desde Francia . . . a tierra de turcos . . . traerlas su propio padre y dejarlas . . . vestir jerga . . . andar descalzas entre tanta gente como va en los buques . . . quedarse tan contentas en aquella tierra de maldición . . . volverse su padre tan contento y satisfecho! ¡Ay hijitas! Estas son cosas que mueven el corazón más duro y lo hacen bendecir a Dios que aún conserva en el mundo almas tan generosas. Aún me siento conmovido y no puedo contener las lágrimas que saltan a mis ojos al ver estas cosas y pensar en las mías. ¿Será envidia? Sí, si es, y muy grande, pero muy santa; pues no envidia para mí, sino para la gloria de Dios; y no siento mis padecimientos ni las ingratitudes por lo que sufro, sino por el bien que se deja de hacer . . . “¡Perdónales, pues no saben lo que hacen!” El ver todos estos pueblos horribles y miserabilísimos, donde apenas hay un puñado de malos cristianos, lleno de religiosas europeas y del país, que dirigen en sana paz sus escuelas, asilos, hospitales, etc. me llenó también de santa envidia y de no poca tristeza, por lo

que atañe a mi querido y bello Jacona. El ver los magníficos establecimientos del P. Belloni, en Belén, levantados con dinero mexicano, y que ya los quisiéramos en México, me hizo acabar de convencerme de que alguna maldición de Dios pesa sobre nuestra amada Patria, y que es necesarios padecer y hacer penitencia para borrarla. Sí hijitas; no hay más que abrazar la cruz, entrar a la calle de la amargura y subir al Calvario. El noviciado es el tiempo oportuno para prepararse a la pasión; lo que en él no adquieran, no lo conseguirán más tarde. Háganse SUMAMENTE HUMILDES Y LABORIOSAS ante todo, pues a mi ver ESE HA DE SER EL CIMIENTO de nuestra humilde Congregación. Los niños pobres e ignorantes, son nuestra herencia, y la ingratitud de los hombres será nuestro cáliz. Rueguen por mí diariamente y ofrézcanle a Dios mis sacrificios y miserable vida en cambio de la conservación de nuestra Congregación. Reciban todas el afecto y bendición que en nombre de Dios les envía su Padre en Nuestro Señor Jesucristo.

J. Antonio.

México, Mayo 17 de 1884.

A la Maestra de Novicias.

Recibí tu grata del 8 y su contenido me ha llenado, pues veo que Dios te ayuda en el buen desempeño de tu difícil cargo; confía en El ciegamente.

El noviciado es el MOLDE EN QUE SE FORMAN LAS RELIGIOSAS, y siendo blanda las materia que se echa, las impresiones salen perfectamente iguales al molde. Suele suceder muchas veces que la materia es blanda, pero que en el molde hay basuras y debido a esto sale imperfecta la obra, para evitar esto, cuida de QUE NO HAYA COSA EXTRAÑA AL REGLAMENTO POR lo menos en la parte esencial. No temas haber sido imprudente para con

Guadalupe, pues no es la prudencia del siglo la que debe guiar a la Maestra de Novicias, sino la virtud de la prudencia, que consiste, según el P. D. Hauterive, en conocer lo que debemos hacer y lo que debemos evitar. Es muy cierto que en nuestros tiempos las vocaciones necesitan rodillas, pero también es cierto que necesitan MAYOR FIRMEZA Y SINCERIDAD. Yo mismo le escribí a Guadalupe que se previniera porque íbamos a probarla, de suerte que nada le debe sorprender. Esto lo hacemos, no por aburrirla ni por correrla, son para que conozca el espíritu de la Congregación y la abrace o renuncie con todo conocimiento.

El noviciado de Uds. fue más largo y severo, aunque casi invisible para los extraños; y careció de las dulzuras y goces que trae consigo todo noviciado. Tú, ¿no fuiste enviada a casa? ¿Rafaela . . . qué tal? y ¿María? ¿y todas en su línea?

Tal vez te repugnará ver a Guadalupe, Aleja, etc., todas a nivel. A mí también me repugna, pero me conformo cuando veo que la Iglesia venera con igual rito a S. Benito de Palermo y a S. Luis, Rey de Francia. Tratar como chiquilla a toda una Sra. parece muy duro; pero Jesucristo dijo al Dr. que se hiciese como niño, si quería salvarse. A los gentiles les parecía muy duro el cristianismo, y no es extraño que a los del siglo se les haga dura la vida religiosa.

Mucho sentiré que Guadalupe no se quede con nosotros, pero sentiría mucho más que se hiciese congregante del contentillo, y que viviendo a su antojo creyese que estaba sirviendo a Dios. Si se queda en la Congregación ha de ser para ser PERFECTA RELIGIOSA conforme al Reglamento que tenemos; y esto se ha de ver en el NOVICIADO y no después.

Mucho te recomiendo NO HAGAS DISTINCIONES entre las novicias; que les evites en cuanto sea posible el trato inútil con los extraños; que les quebrantes la voluntad; que

las corrijas sin respeto humano; y que las hagas amar y servir a Dios en todas las cosas aún en las más pequeñas e indiferentes.

Muy difícil es tu cargo, pero muy productivo en bienes espirituales y en recompensa. No temas tu ineptitud, pues no te elegiste sino que te eligieron. Pon toda tu confianza en el Señor y El te ayudará. Dale mi bendición a todas las novicias, y diles que son el objeto principal de mis oraciones y paternal solicitud. Que les encargo mucho el fervor y el EXACTO CUMPLIMIENTO DEL REGLAMENTO, especialmente LA OBEDIENCIA. Que se guarden mucho de dar mal ejemplo, y que sirvan de modelo a cuantos las vean.

Luego que pasen las aguas y que ya estén muy bien encarriladas las que tienes, te mandaré algunas de por acá; y que ya estén algo quebrantaditas. Mucho te recomiendo la salud corporal de todas, y que NO ME LAS DEJES SOLAS en el colegio.

Adiós hija, te bendigo con toda mi alma y nunca te olvido en el Santo Sacrificio.

J. Antonio.

A la Maestra de Novicias.

Hda. de San Lorenzo. Agosto 11 de 1884.

He recibido todas las cartitas y he contestado cuantas he podido, pues no sólo quisiera escribirte de vez en cuando, sino diariamente y muy largo, para consolarte en tus penas, iluminarte en tus dudas, animarte en tus apocamientos, y evitarte esas sequedades, de las cuales no se libertó el mismo Hijo de Dios. Pero como esto no se puede, ofrezco a Dios mis sudores por ti y todas tus compañeras, y las encierro en la llaga del costado para que allí vivan muy tranquilas y estudien ese amor Divino que las ha de hacer grandes a pesar de ser tan pequeñas. Ya

voy a abrir el Postulantado, y probablemente será el 13, pues he sabido que mañana nos volvemos a México. Tengo seis Postulantes y creo que ninguna se malogrará, pues son de experiencia y personas útiles. Mil cosas a tus novicias, que son la esperanza del rebaño, y a las huérfanas, de parte de su Padre.

J. Antonio.

Septiembre 27 de 1884.

A la Maestra de Novicias.

Recibí tu muy grata de Septiembre y en ella todo me complace, menos los vivos deseos que manifiestas de encomendar a otra persona la obra que el Señor te ha confiado. Si eso nació de la humildad, acuérdate que tu voto es de OBEDIENCIA. Si lo dijiste por el bien de las novicias, ten presente que no HAY INSTRUMENTO INUTIL EN LAS MANOS DE DIOS. A todo esto agrega que donde se le puede dar mayor gloria a Dios, es donde más contenta debe estar una alma que verdaderamente le ama y quiere servirle. ¿Habrás para esto, mejor puesto que el tuyo? ¡Formar a las Hijas de María Inmaculada, darles verdaderas Madres a los huérfanos, Maestras a los ignorantes, Consoladoras a los afligidos, Asistentes a los enfermos! ¡Ah!, tu carga es envidiable. Yo siempre me he complacido en formarlas a Uds.; ni un momento he pensado en abandonarlas; las juzgo mi mayor gloria, por esas razones. No te canses ni te desalientes en esa buena obra. Tómala con mucho empeño y no omitas sacrificio alguno para que de cada Novicia me entregues una perfecta Hija de María Inmaculada; te avisaré para tu consuelo, que acá te estoy desbastando 14 para que tú después las labres con perfección. Veré si hay algunas listas para tu taller, y te las llevaré a fin de año.

Con toda mi alma te envío la bendición de Dios.

J. Antonio.

A la Maestra de Novicias.

Tacuba Dic. 9 de 1884.

Recibí tus cartitas; una en los ejercicios de las Damas, lo cual te valió muchísimo, pues me vino la idea de leerles tu carta a aquellas ricachas y creo que ella te darán cuanto allí me encargas para las huérfanas y S. Antonio y algo más.

La otra llegó estando en los ejercicios de las Postulantes y también te tuvo cuenta, pues formé la resolución de expurgar tu Noviciado de cuanta criatura no sea para el caso.

Entretanto, procura que tus Novicias y Postulantes, (para quienes fue aquella carta) SE EMBEBAN BIEN EEN EL ESPIRITU DE LA CONGREGACION a fin de que sean hijas de ella, por puro amor. Estúdiales muy bien la vocación, carácter, habilidades, etc., a fin de que cuando conferenciamos tomemos resoluciones y no nos quedemos con dudas.

Que la alimentación sea sencilla pero nutritiva y sana. Dales sus aguinaldos a las novicias en mi nombre y yo te pagaré. Adiós Hija, que el Señor te ayude y te bendiga.

J. Antonio.

A la Maestra de Novicias.

San Lorenzo, Agosto 9/85.

Recibí tu grata del 30 y paso a contestarla.

En eso de amistades particulares, no hay que hacer de una pulga un elefante. Mucha discreción y mucha prudencia. A las almas escrupulosas hay que ayudarlas en

vez de cargarles. Anima mucho a Ma. Tapia, aliviale y ensánchale el corazón.

A Francisca Herrera no le veo la cara de enfermera. Todos los Santos enfermeros han sido muy afables y dulces. En cambio. ¿no te gustaría para este oficio Dominga o Ignacia Maylén?

Te recomiendo que coman bien tú y tus Novicias y yo pagaré lo que les falte.

El templo y la Congregación van levantándose igualmente.

Memorias a todas y tú recibe el entrañable afecto de tu Padre que te bendice.

J. Antonio.

Tacuba, Oct. 1º de 1885.

A la Maestra de Novicias.

He recibido tus cartitas y visto con satisfacción que ya estás mas tranquila y que S. Antonio te socorre por todos lados.

Los informes de tus novicias no son tan malos y debes conformarte atendiendo a la miseria y debilidad humanas. A Teodosia, es necesario cuidarla de que no ande platicando sus sueños celestiales. Suele ésa, ser señal de histeria, no de virtud. En ese ramo hay que andar con mucho cuidado, pues es uno de los más difíciles en la educación de las niñas y en la dirección de las religiosas.

Mucho te recomiendo el lomo y el espíritu; el primero para aguantar; y el segundo para elevarte a Dios en todos los negocios.

El día 19 fue aprobada y eregida canónicamente en este arzobispado, la Congregación de Hijas de María Inmaculada. Ahí le mandó el documento de aprobación, es

decir, la copia de él. Ahora me ocupo de estar imprimiendo el Reglamento, para que no se SALGAN DE EL.

San Vicente les dejó a la Hnas. de la Caridad. “Vuestro monasterio será la casa del enfermo; el claustro, las calles y los salones del hospital; la capilla, la Iglesia Parroquial; la reja, el temor de Dios; y el velo, la santa modestia”. Consejo semejante tienen Uds. en el Himno del Sr. Montes de Oca; incúlcaseles bien a tus Novicias.

Todas y cada una de las de esa casa son mis hijas y por consiguiente, a todas las saludo y las bendigo con el amor de Padre y en el nombre de Dios, pero muy particularmente a ti que eres la Superiora, para que el Señor te ayude en todo.

J. Antonio.

Tacuba, 30 de Noviembre de 1885.

Queridísimas Hijas en Ntro. Señor Jesucristo:

Todas os lamentáis de la dureza de mi última carta y de las amenazas que en ella os envié. Creo que en vez de lamentaros deberíais de entonar himnos de acción de gracias, pues el contenido de mis letras se reduce a poner a cada unas de vosotras en su verdadero lugar. ¿Es acaso dureza poner el caminante extraviado, en el recto sendero?

¿Pues entonces, cómo llamáis duro y amenazante el que trata de reduciros a vuestro camino?

Claro es que la que no cumple con las Constituciones de la Congregación, es porque no puede o no quiere, y en ambos casos, no puede ni debe ser congregante: es un beneficio echarla de la Congregación para que se ocupe en tora cosa que pueda desempeñar más fácilmente.

El objeto de un Noviciado es CONOCER A LAS PERSONAS, y que ellas conozcan las Constituciones para

ver si concuerdan entre sí. Los votos temporales y la facilidad de relajarlos han sido establecidos con igual objeto, pues en estos tiempos de nada sirven en una Congregación los miembros que no sean para el caso, ya sea por falta de voluntad o de aptitud. No es pues un mal sino un bien grande que a las que no cumplan se les mande a su casa para que se utilicen y santifiquen en otro estado. Tampoco es una cosa bochornosa ni infamante el no tener vocación religiosa, pues ésa se la da Dios a quien le place. ¿Y cómo conoceremos la vocación? ¿Por medio de nuestros superiores? ¿Y nuestros superiores cómo la conocerán? Por medio del Noviciado; por la conducta que observen. Claro es que Uds. han puesto todo empeño en cumplir con sus deberes, y que si no los han cumplido es porque no han podido; luego no son para la Congregación.

Al ver yo las faltas de cada una, y después de un maduro examen, resolveré definitivamente quiénes tienen vocación. No por esto estén temiendo mi llegada, pues no voy a hacerles ningún mal, sino a ponerlas en el lugar que les corresponde. Espérenme como al guía que las ha de conducir por el camino de la salvación, pues no es otra mi intención. Pónganse en manos de Dios, y resígnense a lo que yo disponga.

Muy pronto tendrán sus Constituciones impresas, y con ellas en la mano, examinarán si las han cumplido o no: Entre tanto, espero que la Sma. Virgen, Nuestra Patrona, le ayudará a decidir punto de tanta importancia.

Háganle su novenario con gran fervor y pídasle que yo no vaya a equivocarme.

Ya pronto nos veremos y entonces espero que trataremos con más facilidad y claridad este asunto.

Entre tanto, vivan contentas y cumplan al pie de la letra con sus obligaciones.

No hallo palabras con que encomiarles la necesidad de apegarse a la letra y espíritu del Reglamento, como único medio para ser buenas congregantes y poder salvarse en la

Congregación como santas. No hay obra que emprenda, ni rezo, ni fatiga, que no ofrezca a Dios por Uds. No me cansaré de decirles que lo mismo se sirve a Dios en un oficio que en otro, en una cosa que en otra, en el quehacer que en la oración, en la casa que en el templo, etc., etc.

Su Padre en J. C. que las bendice con toda la efusión de su corazón.

J. Antonio.

Tacuba, Marzo 20/86.

A la Maestra de Novicias.

Recibí tu cartita y quise contestarla luego, pero no he tenido tiempo, pues el poco que me ha quedado lo gasté en otras que tenían mayor necesidad. Me alegro de que estés contenta y más tranquila con la ayuda de Luz, quien es muy buena pero picadita de dureza y severidad debido a su edad y carácter. Es pues necesario que le vayas infundiendo la dulzura y el bellissimo espíritu de S. Francisco de Sales y de la mayor parte de los Santos, quienes reservaron la dureza para sí, y dieron al prójimo toda la dulzura de su corazón. Tus novicias siguen perfectamente bien de alma y cuerpo y no hay dado qué decir en lo más mínimo.

A Cecilia tenla constantemente ocupada con las muchachas para que no piense en otra cosa y se le quiten las ideas.

El trabajo continuo es la medicina con que yo me curo de todos esos males; por eso en la Cuaresma estoy sano y contento. Salúdamelas a todas, y recibe mi afecto y la bendición de Dios N. S.

Tu afectísimo Padre en J. C.

J. Antonio.

Tacuba, 8 de Marzo de 1887.

A una Novicia.

Muy estimada Hija: en la última carta que he recibido de la Superiora de la Congregación, me avisa que la salud de Ud. está quebrantada, que no come, que todo le hace daño, y que todo le molesta y enfada. Siendo esto así, claro se ve que la Congregación NO ES para Ud. ni UD. es para la Congregación. A Ud. no le conviene seguir puesto que su salud y carácter no se prestan a ese género de vida; ni a la Congregación le conviene una congregante que no pueda llenar su objeto. Creo pues que para la mayor gloria de Dios y bien de su propia alma, debe Ud. volver a su antigua vida, en la cual haría mucho bien y sin sacrificios que ahora hace infructuosamente. No culpo a Ud. en nada, pues conozco que es casi imposible cambiar carácter a la edad de Ud., y seguir usos y costumbres completamente nuevos. Ud. ha hecho lo que ha podido, de suerte que Dios es quién la hace volver a su antigua vida, y no hay más que obedecer.

Quedando en tan buena armonía como cuando la conocí, la bendigo y estimo en el Señor.

J. Antonio.

Londres, Agosto 12 de 1891.

Amadas Hijas en N. S. J. C.

Aún no puedo salir de esta nebulosa Babilonia, y sigo ejercitando la virtud de la PACIENCIA con heroica resignación e inquebrantable constancia. No es lo mismo pasarse que venir a negocio; ni es lo mismo venir a negocio con tiempo ilimitado, que con premura, y hay mucha diferencia en venir sin dejar compromisos que

dejándolos, y muy gordos. Ya por esto, comprenderán Uds. que este viaje no es tan descansado como podría creerse. Además, a los 51 años siempre está uno mejor en su casa que fuera de ella.

He recibido sus cartitas y las agradezco, tanto más cuanto que en ellas no hay malas noticias, y todo su contenido me hace esperar que las hallaré muy adelantadas.

Para no perder el tiempo y cumplir mejor mis obligaciones de director espiritual, estoy estudiando la vida religiosa en un magnífico libro que aquí ha publicado. Creo que de algo me ha de servir para el adelanto y dirección de Uds., y para explicárselos mejor cuando se los traduzca en la capilla. Allá va desde luego un parrafito consolador.

“Una buena vocación es simplemente la voluntad firme y constante que tiene la persona llamada de servir a Dios del modo y en los lugares a que Dios Omnipotente la ha llamado: esta es la mejor señal que uno puede tener de que su Vocación es buena. No es necesario que uno haga desde el principio, todo lo que tendrá que hacer en su vocación con tan gran firmeza y constancia, que esté exento de toda repugnancia, dificultad, o disgusto en materia de su vocación, mucho menos que el que esta firmeza y constancia sean tales que uno no cometa faltas; ni ha de ser tan firme que jamás vacile o cambie en su empresa de practicar todos los medios que la conduzcan a la perfección, puesto que todos los hombres están sujetos a las pasiones, a cambios, a vicisitudes, y no hay de ser juzgados por estos movimientos y accidentes, mientras o entretanto la voluntad permanece firme en no abandonar el bien que ha abrazado, aún cuando siente para ello algo de tibieza o indiferencia. De suerte que para tener la señal de una verdadera vocación, no hay necesidad de constancia sensible, sino afectiva. Para conocer que Dios quiere que algún hombre o mujer sean religiosos, no se ha

de esperar que El le hable sensiblemente, o que mande un ángel del cielo a manifestarlo; no hay necesidad de tener revelaciones sobre el asunto. Tampoco hay necesidad de que doce Doctores de la Sorbona examinen si la inspiración es buena o mala, si la ha de seguir o rechazar; sino que uno ha de corresponder y cultivar el primer movimiento, y después no se ha de mortificar si sobreviniere la indiferencia o frialdad. Porque si uno trata de tener siempre firme la voluntad en hacer el bien que Dios le ha manifestado. El no dejará de hacer que todo redunde en gloria Suya". San Francisco de Sales. Colección de Cartas, libro V, n. 8.

En lugar de pensar en mí, ocúpense en estudiar, entender y aprender este párrafo tan consolador, para que a mi vuelta me saluden con él, y sin que yo tenga que explicarlo.

Para todas, grandes y chicas, es el afecto y bendición de su Padre en N. S. J. C.

J. Antonio.

6

SUPERIORAS

Santander, Nov. 27 de 1882.

Muy Estimada Señora Superiora.

Deseando que tenga Ud. un pacífico gobierno, no menos que buena salud y perfecto contento, le aviso que hemos llegado sanos y salvos a la Madre España, desde cuyo Puerto de Santander le escribo la presente.

Más de un mes llevo de estar en el mar, y pocas han sido las horas que no me he ocupado de Udes. o sea, de estudiar y meditar el sólido establecimiento de la Congregación, a cuya cabeza Dios se ha dignado colocar a Ud., para que la *dirija, gobierne y aumente*. Es Ud. muy pequeña para semejante empresa, no hay que dudarlo, pero el Dios que a ella la ha llamado, es omnipotente e infinitamente bueno, y en El debemos poner toda nuestra confianza.

No desmaye Ud. por nada de esta vida, y en todas sus cuitas corra luego al altar a fortificarse. La obra que hemos emprendido es de Dios, y El no nos negará las gracias que para ella necesitamos. Los sufrimientos que tenemos hablan muy alto.

Mucho le recomiendo a Ud. la observancia del Reglamento en los establecimientos. Que todas se empeñen en hacerse dignas esposas de Jesucristo y útiles para la Congregación. Que las postulantes que admitan sean útiles para la enseñanza y se entreguen con empeño y asiduidad al estudio de la Religión, lectura, escritura y aritmética, y que no las deje de la mano la Maestra de Novicias, ni Ud., *ejercitándolas en la humildad* y demás virtudes.

Mucho le recomiendo la sentencia de S. Francisco de Sales “más moscas se cazan con una gota de miel, que con un barril de vinagre”. Procure Ud. ganarles a todas el corazón y la confianza. Sea Ud. una buena Madre; quiéralas mucho a todas, y cuide que nada les falte ni para el alma ni para el cuerpo.

Escríbame largo y seguido, aunque a Ud. le parezcan tonterías, pero dándome razón de todas esas hijas que me

son tan caras y a quienes bendigo a toda hora.

J. Antonio.

Santander, Noviembre 28 de 1882.

Ignoro si ésta te hallará en Jacona o en tu nueva casa de Tacuba, para cuya fundación te he elegido por inspiración de Dios y conforme a tus antiguos deseos.

Ahí tienes y un vasto campo donde ejercitar tu vocación y plantar la semilla preciosa de Jacona. Vas, como en todas partes a encontrar trabajos y contradicciones, pues no hay otro camino para que las vírgenes se unan a su Esposo Jesucristo. “¡Valor y Confianza!”.

Una gran prudencia unida a una mediana santidad, valen más que una gran santidad con mediana prudencia, según S. Ignacio de Loyola. Ten corazón de Madre para con el prójimo, corazón de juez para ti misma, corazón de niña para Dios, y serás muy buena Superiora y ejemplar religiosa. No te olvides de que México no es Jacona.

Cuídате de herir susceptibilidades, y de afear lo que veas, habla lo menos que puedas de tu tierra y de mí. Nunca hables mal de nadie ni permitas que en tu presencia lo hagan otros, especialmente de las personas que tenían antes el establecimiento.

Hazte afable y cariñosa, pero sin adulación y bajeza. Procura relacionarte con las Sritas. Velázquez de León y con Isabelita Lozano, y para ello te servirá la presente.

Pégúense más que nunca al espíritu del Reglamento, y tratándose de la pobreza *huyan de la miseria*, muy especialmente con las colegialas.

Gánenles el corazón, pero en Dios y no en la carne. Háganles amable la virtud, interesante el estudio, grato el quehacer, desapercibida la vigilancia y fácil el camino del cielo.

Nunca falten a su media hora de meditación, examen, lectura, etc., cuiden mucho la salud y no omitan gasto para conservarla. Pongan su confianza en Dios, no se separen de su presencia, háganlo todo por El, y les aseguro que El confirmará la bendición que les manda su Padre.

J. Antonio.

Roma, Diciembre 26 de 1882.

Celebro que Francisca Velázquez haya entrado y deseo que se haga útil para que pueda servir a la Congregación. A ella y a todas, *incúlcales la humildad* TEORICA y práctica así como el amor al trabajo.

Y a ti, te mando bajo obediencia que comas bien; que te cures y que si fuere útil veas al médico. Nada de ayunos y penitencias, pues con la de ser superiora te sobra. No te afanes en pensar mucho en las cosas que no tienen remedio. Pon todo en manos de Dios. Si te falta gente búscala, y arrégalo con la presidenta; mientras más gente útil tengas, mejor.

En cuanto a dinero, pide todo lo que te falte y sea necesario. Cuidado con dejar de comer bien o quedarse con hambre alguna de esa casa; pues ya sabes que POBREZA NO QUIERE DECIR TACAÑERÍA o RUINDAD.

Te bendice a ti y a todas, Tu Padre.

J. Antonio.

Roma, 26 de diciembre de 1882.

¡Valor y Confianza!
Muy Estimada Hija:

Son en mi poder sus muy gratas, 30 de Oct. y 13 de Nov.
y paso a ocuparme de ellas. Por la primera veo lo

estimada y atendida que ha sido Ud. por algunos de mis amigos y a la verdad lo agradezco, pues la gratitud está fuera de moda.

Le encargué mucho la PRUDENCIA Y CARIDAD con aquellas personas, porque cuando se trata con personas de distinto Padre, distinto reglamento, distintos usos, es muy fácil faltar a ambas virtudes, ya por intolerancia ya por sumo amor propio. Además, existiendo estos vicios en ambas partes y estirando el hilo cada cual por su punta, indudablemente se rompería; siendo nosotros los que damos el hospedaje, nos corresponde la PRUDENCIA y CARIDAD y por eso la recomendé a Ud. y se la recomiendo otra vez, para que Ud. lo hago con sus hermanas.

¡Cuidado con críticas de lo ajeno y alabanzas de lo propio!, esa es la *prudencia*. Disculpar las faltas de ellas, esa es la *caridad*, que para ellas pido.

Ha pensado Ud. muy bien en darles a las mexicanas lo que necesiten y llevarles la cuenta como a las demás: ECONOMIA, PERO NO MISERIA, ni para Udes., ni menos para ellas.

Contestada la primera, vamos a la segunda.

Hace Ud. muy bien de ya no tener fe en los hombres y desconfiar de sí misma: éste es el gran beneficio que nos ha resultado de la persecución; aprovechémoslo.

Me parece muy bien que la fundación de Tacuba se retarde, pues así se prepararán mejor las fundadoras y las que las han de reemplazar en ésa, y Uds. podrán hacer mejor esa elección caso que no agrade la que se hizo. Luz Zamudio se interesa en ir; piénselo Ud. El caso de Loreto no fue previsto en el Reglamento por no injuriar a los Pastores de la Iglesia, y en tal virtud, siga Ud. la conducta que le sugiera la prudencia y caridad cristianas, que como Ud. sabe, comienzan por uno mismo.

A Soledad Ballesteros y Antonia Mendoza proporcióneles los medios para que se perfeccionen en los ramos a que se dedican y que si necesario fuere les den

clases extraordinarias; sobre todo, que se fijen en el método de enseñar. Salúdelas con mucho cariño de mi parte, lo mismo que a las demás. Cuide que nada les falte ni a las del Colegio ni a las del Asilo.

Los negocios van perfectamente y el éxito será inmejorable.

Bendigo a Ud. y a todas sus hijas con la efusión de mi corazón de Padre.

J. Antonio.

Roma, Diciembre 26 de 1882.

Ahora que acabo de visitar el sepulcro de nuestro Santísimo Padre el Sr. Pío IX, de orar fervorosamente ante sus restos, por nuestra Congregación, tomo la pluma para contestarles en orden.

Celebro infinito el gusto que te ha dado con mi disposición de que vengas para la fundación de Tacuba, y más con tu conformidad en caso de contra orden. Hemos dispuesto esa fundación con mi tío, y bajo el reglamento de Jacona, para ver cómo prueba por esas tierras; sentía sólo, no estar yo presente para ayudarles, y mi tío lo mismo, de suerte que tal vez eso ha retardado la fundación, lo cual no siento. Importa pues, prepararse bien. No temas que te falten las fuerzas al dejar tu colegio, compañeras, etc., pues el Señor a quien sirves y cuya gloria vas a buscar, te las dará, y sobradas. Dejar los resabios, como dices, es lo que importa mucho, y sobre todo armarse de HUMILDAD y PRUDENCIA. “Más moscas se cogen con una gota de miel que con un barril de vinagre”.

Hagan la virtud amable, el yugo suave y la carga ligera. Importa que no se descomponga el Asilo, por Tacuba. Vayan preparando gente y haciéndola útil, pues tenemos otras fundaciones.

Los negocios marchan perfectamente, pues he sido muy bien recibido y todos me anuncian un feliz éxito en mi Empresa. Al Santo Padre no he pretendido verle hasta que esté bien dispuesto y preparado por su secretario particular, cosa que puede suceder después de Reyes, pues éstos son días muy ocupados para todos, acá en Roma. Mi salud es completa y estoy muy contento, ¡bendito sea Dios! El P. Vilaseca está bueno, y el P. Estragués, en España. Corresponde a todas sus memorias y reciban la bendición y el corazón de su Padre en J. C. que nunca las olvida y menos ahora.

J. Antonio.

Roma, Enero 18 de 1883.

¡Valor y Confianza!

Mi muy querida Hija:

Recibí sus gratas de 20 y 28 de noviembre.

Quedo enterado de los cambios que ha hecho Ud. trayéndose a Rafaela y reemplazándola con Luz Samudio. Bien se manejan nuestros Santos Patrones, pues todo se va encarrilando tal cual lo deseábamos con Ud.; sigan granjeándose su protección y ayuda. Espero que Anita Mendoza ya estará completamente buena.

Celebro que los exámenes hayan terminado felizmente en ambos establecimientos, y digo felizmente, porque atentos a las circunstancias, no se puede pedir más.

Me consuelo con que Loreto siga firme en su vocación, pero no quiero alucinarme. ¡Una flor hermosa y tierna transplantada bruscamente a tierra estéril, donde no la riegan, y es azotada por la tempestad, ¡milagro será que no se deshoje, y perezca! ¡Dios la defienda! ¿Y las nuevas Novicias, qué tal pintan?

A todas y cada una de las demás dígales mil cosas buenas en mi nombre, y redoble SU CARITATIVO AMOR hacia ellas en nombre mío, haciendo mil veces.

Que Dios ha ayude a consumir la obra, y la auxilie con sus luces, para que nuestra obra crezca y se perfeccione. Adiós.

J. Antonio.

Roma, Febrero 17 de 1883.

Paso por alto cuanto Ud. me dice respecto a la falta de instrucción, genio, etc., pues hay que contar con el auxilio de Dios que es lo único que sirve para gobernar bien.

¡Valor y Confianza! La falta de conformidad en las postulantes para el vestido, reprensiones, negaciones de licencias, etc., sí, eso sí es alarmante y debe corregirse a tiempo, pues de lo contrario son pérdidas. ¿A dónde iremos a parar con esa gente? Mucho cuidado con ellas a fin de infundirles el espíritu de HUMILDAD y AMOR AL TRABAJO, pues con eso les basta para ser santas, y sin eso no pueden admitirlas en la Congregación. No puede Ud. hacerles mayor bien que ayudarles a conseguir dichas virtudes; por tanto encarecidamente le ruego que no omita medio alguno para lograrlo. Háblales Ud. cariñosamente sobre este punto; léales el Ejercicio de Perfección del P. Alonso Rodríguez, sobre este particular, y procure tiro por tiro contrariarles la voluntad hasta en las cosas más sencillas, pero haciéndolas Ud. comprender que así lo hace por bien de ellas. Tratándose de cosas de vanidad debe Ud. ser intransigente en cortarles las alas, pues con mujeres vanidosas nada es posible hacer. Ojalá y ellas cuando Ud. les lea ésta mi carta comprendan de tal manera su deber, que no sólo le eviten a Ud. la mortificación de corregirles esos vicios, sino que la obliguen a detenerlas en las prácticas de humildad y laboriosidad. Así lo espero y se lo

pido a Dios, pues creo son unas niñas que sólo pretenden la Congregación por santificarse, darle gloria a Dios y hacerle el bien al prójimo. Ese ESPIRITU DE HUMILDAD Y TRABAJO, encarézcalo Ud. mucho a todas las Congregantes, y ayúdeles a conseguirlo. Más quisiera decirle a Ud. en bien de las almas que gobierna, pero escribo tan despacio y con tanta dificultad, que me conformaré con estos renglones y concluiré saludándolas a todas. Reciban todas la bendición que les envío de lo íntimo de mi corazón, para que cada día se hagan más dignas de la protección divina.

Rueguen por

J. Antonio.

Vichy, agosto 30 de 1883.

A un tiempo llegaron sus gratas del 9, 16 y 23 de julio, por las cuales veo que S. Antonio cumple bien con mi encargo de servirles de Padre, y que Uds. son hijas agradecidas del Santo. Pon tu confianza en Dios y jamás serás confundida. No me sorprende que oigan llorar en la huerta del Asilo pues vivimos en un valle de lágrimas y estamos en época de llanto; lo malo sería que oyeran reír, pues para los que ríen no hay bienaventuranza sino maldición de Dios. Cómo cambian mis cartas ¿no es verdad? Unas consuelan y otras abaten; unas hacen llorar y otras reír. Pues en ellas no verás sino una imagen del pobre corazón que les escribe. Muchas veces temo que me juzguen loco, o sumamente variable, que es peor. No, hija; ni estoy loco ni soy variable, sino buen retratista de los sentimientos de mi alma. Esa mutación continua de sentimientos rueda sobre un eje fijo e invariable: mi deseo de hacer el bien. Los cambios y variaciones los efectúan la masa, los rayos y la llanta, pero sin que el eje se mueva un

solo punto. *La Congregación es el punto fijo o eje sobre el que giran todos mis acontecimientos*, pero sin que ella se mueva de su punto. Todo cuanto hay ha rodado y seguirá rodando, pero fija ella, aunque sea en el suelo. Sigue impasible en tu gloriosa tarea de Madre para con esas pobrecitas que Dios te ha Dado para ganar el cielo. Y para que te sientas tan a gusto como tú dices, te bendigo y las bendigo a todas en el nombre del Señor, de la Virgen Santísima y de San Antonio, con todo mi corazón y toda mi alma.

México, Diciembre 8 de 1883.

Queridísimas hijas:

Ya que mis ocupaciones no me permitieron pasar este día a su lado, quiero saludarlas desde aquí con las mismas palabras que dirigí esta mañana a las religiosas del S. Corazón de Jesús, en la función que hicieron en lo que era Coro de la Capilla de la Casa Central. "La ambición y codicia de los hombres, creyendo destruir este plantel de las Vírgenes de Cristo, labró la cuna de las Hijas del Sagrado Corazón de Jesús. Y así como en Betulia cuando ya el Pueblo de Dios se creía perdido, una mujer lo libertó de la ruina, así la mujer hoy liberta a México, etc. ¿Sucederá lo mismo en Jacona? Dios es tan poderoso y se sirve de instrumentos tan inútiles, que no hay razón para dudarlo.

Pasé como dije, una mañana muy contento y haciendo cuenta que estaba entre Uds. ¿Y cuándo nos veremos? Difícil es la respuesta, pero sí podemos asegurar que este día se acerca a cada instante, que ya no está muy lejos. Lo que importa mucho es no perder el tiempo en pensarlo, pues así se nos acaba el gusto. Para que el Señor oiga mejor nuestros ruegos, EMPEÑEMONOS EN SERVIRLE con mayor fidelidad cada día. MUCHO APEGO AL REGLAMENTO y mucho desapego al mundo y de los

mundanos, pero sin cacarearlo mucho, para que no se lleven el huevo. Espero encontrarlas muy adelantadas en virtud y en todo lo bueno, para que de esta manera vea yo recompensados pródigamente mi larga ausencia y sacrificios. Que la Purísima Concepción guarde, aumente y extienda la pequeña Congregación de Jacona, son los votos y bendiciones que les envía su indigno Padre y Fundador.

J. Antonio.

México, Dic. 9 de 1883.

Queridísima Hija:

Verdaderos deseos tenia de escribirles contestándoles sus cartitas, pero ya también yo entré a la Congregación de Dn. Cayetano Macías. Mandaré a Ud. la ropa y géneros que me pide tan luego como hagan el género azul para el Asilo. Tenga Ud. mucho cuidado con eso de hospedar gente en el Colegio, de todo sacan partido. Lo mismo encargo tratándose de que las de la Congregación de Uds. vayan a diversiones públicas. Que en las diversiones que hagan Uds. nunca se mezclen hombres, ni se disfracen de hombre; sino que “cada oveja con su pareja”.

Si Gualupita Gavilán acepta mi consejo de *probar su vocación*, despójese Ud. de todo respeto humano y TRATELA COMO A TODAS, ni más ni menos.

Comprendo sus mortificaciones, pero comprendo también el mérito de ellas y la bondad de Dios remunerador. A Ma. Josefa, cuídenmela mucho y hagan en todo mis veces mientras yo voy. Escríbame largo y seguido muy especialmente cuando ella no pueda hacerlo.

Quisiera no acabar, pero a duras penas he escrito esto y todavía me quedan otras a quienes escribir. Que Dios la haga tan Santa como yo deseo y le dé Valor y Confianza para que llevemos a término la gloriosa empresa que

hemos acometido para su mayor honra y gloria y bien de las almas.

J. Antonio.

Agosto 30 de 1884.

Tus gratas del 20 y 15 de Agosto me han llegado esta semana, y ambas contienen muchos motivos de consuelo y acción de gracias al Todopoderoso. La gravedad de la Novicia me ha hecho derramar lágrimas, pero de alegría, de satisfacción, de orgullo, al saber que la muerte la hace reír, y que la espera con el valor y la resignación de una mártir. ¿No he de estar contento al ver a la más joven de mis hijas desplegar tanta virtud? ¿Al saber que rogaba por mí en aquellos solemnes y críticos momentos? ¿Pues si las crío y educo para el cielo, sentiré que Dios se las lleve? Por conservar su salud daría cuanto tengo, pero sí Dios se la lleva me quedaré contento y tendré un abogado más en el cielo que nos alcanzará muchos y muy grandes bienes.

Nada difícil es una orden descabellada de parte mía o mala inteligencia de la Superiora, tocante a la ida de la hermana al Asilo, pero como de parte de ambos fue involuntario el yerro, y deseamos ardientemente la salud y larga vida de esa queridísima niña, ahora dispongo y suplico a todos, me la cuiden como a sus ojos, que no omitan gasto ni chiqueo, que no la dejen arrodillar ni para comulgar, etc. etc. Sea Dios bendito por todo.

Yo estoy en Tacuba pegado a los libros de cuentas y casi como en Jacona, pues a falta de los afectos gozo de una completa paz y tranquilidad. Digo Misa a las 6, a los niños y niñas de los colegitos, y luego en el noviciado les hago la meditación a todas. Ayer viernes tuvimos nuestra primera cuenta y había once misioneras (como las llaman aquí) entre las que vinieron y las de aquí. ¿Qué tal? Para el día 8 vamos a hacer un día de retiro en el colegio Venero, con las

de aquí y sesenta Sras. de México. Ya les di uno, y produjo magníficos frutos. Allí hay unas jóvenes guapísimas para la Congregación y me las he ganado completamente, de suerte que muy pronto mi Comunidad se compondrá del doble. Las que vinieron de allá le están haciendo honor al pabellón y se han captado la admiración y afecto de mi tío y de todos. Esther Pesado ha sido una verdadera trompeta apocalíptica, para suscitarles admiradores y protectores a mis establecimientos. María es la Maestra de Novicias y Rafaela la rectora del colegio de niños. El ensanche y compostura de la casa del noviciado, lo haré cuando venga de ésa y traiga gente. Memorias a todos.

J. Antonio.

Tacuba, septiembre 25 de 1884.

Recibí su grata del 12, y supongo que todo lo que en ella me dice es efecto de humildad y exquisita prudencia para dejarme con más libertad para poner a otra Presidenta.

Así tiene que ser interpretada la carta de Ud., pues la escribió quien ha dado mil pruebas de humildad, de constancia y heroica abnegación. Así quiero interpretarla, pues no puedo creer que quiera tirar la carga ahora que ya vamos llegando a la posada; ahora que ya estamos coronando la obra que tantos sudores y lágrimas nos ha costado. Conozco que la carga de Ud. es pesada, pero en cambio, pingüe será la recompensa de Dios. Es verdad que ya tiene Ud. cuatro años de trabajo continuo, pero aun le falta 29 para llegar a los 33 que Cristo padeció por nosotros.

Más quería decirle, pero el tres se me va; son las 5 de la mañana del 26.

Que Dios le dé paciencia y que se entusiasme en trabajar y padecer por Jesucristo.

La bendigo con todo mi corazón.

J. Antonio.

Tacuba, octubre 21 de 1884.

Recibí su grata, y me alegro de que esté resuelta a completar los 33 de Ntro. Señor Jesucristo. Lo mejor es ponerse en manos de la Providencia. Ahora estamos en tiempo de bonanza, pues el Señor se digna probarnos por todos lados, y nos facilita oportunidades de sufrir por su amor y de imitarlo en su amargura. Es necesario convencernos de que nuestra patria es el cielo, y que esta tierra es un valle de lágrimas y de miseria. Supongo que Ud. estará más acongojada que nunca al verse tan solitaria, pero no tenga cuidado, pues ahora tendrá más cerca a Dios, y El le dará mayores fuerzas, luces y consuelos. Dejémonos guiar de la Providencia y siempre saldremos a buen puerto en las borrascas de la vida. No hay que amilanarse querida hija, Dios es muy buen Amo y paga el céntuplo a los que bien le sirven. Anime mucho a todas sus compañeras y exhórtelas a desprenderse de la tierra, pues sólo así podremos llegar al cielo. Por acá no hay novedad, y estamos unidos a Ud. en espíritu y oración.

No me olviden en sus oraciones, pues necesito no desperdiciar las acciones que Dios me presenta para probar mi amor. Ahora más que nunca, bendigo a Ud. con todo el afecto de mi corazón, y pido a Dios confirme en el cielo lo que yo hago desde la tierra.

J. Antonio.

Tacuba, Abril 10 de 1885.

Queridísima Hija:

He recibido sus gratas del 12 y 26 del próximo pasado y con ansia deseaba contestarlas, pero los quehaceres no me han dejado. Cuando tomo la pluma para escribirle, desearía ocuparla en celebrar los progresos de esas niñas, y no en reprender lo que setenta mil veces se le ha corregido. ¡Dios nos dé paciencia! Lo que importa mucho es que Ud. no tire la cruz; que confíe en Dios; y que no aparte de su pensamiento que: Su santificación consiste en el exacto cumplimiento de las obligaciones que tiene actualmente. Mucha paciencia y mucha prudencia y sobre todo mucho amor a la Congregación, es lo que le recomienda quien diariamente la bendice y ruega a Dios por Ud. constantemente.

J. Antonio

México, Julio 20 de 1885.

Queridísima Hija:

Correspondiendo a los deseos de Ud., le digo: doy la licencia para que Matilde, en atención a sus achaques, NO SE SUJETE al Reglamento de la Congregación, con tal de que esto no trastorne a la Comunidad. Espero que ante los ojos de Dios esto no alterará en nada el mérito de Matilde, pues es de buena intención, y sus buenos servicios a la Congregación, suplirán todo.

Cuídenla mucho y evítenle los derrames de bilis, cuanto fuere posible.

Ármese de mucha paciencia y confianza en Dios. En cuanto yo hago tienen parte Uds. y son inseparables de mí ante Dios. Su Padre en Jesucristo que la bendice con todo el corazón.

J. Antonio.

S. Lorenzo, Agosto 9 de 1885.

Ayer recibí su grata del 30, y la leí en el camino para ésta.

Impóngase de la que adjunto para Francisca Velázquez. De Francisca Herrera le digo que difícilmente se prestará su carácter para Enfermera; para Procuradora de Sn. Luis, la declaro inepta. Me alegro que no pueda Ud. darles a todas el carácter de Francisca Herrera, pues así echaría Ud. a perder la Congregación. Lo que es buena en ella que Dios la hizo así, no lo sería en las demás; más me gusta S. Francisco de Sales que San Bruno. Creo que para fin de año podré aliviarla en esos trabajos. Se está verificando mi profecía, de que a la par del templo se iría levantando la Congregación. Ya en otra ocasión, daré a Ud. razón de todo.

Si necesita Ud. alguna cosa, pídamela.

Mi salud es perfecta, estoy gordo, trabajo mucho, cosecho más, y soy muy feliz. ¡Bendito sea Dios! Memorias a todas.

Que Dios le dé mucho Valor y Confianza, y me la conserve muy sana y muy fuerte son los deseos de quien la ama y bendice en el Señor.

J. Antonio.

Tacuba, Septiembre 13 de 1885.

Antes de encerrarme con los ejercitantes del Clerical, que es esta tarde, quiero contestar sus gratas del 24 de Agosto y 5 de Septiembre.

Le recomendé a Ud. la FRANQUEZA Y SINCERIDAD no para conmigo, pues a mí siempre me la ha tenido, sino para con las Congregantes a fin de que las pueda dirigir y que ellas no anden con chismes con los confesores, cosa prohibida en el Reglamento. Mucho deseo que Ud. venga por acá, pero ni es buena la época ni las circunstancias lo permiten.

No le recomendé a Ud. la prudencia porque ya se la tengo recomendada y porque esa virtud la exigen todos los hombres y uno mismo siente cuando falta; mientras que con la FRANQUEZA y SINCERIDAD está peleado el mundo y todos creen que es una heroicidad el engañar y mentir a mano salva. Además, le hablé a Ud. de no hacerse temer sino de INSPIRAR CONFIANZA a sus súbditos, y de no valerse de engaños y falsedades para descubrir la verdad. “Vale más una vez colorada que doscientas descoloridas”. Su Reglamento es su salvaguarda para con todo. Cúmplalo siempre.

Mi templo está muy aguado; ya los cimientos tienen siete varas de profundidad y aún no hallamos tierra firme; si así seguimos costarán más los cimientos que el edificio. Dios quiere que lo que se hace en honor suyo nos cueste trabajo.

Memorias a todas. Su Padre en N. S. J. C. que mucha la estima y bendice de corazón.

J. Antonio.

Tacuba, Junio 30 de 1887.

Pocas han sido las horas que no me he ocupado de Uds. o sea de estudiar y meditar el sólido fundamento y establecimiento de la Congregación, a cuya cabeza Dios se ha dignado colocar a Ud. para que la dirija, gobierne y aumente. Es Ud. muy pequeña para semejante empresa, no hay que dudarlo, pero el Dios que a ella la ha llamado, es omnipotente e infinitamente bueno, y en El debemos poner toda nuestra confianza. ¡Valor y Confianza! No desmaye Ud. por nada de esta vida, y en todas sus cuitas corra luego al altar a fortificarse. La obra que hemos emprendido es de Dios, y El no nos negará sus gracias que para ella necesitamos. Los sufrimientos que hemos tenido hablan muy alto. Mucho le recomiendo a Ud. la

OBSERVANCIA DEL REGLAMENTO en los establecimientos. Que todas se empeñen en hacerse dignas esposas de Jesucristo y útiles para la Congregación. Que las Postulantes que dejé admitidas y por admitir, que sean útiles para la enseñanza, se entreguen con empeño y asiduidad al estudio de Religión, lectura, escritura y aritmética; y tanto a éstas como a las coadjutoras que no las deje de la mano ni la Maestra de Novicias ni Ud., ejercitándolas en la humildad y demás virtudes. Mucho le recomiendo la sentencia de San Francisco de Sales: “Más moscas se cogen con una gota de miel, que con un barril de vinagre”. Procure ganarles a todas el corazón y la confianza. Sea Ud. una buena Madre; quíéralas mucho a todas, y cuide que nada les falte ni para el alma ni para el cuerpo, tanto a las del colegio como a las del asilo.

En cuanto a salidas fuera de casa, sujétese al Reglamento y al espíritu religioso, cuyos pies deben ser la CARIDAD y el BUEN EJEMPLO.

Escríbame largo y seguido, aunque a Ud. le parezcan tonterías, pero dándome razón de todas esas hijas que me son tan caras y bendigo a toda hora.

J. Antonio.

Tacuba, febrero 15 de 1888.

Muy estimada Hija:

Hoy miércoles de Ceniza, contesto su muy grata del 31 de Enero, pues temo ocuparme más y más cada día. Muy bien ha cumplido Ud. con mis órdenes y ha obrado con mucho acierto en cuanto le tenía encomendado.

Las recién llegadas están aliviadas de sus males, especialmente Teodosia. La fábrica del Asilo camina con velocidad, pero como es muy grande difícilmente quedará terminada para Marzo. Ya le avisaré a tiempo, pues mi deseo es que venga usted a abrirlo.

La última que me quedaba de las últimas cinco que vinieron de Guanajuato, la voy a despachar, pues no tenía vocación; en cambio, Dios me mandará otras mejores. S. Felipe se manejó muy bien este año. Memorias, y mi bendición a todas.

J. Antonio.

México, octubre 29 de 1888.

Muy querida Hija:

Llegó por fin su grata del 23 y acalló nuestras murmuraciones, pues nada bien nos pareció que se haya Ud. ocupado de encargos etc. sin poner un solo renglón a quienes deben ocupar el primer lugar por ser hijas que Ud. ha adoptado ante Dios y la Iglesia.

Yo volví de Puebla en 23, sano y contento, fortalecido, y resuelto a trabajar en el perfeccionamiento de Uds. Paso a contestar sus preguntas: 1º Ud. no atienda a chismes ni a tristezas, sino al cumplimiento de sus obligaciones, que son las que le han de servir de norma en todo. 2º Si Vicenta, sólo ha de servir para dar guerra y molestar a las demás, vea Ud. lo que hace con ella, y dígaselo clarito. 3º Ignoro por qué Ud., no me avisó nada de Ejercicios, ni de la llegada del Dr. Mora. ¿No deberé yo acaso saber cosas que pasan en mi casa?

Que Dios la enseñe a cumplir las órdenes de su Padre en J. C.

J. Antonio.

Durango, Junio 15 de 1889.

Muy Estimada Sra. Presidenta:

Son en mi poder sus muy gratas, fechadas el 27 de mayo y 5 y 6 del corriente, a las cuales no había contestado por falta de tiempo, y lo hago ahora con sumo placer.

1º—El Sr. Arzobispo puede colocar en ambos Asilos, 33 personas en cada uno, de diez años para abajo y que tengan los requisitos de reglamento.

2º—Con las Congregantes: no será admitida ninguna, sino las que reúnan los requisitos del Reglamento.

3º—Hizo Ud., muy bien es desahuciar a la de cuarenta años, y que había estado en otras comunidades.

4º—Visite a la de San Joaquín cuantas veces pueda y lo juzgue conveniente.

5º—Haga Ud. en las casas cuanto juzgue conveniente para el buen orden, adelanto y comodidad de las Congregantes y huérfanas. Ud. es la Superiora General y debe ejercer su cargo. En caso de duda, reúna su Consejo.

6º—Pronto tendrá Ud. por allá unas postulantes que he escogido, y entre ellas, una que toca el piano y sabe canto; en todas tengo confianza; por ser fruto de San Antonio, y mis sudores en Durango.

Permaneceré aquí hasta el 1º de Julio; llegaré a San Luis el 5, y marcharé luego a Catorce, donde permaneceré por lo menos todo Julio; dígolo a Ud. para que me escriba, por lo menos cada ocho días. Mis memorias a todas. Pidiendo a Dios que la ilumine, dirija y acompañe me despido bendiciéndola con todo mi afecto y encomendándome a sus oraciones.

J. Antonio Plancarte.

Sombrerete, Julio 4 de 1889.

Muy Estimada Hija:

Al recibir Ud. ésta, probablemente ya habrá recibido la que llevó Dña. Carmen Contreras, conductora de las Postulantes Ma. de Jesús Villarreal y Joaquina Villa.

La primera es de talento, instruida, canta y toca bien, y tiene una santa madre: su salud es algo delicada debido a las contradicciones que tuvo en su vocación; pero creo que alimentándola bien, mejorará del todo. Puede Ud. permitirle que toque el piano y les enseñe cánticos sagrados, quedando todo a la discreción de Ud.

La segunda, es excelente muchacha y de muy buena familia, pero que quedó en la miseria, goza de buena salud según los médicos.

Llegarán junto con ésta o poco después: Dña. Genoveva Soto, viuda muy caracterizada y caritativa de buen genio y salud; Ma. de Jesús, sobrina de Dña. Genoveva y costeadada por ella. Otilia Aguirre, segundo volumen de Emiliana, pero de más talento y menos salud; la cual le recomiendo mucho en la alimentación y en que no la pongan a quehaceres fuertes. También irá Carmen Castañeda, muy buena muchacha, que hizo voto para Teresa, pero que su salud no le permitió cumplirlo, y va a probarse.

Recomiendo a Ud. que las alimente bien, que no les carguen de quehacer sobre sus fuerzas, y las guíen con dulzura y suavidad.

He terminado mi Misión en Durango, muy satisfactoriamente, y llevo muy buenos recuerdos. Por los frutos que les he recogido para la Congregación conocerán el árbol. Bueno fuera que mientras yo me afano en cosecharles gente, no se me pudriera la cosecha. Naturalmente que el demonio me haga la guerra, pero también es natural que Uds. no se dejen vencer hasta morir. Digo esto por los caprichos y lágrimas de algunas congregantes. Hoy voy de camino para San Luis en este mismo tren, y voy perfectamente bien. Creo que allí permaneceré uno o dos días y luego saldré para Catorce.

Las bendice con todo su afecto y particular cariño su Padre en J. C.

J. Antonio.

Sta. María del Río, Agosto 6 de 1889.

Estimada Hija:

Casi a un tiempo recibí sus cartas fecha 1 y 2, y el 5 que salí de San Luis comencé a contestarle.

Quedo enterado de lo de Sofía y de lo resuelto por el Sr. Arzobispo, en lo cual estoy conforme, siempre que la interesada no cause perjuicio a la comunidad, pues en tal caso, se le avisará al Sr. Arzobispo, para que se vaya al convento que guste. No es el diablo, sino Dios quien hace todas estas cosas para librarlas a Uds. de gente sin vocación y espíritu. Siento los males de las Antonias y estoy con pendiente. Llegó el alba, pero por un apego de Ud. (mal entendido) a la obediencia le hizo no discurrir en agregarle un amito. Sobre confesiones de niñas, ya contesté a Genoveva, y también sobre los lugares vacantes. Ud. váyase con mucho tiento y no haga caso de chismes, y no hable de ellos con nadie, sino sólo con su Consejo. Quedan contestadas sus dos cartitas.

La bendigo en unión de todas especialmente de las enfermas.

J. Antonio.

Santa María del Río, Agosto 10 de 1889.

No cabe duda que llueve en mi milpita. Hace un mes que cada correo me trae alguna noticia desagradable, incluso la que acabo de recibir del P. Mora, con un telegrama de Roma, y la de Ud. ayer, con la gravedad de

Antonia, que he sentido en el alma, muy especialmente porque no le he llegado a poner ni un solo renglón en contestación a sus muchas cartitas. ¡Dios la alivie si ha de ser para su gloria!

Deme descripción del S. Viático de Antonia, y no me tenga sin razón de ella, aunque sea escríbame dos renglones diarios.

Estoy rendido, pues acabo de bajar del púlpito, del sermón del juicio.

A todas las bendigo y muy especialmente a Ud. para que Dios nos dé mucha paciencia y conformidad.

P. D. “Dios aprieta, pero no ahorca” en este momento acabo de recibir la noticia de la conversión del principal personaje de Sta. María, y por quien especialmente vine a dar esta misión. ¡Bendito sea Dios

J. Antonio.

Sta. María, Agosto 16 de 1889.

Como en tu grata del 11 me anunciabas que Antonia estaba en el término crítico del tifo, hoy al abrir tu carta creí saber el desenlace, pero es tu carta fecha 9 la que ha llegado, y me he quedado con Damocles, con la espada sobre la cabeza. ¡Que se haga la voluntad de Dios! Ya esperaba yo las buenas disposiciones de Antonia, y no podía ser de otra manera, pues se ha consagrado a Dios y ha sido fiel a sus promesas.

Muchísimo te agradezco tus cartas diarias informándome sobre la enfermedad de Antonia, y haces bien en decírmelo todo, aunque creas que me duele, como en efecto me duele; pero ya estamos en la reata y tenemos que bailar. A todas me las saludas y que les agradezco cuanto hayan hecho por Antonia.

Ya concluí la misión, pero no he podido salir hoy para San Luis.

Tu afectísimo Padre en J. C. que te bendice y pide a Dios que te ayude y te dé fuerzas.

J. Antonio.

Zacatecas, septiembre 1º de 1889.

Queridísima Hija:

Acabo de recibir sus gratas de 28 y 29 del próximo pasado y me alegro de que ya las enfermas estén buenas, y que Ud. siga mejor de la garganta.

Entendió muy bien mis órdenes sobre escribir diariamente durante la gravedad de Antonia; ahora que ha pasado escríbame Ud. por lo menos cada semana, y cuando no pueda, que otra escriba y Ud. firmará.

La carta de Francisca B. fue Dios quien me la mandó, como lo verá Ud. por la que ella me ha escrito pidiéndome una contestación terminante y en dos palabras. Allí mismo se la pongo tal cual ella la desea; enséñesela y archive la carta.

Dice Ud. "Aunque me duela deshacer lo que hago". Nunca debe dolerle hacer lo que le manden en razón y conforme al Reglamento, pues eso indicaría mucha soberbia, por parte suya, la cual no tiene en qué apoyarse, pues ahora está Ud. aprendiendo su oficio, y necesita que le corrijan todo lo mal hecho.

Hace muy bien en corregir a Francisca V. todo lo malhecho, pero en su corazón nunca olvide que está enferma y que hay que tenerle mucha paciencia.

Siempre que pueda lea las cartas que les escribo a las niñas y avíseme qué efecto les producen; pero nunca se las retenga, sino entrégueselas.

Nada me queda que decirle sino que las salude a todas y les dé mi bendición.

Su Padre en J. C. que no la olvida.

J. Antonio.

Tacuba, Marzo 16 de 1892.

A la Sra. Presidenta de la H. M. I. G.

Muy querida Hija:

Contra toda mi voluntad he dejado de contestar sus cartas, pero los negocios se me han cargado hasta no más poder con ellos. Estoy ahora dando ejercicios a las postulantes y a las que no los hicieron con Uds. A Mercedes González la voy a mandar a su casa, pues no tiene patas para gallo. Matilde, está en la Escuela Parroquial; Dolores y María irán a Nazaret, a sustituir a Asunción y a Francisca, quienes volverán con Da. María. ¡Ya ve Ud. cuánto negocio he tenido!

Su Santidad León XIII dio un Decreto para Religiosas que se reduce:

1º—Que ya *no se dé cuenta a las superiores*, ni éstas traten de *indagar nada de conciencia*.

2º—Que las Superiores no se metan en dar ni quitar comuniones.

3º—Que cuando pidan las súbditas otro confesor, se les conceda sin manifestarles repugnancia, ni preguntar la causa.

Sujétese a todo esto desde luego y a su tiempo mandaré el Decreto.

A todas las bendigo con el afecto de mi corazón.

J. Antonio.

Tacuba, Abril 4 de 1892.

Amada Hija en N. S. J. C.

Recibí su cartita y celebro que todas sigan bien y trabajando SEGÚN EL ESPIRITU DE LA CONGREGACION.

Yo muy ocupado, pero esperando desocuparme, y metiéndome en nuevos enredos todos los días, pues nací para estropajo.

Guarde Ud. las dudas del Decreto para cuando vaya a visitarlas que no ha de ser muy tarde.

Ahora estoy en fábrica, pues casi estoy haciendo de nuevo la casa que fue del Sr. Provisor.

Esta página la consagraré a felicitar a Ud. en el día de su Santo, pues para ese día difícilmente podré hacerlo. Le deseo a Ud., y así lo pediré a Dios, que sea lo que yo quiero y deseo para bien de la Congregación y de las almas, especialmente la de Ud.

A Luisa le devuelvo su carta corregida por una Novicia, pues he dicho que no contestaré ninguna carta que traiga faltas gordas de ortografía.

A todas las bendice su amante Padre que les desea todo bien.

J. Antonio.

Tacuba, Marzo 16 de 1893.

Querida Hija:

Sin ninguna suya que contestar le pongo estos renglones de despedida para Oaxaca.

Como se han manejado bien sus hermanas de Tepexpan, pienso cumplirles mi promesa de que vengan a pasar acá los días Santos y la Pascua; salvo que para ello viere Ud. algún inconveniente, lo cual comunicará Ud. a tiempo a su Superiora.

Dios la bendiga, Su afectísimo Padre en J. C.

J. Antonio.

Tacuba, Octubre 17 de 1893.

Amadas Hijas en N. S. J. C.

El día 13 se abrió la casa de Ancianas crónicas, consagrada a Jesús, María y José, y ya tenemos seis de ellas.

Victoria Lozano es la Superiora, y Catarina, Luz Gayón y Marta, las ayudantes. Como esa casa es del contentillo y para ejercitar la más heroica PACIENCIA, voy a dejar un departamentito para las congregantes que no estén bien con nadie ni en ninguna parte, para que vayan a vivir en unión de las enfermas crónicas y bajo el ligero reglamento de ellas.

Ya se está arreglando la Fundación de Tehuantepec para abrir la casa en Diciembre. Probablemente la Sra. Presidenta irá de Fundadora por algunos años, pues Rafaela, que es la que me piden no puedo quitarla del Colegio. Si alguna de Uds. deseara acompañar a la Sra. Presidenta a aquellas lejanas, calientes y necesitadas tierras, puede manifestármelo con toda sinceridad, y la propondré al Consejo para ver si la juzga adecuada para el puesto.

A esas partes, *deben ir con buena voluntad*, las que vayan, *y no por pura obediencia*. Naturalmente ésta va a ser la más difícil de las fundaciones, pero la más útil, necesaria y fructífera de todas. Pidan mucho a Dios que obremos con acierto.

Espero que Felisa e Isabel habrán adelantado mucho, cada una en sus ramos respectivos, y que me darán una grata sorpresa dentro de un mes que vaya a examinarlas.

Observen y estudien mucho la vocación de la que han solicitado venirse a la Congregación, para que puedan Uds, darme informes concienzudos y verdaderos, cuando se les pida.

Sin tiempo y sin más asunto me despido bendiciéndolas con todo mi afecto.

J. Antonio.

Tacuba, Febrero 15 de 1897.

Amadísima Sra. Rectora.

Por cartas de allá supe que estaba Ud. muy mala de tos, y me apresuro a decirle que si el médico juzga que se alivia Ud. con cambio de clima, puede Ud. hacerlo, pues nuestro deber es prolongar la vida hasta donde se pueda. La Sra. Presidenta ha tenido que demorarse en Campeche porque nos han confiado el Hospital, y el 24 se embarcarán 8 Congregantes. Este es un milagro de San Felipe, profetizado por mí para cuando se estrenara el templo. Con Soledad arreglaré Ud. lo de sus postulantes, para que yo no vaya a salir como con la otra.

Deles ésta por suya a todos y reciban la bendición de su afectísimo Padre.

J. Antonio.

Tacuba, Febrero 22 de 1897.

Querida Hija:

Guadalupe llegó bien y acaba de irse para Veracruz, dejándome edificado con su conducta.

Cuando uno busca los empleos hay que temer el mal resultado: cuando Dios se los da a uno es seguro el buen éxito, pues con el caro da las fuerzas.

Dolores, portadora de la presente, va a encargarse de la clase que tenía Guadalupe. Cúdelas Ud. mucho al principio en el modo de enseñar, pues no tiene práctica. Ella es dócil y de buen corazón, y por eso creo que no le dará guerra.

Las bendice su afectísimo Padre.

J. Antonio.

Tacuba, abril 22 de 1898.

Amadísima Hija:

Acabo de recibir su carta fecha 13, y aunque acostumbrado a los golpes, me ha dolido el de Juana, por falta de personal, y por temor de que les entre el pánico a las demás. ¡Dios quiera suba para animarlas y no para descorazonarlas! Afortunadamente, Ud. ya está acostumbrada a la desgracia pues ha participado muy de cerca de todas las mías. Ahora más que nunca bendigo a DIOS, por haber Ud. acompañado a las de Izamal. Ojalá y a la recomendada por el Sr Mejía sigan otras, pero con verdadera vocación. La vocación viene de Dios y Dios no la da a los que no la merecen. En mis mocedades conocí en Roma a dos ricos campechanos que eran modelos de devoción y virtud. Ahora ya degeneró la raza, y no puede haber vocaciones en Campeche de Baraúnda; pero sí mucha masonería. El Sr. Obispo y Uds. son los que han de voltear el cubilete para que vuelva a haber gente piadosa.

Puede Ud. venirse cuando su presencia por allá no sea necesaria. ¡Dios la cuidará!

Su Afmo. Padre que la bendice y coloca en la llaga del Costado de Cristo.

J. Antonio.

7

ENFERMAS Y ENFERMERAS

México, Julio 2 de 1882.

La paciencia en los trabajos da a conocer el espíritu de una persona, con tanta seguridad, como la piedra de toque que nos distingue el oro del cobre. Aquél que al más pequeño trabajo gime, llora, se queja, es porque le falta la paciencia. Descubre el oro del cobre. ¿"Pero qué no podemos quejarnos"? Si os quejáis de pequeñeces, dice San Alfonso, dignos sois de compasión, pues es señal de que tan mala está el alma como el cuerpo.

El venerable Juan de Avila para quitar a un Sacerdote la tentación de estar pensando en lo que haría si tuviera salud, le dijo: "No os empeñéis en discurrir lo que haríais en buena salud, sino contentaos con estar enfermo hasta que Dios quiera".

El desea saber si sois de oro o de cobre, y por eso os ensaya con la enfermedad. Cuidado con descubrir el cobre, ahora que el Señor os ensaya con la piedra de toque de la paciencia en los trabajos.

No hay que andar pensando en lo que haríamos, ni en lo que haremos, ni en lo que dejamos de hacer, sino que hagamos ahora la voluntad de Dios.

Julio 2 de 1882.

Nuestras penas, quedan generalmente ignoradas, pero ante los ojos de Dios aparecen como flores encantadoras, nacidas al pie de la cruz, las que servirán para adornar nuestras almas de sin igual y eterna hermosura.

Cuando Dios ve una alma que no es capaz de soportar joyas de oro macizo, es decir grandes tribulaciones, la adorna de florecillas del calvario, esto es, de pequeñas cruces.

¿Estas florecillas faltan? No, no son otras que la punzada, el dolor de cabeza, el cansancio, el desengaño, la tristeza, la contradicción. ¡Cuánta crucecita! mejor dicho,

¡cuánta florecita! y ese ramillete lo podemos formar diariamente con tan variadas flores.

Hagamos uno de rosas de caridad, azucenas de pureza, violetas de humildad, pensamientos múltiples de nulidad propia, sempiternas de resoluciones buenas, y atémolos con la liga de nuestros votos . . . Adiós.

J. Antonio.

Marzo 25 de 1883.

Recibí a un tiempo sus gratas del 13 y 19 de Febrero y ambas me anuncian que la salud de Ud. es buena pero que la amargura no se endulza. Esto me llena de consuelo, pues así como los amargos entonan el estómago y preservan la carne de la corrupción, así las amarguras entonan el alma y la preservan del pecado. Hace un año que Ud. voga en un mar de amarguras, donde ha sufrido Ud. horribles penas y trabajos, pero estoy seguro de que en ningún año habrá ofendido a Dios menos y amándolo más, que en este tiempo, ¿no es verdad? Vamos las pruebas. Nunca había conocido y estimado tanto los beneficios divinos, ni su vocación. Nunca había tenido tantos desengaños de nuestros enemigos del alma. Nunca se había encomendado tanto de corazón a Dios y sus Santos. Nunca se había despegado tanto de los parientes y cosas mundanas.

Nunca había ejercitado tan heroicamente la obediencia como ahora que tuvo que andar recorriendo los tribunales de Anás, y Caifás, Herodes y Pilatos; ni la pobreza y humildad, como ahora que ha andado de casa en casa; ni la paciencia y mansedumbre, como ahora que se ha visto rodeada de tantos trabajos y privaciones, y perseguida aun de los que debieran protegerla por obligación natural y de conciencia. Nunca, en fin, hubiera Ud. podido imitar mejor a Nuestro Señor Jesucristo, que en esta temporada de

tribulación. ¿No es esto una dicha, una verdadera felicidad?

La carne se resiste a sufrir y padecer, es verdad, pero por lo mismo que ella no tiene voluntad de padecer, es una felicidad y un favor celestial, que Dios la haga padecer por fuerza y nos dé su gracia para resistir, como lo ha hecho hasta ahora con Ud. Si la muerte se acercara a Ud. y a la más feliz de sus hermanas de Jacona o a sus mismos perseguidores, ¿quién la recibiría con más gozo y la saludaría como amiga y bienhechora? ¿quién moriría más tranquilamente? ¿quién habría expiado mejor sus pecados? ¿quién pasaría más pronto del purgatorio al cielo? Yo aseguro que Ud., y creo firmemente que Ud. misma se siente mejor dispuesta ahora para morir que en los mejores días de su vida. ¿Y podrá haber mayor beneficio que una buena muerte? ¿De qué le servirá al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? No, hija mía; no hay que retirar el cáliz de la boca, sino apurarlo hasta las heces. Pedirle a Dios gracia y fuerzas para sufrir y nada más. El mandará un Angel confortador como hizo con Nuestro Señor en Getsemaní. Hoy es Domingo de Resurrección, y tenemos un motivo de esperanza y de consuelo comparando su vida con su resurrección. Nació pobre y en un establo, abandonado de todos; vivió abandonado y luego perseguido; murió abandonado, pobre y perseguido; ¿no es verdad? Pues bien, apenas expiró en la cruz, tuvo amigos nobles que lo desclavasen; cortejo fúnebre para que lo acompañase a la tumba; sepulcro gloriosísimo que lo recibiere difunto; guardia escogida para que custodiase; duelo profundo en el cielo, la tierra y los infiernos; luto general en todo el universo y un glorioso y magnífico triunfo en su resurrección, que aun hoy celebramos todavía, y que llena nuestras almas de indecible gozo y alegría. ¿Qué será posible que igual cosa suceda con los que padecen con paciencia por Jesucristo? Sí, hija mía; quien muere con Cristo resucita con Cristo,

busca las cosas de arriba y las saborea, y no las que están sobre la tierra. Valor y constancia, y no hay que apartar el cáliz hasta no beber las heces. Memorias a esas buenas religiosas, y ruegue Ud. por quien nunca la olvida en sus oraciones y la bendice a toda hora.

Abril 6 de 1883.

Si Jesucristo tuvo tristeza mortal, ¿qué extraño es que nosotros la sintamos? Lo que sí importa es no dejarnos dominar de ella y exclamar: ¡Valor y Confianza! Si Jesucristo rescató nuestras almas a fuerza de trabajos y penalidades, a buen seguro que nosotros ganemos el cielo con regalos y placeres. Los trabajos son la moneda con que se compra la eterna bienaventuranza. El evangelio de hoy nos dice que “llevemos la carga de los otros” ¿y cuál es esa carga? La tristeza, el mal humor, las enfermedades, las contradicciones, el genio, la falta de educación, la ingratitud, la calumnia, las injusticias, etc. Para llevar estas pesadas cargas, se necesitan fuerzas; estas fuerzas, sólo la virtud puede darlas; de suerte que por la carga que llevamos podemos conocer el tamaño de nuestra virtud. En una Comunidad es indispensable este precepto evangélico, de AYUDARSE A LLEVAR LA CARGA MUTUAMENTE, y cuando se nos ladea el tercio o cae la carga, es cuando sentimos cosas muy feas. La cruz que hizo caer a Nuestro Señor y que lo mató, fueron nuestros pecados. La caridad fue la que le dio fuerzas para llevarla a costas, y valor para morir en ella. Armémonos de CARIDAD e iremos como los buenos machos, siempre adelante del atajo, galopando y dando mordiscos de verde por el camino; y que el atajador le halle junto a la puerta de la posada celestial.

Roma, Abril 6 de 1883.

Muy estimada Hija:

Recibí tu grata de 7 de febrero, en la cual me confirmas tu vuelta al colegio, tus deseos de venir a Tacuba, etc.

No se me han olvidado tus encargos para S. Luis; y también te cumpliré el de ir a Tierra Santa, pues dentro de cuatro días saldré para allá. Esto en nada retardará mi vuelta, pues los negocios seguirán aquí en Roma su curso, mientras voy yo, y nunca podré regresar antes de Julio.

En todo y por todo nos debemos poner en manos de Dios, pues sólo Él sabe lo que más nos conviene; dígolo por la tardanza de la ida a México. No hay que poner la vista en nada, sino sólo en Dios, que es quien lo gobierna todo. No contando con el día de mañana debemos aprovecharnos el de hoy que es el que está a nuestra disposición. Salúdame a tu familia y a todas tus compañeras y recibe el afecto y bendición de tu Padre en J. C.

J. Antonio.

París, Agosto 20 de 1883.

Estén tranquilas y sigan en sus buenas obras buscando la perfección cristiana. Nada teman aunque la tempestad les aturda los oídos. Oigan poco y hablen menos; es cuanto les encargo. Háganse dignas de su vocación por medio del exacto y fiel cumplimiento de sus deberes, es todo lo que importa, para que el Señor les colme la medida de sus buenos deseos. La tierra vale poco porque no cuesta trabajo hallarla; el oro vale más que la plata, porque es más difícil encontrarlo; y los diamantes valen mucho más porque se fatiga mucho para hallarlos y pulimentarlos. El trabajo es pues, lo que da valor a las cosas. Si no tuviéramos tantos trabajos, penas y sudores en nuestra

Congregación, poco o nada valdría. ¡Benditos sean esos trabajos, señal inequívoca del gran precio de nuestra obra!

¡Que vengan cuantos Dios quiera, pues en cada uno tendremos una prueba de que nuestra obra es buena y santa y de un precio inestimable! ¿Valor y Confianza? y no pensemos en lo que comeremos y vestiremos, pues todo se nos dará por añadidura. ¿No veis como cuida Dios las rosas del jardín? ¿Pues cómo han de perecer las Hijas de María Inmaculada? Que Dios las haga santas y pacientes en los trabajos es cuanto les desea quien las bendice en el nombre del Señor.

J. Antonio.

París, Agosto 24 de 1883.

Siento que se le hayan cargado las enfermedades, y espero que les habrá sacado copioso fruto de paciencia. Doy gracias a Dios de que hayamos salido con bien de las mexicanas; si es que bien puede salir quien hace favores en el mundo. Mucho me temo que el descanso que Ud. espera de mi presencia, se convierta en fatiga y mayores angustias. Si seguimos a Cristo, no hay camino más corto que el de la amargura. Valor y Confianza es lo que hemos de tener en abundancia, para no dejar la empresa comenzada.

Según parece, el Señor quiere que llevemos la cruz sin cireneo, y por consiguiente vamos haciéndolo así. Que Dios la bendiga y la llene de cuantas gracias necesite para coronar la grandiosa obra que nos ha confiado.

Vichy, Agosto 30 de 1883.

No fue la carne, sino el espíritu; no los hombres sino Dios, los que me inspiraron la Congregación; creí de mí deber decirles que buscaran mejor guía, que las condujera por caminos menos espinosos al fin propuesto. Pero

supuesto que están conformes en seguir padeciendo, vamos adelante, y ya sea de cerca o de lejos, seguiré al frente de tan buenas hijas, dirigiéndolas de palabra o por escrito.

Lo que sí importa es que se consideren no sólo destetadas sino listas para emanciparse. En manos de Uds. pongo la obra de la Congregación, y a Uds. toca no dejarla morir y coronarla de esplendor y gloria, contando conmigo para cuanto fuese útil. No me fijé en que Uds. no me hayan dado el pésame, pero sí en lo fino que se portaron para con Angelita y la familia. “Obras son amores y no buenas razones”. Ya pronto será mi marcha para México, y veremos si allá de más cerquita puedo aliviarle su carga.

Tenga mucha confianza en Dios; no nos cansemos de pedirle socorro y armémonos de confianza y resignación para cuanto fuere Su Voluntad.

México, Diciembre 28 de 1883.

Queridísimas Hijas:

No tengo tiempo sino para desearles un año muy feliz en el servicio de Dios y en el cumplimiento de su votación. Que Dios disponga de nosotros como convenga a su gloria. Que nosotros seamos dóciles a la Divina Voluntad. Que los días que nos quedan de vida nos aprovechemos sufriendo por el amor de Dios y haciendo cuantos bienes se puedan.

Esta es la bendición que les envía su Padre.

J. Antonio.

Abril de 1885.

Queridísima Hija:

Recibí la que me escribió en tiempo de la peste, y me supongo que trabajaría de lo lindo para atender y cuidar a tanto enfermo. Muchos escalones ha de haber subido en el monte de la Perfección durante esa época. Según entiendo, Ud. sigue tan recargada de quehacer, como yo la hallé, pues es difícil hallar gente con los requisitos necesarios para el Colegio. No se olvide de tener a Dios presente en todas sus obras y ofrecérselas con todo el corazón. No caiga en la tentación de que sus obras y trabajos son inútiles para su santificación, pues pocas ha de haber más gloriosas que la de ayudar a la formación de buenos Eclesiásticos. Cuide mucho su salud para que no se me vaya a inutilizar. Reciba la bendición y afecto de su Padre en J. C.

J. Antonio.

Tacuba, Febrero 27 de 1887.

Aunque sea dos renglones te voy a poner para contestar tu cartita, la cual leí con agrado y me alegro de que ya te vaya entrando la conformidad, único remedio a los males físicos y morales, pues así se sienten menos.

Las molestias de por acá no valen nada, son cosas de periódicos mal aconsejados e intencionados de quienes se ha servido Dios para aumentar la gloria de la coronación.

Mis memorias y bendiciones a todas. Su Padre en J. C. que no las olvida.

J. Antonio.

Tacuba, Julio 23 de 1887.

Son en mi poder sus muy gratas del corriente, cuyo asunto dominante es la grave enfermedad de mi buena

anciana Matilde, última compañera de mis primeros días de ministerio en Jacona. Dios va cortando mis raíces poco a poco, para que llegado el día caiga la débil caña al más ligero soplo. ¡Qué bueno es Dios para conmigo! Tan luego como mi corazón quiere apegarse a cosa o persona alguna, me la quita o me separa de ella. Mal intercesor tiene la pobre Matilde en México, pues nunca he podido pedir sino como el Padre Nuestro: "Hágase Señor tu voluntad". No le puedo desear a nadie la vida, pues la veo tan fea y llena de amarguras que me parece desearle un mal. Cada cual piensa con su cabeza. Mis oraciones y las de todos lo que estamos por acá han sido por Matilde, viva o muerta.

La que dio el dinero de la fundación del Asilo fue la que escogió el nombre. Además, el Noviciado está consagrado a Ntra. Sra. de Guadalupe.

Por otra parte, la advocación de Soledad me parece muy adecuada para niñas que han quedado solas. En cuanto a la continuación del internado en el Asilo de San Antonio, continuará sólo que fuere POSIBLE, llenadas que sean las necesidades de México, que nos está protegiendo.

Bendigo a mi buena Matilde, a Uds., y a todas mis hijas en N. S. J. C.

J. Antonio.

Tacuba, Octubre 1º de 1887.

Parece que por estas tierras han exagerado mis trabajos siendo que no tengo más que los consiguientes a mi ministerio. Las calumnias y chismes de la prensa masónica hasta los ignoro, de suerte que no me hace ni tantita fuerza. Del clero no tengo que sufrir, pues en nada tengo que ver con él. Estoy pues, perfectamente bien, y trabajo con gusto y con provecho. No me faltan molestias, pero ¿dónde está el que no las tiene? Pobres de los que no tienen mortificaciones, a la hora de la muerte sabe Dios como les irá. Bendice, pues, las mortificaciones que te

resulten del fiel cumplimiento de tu deber, son señal de predestinación.

Tu hermana está buena en todo sentido, y muy ganosa de profesar. Dios se lo conceda. De un día a otro llegarán seis novicias que vienen de Guanajuato; ve, qué buenas son las persecuciones, me han convidado los de Celaya para que predique el día 8 de Diciembre, y he aceptado, de suerte que tal vez allí reciba a las que se han de venir.

Te bendice tu Padre en N. S. J. C.

J. Antonio.

Zacatecas, septiembre 2 de 1889.

Contesto tus cartitas felicitándote por ir ya saliendo de tus enfermedades, las cuales han sido muy penosas, pero te han dado ocasión de manifestar a Dios tu amor, pues las has sufrido con paciencia y resignación, como venidas de sus manos.

Acabo de ver el Sn. Antonio a quien el tullido le tiró con la muleta, y el Santo la cogió y amenazándole con ella lo hizo correr a escape. Esta misma imagen tiene aspecto de enojado desde una vez que el Ayuntamiento no quiso asistir a la procesión y el Santo no se dejó sacar del templo hasta que no vino el Ayuntamiento. También se cuenta que el mismo Santo se sacaba dos tortas de pan del Refectorio todos los días, y se la daba por la claraboya que está arriba del altar, a una pobre viuda, y entonces el guardián le mando cortar la mano en castigo de que por él habían castigado mucho al lego refitolero. La mano está en Roma. Esto me lo ha contado el Sr. Obispo y otras personas respetables.

Salúdame a todas tus hermanas en J. C. en unión de todas te bendice tu afectísimo Padre en J. C. que te desea completo alivio y mucho amor de Dios, y se encomienda a tus oraciones.

J. Antonio.

Toluca, Agosto 29 de 1893.

Amada Hija en N. S. J. C.

Entre los consuelos que el Señor se ha dignado darme en estos días, cuento el de esta mañana al leer tu carta llena de amor filial hacia tu buena madre (q.e.p.d.), pero modelo de cristiana y santa conformidad con la divina voluntad. Esa resignación tuya, le habrá alcanzado más descanso que todos nuestros sufragios y oraciones, yo te lo aseguro. Ahora quedará tu corazón más descargado y aliviado en el servicio de Dios, pues tiene una atadura menos que lo ligue a la tierra, y una fuerza más que lo atraiga al cielo.

Tal vez tus sufrimientos en estos meses, llevados con tan cristiana paciencia, fueron los que nos atraieron la bendición de esta nueva fundación, tan inesperada como benéfica.

Ahora más que nunca te bendigo con todo el afecto de mi corazón en unión de tus hermanas y los niños.

J. Antonio.

Tacuba, Noviembre 14 de 1893.

Amadas Hijas en N. S. J. C.

Acaba de llegar el telegrama que nos anuncia la baja de un soldado en nuestro pequeño ejército; la partida de una hermana de nuestro lado, y el vacío de una hija en nuestro corazón. ¡Que se haga la voluntad de Dios! Quisiera hallarme al lado de Uds., para confortarlas y enjugar sus lágrimas; pero hoy más que nunca me será imposible. Por tanto, le ayudaré solamente con mis oraciones, como ya lo hice en la capilla unido a todas sus hermanas e hijas más.

Temascalcingo ha sido la primera ara donde hemos pagado a Dios el tributo de nuestros sacrificios dándole a esta tierra hospitalaria los primeros restos mortales de una Hija de María Inmaculada de Guadalupe; y al cielo una alma que abogará por su amada Congregación.

En ningún tiempo podía haberme pedido Dios una hija con tanto sacrificio como le he dado ésta.

Cuando la juzgaba aliviada y había teleografiado a Tehuantepec la próxima partida de las fundadoras, ¡va llegando la noticia de la muerte de Asunción, y en ese momento probablemente la estaban enterrando! ¡Sea por Dios!

Dios me las cuide y me las defienda de todo mal. Las gracias al Sr. Cura y Sres. por cuanto hayan hecho en pro de nuestra amada Asunción.

Su atribulado Padre.

J. Antonio.

Guadalupe, Abril 30 de 1896.

Amadísimas Hijas de Acayucan:

Empezaré el Mes de María con la obra de misericordia de escribirles a mis hijas ausentes, animándolas a perseverar en la santa y gloriosa obra a que están consagradas. ¡Cuánto gusto me han dado sus cartitas! Si les hubieran quitado los Señorías Ilustrísima me hubieran dado con ellas un rato de placer y descanso de amarguras. A cuanta carta le pongan esos tratamientos, se quedará sin contestación.

Nunca las olvido, pero ahora las tengo presentes todo el día y gran parte de la noche, pues hace un calor sofocante que me hace sudar la gota gorda. ¡Cómo estarán Uds.! ¡Pobrecitas! Dije mal, qué dichosas, debí haber dicho; pues cada gota de sudor es una preciosa perla que les servirá

para entretejer en este mes de Mayo una corona de gran valía, como no habrá otra en este territorio. Con las perlitas que les sobren tejan una y ofrézcanla en nombre de su atribulado Padre que ya no sirve para nada, sino de estorbo a todos.

Consagren el mes de Mayo a las Smas. Virgen y el de Junio a San Antonio, pidiéndoles el triunfo de la causa de su Congregación, que está en vísperas de ser aprobada por la Sta. Sede, los esfuerzos del infierno que ha tratado y trata de devorarla. Pídanle a Dios que me dé mucha paciencia, humildad y resignación, pues los tragos han sido muy amargos, capaces de haberme hecho ahorcar, si no tuviera la gran FE que Dios Nuestro Señor se ha dignado darme.

Las bendice con verdadero afecto paternal, su atribulado Padre.

J. Antonio.

Guadalupe, Mayo 14 de 1896.

Amadísimas hijas en N. S. J. C.

He recibido sus cartitas, y en lo humano me han apenado, pues veo que sufren, especialmente María que se halla enferma. Por otra parte, me consuelo, pues el bien que están haciendo es inmenso, y si Uds. no lo hicieran, ¿quién lo haría? A los climas calientes y malsanos, van los soldados, los comerciantes y los empleados en busca de honores y riquezas materiales. ¿Por qué no han de ir las esposas del Cordero Inmaculado, en busca de almas y de gloria eterna? ¡Dichosas Uds., que sufren con tanto valor, resignación y constancia! ¡Grande es la recompensa que se les espera! Con el alma quisiera enviarles alguna que les ayudara, pero no hay con quien mandarla. Si saben Uds. de alguna familia que tenga que ir para allá, avísenmelo

oportunamente. De mí no tengan cuidado, pues desde que entregué mi causa en manos de la justicia y misericordia de Dios, hasta estoy engordando. Nada más justo que el que me haya cabido la suerte de los palos de los andamios, que luego que se termina el edificio los hacen leña, o los echan al corral. Sólo así me explico y doy cuenta de lo que me ha pasado. Mi tranquilidad de conciencia es el mejor premio. Cuídense mucho y cuídenme mucho a María.

Su Padre que las bendice de corazón.

J. Antonio.

Tepexpam, Agosto 31 de 1896.

Amadísimas Hijas en N. S. J. C.

Mucho he agradecido sus cartas de pésame y los sufragios por mi hermano Luis (q.e.p.d.) Si agradecemos los bienes que Dios nos hace, ¿por qué no hemos de agradecer los males que por orden Suya despedazan nuestros corazones? ¡Que se haga la voluntad de Dios!

Lo que es Luis ya ha de estar descansando, pues tuvo buena vida, santa muerte, larga y penosa enfermedad. Yo soy el digno de compasión, pues me he unido de nuevo al mundo, del cual ya estaba casi separado, y resuelto a morir en el más completo aislamiento. Tengo que ser padre de familia huérfana, y eso es más difícil que ser padre de Uds., pues allá no hay votos ni reglamento.

Acabo de recibir un telegrama anunciándome el desembarque del P. Francisco, en Veracruz. Mañana saldré a encontrarlo hasta Esperanza.

Las bendice de todo corazón su Padre.

J. Antonio.

Tacuba, Martes 13 de Abril de 1897.

Amadísimas Hijas Durangueñas:

Mucho me alegro que se hallen buenas y contentas y espero que este bienestar aumentará con los recuerdos de la Pasión y Muerte de Nuestro Divino Salvador, pues al ver cuánto padeció para salvarnos, se endulzarán nuestras amarguras y sinsabores, por grandes que sean.

¡Cuánto ha sufrido Dios por mí! ¡Qué poco he sufrido por su amor! estas deben ser las palabras mágicas que nos reanimen en nuestros ratos de tibieza y apatía. Piensen en esto.

Las bendigo con todo mi afecto, deseándoles muy felices pascuas.

J. Antonio.

Guadalupe, Junio 20 de 1897.

Amadísimas hijas en Ntro. Señor Jesucristo:

Acabo de recibir carta de Dña. Genoveva, fecha 10, y por ella veo confirmadas las noticias de los telégrafos referentes a temblores de tierra de esa ciudad. Desde la primera noticia que llegó, ni un sólo momento las he olvidado, y bendecido a Dios que las ha librado de tan inminentes peligros. Han visto Uds. una ligera sombra del día del Juicio, y en el Sr. Obispo han contemplado la serenidad de los justos. Han contemplado muy de cerca el poder y la ira de Dios, y estoy seguro que esto las ha alentado a consagrarse a su divino servicio. Por acá no nos han faltado penas, pues el día de San Antonio se convirtió en duelo porque Dña. Rosalía Martínez Negrete se murió la víspera, y no me separé de su lado hasta dejarla sepultada en el Tepeyac. Esta Sra. vino a pasar conmigo la fiesta de San Antonio, y lo logró, pues dije Misa junto a su cadáver.

¡Bendito sea Dios! La Sra. Presidenta llegó el día 3, dejando buenas a las de Campeche.

Como ni tiempo han de tener de leer, aquí concluyo, dejándolas en el S. Corazón de Jesús.

J. Antonio.

Tacuba, Septiembre 25 de 1897.

Amadísimas Hijas en N. S. J. C.

Tales son los acontecimientos en todas partes, que ya no hay previsión ni cálculo posibles; Dios, el diablo por permisión divina, los temblores. La anemia y la Señora Histeria, han echado por tierra todos mis planes.

Estoy como los muchachos que juegan con soldados de estaño; por levantar uno, tumban tres; y así siguen hasta que se enfadan y los guardan en la caja y los arrinconan. ¡Dios nos dé paciencia! Uds. son las más fuertes y las que menos dan guerra, y sin embargo, las excentricidades de sus protectores no han dejado de mortificarnos. No cabe duda que la vida del hombre es una continua lucha, y ¡qué vamos a hacer? No hay más que recibir las cosas como nos llegan; y los días, como vienen.

La enferma llegó anoche, y tengo esperanzas de que pronto se alivie de la anemia que ya padecía desde antes. Como una de las de Tehuantepec se está deshaciendo con los temblores, he dispuesto que se vaya a ésa y que otra la supla mientras pasa ese castigo de Dios.

Las bendice su atribulado Padre.

J. Antonio.

Tacuba, Diciembre 2 de 1897.

Amadísimas hijas campechanas:

Quisiera contestarles a cada una, pero diciembre es para mí un mes con el quehacer de un año, debido a las funciones diarias en la Colegiata, ejercicios, cambios, premios, liquidaciones de cuentas, felicitaciones de año nuevo, etc., etc. Confórmense con ésta, y repártansela como buenas hermanitas. Estuve en Jacona, Cuna de la Congregación, y sepulcro de mi juventud; afortunadamente el caos de papeles y cuentas, ardua tarea de desenredar cuentas de difuntos, no me ha dejado tiempo para sentir mi soledad y abandono, ni para hacer recuerdos que me despedazarían el corazón. ¡Qué bueno es Dios! Regresé a ésta el 27 con el gusto de no haber tenido nada que corregir a las que dirigen aquel Asilo, y de haber examinado y hallado a las niñas muy adelantadas. Aquella gente es dócil y cristiana, y por eso se consiguen mejores frutos y con menos penas. Yo aquí juzgo perfectamente de las penas que Uds. sufren y del desconsuelo que van a sentir en los exámenes, con esa clase de discípulas tan antojadizas y voluntariosas, hijas de padres tan consentidores. Pero ¡qué han de hacer, sino meter el hombro y cargar al Buen Jesús? Afortunadamente nuestro Buen Padre Dios, paga el jornal no según la cosecha que se levanta, sino al trabajo de los jornaleros que cultivan la tierra.

Las bendice de corazón su afectísimo Padre.

J. Antonio.

Tacuba, Enero 2 de 1898.

Queridísimas hijas campechanas:

Acabo de dejar en el Panteón del Tepeyac a mi queridísimo y respetable amigo D. Pedro Escudero, y vengo a disipar mis penas con mis ausentes hijas, y a cumplir con los sagrados deberes de amistad, encomendando el alma del difunto a sus piadosas

oraciones. Pídanle también al Dios de las misericordias que mi muerte sea tan santa, tan resignada y tan valiente, como la de este señor, que a todos nos ha dejado edificados y envidiando sus esclarecidas virtudes.

El Sr. Obispo, mi digno sobrino, me pidió por telégrafo OCHO MAESTRAS para una interesantísima fundación. Si fueran muñecas de barro, pronto accedería a su solicitud, o también si me pidiera ocho HISTERICOTAS u ocho buenas . . . para nada. Ya a ese Ilmo. Señor se le olvidó Tacuba, y no recuerda mi colección de ídolos.

Su campechanita mucho ha ganado en salud de cuerpo, y un poquito en la del alma; de suerte que voy concibiendo esperanzas de reformarla.

Tengo al Sr. Mora de visita suspirando por su Tehuantepec tembloroso.

Su afectísimo Padre que las bendice de corazón.

J. Antonio.

Tacuba, Abril 19 de 1898.

Amadísima hija:

Contesto en ésta todas las que le debo, deseándole que los sudores de esta temporada, sirvan para cosechar óptimos frutos de vida eterna. Así como se acostumbraron a los temblores, creo que se habrán hecho a los calores. Bendito sea Dios que las ha conservado sanas y en buen espíritu.

Sus hermanas siguen cayendo y levantando, pero siempre extrañando a su tehuanitas.

Como Uds. sabrán, penas no me faltan; pero tampoco conformidad.

Las bendice su Afmo. Padre.

Tacuba, Abril 20 de 1898.

Amadísima hija:

Agradezco mucho su carta de pésame y los sufragios hechos por el descanso de la pobre Lola, cuya muerte vino a grabarnos aquel “Estad preparados” que sabemos de memoria, pero que casi nunca practicamos. En mi concepto todas las muertes son repentinas, por largas que sean las enfermedades, pues “la esperanza muere al último”. Ahora mismo tengo tendido a mi buen amigo el Canónigo Olivares, que se enfermó en Coro, el sábado de Gloria. Rueguen a Dios por él. A Uds. también se les murió su encanto, María Margarita Alacoque; pues al fin lo mismo es morir que ausentarse para siempre; en vez de darles el pésame las felicito, pues el tierno corazón de las religiosas, una vez que se cortaron los lazos de la sangre, no debe dejarse lazar por ningún afecto terreno.

Las de Izamal llegaron perfectamente bien, y hasta SAGRADO DEPOSITO tienen casa. ¡Pobre de Nuestro Amo!

Las bendigo desde aquí, ya que no puedo ir a hacerlo allá. Su Afmo. Padre.

J. Antonio.

Tacuba, Abril 22 de 1898.

Amadísimas Hijas de Izamal:

Acabo de recibir su carta fecha 13, de la Sra. Presidenta, en que me anuncia que Dios en sus altos e inexorables juicios, se dignó anticipar sus desposorios con Juana Ruíz, allá en el cielo, el día 12 del corriente. ¡Sea Dios bendito! ¡Dichosa ella que ha muerto con la seguridad de no haber

sido infiel a su vocación! Fue a esa tierra por OBEDIENCIA y ha muerto en su puesto como los buenos soldados, al pie del cañón.

Su muerte amedrentará a las de espíritu débil, es decir a la que se olvidan de las célebres palabras de Napoleón el Grande a uno de sus generales: "En todas partes se muere". Nada menos que ocho días antes de Juana moría mi sobrina Dolores y su hijo Carlos, víctimas de una volteada de la diligencia, en camino a Guadalajara; y antier murió mi buen amigo el Canónigo Olivares, víctima de un vaso de nieve que se tomó el Viernes Santo.

Lo único que siento es la falta de personal para sustituir a Juana, pero me consuela que su muerte dichosa, la abundancia de auxilios corporales y espirituales que tuvo, y las finezas de Mons. Domínguez, P. Mejía y vecinos de Izamal, para con ella y Uds., harán que se levanten cien valientes donde ha caído ese heroico soldado.

Las bendice su Afmo. y contristado Padre.

J. Antonio.

Tacuba, Marzo 19 de 1897.

Queridísima Hija:

¡Con que en ese Hospital hay tísicos, tifosos, locos y mujeres malas! ¡pues nos engañó ese pícaro Gobernador! Nosotros creíamos que era hospital de dolores de muelas, jaquecas, punzadas nerviosas y para gente santa, rica y muy decente. ¡Vaya un buen chasco!

Pero no tengas cuidado le escribiré al Eterno Padre para ver si en el cielo hay un hospitalito para ti y tu compañera. Por allá irá la contestación ¡Dichosos enfermos en manos tan caritativas! Te avisaré para tu consuelo que ayer me escribió el Sr. Fierro pidiendo personal para un Hospital, que se abrirá en Mayo. Acá gracias a Dios, no han hecho falta las que se han ido, ni

harán las que se sigan yendo, pues para todos hay lugar con tal que no arrebaten.

Reza diariamente el Te-Deum, en acción de gracias por el inmenso beneficio que se está haciendo a esas pobres gentes, siendo tú uno de los instrumentos.

Tu Afmo. Padre que te bendice.

J. Antonio.

DIEZ MANDAMIENTOS PARA LAS CONGREGANTES DEL HOSPITAL

- 1º – Amarás a Dios, sirviendo como a ti misma a los pobres enfermos.
- 2º – No te arrepentirás de esta santa obra.
- 3º – Santificarás las fiestas, santificando a los pobres con el buen ejemplo de tus virtudes, y especialmente la CARIDAD Y PACIENCIA.
- 4º – Honrarás a tus Superiores, cumpliendo tus deberes.
- 5º – No matarás a los enfermos equivocando las medicinas, o faltando a las prescripciones del médico.
- 6º – Que la MODESTIA te acompañe en todas tus curaciones, y la buena intención en todos tus actos.
- 7º – No hurtarás con tus descuidos y negligencias: dinero a los bienhechores, vida a los enfermos fama a los médicos y honra a tu Congregación.
- 8º – No levantarás falso testimonio ni al enfermo, ni al médico, ni a tus Hermanas.
- 9º – No desearás la ocupación ajena, ni volver a donde saliste, ni ir a otra parte.
- 10º – No codiciarás nada, y estarás contenta con lo que Dios de diere.

Estos Diez Mandamientos se encierran en DOS: En SERVIR y AMAR a Dios en los pobres y enfermos, y en

AMAR y CUIDAR a los pobres y enfermos como a ti misma.
Amén.

Tacuba 8 de Marzo de 1897.

Tacuba, Abril 16 de 1897.

Amadísima Hija:

Aprovecho un ratito para acusarle recibo de su carta que recibí ayer, la cual me ha consolado por las noticias que me da del Hospital, y las que leí en un recorte de periódico de Yucatán, en que de ángeles no les bajan un dedo. Si no fuera cierto, hagan esfuerzos para que lo sea. Yo creo que los méritos de Uds. en esos hornos son lo que me sacan con bien de mis compromisos. El mayor y que más fuerza me hace es el de San Felipe, por no poder dividirme; y también tengo confianza en que Uds. me han de sacar con bien de tan gran apuro.

Las de Tepexpam por miedo de que las antecojan el remolino, ni han solicitado venir a la Semana Santa. Pobres inocentes ¡como si un buen padre no tuviera presentes a todas sus hijas ausentes! Las bendice y le desea felices pascuas su Afmo. Padre.

J. Antonio.

Tacuba, Mayo 11 de 1897.

Amadísimas Hijas Hospitalarias:

Hoy día del gran S. Pascual Bailón que se ganó el cielo entre el humo, tizne y cochambre de la cocina quiero platicar con las que se lo están ganando o pueden ganárselo en un hospital, al que han ido como Madres y hermanas y no como viles mercenarias, a consolar a

millares de desheredados que sufren y padecen sin que nadie se duela de ellos, sin que llegue a sus corazones una gota de consuelo; sin que los ilumine un rayo de luz y de esperanza. ¡Cuántas de esas almas se salvarán mediante los sacrificios de Uds.! ¡Cuántos se volverán a Dios arrepentidos, viendo la bondad y dulzura con que Uds. los tratan! ¡Cuántos convertirán en lágrimas de arrepentimiento el sudor que destilan las frentes de Uds.! ¡Cuántos de los sanos que las miran, habrán golpeado ya sus pechos exclamando: El Dios de estas almas caritativas, es el verdadero Dios! Si en mis manos estuviera quitarles el calor, las fatigas, necesidades y desvelos, creo que no me atrevería a hacerlo, sólo por no disminuir su gran mérito ante Dios y los hombre. Lo que sí pido A Dios en todas mis oraciones, es que les *dé mucha abnegación y constancia* en esa buena y santa obra.

Dios las bendiga y les pague en el cielo.

Su Afmo. Padre que les desea todo bien.

J. Antonio.

Tacuba, Julio 29 de 1897.

Queridísima Hija:

Acabo de recibir su carta sin fecha, y aunque son las nueve de la noche y no he parado desde las cinco de la mañana voy desde ahora a asegurar su contestación para el día 3, felicitándola y animándola por el feliz éxito de la visita que hicieron los Señores de la Junta a ese Hospital. ¡Ya ve Ud. como Dios la bendice! ¡Dios ha bendecido los sacrificios de Uds. aun en la tierra! Ya ve Ud. como con esos sacrificios se han salvado muchas almas! ¡Qué mejor suerte puede caberle a una buena religiosa! ¡Bendito sea Dios que las colma de gracias!

Así quisiera poderles escribir en cada correo.

Lo de no querer encargarse de la administración del Hospital, es la sombra de su carta, pues el resto es brillante. Si los Señores quieren que Ud. se encargue de la administración, encárguese y cuide de economizar y mejorar la situación del Hospital y de los enfermos. Primero ellos que Uds. a todo trance; eso será su mayor gloria.

No piense Ud. en que vaya alguien a encargarse de esa administración, pues ya le dije y se lo repito; que Dios la puso allí, y de allí al cielo. Empéñese en perfeccionarse antes de morir y no piense en otra cosa.

Las bendigo a todas con todo mi paternal afecto.

J. Antonio.

México, Febrero 3 de 1898.

Queridísimas Hijas Hospitalarias:

Hoy hace un año ofrecí el primer Santo Sacrificio en el Templo Expiatorio de Sn. Felipe de Jesús, y Uds. ofrecían otro más penoso y doloroso que el mío. ¡Dios lo haya aceptado y purificado!

Sus últimas cartas y casi todas las que en un año me han escrito, tienen cierto tufo de inconformidad, digno del galeote o soldado forzado, pero muy ajeno al suavísimo aroma que exhala la CARIDAD de las verdaderas Vírgenes cristianas que han prometido a Dios sacrificarse en aras de las obras de Misericordia. Espero que al terminar un año en ese Hospital, cesarán los gritos de la carne y clamarán como Cristo en Getsemaní: “No se haga mi voluntad, sino la tuya”. Es decir, que sí yo mismo cometiera el error de quererles quitar de esa casa, Uds. me suplicaran que las dejara morir en la casa de los que sufren. Dos cosas deben tener muy presente:

La 1ª que con una santa resignación allí, se ganarán el cielo, mejor que en otra parte. La 2ª que sin esa santa

resignación, de nada les sirven sus padecimientos. ¡Animo pues, valor y constancia!

Su afectuoso e inflexible padre que las admitió para tomar la cruz y seguirle. ¡Dios las limpie y purifique!

J. Antonio.

México, Febrero de 1898.

Queridísima Hija:

He recibido todas sus cartas y me alegro de que sigan Uds. progresando en alivio y bien espiritual de esos desgraciados enfermos. Nadie hace a la humanidad doliente el bien espiritual que Uds., y esto lo palparán cada vez que se enfermen o se sientan adoloridas.

Ya que Dios puso en manos de Uds. tan santa obra, no hay que desperdiciarla, procurando en todo servir a Dios en el espíritu de HUMILDAD y ALEGRIA.

Estos son mis deseos para Ud. y sus hermanas en el año de 1898. La bendice su Afmo. Padre.

J. Antonio.

Tacuba, Marzo 14 de 1898.

Queridísimas Hijas Hospitalarias:

Ayer recibí sus cartas, y a las cuatro les contesto en ésta que guardarán para perpetua memoria.

Ahora sí he leído con gusto las cartas de Uds. pues ya huelen a lo que deben ser las que las escriben; almas CARITATIVAS llenas de Amor de Dios y de Abnegación. Las anteriores parecían escritas por galeotes que compurgaban sus crímenes y que arrastraban la cadena a más no poder.

Nadie comprende mejor que yo las penas y trabajos de Uds. pero también conozco la grandeza del premio; por

eso mandé a las más viejas, pues teniendo menos vida y pocos méritos ante Dios, necesitan estar donde ganar doble jornal para recobrar el tiempo perdido en sus mejores años. Las más jóvenes fueron para alentar a las más viejas con su buen ejemplo y santa resignación.

Lo que ahora importa es que lo que ya supieron escribir con la pluma, sepan sentirlo de corazón.

La simple idea de que unas almas se han salvado desde que Uds. están en ese hospital, bastaría para regocijarlas y hacerles llevaderas todas las penas.

Que Dios las bendiga y les conceda felicísimas pascuas.

Su afectísimo padre que las bendice.

J. Antonio.

8

FRAGMENTOS DE CARTAS

FRAGMENTOS DE CARTAS

I

Celebro el gran número de niñas que tienen, pero temo que se les enfermen si se les carga el trabajo, y entonces sí que todo se perdió. No desechen niñas, pero no quieran hacer con cien lo mismo que con cincuenta; es decir, que no se aumenten las horas de trabajo, no se quiten las de descanso.

II

Se conoce si una tiene VERDADERO ESPIRITU RELIGIOSO cuando se alegra de CUMPLIR EL REGLAMENTO, cuando no desea que se le quite nada, cuando la reprenden porque no lo cumple y se muestra agradecida, cuando es feliz y tiene paz al cumplirlo. Por el contrario, no lo tiene, la que anda triste porque tiene que cumplir el Reglamento, o porque la obligan a que lo cumpla, y que se siente intranquila al cumplirlo: es lo mismo que si alguno anduviere triste porque hay Mandamientos o porque tiene obligación de cumplirlos, este tal no sería cristiano, ni esa tal es religiosa.

No debemos hacer mucho caso de los sentimientos vivos de nuestro corazón, porque todo afecto vivo lleva pasión, y toda pasión es ciega: y si nos dejamos arrastrar de ellas, casualidad será que no nos desviemos y nos demos un frentazo.

Tiene BUEN ESPIRITU la que cuando se le advierte o reprende algo, dice: Tiene Ud. razón, yo no lo sabía, y no como Uds., que aún antes que uno acabe, dicen: yo ya lo sabía todo. Sólo viendo en todo a la Divina Providencia, podemos estar tranquilos en los varios acontecimientos. La Divina Providencia me ha dejado gozar una vida cachetona durante Enero y parte de Febrero, y Ella también a fines del mismo Febrero me va a llevar al mar para mecirme en las olas y sudar la gota gorda. Ella me ha puesto en esta clase, y Ella, cuando

menos lo espere, me quitará. Si de este modo vemos las cosas, nada nos inquietará, y todo lo veremos igual.

III

Una sola palabra hace comprender el verdadero carácter del Amor de Dios para la Religiosa, la palabra DOCILIDAD; palabra que expresa de una manera más enérgica, más apropiada, el fin de la vida religiosa, la idea cristiana de la palabra Consagración. Puesto que la Religiosa se ha consagrado toda a Dios. Dios es el propietario de todo su ser. Si Dios es el propietario de esta alma, puede utilizarla en todo lo que contribuya a su gloria. Puesto que Dios puede servirse del alma que se ha puesto en sus manos, debe ser ésta como un instrumento fácil de manejarse. El Amo tiene derecho de mandar todo lo que juzgue útil para su gloria. Los criados tienen obligación de OBEDECER siempre, de aceptar el empleo a que se les destine, de morir si El lo desea.

Dios obrero tiene derecho de hacer con vos lo que quiera. Vos, instrumento, tenéis obligación de jamás ofrecer resistencia, ni por el tiempo, ni por el mismo trabajo, ni por el lugar del trabajo que tengáis hasta el último instante de vuestra vida.

Dios, propietario, tiene derecho a todo vuestro ser. Vos súbdito, tenéis obligación de dejaros tratar como El lo juzgue más útil a sus deseos. Dios, por ejemplo, puede querer que algunas almas expíen por las otras; El puede hacer de vosotros una víctima por las penas, y vos debéis aceptar esos sufrimientos en silencio y hasta con alegría.

Esto no tiene duda; el que se entrega a Dios debe hacer todo lo que El quiere; porque eso es ser Dueño de una cosa, y que la cosa le pertenezca, el poder hacer con ella lo que quiera, sin que esa cosa ponga resistencia; porque el día que me dieran a mí un sombrero con la condición de que me lo pusiera, desde luego les daba las gracias, porque

si me lo dan es para que yo haga de él lo que me dé la gana, poniéndomelo, sentándome sobre él, poniéndoselo al perro, y entonces si seré dueño del sombrero.

Eso quiere decir DOCILIDAD, que se volteee por donde uno quiera, como el alambre quemado, que si hace uno un pico de garaza, así se queda, si rueditas, pues, rueditas. Eso mismo viene a pasar con Uds., que han de estar preparadas siempre para hacer lo que Dios quiere, sin poner dificultades. Lo que les pasa a Uds. con los instrumentos que usan; el otro día me decían: el hilo está motudo, señor, y no se puede tejer. Señor, la lanzadera de la máquina está quebrada y se atora, no se puede coser. Señor, si este piano ya no sirve, le faltan algunas cuerdas; y no dicen que la lanzadera o las teclas no sirven, sino que nomás por la lanzadera dicen que toda la máquina no sirve, no cose; y por el Do que le falta al piano no está bueno; luego se necesita que todas las piezas estén bien, para que todo ande bien.

Lo mismo le digo a N. Señor ¿Qué tal va tu máquina? Señor . . . la lanzadera se atora . . . Pues no sirve tu maquinista; ¿y tus tejidos?, el hilo motudo, Señor, se revienta . . . Malo está eso, no puedes tejer. ¿Y qué sucede con estos estorbos? que se puede hacer la cosa, pero con más trabajo, en más tiempo, y sale malhecha. Lo propio pasa con Uds. cuando hay hilo motudo o lanzadera quebrada, o que no suena el mi . . . ese sí suena . . . el Do cuando no suena, no se pueden hacer las cosas de Dios, ni bien, ni cómo debían ser.

Sólo serán Religiosas felices las que donde quiera estén contentas y cumplan con su deber, porque donde haya condiciones ya no hubo nada bueno.

El Voto de POBREZA consiste en hacernos como los pobres. Los efectos de la POBREZA son: 1º La falta de las cosas necesarias; 2º el desprecio y burla de la gente del mundo por la falta de las cosas necesarias; 3º Reconocimiento hacia las personas que nos proporcionan las cosas necesarias; 4º el trabajo para adquirir las cosas necesarias; 5º Sufrimiento y resignación cuando realmente necesitamos las cosas necesarias; 6º La Oración para alcanzar las cosas necesarias.

V

La virtud de la CASTIDAD es aquélla por la cual nos obligamos, no sólo a abstenernos de todo lo prohibido en el sexto y nono Mandamiento, sino también de lo que lícitamente se permitiera en otro estado menos santo.

Esto no admite parvedad de materia, y la que peca contra la virtud peca contra el voto. Esta virtud es tan hermosa que aún en el mundo donde tan pocos la guardan, es vista con respeto. Roma pagana, concedía a las vírgenes el privilegio de encargarse del fuego sagrado; cuando se encontraban a una virgen hasta el Emperador se bajaba de su carroza para mostrarle su respeto; si algún reo condenado a muerte tenía la felicidad de encontrarse con una virgen, ésta lo tocaba y obtenía gracia el reo.

Esta virtud según cierto autor, es austera, prudente, celosa, viril. Los medios para conservarla son: Evitar las amistades particulares, pues según dijo una Fundadora, las Religiosas se deben amar como ángeles y huir como demonios. No recoger pedazos de papel para leerlos, aborrecer las noticias de afuera, guardar y mortificar los sentidos, sobre todo la VISTA; las visitas no se han de prolongar aunque sean de parientes. No estar nunca de ociosa. Tener una gran devoción a la Sma. Virgen, frecuentar los Sacramentos, descubrir las tentaciones al confesor, y esta gracia debemos pedirla, pues sólo se

concede a las que tienen voluntad de ser santas y obedientes. Amar mucho la penitencia y mortificación. Las ilusiones contra la Castidad son: Creer que es una casta porque no ha tenido intención de casarse. Creer que es casta porque no es tentada contra esta virtud. Creer que es casta teniendo amistades particulares.

VI

Respecto a la OBEDIENCIA a los superiores, algunas veces nos parecerá que pueden equivocarse, pero estemos seguros que en OBEDECER no nos equivocaremos jamás. Es permitido hacer observaciones a los superiores respecto de lo que nos manden, pero ha de ser después de examinar si no lo hacemos por orgullo, por propio interés, por relajación, después encomendarse a Dios y luego ir con mucho respeto y sinceridad a decirlo, y por último, hacer una oración lenta y pacífica para conformarnos con la voluntad de los superiores y no contarle a nadie.

VII

Así como Jesús es el Camino, la Verdad, la Vida y el Modelo de nosotros, también nosotros debemos ser el camino que conduzca al cielo, la verdad que muestre el cielo, la vida que nos empuje hacia el cielo, y el modelo para ir al cielo, esto debemos ser para los demás. No debemos buscar los bienes temporales ni los corporales, ni siquiera los espirituales, porque Jesús no busca sino la gloria de Su Padre; ni debemos hacer nada por agradar o desagradar a los hombres, sino que debemos obrar como Jesucristo, nada más por la gloria del Padre, y no andar buscando “el YO” en todo y por todas partes.

VIII

Una religiosa debe ser buena para todos y caritativa, debe sufrir con paciencia todos los defectos de los demás, y debe abandonarse a Dios toda entera sin andar buscando ocasiones de pelear, sino recibir con agrado y voluntad lo que Dios le mande.

I X

Ilusiones contra la POBREZA: Yo no tengo nada, ni pido, ni sustraigo, pero no trabajo tanto. Ese vicio de la pereza no ha sido causa directa, sino porque aquí vinieron a sentir disgusto de su vocación y salir de la religión; por eso no hay cosa mejor que tengan los Superiores siempre ocupados a sus súbditos. En las comunidades que no están bien abastecidas, servirá el fruto del trabajo para sus necesidades, y en las bien abastecidas servirá para los dotes de la postulantes pobres.

X

Para amar a Dios se necesita vencer dos obstáculos: Primero, de nuestra naturaleza gastada por el pecado original que nos ha vuelto egoístas. Segundo, de parte del demonio que no cesa de impedir la unión del alma con Dios, fin del amor, y que para llegar a su objeto, se vale de las mismas criaturas buenas para hacer nacer en su corazón simpatías culpables o antipatías que nos separan del prójimo, y por consiguiente, de Dios. De suerte que para vencer se necesita lucha, y de aquí la obligación de sufrir.

Una religiosa no puede tener ni tiene más penas que las que ella se busca. Por ejemplo, al levantarse, que le da mucha flojera, pues sólo con tantito seso que tuviera, y se dijera: si me quería quedar en la cama hasta que yo quisiera, ¿por qué no me quedé en mi casa? luego si yo me lo busco, debo aguantarme. Que me humillaron y sentí muy feo, ¿para qué eres soberbia? si hubieras recibido

eso con humildad, considerando que más que eso mereces, no estuvieras mortificada. La respuesta que puedes dar a todas tus penas, es ésta: Tú lo quisiste, tú te lo ten, fraile Mosén.

X I

Vuestro título de Religiosa exige que AMEIS A DIOS, Dios merece que lo améis porque soís religiosa. Ser Religiosa en el sentido estricto de la palabra, es estar de nuevo ligada a Dios; unida a Dios por un nuevo lazo. Este lazo entre los seres racionales es la palabra que se dan mutuamente. Esta palabra constituye un contrato, un empeño, y forma la liga que une voluntades, la una a la otra...

El primer lazo entre el hombre y Dios, fue formado en el Bautismo, por medio de las palabras formales pronunciadas en vuestro nombre; palabras más tarde que con toda voluntad habéis renovado y ratificado, YO RENUNCIO AL DEMONIO Y ME UNO A DIOS PARA SIEMPRE. Este lazo deja cierta libertad, de la cual es fácil de abusar; les ha parecido a algunas almas que les conviene por el consejo de Jesucristo ligarse de nuevo a Dios, y han hecho un Nuevo Contrato con El que las fuerza a ser totalmente de Dios; las palabras de este nuevo contrato dictadas por la Iglesia, intérprete de la voluntad de Jesucristo y garantía de su promesa, son los TRES VOTOS de Religión.

Nada más preciso y formal que las palabras de este contrato, ellas expresan con claridad que el alma desea ser de Dios, glorificar a Dios, y esto para siempre. He aquí la expresión de esta fórmula tan simple: YO HAGO VOTO DE OBEDIENCIA, DE POBREZA Y DE CASTIDAD.

Nada más libre y más voluntario que este contrato; fue hecho en la edad en que la razón está en perfecto uso; en que se puede comprender la importancia de este empeño;

fue hecho con reflexión, después de un año de haber estudiado el valor de sus términos o fines, su extensión, su duración. Después de un año de prueba o más, y en el cual se hacen experimentar las obligaciones de este contrato. En medio de personas que ellas mismas practicaban estas obligaciones, y que estaban encargadas no solamente de dirigiros en su cumplimiento, sino también de no dejaros hacer el contrato si apreciaban alguna exaltación en vuestra imaginación, alguna laxitud en vuestra voluntad, o algún motivo natural en vuestro deseo.

Nada más completo que lo hecho por este contrato: La CASTIDAD despoja el corazón y los sentidos de todo lo que pudiera exponer o manchar aún ligeramente la pureza, y las vuelve más agradables a Dios; la OBEDIENCIA despoja la voluntad de ese espíritu propio que le quita la docilidad necesaria para obedecer a sus superiores, y ser empleada donde se le juzgue más útil para la gloria de Dios; la POBREZA despoja el espíritu de las cosas materiales o preocupaciones naturales, a fin de dejarlo más libre para ocuparse en pensar en las cosas de Dios. Por tanto, estoy OBLIGADA a AMAR A DIOS; a amarle o a ser perjura.

Dios por su lado se empeña de una manera especial en no permitir que seáis tentadas más allá de vuestras fuerzas, a venir a vuestro socorro cada vez que lo llaméis, a perdonaros cada vez que sinceramente le pidáis perdón, a daros vuestro pan cotidiano.

Vosotras no os habéis reservado nada; vosotras os habéis dado todas a El, El se dará todo a vosotras. Habéis dejado los goces del corazón, y Dios os dá sus goces en medio de una familia donde podéis decir: MI MADRE, MI HERMANA. El nos proporciona esos goces al pie del Tabernáculo, donde se muestra más tierno, más afectuoso, más comunicativo. El nos da esos goces en los mismos sufrimientos, permitiendo que comprendamos su valor, que los aceptemos voluntariamente porque nos asemejan a Jesús, y llegamos hasta deseárselos.

Habéis dejado los bienes terrestres, y El os da sin inquietud y con largueza todo lo necesario para la vida. Y después ¡el cielo! ¡Ah! Si ésta es una recompensa que hace palpar el corazón del cristiano, ¿cuánto más hará palpar el recuerdo del cielo al alma religiosa?

XII

Mañana empieza el mes consagrado a la devoción del Smo. Rosario, y espero que todas se inflamarán en el divino amor, por medio de esta práctica piadosa tan recomendada por Nuestro Smo. Padre el Sr. León XIII. No cabe duda que por medio del Smo. Rosario, la Iglesia ha alcanzado espléndidas victorias sobre sus enemigos. ¿Por qué pues no las hemos de alcanzar nosotros sobre nuestras pasiones? Armémonos de fervorosa fe y confianza, y sin duda alguna venceremos. Las próximas Bodas de Oro de nuestro Amantísimo Padre y Pastor, reclaman nuestro fervor y piedad filial para con él, manifestada por medio de nuestras buenas obras ofrecidas al cielo por su intención.

La inicua persecución contra las comunidades religiosas es una nueva trompeta que nos convoca ante el Tribunal de Dios a dar cuenta de nuestra mayordomía, y a luchar contra nuestros enemigos. ¿Huiremos cobardemente, o nos prepararemos para el combate? Para lo segundo es necesario tener listas y limpias las armas, y el parque suficiente para la lucha, no menos que ser hábiles en el ejercicio militar. Para todo esto nos será utilísimo el mes del Rosario. ¡Animo, hijas mías, y con el Rosario triunfaremos de todos nuestros enemigos!

XIII

Mientras están en retiro, hablaré con mis hijas ausentes. ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si su alma sufre detrimento?

¿De qué le servirá a una religiosa que sus discípulas salgan instruidas, que en casa sean modelo de orden y aseo, si ella sufre detrimento en sus votos? De nada; absolutamente de nada. El primer y más importante objeto de la Congregación es LA SANTIFICACION de la PROPIA ALMA y la del PROJIMO. Los Asilos, Colegios y Hospitales, son los medios de conseguir la santificación, pero no el objeto principal de la Congregación. Así pues, es preferible una congregante santa, a una congregante leguleya o marisabidilla; la humilde ignorante, a la sabia presuntuosa; la tonta obediente, a la instruida voluntariosa; la inútil virtuosa, a la sabia viciosa; la inculta modesta, a la refinada mundana, etc.

Nuestra santificación y perfección depende de la FIEL OBSERVANCIA de los VOTOS Y EL REGLAMENTO, y no podemos sacrificar éstos, ni en poco ni en mucho, ni aún con el plausible objeto de hacer bien, pues esto es quimérico, y la caridad bien entendida empieza por nosotros mismos. Si una religiosa al presentar al público los adelantos de sus discípulas, tuviera que escribir sus propios adelantos espirituales en la fiel observancia de los tres Votos y el Reglamento, tendría ocasión de confundirse, en vez de vanagloriarse; su calificación sería tal vez inferior a la de sus súbditas.

Nadie mejor que Uds. sabe, que “Más se enseña con el ejemplo que con las palabras”. En este mundo siempre imitamos a los de arriba, nunca a los de abajo, de donde resulta que los discípulos tanto en virtudes como en vicios, son copia de sus maestros. Si quieren Uds. conocer y palpar sus defectos, vean los de sus discípulos. . . Son las niñas fatuas, díscolas, respondonas, parlanchinas, vanidosas, comodinas, etc. etc., pues es seguro que las que las educan, adolecían de esos repugnantes defectos. Pero

esos defectos los aprendieron de mi predecesora, no de mí, diréis. Bien puede ser así; pero si no se han corregido, es señal que se les ha repasado la lección. Parece que el saber y la virtud están reñidos, pues suele haber religiosas muy instruidas y capaces, pero muy faltas de virtudes religiosas. Esto depende de que se han llenado de soberbia, olvidando que Dios desde el cielo ensalza a los humildes y abate a los soberbios. La Humildad es el foso que se abre para rellenar el cimientó de la perfección cristiana; sin ese foso o cimientó no hay edificio verdadero; es como si se fabricara sobre arena. . .

La lluvia, el viento, los temblores, destruyen el edificio. Así también el viento de una contradicción la lluvia de algunas penas corporales y el terremoto que nos mueve de una casa a otra bastarán para cuartear o destruir una vocación fabricada sobre arena.

XIV

En este día, víspera de la fiesta de nuestra amadísima Patrona, sería en vano que yo quisiera adivinar vuestros pensamientos, pero lo que sí puedo hacer es mostrar los míos. Yo pienso que mañana va a estar muy contenta la Sma. Virgen, por lo que le voy a presentar, aunque es cierto que es lo mismo que Ella me ha dado, pero es cierto que las madres siempre reciben con gusto lo que sus hijos les ofrecen; yo, no es por humildad, pero de mí mismo no tengo más que pecados, imperfecciones e ingratitudes; esto sería un disparate ofrecérselo. Todo lo demás no es mío, por ejemplo, ¿no será de Ella el que un desconocido como yo, Cura de un pueblo rabón, viniera a restaurar su magnífico templo, con su precioso altar de mármol, sus estatuas, sus pinturas y demás grandezas, y ahora para concluirse lo que todos creían imposible que se hiciese? Esto, sólo Dios y Ella lo podían hacer. Pero tengo algo más

que ofrecerle. ¿Será acaso el que Dios me haya escogido para formar la primera Congregación de Guadalupe, siendo que hace siglos debía estar, porque los mexicanos no aman nada tanto como a la Sma. Virgen? ¿Qué es poco que se haya trigueña como nosotros? Pues yo fui el escogido para enseñar a Uds. lo que yo no practico, enseñar pobreza siendo yo rico, predicarles abnegación no teniendo yo paciencia, esto de veras que nada es mío. Podía ofrecerlo, pero quiero más que eso. Lo que yo quiero ofrecer en primer lugar, son unos nuevos soldados que todo lo han sacrificado por amor a Ella, y que espero no desertarán de las filas como soldados traidores. Esta es una preciosa cuelga, porque estas niñas se van a consagrar sin reserva. Pero veo entre todas éstas que otras se quedan silenciosas, tristes, y que dicen: y qué ¿nosotras no somos de Ud., Padre? ¿a nosotros no nos ofrece? Sí, hijas a todas las ofrezco, también a vosotras, quienes me habéis apenado este año, porque si queréis, podéis ser más preciosas que éstas que acabo de indicar, porque si es cierto que la inocencia llama la atención de Dios, El mismo ha preferido las lágrimas y el arrepentimiento, y siempre abre el paso a los pecadores antes que a los justos. ¿Verdad que ya sabiendo mis sentimientos, me ayudaréis vosotras a ofrecerlo?

XV

Recuerdo yo, que antes de ser Sacerdote, en Roma, una de las cosas que más me detenían, era el tener que asistir a los moribundos, no por miedo a ellos, sino por no ver a los dolientes, a la viuda, a los hijos; porque eso me despedaza el corazón.

Siendo estudiante aún, llegó a Roma un Sra. mexicana, con su esposo que iba enfermo, y a poco se agravó. Yo, sin

conocerla, pero viendo que estaba lejos de su país sin conocimientos, sin parientes, le ofrecí mis servicios.

Fui a cuidar al enfermo. Yo, a su cabecera, le asistía de todo a todo; le cambiaba sábanas, ropa, etc. y esto cada rato, porque la enfermedad así lo pedía; hasta lo pelé, recostándolo para esto en mi pecho; me pasaba las noches yo solo con el pobre moribundo. . . por fin murió, y yo lo lavé, lo vestí, lo puse en la caja y después fui a consolar a la viuda, que era lo peor para mí; después de haber hecho esto, no me explicaba yo el cómo; y desde entonces me decidía a ordenarme, pensando y creyendo que Dios que había hecho brillar allí su poder de un modo palpable, ayudándome a vencer aquella dificultad, del mismo modo me ayudaría en otra, y mil más, si se presentaban

Después de Ordenado, llegue a Zamora. Otra vez era día de ayuno, no estaba como estoy del estómago, que casi todo el año ayuno. Me estuve en el confesionario hasta las doce, desde las ocho de la mañana. Me iba a comer, cuando por allí me salió una anciana llorando, que quería que fuera a confesar a un enfermo; yo le dije: pues busque Ud. al Vicario, yo ayuné y voy a tomar algo. No, Sr., que Ud. ha de ser; y llora y llora. Pues vamos. ¿Dónde está? En la cárcel. Era la cárcel de Zamora . . . componíase de un gran galerón, un patio y un calabozo; había allí como doscientos presos. Encontré al enfermo tirado en una garra de petate, nadando en un lago de podre, estaba lazarino; ya se le habían caído los dedos de las manos y de los pies, no tenía nariz, ni tenía labios, un hedor insufrible, una plaga de moscas negras sobre él . . . tenía una piedra por cabecera; sobre otra que estaba allí, me senté; con mi pañuelo espantaba el mosquero para que no se me vinieran a mí, y lo confesé. Ya ven cuanto me sirvió la asistida al esposo de la Sra. mexicana, de Roma.

¿Qué dicen ahora de sus melindres? ¿Se resistirán a ir a los hospitales porque allí está la gente perdida? Eso no es raro, hijas. Los buenos están en los conventos, en sus

casas particulares. Los hospitales para eso son, para los malos, para los desalmados; para los renegados; de eso no se deben extrañar: deben por el contrario prepararse para lo que se les mande, sea lo que fuere.

¿Es decir que Uds. valen más que los Obispos? Yo mismo he ido por Yucatán a misionar, y si el Sto. Padre me hubiera dicho, allá quédese, allá estuviera. ¡Francisco no fue a vivir a Campeche, clima tan cálido como es! ¡El Sr. Mora, no vive en Tehuantepec, donde ahora el mejor palacio es de carrizo y adobe!

Prepárense, pues, porque quién sabe a dónde tengan que ir; ejercítense en lo que les falta, en lo que no han aprendido todavía, contrariénse en sus gustos e inclinaciones; éste es el único modo de llegar a la perfección, EL NEGARSE, CONTRARIANDOSE. Se cuenta de S. José Labré, que apenas hace cincuenta años que murió, y ya lo canonizaron; que antes de convertirse era un joven elegantísimo, de guante y toda la cosa; siempre lleno de perfumes y muy bien puesto; siempre muy limpio y aseado; entregado, como es de suponerse, a los desórdenes de la edad. Vivía en París, era francés, y cuando se convirtió, pasó a Roma; pero apenas mudó de vida, luego dejó sus buenos vestidos, sus perfumes, etc.; se puso un saco de jerga, se dejó crecer las uñas y el pelo; se llenó de piojos, y en lugar de quitárselos, cuando se le caía alguno, lo buscaba como quien busca medio, y se lo volvía a poner de donde se le había salido. Todo el día lo pasaba en una Iglesia, pidiendo limosna, luego que juntaba algo, llamaba a los muchachos, le enseñaba la doctrina y se los repartía. El, para comer, se iba a los basureros, juntaba los rabos de cebolla, las coles y demás que tiraban, y ése era su alimento. Por la noche se iba al Anfiteatro Flavio, que eran unas ruinas espantosas, y allí en una cueva húmeda pasaba las noches. Esta fue su vida, y se hizo Santo porque se contrariaba, por eso viendo que antes cuidaba tanto de su persona, después la descuidó por completo, y todo el

tiempo que antes gastaba en vanidades, después lo empleó en solo Dios.

XVI

Vuestro traje, hijas mías, será en calidad, color y figura como el más MODESTO, SERIO Y SENCILLO que se use en la población donde vivan, evitando siempre los extremos: EL LUJO Y EL RIDICULO.

Todas procuren vestir igual o muy parecido, sobre todo en lo referente la CALIDAD de la ropa, pues quiero que anden uniformadas como si fueran hermanas, es decir, vestidas siempre con gran modestia y decencia.

No os singularicéis de las demás, haciendo que os den vestido o ropa interior de mejor calidad. Que vuestra ropa interior corresponda siempre al carácter de una Virgen Cristiana que se ha convertido en Madre de los huérfanos y de los pobres. Por consiguiente, en ella se ha de buscar: Decencia, salud y economía; en cuanto a la calidad y a la figura, se ha de omitir todo lo mundano y aseglarado, como son picos, encajes, bordados, etc.

Obren en todo esto con gran prudencia y cuidado, y procuren:

1º No avergonzarse de la pobreza y del trabajo.

2º No amen el vestido y el adorno.

3º No gasten ni deseen gastar lo que no tienen.

Sobre todo, les recomiendo, que no se salgan jamás de su esfera y que procuren obrar sin ningún respeto humano.

XVII

Una gran prudencia con mediana santidad, vale más que una gran santidad con mediana prudencia.

“Sed María con el deseo y Marta por la OBEDIENCIA”. Creed hijas mías, que los malos y gentes mal intencionadas no hacen todo el mal que quieren, porque Dios se muestra motor de los corazones y convierte a sus fines aun las mismas pasiones e injusticias; así que nada parece mejor que ponernos en sus manos venga lo que viniere, pues perder con El es ganar.

XVIII

Cuando Ntro. Señor fue puesto en la Cruz, proclamáronle Rey sus propios enemigos. Pues bien, tened entendido que “Todas las almas puestas en cruz, son Reinas”.

No parece sino que Dios no quiere que sus Santos gocen aquí abajo del bien que hacen, pues acontéceles lo que a los hijos que labran la tierra de su padre; que no reciben el jornal como los demás trabajadores, sino que cobran su trabajo por junto”.

XIX

Menester es, no mostrar para con las súbditas antipatías ni prevenciones, ni predilecciones singulares, pues el orgullo de las postergadas se sublevará y no podrían teneros buena voluntad. Comenzad por pensar bien de todas vuestras súbditas, y no las tratéis con sobrecojo; es menester que ellas os tomen cariño.

XX

Hijas, tened entendido que delante del altar no se está bien sino cuando se ofrece sacrificio.

XXI

A la M. Barat no le agradaba la seriedad afectada ni que a sus hijas callasen durante el recreo por temor de hablar mal. A todas les decía estas palabras “La primera regla que os doy es NO FASTIDIAR A NADIE”.

XXII

Por excesivo temor a las innovaciones, hay demasiado apego a la rutina; y ésta es una gran flaqueza pues cuando se trata de almas ¿qué le importa a Dios que se use de pluma o de lápiz, de madera o de papel? Lo que Dios quiere son ALMAS a toda costa.

XXIII

DIOS quiere que cada una de vosotras sea de aquí en adelante: LUZ, MODELO y COLUMNA en las casas y en la sociedad; luz para alumbrar, modelo para edificar y columna para sostener.

XXIV

Mientras más lo examino, más y más me convenzo de que el mejor de los gobiernos es el que sea al mismo tiempo FIRME Y SUAVE; pero suavidad no quiere decir blandura. En cuanto a la firmeza, es necesaria, con el fin de separar de la gracia la naturaleza; pero es menester que esta fortaleza se dé maña para separar sin desgarrar, porque si se desgarrar hay que coser luego, y ésta de suyo

es tarea prolija. Procurad más bien ser benignas que justas.

San Agustín dice: en la corrección hay tres grados: primero advertencia, luego reprimenda, y por último si es menester, amenaza.

Ah queridas Hijas, sin duda es grave defecto pensar mal de los otros con excesiva facilidad y sin pruebas suficientes; pero aún es falta más grave empeñarse en no creer nada y cerrar los ojos a las pruebas palpables.

XXV

Cuando una alma se ve tentada o seducida por los “encantos del sentir” suele Dios llamarla a Sí con tres voces: primera, la voz del corazón, que grita “Sólo Dios es amable y ningún otro objeto puede contentarnos”; segunda: la clamorosa voz de la conciencia, que grita que sólo Dios es verdadero Bien, y que todo lo demás por lo común es mal; la tercera y última, es la voz fúnebre del dolor o de la muerte, que a cada golpe que descarga nos repite que sólo Dios es infinito, eterno, y que todo lo demás es caduco, miserable, es nada”.

INDICE

	Pág.
1 Temas diversos.....	7
2 Obediencia, humildad, abnegación	137
3 Apego al reglamento, castidad, pobreza y caridad	171
4 Devoción a la Santísima Virgen.....	207
5 Novicias.....	223
6 Superiores.....	239
7 Enfermas y enfermeras.....	269
8 Fragmentos de cartas.....	297